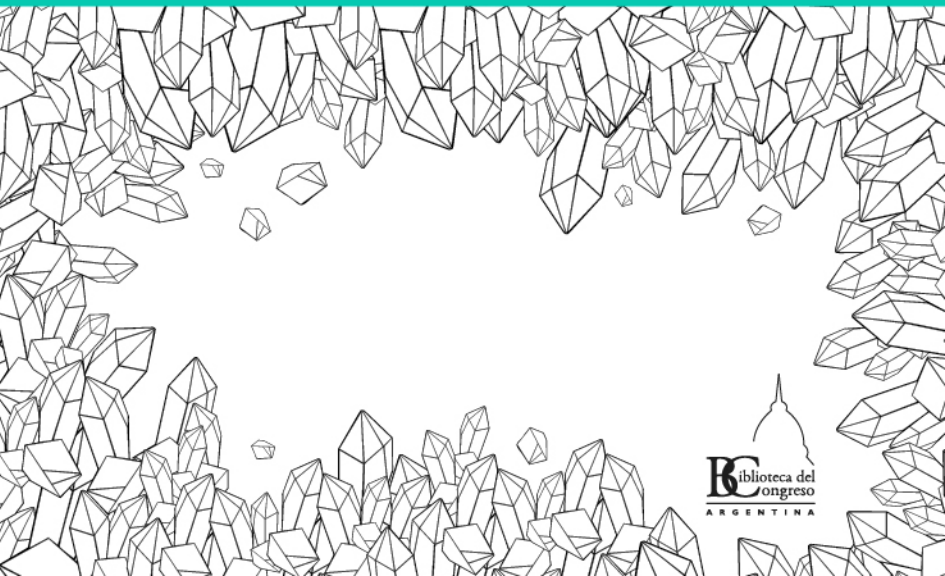


*Viaje al centro*

*de la tierra*

**JULIO VERNE**









# Viaje al centro de la tierra

JULIO VERNE

Ilustraciones

Florencia Palacios Murphy

COLECCIÓN JUVENIL "VUELA EL PEZ"

BIBLIOTECA DEL CONGRESO DE LA NACIÓN

Verne, Jules

Viaje al centro de la tierra / Julio Verne ; ilustraciones: Florencia Palacios Murphy.

– Buenos Aires : Biblioteca del Congreso de la Nación, 2023.

311 p. : il. ; 17 cm. – (Colección juvenil “Vuela el pez”)

ISBN 978-950-691-133-1

1. Literatura juvenil francesa. 2. Novela francesa – Siglos XIX-XX. I. Palacios Murphy, Florencia, il. II. Biblioteca del Congreso de la Nación (Argentina). III. Serie.

**Propietario**

Biblioteca del Congreso de la Nación

**Director Responsable**

Alejandro Lorenzo César Santa

**Adaptación, corrección y diseño**

Subdirección Editorial

**Impresión y encuadernación**

Dirección Servicios Complementarios

Alsina 1835, 4.º piso. CABA

© Biblioteca del Congreso de la Nación, 2023

Alsina 1835

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

julio 2023

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

ISBN 978-950-691-133-1

*Viaje al centro  
de la tierra*





El domingo 24 de mayo de 1863, mi tío, el profesor Lidenbrock, regresó precipitadamente a su casa en el número 19 de la Königstrasse, una de las calles más antiguas de Hamburgo.

Marthe, su excelente criada, creyó encontrarse muy retrasada; apenas empezaba a preparar la comida en el horno. “Bueno —pensé para mí—, si mi tío viene con hambre va a hacerse oír, porque no existe un hombre más impaciente”.

—¡Tan temprano y ya está aquí el señor Lidenbrock! —exclamó la pobre Marthe, entreabriendo estupefacta la puerta del comedor.

—Sí, Marthe; pero tú no tienes la culpa de que la comida no esté lista todavía, porque aún no son las dos. Las campanas de San Miguel acaban de anunciar la una y media.

—¿Y por qué ha venido tan pronto el señor Lidenbrock?

—Él nos lo explicará, probablemente.

—¡Ahí viene! Yo me escapo. Señor Axel, hágalo entrar en razón.

Y se marchó presurosa a su laboratorio culinario. Quedé solo.

Mi carácter tímido no es el más apropiado para hacer entrar en razón a este hombre, el más irascible de los catedráticos. Me disponía a volver, prudentemente, a la pequeña habitación del piso alto que me servía de dormitorio, cuando de repente la puerta de calle chirrió sobre

sus goznes y unos pies enormes hicieron crujir la escalera de madera. El dueño de la casa atravesó el comedor, entrando presuroso en su despacho. Dejó el pesado bastón en un rincón, arrojó el sombrero desprolijo encima de la mesa, y con tono imperioso me dijo:

—¡Axel! ¡Ven!

Ni tiempo había tenido de moverme y ya me gritaba con impaciencia otra vez:

—¿Qué pasa? ¿Por qué todavía no estás aquí?

Y entré corriendo al despacho de mi irascible maestro. Otto Lidenbrock no es mala persona, lo confieso ingenuamente; pero, como no cambie mucho, lo cual creo improbable, morirá siendo el más original e impaciente de los hombres.

10

Era profesor del Johannaueum, donde dictaba la cátedra de mineralogía. Por regla general se enfurecía una o dos veces en cada clase. Y no porque le preocupara que sus discípulos fueran aplicados, ni que prestaran atención a sus explicaciones, ni que obtuvieran éxito en sus estudios; esos detalles no le importaban. Enseñaba “subjetivamente”, según una expresión de la filosofía alemana; enseñaba para él y no para los otros. Era un sabio egoísta, un pozo de ciencia del que resultaba difícil sacar algo. Era, en una palabra, un avaro. En Alemania hay algunos profesores de este género.

Por desgracia, mi tío no gozaba de una gran facilidad de palabra, por lo menos cuando se expresaba en público; un defecto lamentable para cualquier orador. En mitad de sus clases se detenía a luchar con algún vocablo difícil

que no quería salir de sus labios: una de esas palabras que se resisten, se hinchan y acaban por ser expelidas en forma de palabrota. Este era el origen de su cólera.

En mineralogía hay muchas denominaciones semi-griegas o semilatinas difíciles de pronunciar, nombres rudos que estropearían los labios de un poeta. No quiero hablar mal de esta ciencia; lejos de mí semejante profanación. Pero cuando se trata de las cristalizaciones romboédricas y de las resinas retinasfálticas, de las selenitas y las tungstitas, los molibdatos de plomo, los tungstatos de manganeso y los titanatos de circonio, hasta la lengua más expedita puede equivocarse y hacerse un lío.

En la ciudad era conocido este defecto de mi tío, que algunos aprovechaban para burlarse de él y hacerlo enfurecer. Ese furor causaba risas en los demás, algo de muy mal gusto hasta en la misma Alemania. Siempre había un gran número de oyentes en su aula, pero muchos iban solo a divertirse con las escenas de furia.

Como quiera que sea, no me cansaré de repetir que mi tío era un verdadero sabio. Aun cuando rompía muchas veces las muestras de minerales por tratarlos sin el debido cuidado, unía al genio del geólogo la perspicacia del mineralogista. Con el martillo, el punzón, la brújula, el soplete y el frasco de ácido nítrico no tenía rival. Por su modo de romperse, su aspecto y su dureza, por su fusibilidad y sonido, por su olor y su sabor, clasificaba sin titubear un mineral cualquiera entre las seiscientas especies con que en la actualidad cuenta la ciencia.

Por eso el nombre de Lidenbrock gozaba de gran predicamento en los institutos y asociaciones nacionales. Humphry Davy, Von Humboldt y los capitanes Franklin y Sabine no dejaban de visitarlo a su paso por Hamburgo. Becquerel, Ebelmen, Brewster, Dumas y Milne-Edwards solían consultarlo sobre las cuestiones más palpitantes de la química. Esta ciencia le debía magníficos descubrimientos. En 1853 había aparecido en Leipzig el *Tratado de cristalografía trascendental, por el profesor Otto Lidenbrock*. Una obra en folio, ilustrada con numerosos grabados, que sin embargo no llegó a cubrir los gastos de impresión.

Además, mi tío era curador del Museo Mineralógico del señor Struve, embajador de Rusia, preciosa colección que gozaba de merecida y justa fama en Europa.

12

Así era este personaje que con tanta impaciencia me llamaba. Imaginen un hombre alto, delgado, con una salud de hierro y un aspecto juvenil que le hacía aparentar diez años menos de los cincuenta que tenía. Sus grandes ojos giraban sin cesar detrás de las amplias gafas; su nariz larga y afilada parecía una lámina de acero; quienes lo perseguían con sus burlas decían que estaba imantada y que atraía las limaduras de hierro. Calumnia vil: solo atraía tabaco, aunque en abundancia, dicho sea en honor de la verdad.

Si digo que mi tío caminaba a pasos matemáticamente iguales, de un metro de longitud cada uno, y que siempre llevaba los puños apretados en señal de su impetuoso

so carácter, el lector ya lo conocerá bastante como para no desear su compañía.

Vivía en su modesta casita de la Königstrasse, en cuya construcción entraban por partes iguales la madera y el ladrillo. El frente daba a uno de esos canales tortuosos que cruzan el barrio más antiguo de Hamburgo, felizmente respetado por el incendio de 1842.

La casa estaba un poco inclinada y amenazaba con su vientre a los transeúntes; tenía el techo caído sobre la oreja, como las gorras de los estudiantes de la Tugendbund. La verticalidad de sus líneas era dudosa, pero se mantenía firme gracias a un viejo olmo, vigorosamente encastrado en la fachada, que cada primavera la remoza con un alegre verdor.

Mi tío, para ser un profesor alemán, no dejaba de ser rico. La casa y cuanto encerraba, todo era de su propiedad. Allí convivíamos con él su ahijada Graüben, una joven curlandesa de diecisiete años, la criada Marthe y yo, que en mi doble calidad de huérfano y sobrino lo ayudaba a preparar sus experimentos. Confieso que me dediqué con gran entusiasmo a las ciencias mineralógicas; por mis venas circulaba sangre de mineralogista, y no me aburría jamás en compañía de mis valiosos pedruscos.

Resumiendo: vivía feliz en la casita de la Königstrasse pese al carácter de su propietario, porque independientemente de sus maneras brutales me profesaba mucho afecto. Solo que era un hombre incapaz de esperar; trata de avanzar más rápido que la misma naturaleza.



En abril, cuando plantaba en las macetas del salón pies de reseda o campanillas, iba cada mañana a tirarles de las hojas para acelerar su crecimiento.

Frente a semejante personaje no quedaba más remedio que obedecer, así que entré corriendo a su despacho.

## II

Era un verdadero museo. Todos los ejemplares del reino mineral se hallaban rotulados y ordenados allí del modo más perfecto, de acuerdo con las tres grandes divisiones que los clasifican en inflamables, metálicos y litoídeos.

Conocía de memoria aquellas chucherías de la ciencia mineralógica. ¡Cuántas veces, en vez de ir a jugar con los muchachos de mi edad, me había entretenido en desempolvar aquellos grafitos y antracitas, hullas, lignitos y turbas! ¡Y los betunes, resinas y sales orgánicas que debían preservarse del menor átomo de polvo! ¡Y los metales, desde el hierro hasta el oro, cuyo valor relativo desaparecía ante la igualdad absoluta de los ejemplares científicos! ¡Y todos aquellos pedruscos que hubiesen bastado para reconstruir la casa entera, agregando una buena habitación suplementaria para instalarme bien cómodo!

Pero cuando entré en el despacho, estaba lejos de pensar en estas cosas; mi tío solo absorbía mi mente por completo. Lo encontré arrellanado en su gran sillón de

terciopelo de Utrecht y había un libro entre sus manos que contemplaba con profunda admiración.

—¡Qué libro! ¡Qué libro! —repetía.

Estas exclamaciones me recordaron que el profesor Lidenbrock era también bibliómano en sus momentos de ocio, si bien solo valoraba los libros inhallables o, al menos, ilegibles.

—¿No ves —me dijo—, no ves? Es un inestimable tesoro que encontré esta mañana registrando la tienda del judío Hevelius.

—¡Magnífico! —exclamé yo, con interés fingido.

¿Tanto entusiasmo por un viejo libro en cuarto, de tapas y lomo forrados en piel barata, y de cuyas amarillentas hojas colgaba un señalador descolorido?

16

Sin embargo, no cesaban las exclamaciones admirativas del profesor.

—Vamos a ver —decía, preguntándose y respondiéndose a sí mismo—, ¿es un buen ejemplar? ¡Sí, magnífico! ¡Y qué encuadernación! ¿Se abre con facilidad? ¡Sí, permanece abierto en cualquier página! Pero, ¿se cierra bien? ¡Sí, porque las cubiertas y las hojas forman un todo bien unido, sin separarse ni abrirse por ninguna parte! ¡Y este lomo que se mantiene ileso después de setecientos años de existencia! ¡Ah! ¡Es una encuadernación capaz de enorgullecer a Bozerian, a Closs y hasta al mismo Purgold!

Y diciendo así, mi tío abría y cerraba el viejo libro. No pude menos que preguntarle por el contenido, aunque no me interesaba en lo más mínimo.



—¿Cuál es el título de ese maravilloso volumen? —Traté de que mi entusiasmo no pareciera fingido otra vez.

—¡Esta obra —respondió mi tío animándose— es el *Heimskringla*, de Snorri Sturluson, el famoso autor islandés del siglo XII! ¡Es la crónica de los príncipes noruegos que reinaron en Islandia!

—¿De veras? —exclamé, actuando un gran asombro—. ¿Será, sin duda, alguna traducción alemana?

—¡Una traducción! —respondió el profesor indignado—. ¿Para qué quiero una traducción? ¡A quién le interesan las traducciones! Es la obra original, en islandés; ese magnífico idioma, sencillo y rico a la vez, que permite las más variadas combinaciones gramaticales y numerosas modificaciones de palabras.

—Como el alemán —insinué con acierto.

—Sí —respondió mi tío encogiéndose de hombros—; pero con la diferencia de que la lengua islandesa admite, como el griego, los tres géneros. Y declina los nombres propios, como el latín.

—¡Ah! —exclamé con la curiosidad un tanto estimulada—. ¿Y es bonita la impresión?

—¡Impresión! ¿Pero cómo se te ocurre hablar de impresión, Axel, infeliz? ¡Sería bueno! ¿Acaso crees que se trata de un libro impreso? Se trata de un manuscrito, ignorante, ¡y de un manuscrito rúnico nada menos!

—¿Rúnico?

—¡Sí! ¿Vas a pedir ahora que te explique qué significa?

—Gracias, no —repliqué, con el acento de un hombre ofendido en su amor propio.

Pero poniendo todavía más voluntad, mi tío siguió enseñándome cosas que no me interesaban lo más mínimo.

—Las runas —prosiguió— eran caracteres de escritura usados antiguamente en Islandia. Según la tradición fueron inventados por el mismo Odín. ¡Mira y admira, impío, estos caracteres salidos de la imaginación de un dios!

Sin saber qué responder, pensé en ponerme de rodillas, algo que debe agradar a los dioses y a los reyes. Pero en ese momento un incidente imprevisto desvió la conversación.

Fue la aparición de un pergamino grasiento que se deslizó desde el interior del libro y cayó al suelo.

18 Mi tío se apresuró a recogerlo con avidez. Un antiguo documento, encerrado tal vez desde tiempo inmemorial dentro de un libro viejo, debía tener para él un elevadísimo valor.

—¿Qué es esto? —exclamó emocionado.

Y desplegó cuidadosamente sobre la mesa un trozo de pergamino, de unas cinco pulgadas de largo por tres de ancho. Sobre su superficie se extendían líneas transversales de caracteres mágicos.

Aquí está su facsímil exacto. Quiero dar a conocer estos signos extravagantes, por haber sido ellos los que impulsaron al profesor Lidenbrock y a su sobrino a emprender la expedición más extraña del siglo XIX:



Durante algunos instantes el profesor examinó atentamente esta serie de garabatos. Al fin dijo, quitándose las gafas:

—Estos caracteres son rúnicos, no me cabe duda; son exactamente iguales a los del manuscrito de Snorri Sturluson. Pero... ¿qué significan?

Como las runas me parecían una invención de los sabios para embaucar a los ignorantes, no lamenté ver que mi tío no las entendía. Al menos eso supuse al observar el movimiento de sus dedos, que comenzaban a agitarse de una manera convulsa.

—Sin embargo, es islandés antiguo —murmuraba entre dientes.

El profesor Lidenbrock no debía estar equivocado; se lo consideraba un verdadero políglota. No dominaba los dos mil idiomas y los cuatro mil dialectos que se usan en la superficie del globo, pero conocía buena parte de ellos.

Esta dificultad iba a liberar toda la impetuosidad de su carácter; ya se veía venir una escena violenta, cuando en el reloj de la chimenea sonaron las dos.

En ese momento Marthe abrió la puerta del despacho, diciendo:

—La sopa está servida.

—¡Al diablo con la sopa —exclamó furibundo mi tío—, al diablo con quien la preparó y con los que se la tomen!

Marthe se marchó asustada. Yo salí detrás de ella y, sin explicarme cómo, me encontré sentado a la mesa en mi sitio de costumbre.

Esperé algunos instantes sin que el profesor viniera. Era la primera vez que faltaba a la solemnidad de la comida. ¡Y qué comida, Dios mío! Sopa de perejil, tortilla de jamón con acederas y nuez moscada, solomillo de ternera con compota de ciruelas y, de postre, camarones en dulce. Todo regado con exquisito vino del Mosela.

20

Por un viejo papelucho se perdió mi tío toda esa comida apetitosa. Como buen sobrino, me creí en el deber de comer por los dos. Me atraqué a conciencia.

—¡No he visto en toda mi vida una cosa semejante! —decía la buena Marthe mientras me servía la comida— ¡Es la primera vez que el señor Lidenbrock falta a la mesa!

—Es de no creer.

—Esto parece presagiar un acontecimiento grave —añadió la vieja criada, sacudiendo sentenciosamente la cabeza.

En mi opinión esto no presagiaba nada, excepto una escena espantosa cuando mi tío encontrara su cena terminada.

Estaba comiendo el último langostino cuando una voz estentórea me hizo volver a la realidad de la vida. De un solo salto pasé del comedor al despacho.

### III

“Se trata sin duda de un escrito numérico —decía el profesor frunciendo el entrecejo—. Pero existe un secreto que debo descubrir, porque de lo contrario...”.

Un gesto violento terminó su pensamiento.

—Siéntate ahí y escribe —añadió indicándome la mesa con el puño.

Obedecí al instante.

—Voy a dictarte, una por una, las letras que en nuestro alfabeto que corresponden a estos caracteres islandeses. Veremos lo que resulta. Pero ¡por los clavos de Cristo, trata de no equivocarte!

Empezó a dictarme y yo a escribir las letras, unas a continuación de las otras, formando todas juntas esta incomprendible sucesión de palabras:

*mmrnlls esreuel seecJde*  
*sgtssmf unteief niedrke*  
*kt,samn atrateS Saodrrn*  
*emtnael nuaect rrilSa*  
*Atvaar .nxcrc ieaabs*  
*ccdrmi eeutul frantu*  
*dt,iac oseibo Kediil*

Una vez terminado este trabajo, me arrebató el papel que acababa de escribir. Lo examinó con atención durante mucho tiempo.

—¿Qué quiere decir esto? —repetía maquinalmente.

No era yo quien hubiera podido explicárselo. Además, la pregunta no estaba dirigida a mí y por eso prosiguió sin detenerse:

—Esto es lo que se llama un criptograma: el sentido se encuentra oculto bajo letras desordenadas a propósito. Combinadas de un modo conveniente, formarían una frase inteligible. ¡Pensar que estos caracteres ocultan tal vez la explicación, o la indicación, cuando menos, de un gran descubrimiento!

En mi opinión aquello no ocultaba nada, pero no hice comentarios.

22

El profesor tomó entonces el libro y el pergamino y comparó uno con otro.

—Estos dos manuscritos no están hechos por la misma mano —dijo—; el criptograma es posterior al libro. Veo una prueba irrefutable: la primera letra equivale a una doble “m”. Buscarla en el libro de Sturluson sería en vano, porque no fue incorporada al alfabeto islandés hasta el siglo XIV. Por consiguiente, entre el documento y el libro median por lo menos dos siglos.

Esto me pareció muy lógico, no trataré de ocultarlo.

—Me inclino entonces a pensar —siguió mi tío— que alguno de los poseedores de este libro trazó los misteriosos caracteres. Pero, ¿quién demonios sería? ¿No habría escrito su nombre en algún sitio?

Mi tío levantó sus anteojos, tomó una poderosa lupa y repasó con atención las primeras páginas del libro. Al dorso de la segunda, que hacía de anteportada, descubrió una especie de mancha que parecía un borrón de tinta. De cerca se distinguían en ella algunos caracteres a medio borrar. Mi tío comprendió que allí estaba la clave del secreto; ayudado por la lupa trabajó con tesón hasta distinguir estos signos, caracteres rúnicos que leyó de corrido:

A row of stylized, runic characters, likely a cipher or code. The characters are bold and black, set against a white background. They appear to be a mix of letters and symbols, possibly representing a specific language or a secret code.

—¡Arne Saknussem! —gritó en tono triunfal—. ¡Es un nombre! ¡Un nombre islandés, por más señas! ¡El de un sabio del siglo XVII! ¡Un alquimista célebre!

23

Contemplé a mi tío con algún grado de admiración.

—Estos alquimistas —prosiguió—, Avicena, Bacon, Llul, Paracelso, eran los verdaderos, los únicos sabios de su época. Hicieron descubrimientos realmente asombrosos. ¿Quién nos dice que este Saknussem no ha ocultado bajo este criptograma alguna sorprendente invención? Tengo la seguridad de que es así.

Y la viva imaginación del catedrático se exaltó ante esta idea.

—Sin duda —me atreví a responder—; pero ¿qué interés podía tener este sabio en ocultar así un maravilloso descubrimiento?

—¿Qué interés? ¿Cómo voy a saber? ¿No hizo eso mismo Galileo cuando descubrió Saturno? Pero no tardaremos en averiguarlo; voy a descubrir el secreto de este documento, y no pienso comer ni dormir hasta que no arranque el secreto que encierra este documento.

“Dios nos asista”, pensé para mí.

—Ni tú tampoco, Axel —añadió.

“Menos mal que comí doble ración”, pensé.

—Para empezar —siguió él—, es preciso averiguar en qué lengua está escrito el jeroglífico. No debe ser difícil.

Al oír estas palabras levanté vivamente la cabeza. Mi tío prosiguió su soliloquio.

—No hay nada más sencillo. El documento contiene ciento treinta y dos letras: cincuenta y tres vocales y setenta y nueve consonantes. Ahora bien, esta es la proporción que, poco más o menos, se observa en las palabras de las lenguas meridionales. Los idiomas del norte son mucho más ricos en consonantes. Se trata entonces de una lengua meridional.

La conclusión no podía ser más justa y atinada.

—Pero, ¿cuál es esa lengua?

Pensé que aquí vería dudar al sabio, aun reconociendo que era un razonador agudo.

—Saknussem era un hombre instruido —prosiguió—; al no escribir en su lengua natal, es de suponer que eligiera el idioma en boga entre los espíritus cultos del siglo XVI, es decir el latín. Si me engaño recurriré al español, al francés, al italiano, al griego o al hebreo. Pero por lo ge-



neral, los sabios de ese siglo escribían en latín. Entonces puedo asegurarlo *a priori*: esto es latín.

Pegué un salto en la silla. Mis recuerdos de latinista se sublevaron contra la suposición de que aquellas palabras estrambóticas pudiesen pertenecer a la dulce lengua de Virgilio.

—Sí, latín —continuó mi tío—, pero un latín confuso.

“¡Que tenga suerte —pensé—; mis felicitaciones si consigue ponerlo en claro, tío!”.

—Examinémoslo bien —añadió, tomando nuevamente la hoja que yo había escrito—. Tenemos una serie de ciento treinta y dos letras que se presentan ante nuestros ojos en un aparente desorden. Hay palabras, como la primera, *mm.rnlls*, en que solo entran consonantes; en otras, por el contrario, abundan las vocales: la quinta por ejemplo, *unteief*, o la penúltima, *oseibo*. Ahora bien, esta disposición no es casual, sino que fue producida *matemáticamente*. Me parece indudable que la frase primitiva fue normalmente escrita, y después fue modificada aplicando una ley que debemos descubrir. El que posea la clave de este enigma lo leerá de corrido. Pero, ¿cuál es esta clave, Axel? ¿Tienes esa clave?

No contesté la pregunta por una buena razón. Mis ojos se hallaban fijos en un adorable retrato colgado de la pared: el retrato de Graüben. En aquel momento la pupila de mi tío se encontraba en Altona, en casa de una pariente suya. Su ausencia me tenía muy triste porque —ahora ya puedo confesarlo— la bella curlandesa y yo, el sobrino del catedrático, nos amábamos con toda la paciencia y

la parsimonia alemanas. Nos habíamos dado palabra de casamiento sin que se enterase mi tío, demasiado geólogo como para comprender semejantes sentimientos. Graüben era una encantadora muchacha, rubia, de ojos azules, de carácter algo grave y espíritu serio, pero no por eso me amaba menos. Por lo que a mí respecta, la adoraba, si es que este verbo existe en lengua alemana. En un solo instante, la imagen de mi linda curlandesa me transportó del mundo de las realidades a la región de los recuerdos y la ensoñación.

26

Volvía a ver a la fiel compañera de mis tareas y placeres; a la que todos los días me ayudaba a ordenar los pedruscos de mi tío y los rotulaba conmigo. Graüben era muy entendida en materia de mineralogía, y le gustaba profundizar las más arduas cuestiones de la ciencia. ¡Cuántas dulces horas habíamos pasado estudiando los dos juntos! ¡Con cuánta frecuencia había envidiado la suerte de aquellos minerales insensibles que ella acariciaba con sus delicadas manos!

En las horas de descanso salíamos los dos de paseo por las frondosas alamedas del Alster, y llegábamos hasta el antiguo molino al final del lago. Caminábamos de la mano, yo le contaba anécdotas que la hacían reír, y seguíamos de este modo hasta las orillas del Elba. Después de despedirnos de los cisnes que nadaban entre los grandes nenúfares blancos, volvíamos en un vaporcito al desembarcadero.

Allí estaba yo, en mi ensueño, cuando mi tío descargó un puñetazo sobre la mesa y me volvió violentamente a la realidad.

—Veamos —dijo—; para descifrar una clave, la primera idea que se le ocurre a cualquiera es, creo, escribir verticalmente las palabras.

“¡Va encaminado!”, pensé.

—Es preciso ver el efecto que se obtiene de este procedimiento. Axel, escribe en ese papel una frase cualquiera; pero, en vez de disponer las letras unas a continuación de otras, colócalas de arriba abajo, agrupadas de modo que formen cuatro o cinco columnas verticales.

Escribí de arriba abajo:

T o	b	í	a	ü
e r	e	s	G	b
a o	l	i	r	e
d,	l	m	a	n

27

—Bien —dijo el profesor, sin leer lo que yo había escrito—; ahora ordena esas palabras en una línea horizontal. Obedecí y obtuve la frase siguiente:

Tobíaü            eresGb            aolire            d,lman

—¡Perfecto! —exclamó arrebatándome el papel de las manos—; este escrito ya tiene la fisonomía del viejo documento. Las vocales se encuentran agrupadas, lo mismo que las consonantes, en el mayor desorden; hay hasta

una mayúscula y una coma en medio de las palabras, exactamente igual que en el pergamino de Saknussem.

Debo confesar que esta observación me pareció muy ingeniosa.

—Ahora bien —siguió, mirándome fijo—, para leer la frase que acabas de escribir y que yo desconozco, me bastará tomar sucesivamente la primera letra de cada palabra, después la segunda, enseguida la tercera, y así sucesivamente.

Y mi tío, con gran sorpresa suya, y sobre todo mía, leyó:

*Te adoro, bellísima Graüben*

28

—¿Qué significa esto? —exclamó el profesor.

Sin darme cuenta, había cometido la imperdonable torpeza de escribir una frase muy comprometedor.

—¡Con que amas a Graüben! ¿Eh? —prosiguió mi tío con acento de verdadero tutor.

—Sí... No... —balbucí desconcertado.

—De manera que amas a Graüben —prosiguió maquinalmente—. Bueno, dejemos esto ahora y apliquemos mi procedimiento al documento.

Concentrado en su contemplación, mi tío olvidó por el momento mis imprudentes palabras. Y digo imprudentes, porque la cabeza del sabio no podía comprender las cosas del corazón. Por suerte la cuestión del documento absorbió por completo su espíritu.

En el instante de realizar su experimento decisivo, los ojos del profesor Lidenbrock lanzaban chispas a través de los lentes. Sus dedos temblaban al tomar otra vez el viejo pergamino; estaba emocionado de veras. Tosió fuertemente y con voz grave nombró, una tras otra, la primera letra de cada palabra; después la segunda, después todas las demás. Así fue como me dictó la serie siguiente:

*mmessunkaSenrA.icefdoK.segnittamurtn  
ecertserrette,rotaivxada,ednecsedsadne  
lacartniiluJsiratracsarbmutabiledmek  
meretarcsilucolsleffenSnl*

Confieso que al terminar me sentí emocionado. Pronunciadas una a una, aquellas letras no tenían ningún sentido; pero esperaba que el profesor recitara con ellas alguna pomposa frase latina.

Sin embargo, ¡quién lo hubiera dicho! Un violento puñetazo hizo temblar la mesa; saltó la tinta, la pluma se me cayó de las manos.

—Esto no puede ser —exclamó, frenético—; ¡esto no tiene ningún sentido!

Cruzó el despacho con la velocidad de una bala, bajó las escaleras como un alud, se precipitó en la Königstras-se y huyó corriendo.

## IV

Marthe acudió al oír el ruido del portazo, que sacudió la casa.

—¿Se ha marchado? —preguntó

—Sí —respondí—, se ha marchado.

—¿Y su almuerzo?

—Hoy no almorzará en casa.

—¿Y su cena?

—No cenará tampoco.

—Pero ¿cómo es posible, señor Axel?

—Ni él ni nosotros volveremos a comer, Marthe. Mi tío ha resuelto ponernos a dieta hasta que haya descifrado un antiguo pergamino que, a mi modo de ver, es del todo indescifrado.

30

—¡Pobres de nosotros, entonces! ¡Vamos a morir de hambre!

No me atreví a darle la razón, pero esa era la suerte que nos esperaba a todos, dada la testarudez de mi tío.

La vieja sirvienta regresó a la cocina sollozando, muy alarmada.

Cuando me quedé solo tuve la idea de ir a contarle todo a Graüben; pero, ¿cómo salir de casa? ¿Y si mi tío volvía y me llamaba, con objeto de reanudar aquel trabajo logográfico capaz de volver loco al viejo Edipo? ¿Qué sucedería si yo no le contestaba?

Me pareció más prudente quedarme. Poco antes, un mineralogista de Besançon nos había remitido una colec-

ción de geodas silíceas para clasificar. Puse manos a la obra; escogí, rotulé y coloqué en la vitrina todas aquellas piedras huecas, en cuyo interior se agitaban pequeños cristales.

Pero ni pensaba en lo que hacía: el viejo documento no se apartaba de mi mente. La cabeza me daba vueltas y me sentía tomado por una vaga inquietud. Presentía una inminente catástrofe.

Al cabo de una hora las geodas estaban colocadas en su debido orden; me dejé caer sobre el sillón de terciopelo de Utrecht, con los brazos colgando y la cabeza apoyada en el respaldo. Encendí mi larga pipa de espuma, cuya talla representaba una náyade voluptuosamente recostada. Me entretuve en observar cómo el humo iba ennegreciendo de a poco la figura. De vez en cuando aguzaba el oído por si llegaban pasos desde la escalera, pero no. ¿Dónde estaría mi tío? Me lo imaginaba corriendo bajo los frondosos árboles de la calle de Altona, gesticulando, golpeando las tapias con su pesado bastón, pisoteando las hierbas. Decapitando los cardos, interrumpiendo el reposo de las cigüeñas solitarias.

¿Volvería victorioso o derrotado? ¿Mi tío derrotaría al misterio, o el misterio a él?

Mientras me hacía estas preguntas, tomé maquinalmente la hoja de papel donde mi mano había trazado la incomprensible serie de letras, repitiéndome:

—¿Qué significa esto?

Traté de agrupar las letras de manera que formasen palabras, pero en vano. Era inútil reunir las de a dos, de

a tres, cinco o seis; de ninguna manera resultaban inteligibles. Sin embargo, noté que las letras decimocuarta, decimoquinta y decimosexta formaban la palabra inglesa *ice*, y las octogésima cuarta, octogésima quinta y octogésima sexta formaban la voz *sir*, perteneciente al mismo idioma. Por último, en el cuerpo del documento y en las líneas segunda y tercera, leí también las palabras latinas *rota, mutabile, ira, nec y atra*.

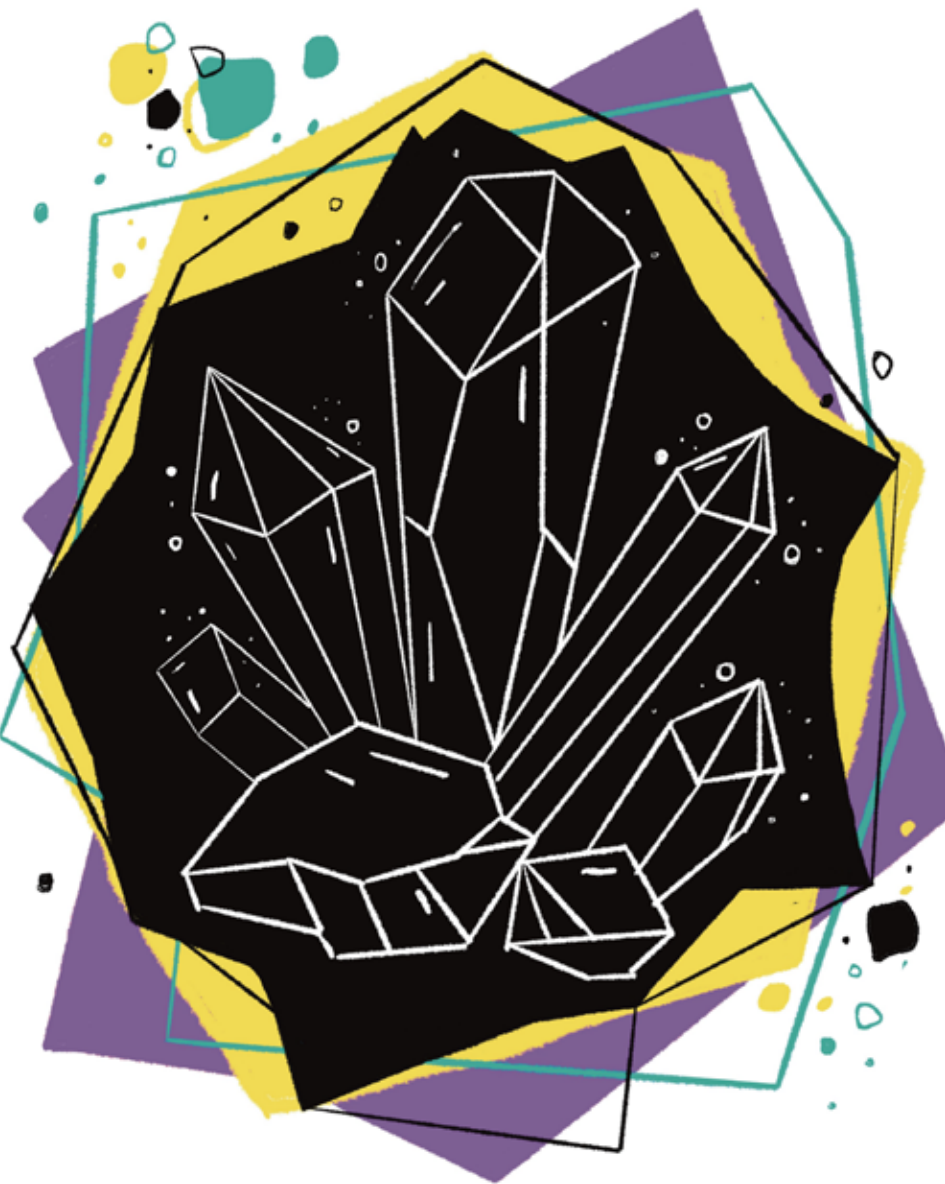
“Estas últimas palabras —pensé— parecerían dar la razón a mi tío acerca del idioma del documento. En la cuarta línea veo también la voz *luco*, que quiere decir ‘bosque sagrado’. Sin embargo, en la tercera se lee la palabra *tabiled*, de estructura perfectamente hebrea. Y en la última línea puedo leer *mer, arc y mère*, que son netamente francesas”.

32

Era para volverse loco. ¡Cuatro idiomas diferentes en una frase absurda! ¿Qué relación podía existir entre las palabras *hielo, señor, cólera, cruel, bosque sagrado, mudable, madre, arco y mar*? Solo la primera y la última podían coordinarse fácilmente; no es raro que en un documento redactado en Islandia se hable de un mar de hielo. Pero esto no bastaba en absoluto para comprender el criptograma.

Luchaba entonces contra una dificultad insuperable; mi cerebro echaba fuego, mi vista se oscurecía de tanto mirar el papel. Las ciento treinta y dos letras parecían revolotear a mi alrededor, como esas lágrimas de plata que vemos moverse en el aire cuando se nos agolpa la sangre en la cabeza.





Era víctima de una especie de alucinación, me asfixiaba, sentía necesidad de aire puro. Empecé a abanicarme con la hoja de papel.

Al agitarla, el anverso y el reverso se presentaban alternativamente a mi vista.

Cuál no habrá sido mi sorpresa cuando, en una de estas rápidas vueltas, el reverso quedó ante mis ojos y creí ver perfectas palabras latinas, como *craterem* y *terrestre*, entre otras.

De repente llegó la claridad a mi espíritu: acababa de descubrir la clave del enigma. Para leer el documento ni siquiera era necesario invertirlo y mirarlo al trasluz. No. Podía leerse de corrido tal como me había sido dictado. Todas las ingeniosas suposiciones del profesor se realizaban; había acertado la disposición de las letras y la lengua en que estaba redactado el documento. Había faltado poco para que mi tío pudiese leer entera aquella frase latina, y este poco me lo acababa de revelar a mí la casualidad.

34

No es difícil imaginar mi emoción. Mis ojos se turbaron y no podía servirme de ellos. Extendí la hoja de papel sobre la mesa y solo me faltaba fijar la mirada en ella para poseer el secreto.

Por fin logré calmar mi agitación. Resolví dar dos vueltas alrededor de la habitación para apaciguar los nervios. Me acomodé en el amplio sillón.

“Leamos”, me dije, después de haber hecho una buena provisión de aire en los pulmones.

Me incliné sobre la mesa, puse el dedo sucesivamente sobre cada letra y, sin titubear, sin detenerme un momento, pronuncié en voz alta la frase entera. ¡Qué inmensa estupefacción y terror se apoderaron de mí! Quedé como herido por un rayo. ¡Cómo! Eso que allí se leía... ¿realmente había ocurrido alguna vez? ¿De verdad un hombre había tenido la audacia de viajar a...?

“¡Ah! —grité dando un salto—. No, no; ¡mi tío jamás lo sabrá! ¡Si llegara a enterarse de semejante viaje... enseguida querría repetirlo él! Nadie lograría detenerlo. ¡Un geólogo tan exaltado! Partiría a pesar de todas las dificultades y obstáculos, obligándome a acompañarlo, y no regresaríamos nunca, ¡pero nunca!”

Me encontraba en un estado de sobreexcitación indescriptible.

“No, no, eso no va a suceder —dije con energía—; puedo impedir que una idea semejante se le ocurra al tirano, y lo haré. Él también podría descubrir la clave por casualidad, agitando este papel. ¡Destruyámoslo!”

Aún quedaban rescoldos en la chimenea. Tomé no solo la hoja de papel sino también el pergamino de Saknussem. Con mano febril iba a arrojar todo al fuego y a destruir así ese secreto tan peligroso, cuando se abrió la puerta del despacho. Mi tío apareció en el umbral.

## V

Apenas me dio tiempo de dejar otra vez sobre la mesa el aciago documento. El profesor parecía muy preocupado. Su pensamiento dominante no lo abandonaba un momento. Evidentemente, durante el paseo había analizado el asunto poniendo en juego todos los recursos de su imaginación. Ahora volvía dispuesto a ensayar alguna combinación nueva.

En efecto, se sentó en su butaca y, con la pluma en la mano, empezó a escribir ciertas fórmulas que recordaban los cálculos algebraicos.

36 Yo seguía con la mirada su mano movediza, sin perder ni uno solo de sus movimientos. ¿Qué resultado imprevisto iba a producirse de pronto? Me estremecía sin motivo; una vez encontrada la verdadera, la única combinación, cualquier otra investigación debía resultar infructuosa.

Trabajó durante tres horas largas sin hablar, sin levantar la cabeza, borrando, volviendo a escribir, raspando, comenzando de nuevo mil veces.

Bien sabía yo que, si él lograba combinar estas letras en todos los órdenes posibles, acabaría por encontrar la frase. Pero también sabía que solo veinte letras permiten formar dos quintillones, cuatrocientos treinta y dos cuatrillones, novecientos dos trillones, ocho mil ciento setenta y seis millones, seiscientos cuarenta mil combinaciones.

Ahora bien, el documento constaba de ciento treinta y dos letras. Esto permitía formar frases en un número

de, por lo menos, ciento treinta y tres cifras. Ese número no puede enunciarse ni concebirse. Entonces era seguro que, usando el método primitivo de buscar todas las combinaciones, mi tío no resolvería el problema.

El tiempo pasaba; llegó la noche y cesaron los ruidos de la calle. Pero mi tío, abismado por completo en su tarea, no veía ni escuchaba absolutamente nada. Ni siquiera a la buena Marthe, que entreabrió la puerta y dijo:

—¿Cenará esta noche el señor?

Marthe tuvo que marcharse sin obtener ninguna respuesta. Por lo que respecta a mí, después de resistir durante mucho tiempo, me sentí acometido por un sueño invencible y me dormí en un extremo del sofá, mientras mi tío proseguía sus complicados cálculos.

Cuando desperté, al día siguiente, todavía trabajaba sin fatigarse. Sus ojos enrojecidos, su tez pálida, el cabello desordenado por sus dedos febriles, los pómulos amarrotados, todo delataba la lucha desesperada que había sostenido contra lo imposible; las fatigas de espíritu, la contención cerebral que había experimentado durante muchas horas.

La verdad es que me inspiró compasión. A pesar de los numerosos motivos de queja que creía tener contra él, me sentí conmovido. El pobre estaba tan absorbido por su idea que ni siquiera lograba encolerizarse. Toda su vitalidad se hallaba reconcentrada en un solo punto, y como no podía escapar por su salida normal, era muy de temer que la tensión lo hiciese estallar de un momento a otro.

Con un solo gesto yo podía aflojar el férreo tornillo que le comprimía el cráneo. Una sola palabra habría bastado, ¡y no quise pronunciarla!

Soy de buen corazón; ¿por qué callaba en estas circunstancias, entonces? Callaba por el bien de mi tío.

“No, no —repetía en mi interior—; no hablaré. Lo conozco muy bien: se empeñaría en repetir el viaje sin que nada ni nadie pudiese detenerlo. Posee una imaginación ardorosa; sería capaz de arriesgar su propia vida por hacer lo que otros geólogos no han hecho. Por lo tanto, no diré nada; guardaré eternamente el secreto que la casualidad me hizo conocer. Revelárselo sería ocasionarle la muerte. Que lo adivine si puede; no quiero tener que reprocharme, el día de mañana, haber sido causa de su perdición”.

38

Una vez adoptada esta resolución esperé cruzado de brazos. Pero no había contado con un incidente que sobrevino algunas horas después.

Cuando Marthe trató de salir de casa rumbo al mercado encontró la puerta cerrada; la llave no estaba en la cerradura. ¿Quién la había quitado? Evidentemente mi tío, al regresar de su precipitada excursión.

¿Lo había hecho por descuido o con intención? ¿Quería someternos a los rigores del hambre? Esto me parecía un poco fuerte. ¿Por qué razón Marthe y yo íbamos a ser víctimas de un problema que no nos concernía en lo más mínimo? Entonces recordé un precedente que me llenó de terror. Algunos años atrás, cuando trabajaba en su gran clasificación mineralógica, mi tío permaneció cuarenta y ocho horas sin comer y toda su familia tuvo que

soportar esta dieta científica. En aquella ocasión sufrí dolores de estómago que nada tenían de agradable para un joven dotado de un apetito devorador.

Me pareció que nos íbamos a quedar sin almuerzo, como la noche anterior nos habíamos quedado sin cena. Pero me armé de valor y resolví no ceder a las exigencias del hambre. Marthe tomó la cosa muy en serio y se desesperaba. Pero a mí, la imposibilidad de salir me preocupaba mucho más que la falta de comida, por razones que se adivinan fácilmente.

Mi tío trabajaba sin cesar; su imaginación se perdía en un dédalo de combinaciones. Estaba viviendo fuera del mundo y apartado de las necesidades terrenas.

A eso del mediodía el hambre me aguijoneó seriamente. Marthe, como quien no quiere la cosa, había devorado las provisiones encerradas en la despensa; no quedaba nada en la casa. Sin embargo, el pundonor me hizo aceptar la situación sin protestas.

Por fin sonaron las dos. Aquello se iba haciendo ridículamente intolerable y empecé a abrir los ojos a la realidad. Pensé que tal vez yo estaba exagerando la importancia del documento; que mi tío no lo creería en caso de leerlo, que solo vería en él una farsa; que, en el caso más desfavorable, lograríamos detenerlo, a su pesar. Y en fin, que tal vez encontrara él mismo la clave del enigma, volviendo infructuoso mi sacrificio de abstinencia.

Estas razones, que hubiera rechazado con indignación un día antes, llegaron a parecerme excelentes; hasta

juzgué absurdo de mi parte haber esperado tanto tiempo, y resolví decir lo que sabía.

Buscaba la manera de entablar conversación, cuando se levantó el catedrático, se caló su sombrero y se dispuso a salir.

¡Horror! ¡Marcharse de casa y dejarnos encerrados en ella...! ¡Eso nunca!

—Tío —le dije de pronto.

Pero él pareció no haberme oído.

—Tío Lidenbrock —repetí, levantando la voz.

—¿Eh? —respondió como quien se despierta de golpe.

—¿Qué pasó con la clave?

—¿Qué llave? ¿La de la puerta?

—No, no; la *clave*. La clave del documento.

40

El profesor me miró por encima de los anteojos y debió observar algo extraño en mi fisonomía, porque me tomó enérgicamente del brazo y, sin poder hablar, me interrogó con la mirada.

Nunca una pregunta fue formulada de manera más expresiva.

Yo movía la cabeza de arriba abajo.

Él sacudía la suya con una especie de conmiseración, como si estuviese hablando con un desequilibrado.

Entonces yo hice un gesto todavía más afirmativo.

Sus ojos brillaron con extraordinario fulgor y adoptó una actitud agresiva.

Este diálogo mudo, en aquellas circunstancias, hubiera interesado al espectador más indiferente.



Para ser franco, no me atrevía a hablar, temeroso de que mi tío me ahogase entre sus brazos en las primeras muestras de júbilo. Pero me apremió y tuve que responderle.

—Sí —dije—, esa clave... la casualidad ha querido...

—¿Qué dices? —exclamó con emoción indescriptible.

—Tome —le dije, alargándole la hoja de papel escrita por mí—; lea.

—¡Pero esto no quiere decir nada! —respondió él, estrujando con rabia el papel entre sus dedos.

—Nada, en efecto, si se empieza a leer por el principio; pero si se comienza por el fin...

No había terminado la frase cuando el profesor lanzó un grito... ¿Qué digo un grito? ¡Un rugido! Una revelación acababa de ocurrir en su cerebro. Estaba transfigurado.

—¡Ah, ingenioso Saknussem! —exclamó—. ¿Así que habías escrito tu frase al revés?

Y tomando la hoja de papel leyó todo el documento, con la vista turbada y la voz enronquecida de emoción, subiendo desde la última letra hasta la primera.

Decía:

*In Sneffels oculis craterem kem delibat  
umbra Scartaris Julii intra calendas descende,  
audax viator, et terrestre centrum attinges.  
Kod feci. —Arne Saknussem.*

Algo que, aunque escrito en mal latín, se puede traducir así:

*Desciende al cráter del Yocul de Sneffels, que la sombra del Scartaris roza antes de las calendas de julio, audaz viajero, y llegarás al centro de la tierra, como he llegado yo. —Arne Saknussemm.*

Al leer esto, mi tío pegó un salto como si hubiese recibido la descarga de una botella de Leyden. La audacia, la alegría y la convicción le daban un aspecto magnífico. Iba y venía precipitadamente, se apretaba la cabeza entre las manos, echaba a rodar las sillas, amontonaba los libros. Aunque parezca increíble, empezó a hacer malabares con sus inestimables geodas. Repartía a diestra y siniestra patadas y puñetazos. Por fin sus nervios se calmaron y, agotada la energía, se desplomó en el sillón.

42

—¿Qué hora es? —me preguntó después de unos instantes de silencio.

—Las tres —respondí.

—¡Las tres! Me muero de hambre, como si no hubiera cenado. Vamos a comer ahora mismo. Después...

—¿Después qué?

—Después prepararás mi equipaje.

—¿Su equipaje? —exclamé.

—Sí; y el tuyo también —respondió el despiadado cate-drático, entrando en el comedor.

## VI

Un terrible escalofrío me recorrió el cuerpo al escuchar estas palabras. Sin embargo, me contuve y resolví poner buena cara. Solo podría detener al profesor Lidenbrock usando argumentos científicos, y había muchos y muy poderosos para oponer a semejante viaje. ¡Ir al centro de la tierra! ¡Qué locura! Pero reservé mi dialéctica para el momento oportuno. Me ocupé de la comida.

Cualquiera se imagina las maldiciones de mi tío al encontrar la mesa vacía, pero logramos explicarle la causa. Entonces Marthe se vio libre de volver a sus tareas; corrió al mercado, ida y vuelta, y trabajó tan rápido que una hora más tarde mi apetito estaba satisfecho. Entonces pude considerar nuevamente la situación.

43

Durante la comida el profesor dio muestras de cierta jovialidad, permitiéndose hacer algunos chistes inocentes, propios de un erudito. Terminados los postres me hizo señas para que lo siguiera a su despacho.

Obedecí sin chistar. Se sentó a un extremo de su escritorio y yo al otro.

—Axel —dijo, con una amabilidad muy poco frecuente en él—, eres un muchacho ingenioso. Me has prestado un gran servicio cuando, cansado de luchar, iba a darme por vencido. No lo olvidaré jamás. Participarás de la gloria que vamos a conquistar.

“Bien —pensé—, se halla de buen humor: es el momento oportuno para discutir esta gloria”.

—Ante todo —prosiguió mi tío—, te recomiendo el más absoluto secreto, ¿me oyes? No me faltan envidiosos en el mundo de los sabios, y hay muchos que quisieran emprender este viaje, del cual no tendrán noticia alguna hasta nuestro regreso.

—¿Usted cree que es tan grande el número de los audaces?

—¡Ya lo creo! ¿Quién vacilaría en conquistar una fama semejante? Si este documento llegara a conocerse, un ejército entero de geólogos se precipitaría tras las huellas de Arne Saknussem.

—No opino lo mismo, tío, porque nada prueba la autenticidad de ese documento.

—¡Qué dices! ¿Y el libro en que lo hemos encontrado?

44

—Bien, no niego que el mismo Saknussem pueda haber escrito esas líneas; pero ¿vamos a creer por eso que él en persona haya realizado el viaje? ¿No puede ser una superchería ese viejo pergamino?

Me arrepentí de haber pronunciado esas últimas palabras; el profesor frunció su poblado entrecejo, y creí haber malogrado el éxito que esperaba obtener de aquella conversación. No fue así, por suerte. Se esbozó una especie de sonrisa en sus delgados labios, y respondió:

—Eso ya lo veremos.

—Bien —dije algo molesto—; pero permítame formular una serie de objeciones relativas a ese documento.

—Habla, hijo mío, no me opongo. Te permito que expongas tu opinión con entera libertad. Ya no eres mi sobrino sino un colega. Habla, entonces.

—Ante todo, le agradeceré que me diga qué significan ese Yocul, ese Sneffels y ese Scartaris, de los que nunca oí hablar en mi vida.

—Nada más sencillo. Precisamente recibí, no hace mucho, una carta de mi amigo Peterman, de Leipzig, que no podía llegar en fecha más oportuna. Tráeme el tercer atlas del segundo estante de la biblioteca grande, serie Z, tabla 4.

Me levanté y, gracias a la precisión de sus indicaciones, di con el atlas enseguida. Él lo abrió y dijo:

—Este es uno de los mejores mapas de Islandia, el de Henderson. Creo que nos va a resolver todas las dificultades.

Me incliné sobre el mapa.

—Fíjate en esta isla llena de volcanes —dijo el profesor—, y observa que todos llevan el nombre de *Yocul*, palabra que en islandés significa “glaciar”. Debido a la elevada latitud de Islandia, la mayoría de las erupciones ocurren a través de capas de hielo. Por eso se aplica el nombre de *Yocul* a todos los montes ignívolos de la isla.

—Bien —respondí—, pero ¿qué significa Sneffels?

Creí que a esta pregunta no sabría qué responder mi tío. Me equivoqué por completo. Dijo:

—Sígueme por la costa occidental de la isla. ¿Ves su capital, Reikiavik? Bien; ahora remonta los innumerables fiordos de estas costas escarpadas por el mar, y detente un momento debajo de los 65 grados de latitud. ¿Qué ves?

—Una especie de península, que parece un hueso pelado y termina en una rótula enorme.

—La comparación es exacta, hijo mío; y ahora dime, ¿no ves nada sobre esa rótula?

—Veo un monte que parece surgir del mar.

—Pues ese es el Sneffels.

—¿El Sneffels?

—Sí, una montaña de cinco mil pies de elevación, una de las más notables de la isla y seguramente la más importante del mundo entero, si su cráter conduce al centro del globo.

—Pero eso es imposible —exclamé, encogiéndome de hombros y rebelándome contra semejante hipótesis.

—¡Imposible! ¿Y por qué? —replicó con tono severo el profesor Lidenbrock.

—Porque ese cráter debe estar obstruido por las lavas y las rocas candentes, y por lo tanto...

—¿Y si se trata de un cráter apagado?

—¿Apagado?

—Sí. El número de los volcanes activos sobre la superficie del globo no pasa en la actualidad de trescientos, pero existe una cantidad mucho mayor de volcanes apagados. El Sneffels figura entre estos últimos, y en la historia no hay noticia de que haya experimentado más que una sola erupción: la de 1219. A partir de esa fecha sus rumores se han ido extinguiendo gradualmente, y ha dejado de figurar entre los volcanes activos.

Ante estas afirmaciones no supe qué objetar, y traté de basar mis argumentos en las otras oscuridades que contenía el escrito.

—¿Qué significa esa palabra Scartaris —pregunté—, y qué tiene que ver todo eso con las calendas de julio?

Tras algunos momentos de reflexión, que fueron para mí un rayo de esperanza, respondió:

—Lo que tú llamas oscuridad para mí resulta luz, ya que me demuestra el ingenio desplegado por Sagnussem para precisar su descubrimiento. El Sneffels está formado por varios cráteres, y era preciso indicar cuál de ellos es el que conduce al centro de la tierra. ¿Qué hizo entonces el sabio islandés? Observó que en las proximidades de las calendas de julio, es decir, en los últimos días de junio, uno de los picos de la montaña, el Scartaris, proyecta su sombra hasta la abertura del cráter. Y consignó este hecho en el documento. ¿Es posible imaginar una indicación más exacta? Una vez que lleguemos a la cumbre del Sneffels, ¿podemos dudar acerca del camino a seguir teniendo esta advertencia presente?

Decididamente mi tío tenía respuesta para todo. Me convencí de que no había posibilidad de atacarlo en lo referente a las palabras del antiguo pergamino; dejé de presionar sobre este asunto. Pero era necesario convencerlo, así que pasé a hacerle otras objeciones de carácter científico, en mi concepto, más graves.

—Bien —dije—, tengo que aceptar que la frase de Sagnussem es clara y no deja dudas. También admito que el documento parece ser de una autenticidad perfec-

ta. Ese sabio bajó al fondo del Sneffels, vio la sombra del Scartaris acariciar los bordes del cráter antes de las calendas de julio, y las leyendas de su tiempo le enseñaron que aquel cráter conducía al centro del globo. Hasta aquí estamos de acuerdo. Pero admitir que él en persona fue al centro de la tierra, y que volvió de allí sano y salvo, eso no, ¡mil veces no!

—¿Y en qué fundas tu negativa? —preguntó mi tío con tono burlón.

—En que todas las teorías de la ciencia demuestran que la empresa es impracticable.

—¿Todas las teorías dicen eso? —replicó el profesor, haciéndose el inocente—. ¡Ah, teorías! ¡Cuánto trabajo van a darnos!

48

Aun comprendiendo que se burlaba de mí, proseguí:

—Es un hecho admitido que la temperatura aumenta un grado cada setenta pies de profundidad en la corteza terrestre. Si este aumento es constante, y midiendo 1.500 leguas el radio terrestre, en el centro de la tierra hay una temperatura de dos millones de grados. La materia en el interior de nuestro planeta se encuentra en estado gaseoso incandescente, porque los metales, el oro, el platino, las rocas más duras, no resisten semejante calor. ¿No tengo, entonces, derecho a afirmar que es imposible penetrar en un medio semejante?

—¿Entonces, Axel, lo que te molesta es el calor?

—Sin duda. Con solo bajar diez leguas llegaríamos al límite de la corteza terrestre, y la temperatura ya sería superior a los 1300 grados.



—¿Y temes entrar en fusión?

—Calcule la respuesta —dije, molesto.

—En realidad —replicó el profesor, adoptando su aire magistral de costumbre—, ni tú ni nadie sabe de manera cierta lo que ocurre dentro de nuestro globo, ya que apenas se conocen doce milésimas partes de su radio. La ciencia se perfecciona y una teoría es a cada momento destruida por otra teoría nueva. ¿No se creyó, hasta que Fourier demostró lo contrario, que la temperatura de los espacios interplanetarios decrecía sin cesar? ¿No se sabe hoy que los grandes fríos de las regiones etéreas nunca pasan de los cuarenta o cincuenta grados bajo cero? ¿Acaso no podría suceder lo mismo con el calor interior? ¿Por qué no ha de alcanzar un límite a partir de cierta profundidad, en lugar de elevarse hasta fundir los minerales refractarios?

49

Como mi tío colocaba la cuestión en un terreno hipotético, no podía responderle.

—Verdaderos sabios, entre ellos Poisson —continuó—, han demostrado que, si existiese en el interior de la tierra una temperatura de dos millones de grados, los gases de las sustancias fundidas adquirirían una tensión tal, que la corteza terrestre estallaría como una caldera bajo la presión del vapor.

—Eso, tío, no pasa de ser una opinión de Poisson.

—Concedido; pero otros distinguidos geólogos también opinan que el interior de la tierra no está hecho de gases, ni de agua, ni de las rocas más pesadas que cono-

ceмос. Porque en este caso el peso de nuestro planeta sería dos veces menor.

—¡Oh, usando cifras es fácil demostrar lo que a uno se le ocurra!

—¿Y no ocurre lo mismo con los hechos, hijo mío? ¿No es un hecho probado que el número de volcanes disminuyó considerablemente desde el principio del mundo? ¿Y no es esto una prueba de que el calor central, si es que existe, tiende a debilitarse?

—Tío, si usted sigue entrando en el campo de las suposiciones será imposible discutir.

—Debes saber que los hombres más competentes comparten mi opinión. ¿Te acuerdas de una visita que me hizo el célebre químico inglés Humphry Davy en 1825?

50

—¿Cómo me podría acordar, si vine al mundo diecinueve años después?

—Pues bien, Humphry Davy vino a verme a su paso por Hamburgo. Y discutimos largo tiempo, entre otras muchas cuestiones, la hipótesis según la cual el interior de la tierra se halla en estado líquido. Quedamos los dos de acuerdo en que esto no era posible, por una razón que la ciencia no ha podido jamás refutar.

—¿Y qué razón es esa?

—Que esa masa líquida estaría expuesta, lo mismo que los océanos, a la atracción de la luna. Por lo tanto, habría cada día dos mareas interiores que, levantando la corteza terrestre, originarían terremotos periódicos.

—Sin embargo, es evidente que la superficie del globo ha sufrido una combustión. Eso permite suponer que la

corteza se fue enfriando, mientras el calor se refugió en el centro de la tierra.

—Eso es un claro error —dijo mi tío—; el calor de la tierra no reconoce otro origen que la combustión de su superficie. Esta se hallaba formada por una gran cantidad de metales, tales como el potasio y el sodio, que tienen la propiedad de inflamarse al solo contacto del aire y del agua. Esos metales ardieron cuando los vapores atmosféricos se precipitaron sobre ellos en forma de lluvia. Y poco a poco, a medida que las aguas penetraban por las hendiduras de la corteza terrestre, fueron determinando nuevos incendios, acompañados de explosiones y erupciones. Esa es la causa de que fuesen tan numerosos los volcanes en los primeros días del mundo.

—¡Es ingeniosa la hipótesis! —exclamé, un poco sin querer.

—Humphry Davy me la demostró aquí mismo mediante un experimento sencillo. Fabricó una esfera, compuesta principalmente por los metales que mencioné antes, y que tenía la forma de nuestro globo. Si se esparcía encima un finísimo rocío, la superficie se hinchaba, se oxidaba y formaba una pequeña montaña, en cuya cumbre se abría un cráter momentos después. Entonces ocurría una erupción, y el calor era tanto que se hacía imposible sostener la esfera en la mano.

Para ser franco, empezaban a doblegarme los argumentos del profesor, presentados con su pasión y entusiasmo de siempre.

—Ya ves, Axel —añadió—: el estado del núcleo central ha suscitado muy diversas hipótesis entre los mismos geólogos. No hay nada que demuestre la existencia de ese calor interior; a mi entender, no existe ni puede existir. Pero ya lo comprobaremos. Y, como Arne Saknussemm, sabremos a qué atenernos sobre esta cuestión tan discutida.

—Sí, sí, ya lo veremos —contesté, dejándome arrastrar por su entusiasmo—; lo veremos, si allí es posible ver algo.

—¿Y por qué no? ¿No podemos alumbrarnos con los fenómenos eléctricos y hasta con la misma atmósfera, que puede volverse luminosa por su propia presión en las proximidades del centro de la tierra?

—¡Sí, sí! —respondí—. Es posible, después de todo.

52

—Es cierto —replicó triunfalmente mi tío—; pero silencio, ¿me oyes? Guarda silencio acerca de todo esto, para que a nadie se le ocurra descubrir el centro de la tierra antes que nosotros.

## VII

Así terminó aquella memorable sesión. La charla me causó fiebre. Salí como aturdido del despacho de mi tío y, sintiendo que en las calles de Hamburgo no había suficiente aire para refrescarme, me encaminé a las orillas del Elba. Fui derecho al sitio donde atraca el vapor que comunica la ciudad con el ferrocarril de Hamburgo.

¿Estaba convencido de lo que acababa de oír? ¿No me había dejado fascinar por el profesor Lidenbrock? ¿Debía tomar en serio su resolución de bajar al centro del macizo terrestre? ¿Acababa de escuchar las elucubraciones de un loco o las deducciones científicas de un genio? ¿Dónde terminaba la verdad y dónde comenzaba el error en todo este asunto?

Flotaba entre mil hipótesis contradictorias sin poder aferrarme a ninguna. Mi tío me había convencido, lo recordaba, pero mi entusiasmo empezaba a decaer. Hubiera querido irme inmediatamente en vez de tomarme tanto tiempo para reflexionar. En aquel momento no me habría faltado valor para hacer las valijas, pero una hora después esa sobreexcitación cesó por completo, mis nervios se calmaron y desde la profundidad de la tierra volví a la superficie.

53

—¡Es absurdo —exclamé—, no tiene sentido! No es una proposición seria que pueda hacerse a un muchacho cuerdo. Nada de eso pasó; dormí mal, todo fue una pesadilla.

Entretanto, había caminado por las márgenes del Elba rodeando la ciudad, y pasando el puerto me encontré en el camino de Altona. Me guiaba un presentimiento que pronto quedó justificado: no tardé en descubrir a mi querida Graüben, que regresaba a Hamburgo a pie.

—¡Graüben! —le grité desde lejos.

Ella se detuvo turbada, sin duda por oírse llamar de aquel modo en medio de una gran carretera. De un salto me puse a su lado.

—¡Axel! —exclamó sorprendida—. ¡Viniste a buscarme!  
¡Muy bien hecho, caballero!

Pero al verme bien le llamó la atención mi aire inquieto y preocupado.

—¿Qué te pasa? — preguntó tendiéndome la mano.

En pocos segundos la puse al corriente de la situación. Guardó silencio durante algunos instantes. ¿Latía su corazón al unísono del mío? Lo ignoro; pero su mano no temblaba como la mía. Caminamos unos cien pasos en silencio.

—Axel... —me dijo al fin.

—¿Qué, mi querida Graüben?

—¡Qué viaje tan hermoso es el que vas a emprender!

Tan inesperadas palabras me hicieron dar un salto.

—Sí, Axel; y muy digno del sobrino de un sabio. ¡Siempre es bueno para un hombre haberse distinguido por alguna gran empresa!

—¡Cómo! ¿No vas a tratar de disuadirme de semejante expedición?

—No, Axel querido; al contrario. Los acompañaría de buena gana, si una pobre muchacha no fuera un estorbo para ustedes.

—Pero, ¿lo dices de veras?

—¡Ya lo creo!

¡Ah, mujeres, niñas! ¡Corazones femeninos, incomprendibles siempre! Cuando no son las almas más tímidas de la tierra, son las más valientes. La razón no tiene poder sobre ustedes. ¡Esta niña me animaba a tomar parte en la expedición! Ella misma se sentía capaz de ha-

cerlo sin miedo. ¡Y me incitaba a mí, a su amado, a seguir adelante! Me vi desconcertado y, por qué no decirlo, sentía cierto rubor.

—Gräuben —dije—, veremos si mañana piensas lo mismo.

—Mañana pensaré lo mismo que hoy, querido.

Y tomados de la mano, aunque sin despegar nuestros labios, reanudamos la marcha. Me sentía quebrantado por las emociones del día.

“Después de todo —pensaba—, las calendas de julio todavía están lejos. Hasta ese momento ocurrirán muchas cosas; mi tío se curará de la manía de viajar bajo tierra”.

Ya era noche cerrada cuando llegamos a casa.

Esperaba encontrar todo tranquilo, con mi tío ya acostado, como de costumbre, y Marthe dando el último repaso al comedor antes de retirarse a la cama. Pero no había contado con la impaciencia del profesor. Lo encontré gritando y corriendo, de un lado a otro, en medio de una cuadrilla de peones que descargaban objetos en el pasillo. Marthe estaba atolondrada y sin saber qué hacer.

—Vamos, Axel, ¡date prisa, por Dios! —gritó mi tío apenas me vio venir—. ¡Falta hacer tu equipaje! ¡Hay que poner en regla mis papeles! ¡La llave de mi maleta no aparece, mis polainas no llegan!

Quedé estupefacto, casi sin voz, y a duras penas pude articular unas palabras:

—¿Pero es que nos marchamos?

—¡Sí, muchacho infeliz, que te vas de paseo en vez de quedarte a ayudar con los preparativos!

—¿Nos vamos? —repetí con voz ahogada.

—Sí, pasado mañana al amanecer.

No fui capaz de seguir escuchando. Me metí en mi cuarto.

No era posible dudar: mi tío había pasado la tarde adquiriendo una serie de objetos y utensilios necesarios para nuestro viaje. La calle estaba llena de escalas, cuerdas con nudos, antorchas, envases para líquidos, grapas de hierro, picos, bastones, azadas y otros objetos para cuyo transporte se precisaban por lo menos diez hombres.

Pasé una noche terrible. A la mañana siguiente me llamaron muy temprano. Estaba decidido a no abrir la puerta a nadie, pero no pude resistir los encantos de una voz adorable:

—¿No me quieres abrir, querido Axel?

Salí de la habitación. Creí que mi aire abatido, mi palidez, mis ojos enrojecidos por el insomnio producirían sobre Graüben un doloroso efecto y le harían cambiar de parecer. Pero ella dijo:

—¡Ah, mi querido Axel! Veo que estás mucho mejor y que la noche te ha calmado.

—¡Calmado! —exclamé yo.

Corrí a mirarme al espejo. No tenía tan mala cara como me había imaginado.

—Axel —dijo Graüben—, estuve hablando mucho con mi tutor. Es un sabio audaz, un hombre de gran valor, y no



debes olvidar que su sangre corre por tus venas. Me ha dado a conocer sus proyectos, sus esperanzas, y cómo y por qué espera alcanzar su objetivo. Y lo alcanzará, no hay duda. ¡Ah, querido Axel! Qué hermoso es consagrarse de ese modo al estudio de las ciencias. Una gloria inmensa espera al señor Lidenbrock, y se reflejará sobre su compañero. Cuando regreses serás un hombre, Axel; serás igual a tu tío, con libertad de hablar, con libertad de obrar, con libertad, en fin, de...

Se ruborizó y no terminó la frase. Sus palabras me reanimaron. Sin embargo, no quería creer que partiríamos. Hice entrar conmigo a Graüben en el despacho del profesor Lidenbrock. Pregunté:

—Tío, ¿está decidido entonces que partiremos?

—¿Cómo! ¿Lo dudas?

—No —dije para no contrariarlo—; solo quisiera saber cuál es el motivo de tanto apuro.

—¡El tiempo! ¡El tiempo, que transcurre con una rapidez desesperante!

—Pero si recién es 26 de mayo, y hasta fines de junio...

—¿Crees, ignorante, que es tan fácil llegar a Islandia? Si no te hubieses marchado como un necio, habrías venido conmigo a la oficina de los señores Liffender y Compañía, y sabrías que de Copenhague a Reikiavik no hay más que una expedición mensual, el 22 de cada mes. Y que si esperásemos a la del 22 de junio, llegaríamos demasiado tarde para ver la sombra del Scartaris acariciar el cráter del Sneffels. Hay que llegar a Copenhague lo antes posi-

ble para buscar allí un medio de transporte. ¡Ve a hacer tu equipaje!

No era posible objetar. Subí a mi habitación, seguido de Graüben, y ella fue quien se encargó de colocar en una maleta los objetos necesarios para tan largo viaje, con la misma tranquilidad que si se tratase de hacer una excursión a Lübeck o a Heligoland. Sus manos iban y venían sin apuro; conversaba con calma y exponía las razones más sensatas para justificar la expedición. Al mismo tiempo me embelesaba y me enojaba. Si en algún momento me sentí a punto de estallar, ella aparentaba no advertirlo y seguía su tarea con toda tranquilidad.

Una vez todo listo y cerrada la maleta, bajamos al piso inferior.

58

Durante todo el día no habían dejado de llegar los proveedores de instrumentos de física y de aparatos eléctricos, de armas y municiones. Marthe no sabía qué pensar de todo aquello.

—¿El señor se ha vuelto loco? —me preguntó por fin.

Yo hice un ademán afirmativo.

—¿Y lo lleva a usted con él?

Repetí el ademán.

—¿Y adónde?

Señalé con el dedo el centro de la tierra.

—¿Al sótano? —exclamó la vieja criada.

—No —contesté—, más abajo todavía.

Llegó la noche. Yo ya no tenía conciencia del tiempo transcurrido.

—Hasta mañana temprano —me dijo mi tío—; partiremos a las seis en punto.

A las diez me dejé caer en la cama como una masa inerte.

Durante la noche los terrores me asaltaron de nuevo.

La pasé soñando con precipicios. Deliraba. Me sentía apretado por la mano vigorosa del profesor, arrastrado y hundido en las profundidades. Caía por abismos sin fin, con la velocidad creciente de los cuerpos abandonados en el espacio. Mi vida no era más que una caída interminable.

Desperté a las cinco, devastado por las emociones y el cansancio. Me levanté y bajé al comedor. Mi tío ya estaba sentado a la mesa y comía con devorador apetito. Lo contemplé con un sentimiento de horror. Graüben estaba allí. No despegué mis labios ni me fue posible comer.

A las cinco y media se oyeron las ruedas de un carruaje acercándose; llegó un espacioso coche para conducirnos a la estación del ferrocarril de Altona. En un momento se llenó con los bultos de mi tío.

—¿Y tu maleta? —preguntó.

—Está lista —respondí con voz desfallecida.

—¡Pues bájala enseguida! ¿No ves que vamos a perder el tren?

No había manera de luchar contra mi destino. Subí a mi cuarto y tomé la maleta. La dejé resbalar por los pedáños de la escalera y bajé detrás de ella.

En ese momento mi tío dejó solemnemente la casa al mando de Graüben, que conservaba su calma habitual.

Abrazó a su tutor, pero no pudo contener una lágrima al rozar mi mejilla con sus dulcísimos labios.

—¡Graüben! —exclamé yo.

—Ve tranquilo, Axel —dijo ella—. Ahora dejas a tu novia, pero a la vuelta hallarás a tu mujer.

La estreché entre mis brazos y fui a sentarme en el coche. Desde el umbral Marthe y mi prometida nos enviaron un último adiós. Después los dos caballos, excitados por los silbidos del cochero, se lanzaron al galope por la carretera de Altona.

## VIII

60

De Altona, verdadero arrabal de Hamburgo, arranca el ferrocarril de Kiel que debía conducirnos a la costa de los Belt. En menos de veinte minutos penetramos en el territorio del Holstein.

A las seis y media se detuvo el carruaje delante de la estación. Los numerosos bultos de mi tío, así como sus voluminosos artículos de viaje, fueron descargados, pesados, rotulados y vueltos a cargar en el furgón del equipaje. A las siete estábamos sentados frente a frente en el mismo coche. Silbó la locomotora y el convoy se puso en movimiento. Ya estábamos en marcha.

¿Iba resignado? Todavía no. Sin embargo, el aire fresco de la mañana, los detalles del camino, renovados rápidamente por la velocidad del tren, me distrajeron de mi gran preocupación.

Los pensamientos del profesor avanzaban más velozmente que el convoy, demasiado lento frente a su impaciencia. Íbamos en el coche los dos solos, pero sin dirigirnos la palabra. Él revisaba sus bolsillos y su bolso de viaje con minuciosa atención. Noté que no le faltaba nada de lo necesario para la ejecución de sus proyectos.

Pude ver, entre otras cosas, una hoja de papel cuidadosamente doblada que ostentaba el membrete de la cancillería danesa, con la firma del señor Christensen, cónsul de Dinamarca en Hamburgo y amigo del profesor. Esta carta debía facilitarnos en Copenhague la obtención de recomendaciones para el gobernador de Islandia.

Vi también el famoso documento, guardado en la más oculta división de su cartera. Lo maldije desde el fondo de mi corazón y me dediqué otra vez a contemplar el paisaje. Era una extensa serie de llanuras sin interés, monótonas, cenagosas y fértiles; un campo muy propicio al tendido ferroviario, al trazado de esas rectas tan apetecidas por las empresas de trenes.

Pero esa monotonía no llegó a fatigarme, porque tres horas después de nuestra partida el tren se detenía en Kiel, a dos pasos del mar.

Como nuestros equipajes habían sido facturados hasta Copenhague, no tuvimos que ocuparnos de ellos para nada. Pero mi tío no les quitó la vista de encima mientras los trasbordaban al vapor, en cuyas bodegas desaparecieron.

En su precipitación, mi tío había calculado mal la hora de trasbordo entre el ferrocarril y el buque; ahora debería-

mos perder un día entero. El vapor *Ellenora* no salía hasta la noche. Siguió un infierno de nueve horas, durante las cuales el irascible viajero insultó a la administración de los vapores y ferrocarriles y a los Gobiernos que toleraban sus abusos. Yo tuve que hacerle coro cuando encaró al capitán del *Ellenora*. Quería obligarlo a levar anclas y zarpar inmediatamente. El capitán lo mandó a pasear.

En Kiel, como en todas partes, es preciso buscar la manera de matar el tiempo. Paseamos por las verdes costas de la bahía, que enmarcan la pequeña ciudad, y recorrimos los bosques que le dan el aspecto de un nido entre las ramas. Admiramos los caserones, provistos todos de su casilla de playa. Por fin, después de tanto dar vueltas y quejarnos, sonaron las diez de la noche.

62

Los penachos de humo del *Ellenora* se elevaban en la atmósfera, la cubierta temblaba con los estertores de la caldera. Estábamos a bordo, ocupando dos literas en el único camarote del vapor.

A las dos y cuarto el buque soltó sus amarras y avanzó rápidamente sobre las sombrías aguas del Gran Belt.

La noche estaba oscura, la brisa fresca levantaba una marejada imponente. Algunas luces de la costa se distinguían en medio de la tiniebla; más tarde, no sé qué faro nos envió sus destellos por encima de las olas. Es lo único que recuerdo de aquel primer viaje.

A las siete de la mañana desembarcamos en Korsør, pequeña ciudad situada en la costa occidental de Sjælland. Trasbordamos a otro ferrocarril que nos condujo a

través de una zona no menos llana que las campiñas del Holstein.

Aún faltaban tres horas de viaje para llegar a la capital de Dinamarca. Mi tío no había pegado los ojos en toda la noche. Creo que, en su impaciencia, empujaba el vagón con los pies.

Por fin apareció un brazo de mar.

—¡El Øresund! —exclamó entusiasmado.

Había a nuestra izquierda un vasto edificio que parecía un hospital.

—Es un manicomio —dijo uno de nuestros compañeros de viaje.

“¡Muy bien! —pensé—. Es el tipo de establecimiento donde deberían concluir nuestros días. Por muy grandes que sean sus dimensiones, nunca será tan amplio como para contener la inmensa locura del profesor Lidenbrock”.

Por fin, a las diez de la mañana descendimos en Copenhague; los equipajes fueron cargados en un coche y conducidos con nosotros al hotel Phoenix, en Bred-Gade. Esto tomó media hora, porque la estación está situada fuera de la ciudad. Después de asearse un poco y de cambiarse de traje, mi tío me ordenó que lo siguiera. El portero del hotel hablaba alemán e inglés, pero el profesor, en su calidad de políglota, lo interrogó en buen danés. En este idioma le indicó el otro cómo llegar al Museo de Antigüedades del Norte.

Este curioso establecimiento acumulaba tantas y tales maravillas que hubiera sido posible reconstruir la historia del país con sus viejas armas de piedra, cuencos y

joyas. Su director era el profesor Thomson, un verdadero sabio, amigo del cónsul de Hamburgo.

Mi tío llevaba para él una cálida carta de recomendación. Por regla general los sabios no se reciben muy bien unos a otros, pero en este caso ocurrió todo lo contrario. El señor Thomson, un hombre servicial, recibió con cordialidad al profesor Lidenbrock y a su sobrino. No hace falta decir que guardamos nuestro secreto frente al director; éramos dos simples viajeros que querían visitar Islandia sin otro objeto que admirar las numerosas curiosidades que encierra.

El señor Thomson se puso a nuestra entera disposición, y juntos recorrimos los muelles buscando un barco que fuese a partir en breve.

64

Yo esperaba que no hubiera ni un solo medio de transporte disponible, pero por desgracia sí encontramos. Una pequeña goleta danesa, la *Valkyria*, debía partir el 2 de julio con rumbo a Reikiavik. Su capitán, el señor Bjarne, se encontraba a bordo; mi tío le estrechó la mano con tanta alegría que casi le rompe los huesos. Tanta efusividad sorprendió al capitán; ir a Islandia le parecía la cosa más natural del mundo, ya que ese era su oficio. Pero como a mi tío le parecía una cosa sublime, el capitán se aprovechó de su entusiasmo y nos cobró el doble de lo que valía el pasaje. El profesor pagó sin regatear.

—Los espero a bordo el martes a las siete de la mañana —dijo el señor Bjarne, después de embolsarse una respetable suma.



Dimos las gracias al señor Thomson por todas sus atenciones y regresamos al hotel Phoenix.

—Hasta ahora todo nos sale bien —decía el profesor—; ¡todo marcha a la perfección! ¡Qué feliz casualidad haber encontrado este buque listo para partir! Ahora vamos a almorzar y a visitar la ciudad.

Nos trasladamos a Kongens Nytorv, plaza irregular ocupada por un cuerpo de guardia, con dos inofensivos cañones fijos que no asustan a nadie. Muy cerca, en el número 5, había un restaurante francés dirigido por un cocinero llamado Vincent. Almorzamos por la módica suma de cuatro marcos cada uno.

Después recorrí la ciudad con el entusiasmo de un niño. Mi tío se dejaba arrastrar, pero sin prestar atención a nada. No vio el pequeño palacio real, ni el hermoso puente del siglo XVII tendido sobre el canal delante del Museo, ni el inmenso cenotafio de Thorvaldsen, donde se conservan las obras de este escultor, y cuyas pinturas murales son horribles. Tampoco reparó en el microscópico castillo de Rosenborg ni en el admirable edificio renacentista de la Bolsa, con su campanario formado por las colas entrelazadas de cuatro dragones de bronce. Ni siquiera miró los grandes molinos instalados en las murallas, cuyas alas se hinchan como las velas de un barco al soplo de la brisa marina.

¡Qué hermosos paseos habríamos dado mi amada y yo por los muelles de aquel puerto! Los navíos y fragatas de techos rojos dormían junto a la orilla del estrecho; las sombras espesas ocultaban la ciudadela, con la negra

boca de los cañones asomando entre las ramas de los sauces y saúcos.

Pero ay, ¡qué lejos estaba mi Graüben! Y ni siquiera tenía esperanzas de volver a verla jamás.

Aunque ninguno de estos parajes encantadores llamara la atención de mi tío, sí se impresionó al ver cierto campanario levantado en la isla de Amager, que forma parte del barrio sudoeste de Copenhague. Por decisión suya tomamos esa dirección, nos embarcamos en un vaporcito que transportaba pasajeros a través de los canales, y poco después atracamos en el muelle de Dock-Yard.

Atravesamos algunas calles estrechas donde los galeotes, de pantalones amarillos y grises, trabajaban bajo la vara amenazante de los capataces. Pronto estuvimos frente a la Vor Frelsers-Kirke. Esta iglesia no ofrecía nada notable, pero su campanario había llamado la atención del profesor; partiendo de su base, una escalera exterior subía en caracol alrededor de la estructura, desplegando sus espirales hacia el cielo.

—Subamos —dijo.

—¿No nos atacará el vértigo? —repliqué.

—Razón de más; es preciso que nos habituemos a él.

—Sin embargo...

—Vamos, no perdamos tiempo —insistió el profesor con ademán imperioso. Tuve que obedecer. Un guardia nos entregó la llave y comenzamos el ascenso.

Mi tío subía con paso cuidadoso y yo lo seguía, atterrorizado por mi facilidad para marearme. No hay en mí el temple, el nervio insensible de las águilas.

Mientras subíamos por la hélice interior que forma la escalera, todo fue bien. Después de los ciento cincuenta peldaños el aire me azotó la cara; habíamos llegado a la plataforma del campanario, donde comienza la escalera aérea. No había más resguardo que una frágil barandilla, y los escalones eran cada vez más estrechos. Parecían subir hasta el infinito.

—¡Me es imposible seguir! —grité.

—¿Tan cobarde eres? ¡Sube! —respondió con crueldad.

No tuve más remedio que seguirlo, aferrado a la barandilla. El viento me mareó; sentía el campanario oscilar frente a sus ráfagas. Mis piernas flaquearon, pronto me vi subiendo con las rodillas y acabé por trepar arrastrándome; cerré los ojos, poseído por el vértigo.

Gracias a mi tío, que tiraba del cuello de mi chaqueta, por fin llegué cerca de la cúpula.

—¡Mira —me dijo—, y mira bien! ¡Tenemos que tomar lecciones de abismo!

Tuve que abrir los ojos. Vi las casas como aplastadas por una terrible caída, entre el humo de las chimeneas. Por encima de mi cabeza pasaban desgarradas las nubes, pero una ilusión óptica invertía los movimientos: creí ver que no se movían las nubes sino el campanario y la cúpula, y yo con ellos, arrastrado con una velocidad vertiginosa. Más allá se extendía hacia un costado la campiña, tapizada de verdes, y hacia el otro lado brillaba el azulado mar. El Øresund se desplegaba hacia la punta de Elsinor, surcado por velas blancas que parecían gavio-tas, y entre las brumas del este se esbozaban apenas las

ondulantes costas de Suecia. Toda esta inmensidad se arremolinó confusamente ante mis ojos.

Me vi obligado a ponerme de pie y mirar. Mi primera lección de vértigo duró una hora. Cuando al fin me permitieron bajar y pisar otra vez el sólido piso de las calles, estaba desfallecido.

—Mañana repetiremos la prueba — dijo el profesor.

Y en efecto, durante cinco días tuve que repetir tan vertiginoso ejercicio. Con gusto o por la fuerza, hice sensibles progresos en el arte de las altas contemplaciones.

## IX

68 Llegó el día de la marcha. La víspera, el amable señor Thomson nos había traído cartas de recomendación para el conde Trampe, gobernador de Islandia, para el señor Pictursson, coadjutor del obispo, y el señor Finsen, alcalde de Reikiavik. En prueba de gratitud mi tío le prodigó fuertes apretones de manos con el mayor entusiasmo.

El día 2 a las seis de la mañana nuestro preciado equipaje ya se encontraba a bordo de la *Valkyria*. El capitán nos condujo a unos camarotes pequeñísimos, instalados bajo una especie de puente.

—¿Tenemos buen viento? —preguntó mi tío.

—Inmejorable —respondió el capitán Bjarne—. Brisa fresca del sudeste. Vamos a salir del Øresund con todo el aparejo largo y el viento entre el través y la aleta.

Poco después, con su trinquete, su cangreja, su gavia y su juanete, nuestra goleta se puso en marcha y entró a toda vela en el estrecho. Una hora más tarde la capital de Dinamarca parecía sumergirse en las lejanas olas, y la *Valkyria* rozaba casi la costa de Elsinor. Era tanta mi tensión nerviosa que temía ver la sombra de Hamlet sobre su terraza legendaria. “¡Oh sublime insensato —pensé—, tú sí aprobarías este viaje! ¡Tal vez nos seguirías hasta el centro del globo buscando respuesta a tu duda eterna!” Pero nada vi sobre las antiguas murallas. El castillo es, además, muy posterior al heroico príncipe de Dinamarca. Ahora funciona como suntuoso alojamiento para el guardián de este estrecho del Øresund, por el que pasan cada año quince mil buques de todas las naciones.

El castillo de Krongborg no tardó en desaparecer entre la bruma, así como la torre de Helsinborg, que se eleva en la costa sueca. La goleta se inclinó ligeramente bajo las brisas del Kattegat.

La *Valkyria* era un buen velero, pero con esta clase de barcos nunca puede predecirse lo que va a durar el viaje. Transportaba carbón, utensilios de cocina, porcelanas, ropa de lana y un cargamento de trigo a Reikiavik. Cinco tripulantes, todos ellos daneses, bastaban para manio-brarla.

—¿Cuánto durará la travesía? —preguntó mi tío al capitán.

—Diez días, poco más o menos —respondió este último—, si no encontramos borrascas del noroeste a la altura de las Feroe.

—Pero, ¿suele usted experimentar retrasos considerables?

—No, señor Lidenbrock; quédese tranquilo, ya llegaremos.

A eso del anochecer la goleta dobló el Cabo Skagen, que constituye el extremo septentrional de Dinamarca, cruzó el Skagerrak, bordeó la costa meridional de Noruega a través del Cabo Lindness, y penetró en el Mar del Norte.

Dos días después divisamos las costas de Escocia y reconocimos el promontorio de Peterhead; la Valkyria puso rumbo a las Feroe, pasando entre las Orcadas y las Shetland.

70

Las olas del Atlántico no tardaron en azotar los costados de nuestra goleta; tuvimos que navegar en zigzag contra el viento del norte y costó mucho trabajo llegar a las Feroe. El día 3 el capitán reconoció la isla Myganness, que es la más oriental de este grupo, y a partir de ese momento puso rumbo al cabo Portland, en la costa meridional de Islandia. La travesía no ofreció ningún incidente notable. Soporté bastante bien las inclemencias del mar, pero mi tío pasó todo el viaje mareado. Además de llenarlo de vergüenza, esto contribuyó a agriar su carácter todavía más.

El mareo le impidió interrogar al capitán Bjarne acerca de la cuestión del Sneffels, los medios de comunicación y la facilidad de los transportes, y tuvo que dejar para más adelante todas estas investigaciones. Pasó todo el viaje tendido en su camarote, con los mamparos crujiendo a

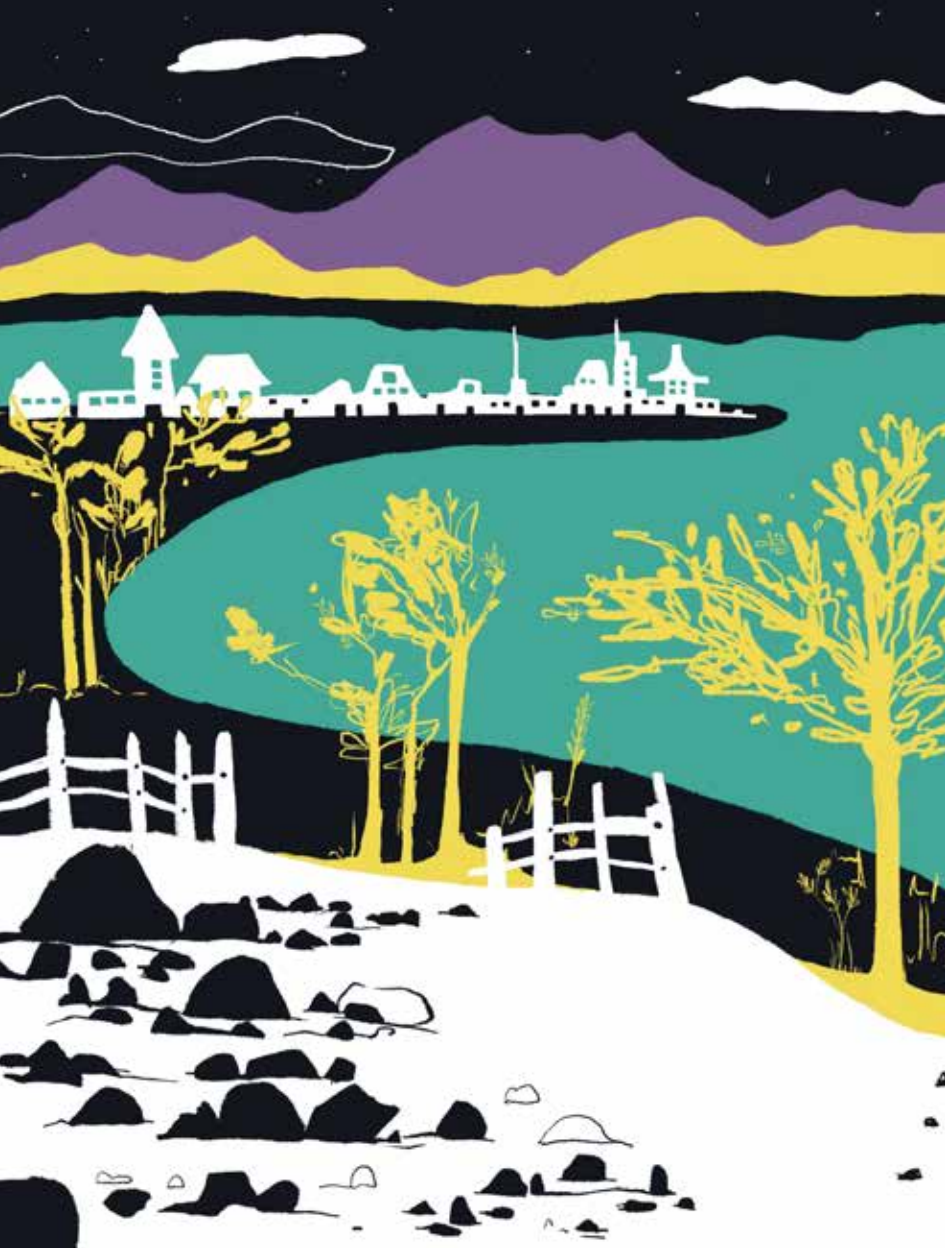
cada inclinación del barco. Hay que admitirlo, tenía bien merecida su suerte.

El día 11 registramos nuestro paso por el cabo Portland, permitiéndonos la claridad del tiempo distinguir el Myrdals Yocul, que lo domina. El cabo está formado por un enorme peñasco de pendientes escarpadas, aislado en la playa.

A una distancia razonable de tierra firme, la *Valkyria* fue barajando las costas hacia el Oeste, entre numerosas manadas de ballenas y tiburones. No tardamos en descubrir un inmenso peñasco horadado, a través del cual pasaba con violencia la espuma del mar. Los islotes de Westman parecieron surgir del océano como rocas sembradas sobre la planicie líquida. A partir de este momento la goleta tomó distancia para dar un amplio rodeo al cabo de Reykianess, que forma el ángulo occidental de Islandia.

La fuerte marejada impidió a mi tío subir a cubierta para admirar esas costas bravías, azotadas y hendidas por los vientos y mares del sudoeste.

Cuarenta y ocho horas después, sorteada una tempestad que nos obligó a bajar las velas, descubrimos por el Este la baliza de la punta Skagen, cuyos peligrosos arrecifes se prolongan a gran distancia por debajo del mar. Subió a bordo un práctico islandés, y tres horas más tarde la *Valkyria* fondeaba delante de Reikiavik, en la bahía de Faxa.





Entonces salió por fin el profesor de su camarote, algo pálido y quebrantado, pero con el mismo entusiasmo de siempre y con la satisfacción retratada en su semblante.

Los habitantes de la ciudad se agruparon en el muelle, muy interesados por la llegada de un buque del que cada uno tenía algo que recoger.

Mi tío se apresuró a abandonar su prisión flotante, por no decir su hospital. Pero antes de dejar la cubierta me tomó del brazo y señaló, hacia el norte de la bahía, una elevada montaña rematada en dos picos, un doble cono cubierto de nieves eternas:

—¡El Sneffels! ¡Ahí tienes el Sneffels!

Con un gesto me recomendó que guardase absoluto silencio. Bajó al bote que nos aguardaba, yo lo seguí cabizbajo y nuestros pies no tardaron en hollar el suelo de Islandia.

De improviso apareció un hombre de buena presencia. Vestía uniforme de general pero no era más que un sencillo magistrado, el gobernador de la isla, el señor barón de Trampe en persona. El profesor lo reconoció al instante. Le entregó las cartas que traía de Copenhague y se entabló entre ellos una corta conversación en danés, de la que no tomé parte, como era natural. Esta primera entrevista dio por resultado que el barón de Trampe se pusiera por completo a las órdenes del profesor Lidenbrock.

El alcalde, señor Finsen, vestido de militar como el gobernador y tan pacífico como él, recibió a mi tío del modo más amable.

En cuanto al coadjutor, señor Pictursson, en esos momentos realizaba una visita pastoral a la región septentrional de su diócesis. Tuvimos que renunciar al gusto de serle presentados, pero en cambio conocimos a un hombre muy agradable, el señor Fridriksson, profesor de ciencias naturales de la escuela de Reikiavik, que fue de valiosa ayuda para nosotros. Este modesto sabio solo hablaba en islandés y en latín. Me ofreció sus servicios en el idioma de Horacio, y comprendí enseguida que estábamos creados para comprendernos mutuamente. Fue la única persona con quien pude conversar durante mi visita a Islandia.

—Ya ves, querido Axel —dijo mi tío—, todo va como una seda: lo más difícil ya lo tenemos hecho.

—¿Cómo lo más difícil? —exclamé.

—Pues claro: ¡solo nos falta bajar!

—Mirado desde ese punto de vista, tiene usted mucha razón; pero supongo que, después de bajar, tendremos que subir nuevamente.

—¡Bah, bah! ¡Eso no me inquieta! Manos a la obra, que no hay tiempo que perder. Me voy a la biblioteca. Tal vez se conserve en ella algún manuscrito de Saknussem que me gustaría consultar.

—Entretanto yo recorreré la ciudad. ¿Usted no piensa visitarla?

—Oh, eso me interesa muy poco. Las curiosidades de Islandia no se encuentran sobre su superficie sino debajo de ella.

Salí y eché a andar sin rumbo fijo.

No habría sido fácil perderse en las dos calles de Reikiavik, así que no tuve necesidad de preguntar a nadie el camino. Preguntar por señas, además, expone a muchas equivocaciones.

La ciudad se extiende entre dos colinas sobre un terreno muy bajo y pantanoso. Una inmensa ola de lava la bordea por un lado y desciende hasta el mar en declive suave. Por el otro costado se extiende la bahía de Faxa, que limita al Norte con el enorme ventisquero del Sneffels. La *Valkyria* era el único barco fondeado en la bahía. Los guardapescas ingleses y franceses suelen resguardarse allí, pero en ese momento prestaban servicio en las costas orientales de la isla.

De las dos calles de Reikiavik, la más larga, corre paralela a la costa; allí viven los mercaderes y comerciantes, en cabañas de listones de madera roja. La otra calle está situada más al Oeste y corre hacia un pequeño lago, entre la casa del obispo y otras casas ajenas a la actividad comercial.

No tardé en recorrer aquellas calles sombrías y tristes. A veces entreveía una mancha de césped descolorido, como una vieja alfombra de lana raída por el uso. O alguna especie de huerto cuyas raras legumbres, papas, coles y lechugas solo eran dignas de una mesa en miniatura. Alhelíes enfermizos pugnaban también por recibir algún rayo de sol.

Hacia la mitad de la calle del oeste encontré el cementerio público, bastante espacioso y rodeado de una tapia de adobe. Pocos pasos después me vi delante de la

casa del gobernador; es una choza si se la compara con el Ayuntamiento de Hamburgo, pero parece un palacio al lado de las otras cabañas islandesas.

Entre la ciudad y el lago se elevaba la iglesia, edificada según el gusto protestante y construida con las piedras calcinadas que arrojan los volcanes. Las tejas coloradas seguramente se volarían al soplar el viento del oeste, para mal de los fieles.

Sobre una colina cercana vi la Escuela Nacional. Según supe después por nuestro anfitrión, allí se enseñaban el hebreo, el inglés, el francés y el danés, cuatro lenguas de las cuales yo no conocía una palabra. Me abochornaba pensarlo: hubiera sido el más atrasado de los cuarenta alumnos de ese colegio.

76

En tres horas recorrí no solo la ciudad sino sus alrededores. Su aspecto general era singularmente triste. No había árboles ni nada que mereciese el nombre de vegetación. Por todas partes se veían picos de roca volcánica. Las cabañas de los islandeses están hechas de tierra y de turba y tienen sus paredes inclinadas hacia adentro, de modo que parecen tejados apoyados en el suelo. Estos tejados son como pequeñas praderas fértiles: gracias al calor de las habitaciones la hierba brota encima, y hay que segarla para que los animales domésticos no suban a pastar en el techo.

Al comenzar mi excursión encontré muy pocas personas, pero cuando volví a pasar por la calle del comercio había mucha gente secando, salando y cargando bacalao, que constituyen el principal artículo de exportación.

Esos hombres parecen vigorosos pero pesados; una especie de alemanes rubios y de mirada pensativa que se creen separados de la humanidad, como infelices desterrados en aquella región helada. La naturaleza hubiera debido hacerlos esquimales, ya que los condenó a vivir dentro de los límites del Círculo Polar Ártico. Traté en vano de sorprender una sonrisa en sus rostros; reían a veces mediante una contracción involuntaria de sus músculos, pero no sonreían jamás.

Sus vestidos consistían en una chaqueta tosca de lana negra, conocida en todos los países escandinavos con el nombre de *vadmel*, sombrero de ala amplia, pantalón orillado de rojo y unos trozos de cuero arrollados en los pies a manera de calzado.

Las mujeres, de cara triste y resignada, de tipo simpático pero inexpresivo, usan una chaqueta y una falda de *vadmel* oscuro. Las solteras llevan el cabello trenzado y un gorrito de punto color marrón; las casadas se cubren con un pañuelo de colores, sobre el cual colocan una especie de cofia de lino blanco.

Cuando, tras el largo paseo, regresé a la casa del señor Fridriksson, mi tío se encontraba ya en compañía del anfitrión.

## X

La cena estaba servida y el profesor Lidenbrock devoró su parte con avidez. La dieta de a bordo había transfor-

mado su estómago en un abismo sin fondo. La comida, más danesa que islandesa, no tuvo nada de notable. Pero nuestro anfitrión, más islandés que danés, me hizo recordar a los héroes de la antigua hospitalidad. En su casa teníamos más libertad y confianza que él mismo.

Se conversó en islandés. Para ayudarme a entender, mi tío intercalaba algunas palabras en alemán y el señor Fridriksson otras en latín. Hablaron de cuestiones científicas, como era natural tratándose de dos sabios. Pero el profesor Lidenbrock guardó la más escrupulosa reserva acerca de nuestros futuros proyectos, y a cada frase sus ojos me recomendaban silencio absoluto.

De repente el señor Fridriksson preguntó a mi tío sobre el resultado de sus investigaciones en la biblioteca.

78

—¡Esa biblioteca! —exclamó el profesor—. Solo contiene libros dispersos en estantes casi vacíos.

—¡Cómo! —respondió el señor Fridriksson—. Poseemos ocho mil volúmenes, muchos de los cuales son ejemplares tan preciosos como raros, obras escritas en escandinavo antiguo, y todas las publicaciones nuevas que Copenhague nos envía anualmente.

—¿De dónde saca usted esos ocho mil volúmenes? Por mi cuenta...

—¡Oh, señor Lidenbrock! Esos libros andan recorriendo constantemente el país. ¡En nuestra pobre isla de hielo existe una gran afición al estudio! No hay pescador ni labriego que no sepa leer, y todos leen. Opinamos que los libros, en vez de apollillarse tras una verja de hierro, lejos de las miradas de los curiosos, han sido escritos a

impresos para que los lea todo el mundo. Por eso los de nuestra biblioteca van corriendo de mano en mano, son leídos una y cien veces, y tardan con frecuencia uno o dos años en regresar a su estante.

—Mientras tanto —respondió mi tío con mal reprimido enojo—, los extranjeros...

—¡Y qué le vamos a hacer! Los extranjeros tienen sus bibliotecas en sus países. Es preciso en primer término que nuestros compatriotas se instruyan. Se lo repito: los islandeses tienen el amor al estudio inoculado en la sangre. En 1816 fundamos una Sociedad Literaria que funciona admirablemente, siendo muchos los sabios extranjeros que se honran con pertenecer a ella. Esta sociedad publica obras destinadas a educar a nuestros compatriotas y presta verdaderos servicios al país. Si quiere ser usted uno de nuestros miembros correspondientes, nos hará un gran honor, señor Lidenbrock.

Mi tío, que pertenecía ya a un centenar de corporaciones científicas, aceptó el ofrecimiento con tales muestras de agrado que el señor Fridriksson se sintió conmovido.

—Ahora —dijo este último—, tenga la bondad de indicarme qué libros esperaba encontrar en nuestra biblioteca. Tal vez yo pueda darle alguna referencia acerca de ellos.

Miré a mi tío y vi que vacilaba en responder. Esto tenía relación directa con sus proyectos. Sin embargo, después de reflexionar un instante, se decidió a hablar.

—Señor Fridriksson... quisiera saber si, entre las obras antiguas, figuran las de Arne Saknussemm.

—¡Arne Saknussem! —respondió el profesor de Reikiavik—. ¿Se refiere usted a aquel sabio del siglo XVI que fue un gran alquimista, un gran naturalista y un gran explorador a la vez?

—Precisamente.

—¿Una de las glorias de la literatura y de la ciencia islandesas?

—Sin ninguna duda.

—¿El más ilustre de los hombres?

—No trataré de negarlo.

—¿Y cuya audacia igualaba a su genio?

—Veo que lo conoce bien...

La alegría inundaba a mi tío oyendo hablar así de su héroe, y devoraba con los ojos al señor Fridriksson.

—¿Y qué ha sido de sus obras? —le preguntó, por fin, impaciente.

—¡Ah! ¡Sus obras no las tenemos!

—¡Cómo! ¿No están en Islandia?

—Ni en Islandia ni en ningún otro sitio.

—¿Por qué?

—Porque Arne Saknussem fue perseguido como hereje, y sus obras fueron quemadas en 1573 en Copenhague por la mano del verdugo.

—¡Bravo! ¡Magnífico! —exclamó mi tío, con gran escándalo del profesor de ciencias naturales.

—¿Qué está diciendo? —murmuró este último.

—¡Sí! Todo se explica, todo se aclara, todo se concacena. Ahora me explico por qué Saknussem, al verse señalado, tuvo que ocultar los descubrimientos de su ge-



nio; decidió sepultar en un criptograma incomprensible el secreto...

—¿Qué secreto? —preguntó vivamente el señor Fridriksson.

—Un secreto que... cuyo... —balbuceó mi tío.

—¿Acaso usted posee algún documento especial? —replicó el profesor islandés.

—No... Era una mera suposición.

—Bien —dijo el señor Fridriksson, que tuvo la bondad de no insistir al ver la turbación de su interlocutor—. Espero que no se ausente usted de la isla sin haber estudiado sus riquezas mineralógicas.

—Naturalmente —respondió mi tío—. Pero llego algo tarde: otros sabios han pasado por aquí antes que yo.

—En efecto, señor Lidenbrock. Los trabajos de los señores Olafsen y Povelsen, ejecutados por orden del rey, los estudios de Troil, la misión científica de los señores Gaimard y Robert a bordo de la corbeta francesa *Recherche*, y por último las observaciones de los sabios embarcados en la fragata *Reine Hortense*, todo ha contribuido poderosamente al conocimiento de Islandia. Pero créame, aún hay mucho que hacer.

—¿Cree usted? —preguntó mi tío con afectado candor, procurando moderar el brillo de su mirada.

—¡Sin duda! Existen numerosas montañas, ventisqueros y volcanes muy poco conocidos que es necesario estudiar. Sin ir más lejos, mire ese monte que se eleva en el horizonte: ¡es el Sneffels!

—¡Ah! —dijo mi tío—. El Sneffels...

—Sí, señor; uno de los volcanes más curiosos, cuyo cráter raramente se visita.

—¿Está apagado?

—Apagado hace quinientos años.

—Pues bien —respondió mi tío, cruzando las piernas con fuerza para no saltar de alegría—, deseo empezar mis estudios geológicos por ese *Seffel...* o *Fessel...* ¿cómo lo llama usted?

—Sneffels —respondió el buen señor Fridriksson. Esta parte de la conversación se había desarrollado en latín, de manera que me enteré de todo. Y tuve que contener la risa; veía a mi tío disimular su satisfacción con un aire candoroso que parecía la mueca de un diablo.

—Sí —dijo—, sus palabras acaban de hacerme decidir; procuraremos escalar ese Sneffels, y hasta estudiar su cráter tal vez.

82

—Lamento en el alma —dijo el señor Fridriksson— que las ocupaciones impidan ausentarme; de lo contrario los acompañaría con gusto y con provecho.

—¡Oh no, no! —respondió vivamente mi tío—. No queremos molestar a nadie, señor Fridriksson; se lo agradezco de todo corazón. La presencia de un sabio como usted nos hubiera sido muy útil, pero los deberes de su profesión...

Me inclino a creer que nuestro anfitrión, en la inocencia de su alma islandesa, no comprendió la grosera malicia de mi tío.

—Apruebo, señor Lidenbrock —respondió—, que comience usted por ese volcán, donde cosechará gran nú-

mero de observaciones curiosas. Pero dígame, ¿cómo piensa llegar a la península de Sneffels?

—Atravesando por mar la bahía. Es el camino más rápido.

—Sin duda, pero no es posible seguirlo.

—¿Por qué?

—Porque en Reikiavik no existe un solo bote.

—¡Demonio!

—Tendrá que ir por tierra contorneando la costa; será más largo pero más interesante.

—Bueno. Buscaré un guía.

—Precisamente puedo ofrecerle uno.

—Necesitaré un hombre inteligente y diestro.

—Sí, es un habitante de la península, un cazador de gansos. Quedará satisfecho con él. Habla perfectamente el danés.

—¿Y cuándo podré verlo?

—Mañana, si usted quiere.

—¿Por qué no hoy mismo?

—Porque hasta mañana no llega.

—¡Hasta mañana! —exclamó mi tío, dando un profundo suspiro.

La conversación terminó algunos instantes después dando el profesor alemán las más expresivas gracias al profesor islandés.

Durante la comida mi tío había aprendido cosas muy importantes, entre otras la historia de Saknussem y la razón de su misterioso documento. Y que el señor Fridri-

ksson no lo acompañaría en su expedición, y que desde el día siguiente podría contar ya con un guía a sus órdenes.

## XI

Al anochecer di un paseo corto por las playas de Reikiavik y me acosté temprano en mi cama de gruesas tablas. Dormí profundamente.

Cuando me desperté oí que mi tío hablaba sin parar en la habitación de al lado. Me vestí a toda prisa y fui a reunirme con él.

84

Conversaba en danés con un hombre alto y vigoroso, un muchachón que parecía poseer una fuerza descomunal. Sus ojos, incrustados en una cabeza enorme e ingenua, me parecieron inteligentes. Eran de un azul de ensueño. La larga cabellera, de un color que hubiera pasado por rojo hasta en la misma Inglaterra, caía sobre sus espaldas atléticas. Este nativo parecía capaz de desempeñarse con agilidad, pero movía poco los brazos, como si ignorara o desdeñara el lenguaje de los gestos. Todo en él revelaba un temperamento calmo, no indolente sino tranquilo. Se hubiese dicho que no necesitaba nada de nadie, que trabajaba cuando le convenía y que su filosofía no podía asombrarse ni turbarse por nada del mundo.

Intuí este carácter suyo por el modo en que escuchaba la verborrea apasionada de mi tío. Permanecía inmóvil y con los brazos cruzados ante los múltiples gestos de su interlocutor. Para negar, movía la cabeza de izquierda a

derecha; para afirmar, la inclinaba. Apenas se movía; era la economía del movimiento llevada hasta la avaricia.

Nunca hubiera adivinado, viendo a aquel hombre, su profesión de cazador. Es seguro que no espantaría a sus presas, pero ¿cómo las alcanzaría?

Todo me lo expliqué cuando supe por el señor Fridrikson que aquel tranquilo personaje solo se dedicaba a la caza del ganso llamado *eider*, cuyo plumón constituye la principal riqueza de la isla. En efecto, para recoger esta pluma o edredón no es preciso desplegar una actividad asombrosa.

En los primeros días del verano, la hembra de este ganso, notable por su extraordinaria belleza, construye su nido entre las rocas de los fiordos. Una vez terminado, lo forra con finísimas plumas que se arranca del vientre ella misma. Enseguida llega el cazador, o, por mejor decir, el cosechero, se apodera del nido, y el ave debe comenzar de nuevo su trabajo. La operación se repite mientras ella conserva algún plumón; cuando lo agota del todo, le toca al macho despojarse del suyo. Como la pluma del macho es dura y grosera y carece de valor comercial, el cazador no se molesta en robarle el lecho de sus pichones, y el nido se termina. La hembra pone sus huevos, nacen los pollos y al año siguiente se reanuda la cosecha del edredón.

Ahora bien, estas aves no eligen construir sobre rocas escarpadas; prefieren las de pendiente suave que van a perderse en el mar. Por eso el cazador islandés puede ejercer su oficio sin tomarse mucho trabajo. Es un cam-

pesino que solo debe levantar la cosecha sin necesidad de sembrarla ni cortarla.

Este personaje grave, silencioso y flemático se llamaba Hans Bjelke y venía recomendado por el señor Fridrikson. Era nuestro futuro guía. Sus maneras contrastaban singularmente con las de mi tío.

Pese a esto se entendieron fácilmente. Ni uno ni otro repararon en el precio: uno, dispuesto a aceptar lo que le ofreciesen, y el otro decidido a dar lo que le pidieran. Jamás se cerró un trato con tanta facilidad.

Según lo acordado, Hans se comprometió a conducirnos a la aldea de Stapi, situada en la costa meridional de la península de Sneffels, al pie del volcán. Era preciso recorrer unas veintidós millas por tierra, y en opinión de mi tío el viaje tomaría dos días.

86

Pero después supo que se trataba de millas dinamarquesas, de 24.000 pies, y tuvo que rehacer sus cálculos; emplearíamos siete u ocho días en aquel recorrido, dado el pésimo estado de las vías de comunicación.

Hans, que según su costumbre iría a pie, debía facilitar cuatro caballos: uno para mi tío, otro para mí y dos para el transporte de nuestro cargamento. Perfecto conocedor de aquella parte de la costa, prometió conducirnos por el camino más corto.

Su compromiso con mi tío no expiraría al llegar a Stapi. Seguiría a su servicio todo el tiempo que exigiesen nuestras excursiones científicas, a cambio de una retribución de tres rixdales semanales. Se estipuló que esta

suma sería abonada los sábados por la noche, condición *sine qua non* de su compromiso.

Se fijó la partida para el día 16 de junio. Mi tío quiso entregar al cazador la seña del contrato, pero este la rechazó con una sola palabra:

—*Efter*—dijo secamente.

“Después”, tradujo el profesor para que yo me enterase. Una vez cerrado el trato Hans se retiró.

—Un buen tipo—exclamó mi tío al verlo irse—; pero lo que menos sospecha es el maravilloso papel que el porvenir le reserva.

—¿Nos acompañará hasta...?

—Sí, hasta el centro de la tierra.

Aún tenían que transcurrir cuarenta y ocho horas y debí dedicarlas, muy a mi pesar, a los preparativos de la marcha. Apuntamos nuestros cinco sentidos a disponer cada objeto del modo más ventajoso: los instrumentos a un lado, las armas al otro, las herramientas en este paquete, los víveres en aquel, agrupando todo en cuatro divisiones principales.

Los instrumentos eran:

1— Un termómetro centígrado de Eigel, graduado hasta 150°C, que me pareció al mismo tiempo excesivo e insuficiente. Excesivo, si el calor del ambiente iba a alcanzar esta temperatura, porque en ese caso moriríamos asados. Insuficiente, si se trataba de medir la temperatura de los manantiales o de cualquier otra materia en fusión.

2— Un manómetro de aire comprimido, apto para marcar presiones superiores a la de la atmósfera al nivel del mar. La presión atmosférica aumentaría a medida que descendiésemos bajo la superficie de la tierra, y un barómetro común no sería suficiente.

3— Un cronómetro de Boissonnas el menor, de Ginebra, ajustado al meridiano de Hamburgo, como hacen los ingleses con el meridiano de Greenwich y los franceses con el de París.

4— Las brújulas de inclinación y de declinación.

5— Un anteojo para observaciones nocturnas.

6— Los aparatos de Ruhmkorff, que, mediante una corriente eléctrica, proveen una luz portátil y muy segura.

Las armas eran dos carabinas Purdley More & Co. y dos revólveres Colt. ¿Por qué las armas? Supongo que no tendríamos que enfrentarnos con salvajes ni con animales feroces. Pero a mi tío parecía gustarle tanto su arsenal como sus otros instrumentos. Había una buena cantidad de fulmicotón, resistente a la humedad, y cuya fuerza explosiva es muy superior a la de la pólvora común.

Como herramientas llevábamos dos picos, dos azadones, una escala de cuerda, tres bastones herrados, un hacha, un martillo, largas cuerdas con nudos y una docena de cuñas y clavijas de hierro. Todo junto formaba un fardo voluminoso, porque la escala medía trescientos pies de longitud.

Aunque el paquete de las provisiones no era muy grande, yo sabía que guardaba carne concentrada y galleta seca en una cantidad suficiente para alimentarnos



durante seis meses. El único líquido que llevábamos era ginebra, nada de agua; pero íbamos provistos de cantimploras, y mi tío contaba con encontrar manantiales donde llenarlas. Fueron inútiles todas las observaciones que hice acerca de la calidad y la temperatura de esos manantiales, y la posibilidad de su ausencia absoluta.

Para completar la lista exacta de nuestros artículos de viaje mencionaré el botiquín portátil. Contenía unas tijeras sin filo, tablillas para fracturas, una pieza de cinta de hilo crudo, vendas y compresas, apósitos y una lanceta para sangrar: cosas aterradoras. Llevábamos además una serie de frascos con dextrina, árnica, acetato de plomo líquido, éter, vinagre y amoníaco; drogas que no sería muy deseable emplear, ciertamente. Por último, estaba el material necesario para el funcionamiento de los aparatos de Ruhmkorff.

89

Tampoco olvidó mi tío aprovisionarse de tabaco, de yesca, de pólvora de caza. Ni olvidó su cinturón de cuero, que llevaba ceñido a los riñones cargando una buena cantidad de monedas de oro y plata y billetes. En el grupo de las herramientas figuraban también seis pares de zapatos de excelente calidad, impermeabilizados con una capa de alquitrán y goma elástica.

—Equipados, vestidos y calzados así —dijo al fin mi tío—, no existe ninguna razón que nos impida llegar a la meta.

Todo el día 14 lo empleamos en ordenar estos diversos objetos. Por la tarde comimos en casa del barón de Trampe, en compañía del alcalde de Reikiavik y del doctor

Hyaltalin, el médico más célebre de la isla. El señor Fridriksson no estaba entre los invitados; supe más tarde que el gobernador y él estaban en desacuerdo acerca de una cuestión administrativa, y no se trataban. Por eso no pude entender una palabra de lo que se dijo durante aquella cena semiformal. Solo noté que mi tío hablaba todo el tiempo.

Al día siguiente, 15, terminaron los preparativos. El señor Fridriksson dio un gran gusto a mi tío regalándole un mapa de Islandia, todavía mejor que el de Henderson: el mapa de Olaf Nikolas Olsen. En escala 1/400.000, editado por la Sociedad Literaria Islandesa con sujeción a los trabajos geodésicos de Scheel Frisac y la nivelación topográfica de Björn Gumlaugsson, era un documento precioso para cualquier mineralogista.

90

Pasamos la última noche en íntima conversación con el señor Fridriksson, por quien yo sentía una gran simpatía. A la charla siguió un sueño muy agitado, al menos de mi parte.

A las cinco de la mañana me despertaron los relinchos de cuatro caballos bajo mi ventana. Me vestí enseguida y bajé a la calle, donde Hans terminaba de cargar nuestro equipaje. Trabajaba con pocos movimientos, dando muestras de una destreza inusual. Mi tío aportaba más ruido que ayuda; el guía no parecía prestar mucha atención a sus recomendaciones.

A las seis estaba todo listo. El señor Fridriksson nos estrechó las manos; mi tío, en islandés, le dio las gracias por su amable hospitalidad. Yo lo saludé cordialmente en

mi latín macarrónico. Montamos a caballo. Con su último adiós, el señor Fridriksson me dedicó un verso que Virgilio parecía haber escrito para nosotros, viajeros inseguros de la ruta a seguir:

*Et quacumque viam dederit fortuna sequamur.*

## XII

Habíamos partido con cielo nublado pero estable. No había que temer calores enervantes ni lluvias desastrosas: un tiempo ideal para excursiones turísticas.

El placer de recorrer a caballo un país desconocido me hizo soportar más fácilmente el principio de la empresa. Me entregué por completo a las delicias que ofrece la naturaleza, ya que no tenía libertad para disponer de mí mismo. Empecé a resignarme y a mirar las cosas con calma.

“Después de todo —me preguntaba— ¿qué pierdo al viajar por un país tan curioso y escalar una montaña tan particular? En el peor de los casos, habrá que bajar al fondo de un cráter apagado. Es evidente que Saknussemm no hizo más que eso. En cuanto a la existencia de un túnel que lleva al centro del globo... ¡es pura fantasía! ¡Es imposible! Entonces, lo que haya de bueno en esta expedición, a aprovecharlo. ¡Y con ganas!”

Apenas había terminado estos pensamientos cuando salimos de Reikiavik.

Hans marchaba a la cabeza, con paso rápido, uniforme y continuo. Lo seguían los dos caballos que llevaban nuestro equipaje, sin que fuese necesario guiarlos. Por último veníamos mi tío y yo, y realmente no hacíamos muy mala figura montados en aquellos animalitos vigorosos.

Islandia es una de las grandes islas de Europa; mide 39.000 millas cuadradas de superficie y solo tiene 60.000 habitantes. Los geógrafos la han dividido en cuatro regiones; nosotros debíamos atravesar oblicuamente la llamada Región del Sudoeste, *Sudvestr Fjordungr*.

Al salir de Reikiavik Hans nos guio por la orilla del mar, marchando sobre pastos ralos que querían ser verdes sin poder pasar de amarillos. Las rugosas cumbres de la masa traquítica desaparecían entre la bruma del este; por momentos, una mancha de nieve concentraba la luz difusa y resplandecía en las lejanas laderas. Algún pico atravesaba las nubes y reaparecía por encima de su vapor movedizo, como un escollo emergiendo en pleno cielo.

Con frecuencia, aquellas cadenas de rocas áridas extendían una punta hacia el mar, mordiendo la pradera sobre la cual caminábamos; pero siempre quedaba espacio suficiente para poder pasar. Nuestros caballos elegían instintivamente los lugares más propicios sin retardar su marcha jamás. Mi tío hubiera querido azuzar al suyo con el látigo o con la voz, pero le estaba prohibida la impaciencia. No pude evitar sonreír al verlo, tan grande y montando ese caballo diminuto. Con sus piernas desmesuradas rozaba el suelo, como un centauro de 6 pies.

—¡Magnífico animal! —me decía—. ¡Magnífico! Ya verás, Axel: no existe un animal que aventaje en inteligencia al caballo islandés. Ni nieves, ni tempestades, ni rocas, ni ventisqueros, no hay nada que lo detenga. Es sobrio, valiente y seguro. Jamás da un paso en falso ni recula. Cuando tengamos que atravesar algún fiordo o algún río, lo verás arrojar al agua sin titubear, como un anfibio, y llegar a la otra orilla. Pero no los hostiguemos; dejemos que hagan lo que saben, y ya verás cómo avanzaremos nuestras diez leguas diarias.

—Nosotros, no cabe duda, pero el guía...

—No te inquietes por el guía. Esta gente camina sin darse cuenta. Este se mueve tan poco que ni siquiera debe fatigarse. Además, si es necesario le cederé mi montura. Pronto sufriré calambres si no me muevo un poco. Los brazos van muy bien, pero no hay que olvidar las piernas.

Avanzábamos con paso rápido y el paisaje iba quedando casi desierto. Aquí y allá alguna finca aislada, algún böer solitario hecho de madera, tierra y lava, aparecía como un mendigo en el borde del camino. Estas chozas destartaladas parecían implorar caridad, pedir limosna. En el país no hay caminos, ni siquiera senderos; la vegetación, a pesar de crecer tan lentamente, borra pronto las huellas de los escasos viajeros.

Y sin embargo esta parte de la provincia, situada a dos pasos de la capital, es una de las zonas más pobladas y cultivadas de Islandia. ¡Cómo serán las regiones deshabitadas de este desierto! Habíamos recorrido ya media mi-

lla sin encontrar ni un labriego sentado a la puerta de su cabaña, ni un rebaño de animales salvajes apacentados por un pastor aún más salvaje. Solo vimos algunas vacas y carneros abandonados a su suerte.

¿Cómo serían entonces las regiones trastornadas, removidas por los fenómenos eruptivos, nacidas de las explosiones volcánicas y las conmociones subterráneas? Estábamos destinados a conocerlas más tarde. Ahora nos apartábamos de ellas siguiendo los tortuosos contornos de la playa, según pude ver en el mapa de Olsen. El gran movimiento plutónico se ha concentrado especialmente en el interior de la isla. Allí las capas de rocas superpuestas, en lengua escandinava llamadas *trapps*, y las fajas traquíticas, las erupciones de basalto, de toba y de todos los conglomerados volcánicos, con las corrientes de lava y de pórfido en fusión, todo junto ha formado un entorno de horror sobrenatural. Todavía no sospechaba el espectáculo que nos esperaba en la península del Sneffels, donde los estragos del fuego forman un caos enorme.

94

Dos horas después de nuestra salida de Reikiavik llegamos a la villa de Gufunes llamada *aoalkirkja* o “iglesia principal”, que no ofrece nada notable. Solo unas pocas casas que no bastarían para hacer una aldea alemana.

Hans se detuvo allí cerca de media hora, compartió nuestro frugal almuerzo y respondió con monosílabos a las preguntas de mi tío, relativas a la naturaleza del camino. Cuando le preguntó dónde tenía pensado que pasaríamos la noche, respondió secamente:

—*Gardär*.

Consulté el mapa para ver qué era *Gardär*, y viendo un caserío de este nombre a orillas del Hvalfjörð, a cuatro millas de Reikiavik, se lo mostré a mi tío.

—¡Cuatro millas nada más! —exclamó—. ¡Tan solo cuatro millas de las veintidós que tenemos que andar! ¡Vaya paseo!

Quiso hacer una observación al guía. Sin escucharlo, Hans volvió a ponerse delante de los caballos y emprendió de nuevo la marcha.

Tres horas más tarde, sin dejar de caminar sobre el césped descolorido, tuvimos que contornear el Kollafjörð, rodeo más fácil y rápido que la travesía del golfo. Pronto entramos en un *pingstaær*, un lugar de jurisdicción comunal llamado Ejulberg, cuyo campanario habría dado las doce del día si las iglesias islandesas fueran tan ricas como para poseer relojes. En esto se parecen a sus feligreses, que no usan reloj y se arreglan sin él.

Allí dimos descanso a los caballos. Después, tomando por una senda inclinada entre las colinas y el mar, viajamos de un tirón hasta la *aoalkirkja* de Brantär, y una milla más adelante llegamos a la Saurböer *annexía*, iglesia anexa, situada en la orilla sur del Hvalfjörð.

Eran las cuatro de la tarde; habíamos avanzado cuatro millas.

En aquel punto el fiordo tenía por lo menos media milla de longitud, y las olas se estrellaban con estrépito sobre las rocas agudas. Este golfo se abría entre murallas de piedra cortadas a pico, de tres mil pies de elevación,

muy notables por las capas oscuras que separaban los lechos de toba rojiza. Cualquiera fuese la inteligencia de nuestros caballos, no me hacía mucha gracia tener que atravesar un verdadero brazo de mar sobre el lomo de un cuadrúpedo.

—Si realmente son tan inteligentes, no tratarán de pasar —dije—. En todo caso, yo me encargo de suplir su falta de inteligencia.

Pero mi tío no quería esperar y espoleó su caballo hacia la orilla. El animal fue a husmear la última ondulación de las olas y se detuvo. El profesor, que también tenía su instinto, quiso obligarlo a pasar, pero el animal se negó a obedecerlo, moviendo la cabeza. A los insultos y latigazos de mi tío contestó el caballo encabritándose, y faltó poco para que el jinete volara por el aire. Por fin, doblando los corvejones se escurrió de entre las piernas del profesor, dejándolo plantado sobre dos piedras de la orilla. Como el coloso de Rodas.

—¡Ah! ¡Maldito animal! —gritó el jinete transformado en peatón, avergonzado como un oficial de caballería convertido en infante.

—*Färja* —dijo nuestro guía, tocándole el hombro.

—¡Cómo! ¿Una balsa?

—*Der* —respondió Hans señalando hacia adelante.

—Sí —exclamé yo—, hay una balsa.

—¡Hombre, haberlo dicho! Muy bien, sigamos adelante.

—*Tidvatten* —replicó el guía.

—¿Qué dice?



—Dice “marea” —respondió mi tío traduciéndome el danés.

—¿Será necesario esperar hasta que suba la marea?

—*Förbida?* —preguntó mi tío.

—*Ja* —respondió Hans.

El profesor golpeó el suelo con el pie, mientras los caballos se dirigían a la barca.

Comprendí perfectamente la necesidad de esperar un instante determinado para cruzar el fiordo: el momento en que la marea alcanza su máxima altura y se inmoviliza. Entonces ni el flujo ni el reflujo ejercen acción, y por lo tanto no hay peligro de que la corriente arrastre la barca ni hacia el fondo del golfo ni hacia el mar.

Hasta las seis de la tarde no llegó el momento propicio; a esa hora mi tío, yo, el guía, dos barqueros y los cuatro caballos nos instalamos en esa especie de barca de fondo plano, bastante frágil. Acostumbrado al trasbordador del Elba, los remos de los barqueros me parecieron anticuados. Hizo falta más de una hora para atravesar el fiordo, pero lo dejamos atrás sin accidentes.

Media hora después llegábamos a la *aoalkirkja* de Gardär.

### XIII

A esa hora ya debía haber caído la noche, pero estábamos en el paralelo 65; la claridad diurna de las regiones

polares no debía asombrarme. Durante los meses de junio y julio en Islandia no se pone el sol.

La temperatura, no obstante, había bajado. Sentía frío y sobre todo sentía hambre. Bendije al böer que abrió sus puertas hospitalarias para recibirnos.

Era la casa de un labriego, pero su hospitalidad competía con la de un palacio real. Apenas llegamos vino el dueño a darnos la mano, y sin más ceremonias indicó que lo siguiéramos.

Y lo seguimos, en efecto, porque acompañarlo hubiera sido imposible; el acceso a esta cabaña de vigas torcidas era un pasillo largo, angosto y oscuro que llegaba a todas las habitaciones. Eran cuatro: la cocina, el taller de tejidos, la *badstofa* o alcoba de la familia, y el lugar destinado a los huéspedes, que era el mejor de todos. Mi tío, cuyo tamaño no se había calculado al construir la cabaña, golpeó tres o cuatro veces la cabeza contra las vigas del techo.

98

Nos introdujeron en nuestra habitación, una especie de gran salón de suelo arcilloso. La luz entraba por una ventana que, en vez de vidrios, tenía membranas de carnero apenas transparentes.

Las camas consistían en un poco de heno seco, amontonado sobre bastidores de madera pintada de rojo y ornamentada con frases islandesas. Yo no esperaba tanta comodidad; eso sí, en la casa reinaba un penetrante olor a pescado seco, a carne macerada y a leche agria que me arruinaba el olfato.

Cuando nos hubimos desembarazado de nuestros equipos de viaje, oímos la voz del dueño de casa invitándonos a pasar a la cocina; era el único lugar donde se encendía fuego, aun durante los mayores fríos.

Mi tío se apresuró a obedecer la amistosa invitación y yo lo seguí.

La chimenea de la cocina era de tipo antiquísimo; el hogar era una piedra en el medio de la habitación, y había un agujero en el techo para que saliera el humo. Esta cocina servía también de comedor.

Entramos. Como si no nos hubiese visto antes, nuestro anfitrión nos saludó con la palabra *sællvertu*, que significa “sed felices”, y nos besó en las mejillas. Su esposa pronunció las mismas palabras acompañadas de igual ceremonial; después los dos, con la mano derecha sobre el corazón, se inclinaron profundamente.

La islandesa era madre de diecinueve hijos y todos ellos, de los más grandes a los más pequeños, pululaban entre los torbellinos de humo que llenaban el lugar. A cada instante se veía una cabecita rubia y melancólica asomar en medio de aquella niebla. Se hubiera dicho que formaban un coro de ángeles no muy limpios.

Mi tío y yo recibimos con cariño a esa abundante parva, y al rato ya estaban tres o cuatro de ellos sobre nuestras espaldas, otros sobre nuestras rodillas y el resto entre nuestras piernas. Los que ya sabían hablar, repetían *sællvertu* en todos los tonos imaginables; los que aún no hablaban, sabían gritar con todas sus fuerzas.

El anuncio de la comida interrumpió este concierto. En ese momento volvió el cazador, que se había encargado de que los caballos comiesen; es decir que simplemente los había soltado en el campo. Allí los pobres animales tendrían que contentarse con pacer el escaso musgo de las rocas y algunas ovas poco nutritivas. Al día siguiente volverían voluntariamente a reanudar el trabajo.

—*Sællvertu* —dijo Hans al entrar.

Después, tranquila y automáticamente, sin acentuar ningún beso más que los demás, saludó al dueño de casa, a su esposa y a sus diecinueve hijos.

Terminada la ceremonia nos sentamos a la mesa. Éramos veinticuatro, unos sobre otros en el verdadero sentido de la expresión. Los más favorecidos cargaban un solo chico sobre las rodillas.

100

La llegada de la sopa hizo reinar el silencio, y la taciturnidad característica de los islandeses, incluso entre los muchachos, imperó otra vez. El anfitrión nos sirvió una sopa de liquen que no era desagradable. Después, una enorme porción de pescado seco nadando en una mantequilla agria que tenía por lo menos veinte años, muy preferible a la mantequilla fresca, según las ideas gastronómicas de Islandia. Había además *skyr*, una especie de leche cuajada, acompañada de galleta y sazonada con jugo de bayas de enebro. Y suero mezclado con agua, conocido en el país con el nombre de *blanda*. No sé si esta extraña comida era buena o no. Yo tenía hambre, y de postre me di un atracón de una espesa papilla de trigo sarraceno.

Terminada la comida desaparecieron los niños, y las personas mayores rodearon el hogar donde ardían brezos, turba, estiércol de vaca y huesos de pescado seco. Después de calentarse de este modo, los diversos grupos volvieron a sus habitaciones. La dueña de la casa se ofreció, según era costumbre, a quitarnos los pantalones y medias. Renunciamos a tan estimable honor, dándole las gracias del modo más expresivo; la mujer no insistió. Pude al fin arrojarme sobre mi cama de heno.

Al día siguiente, a las cinco, nos despedimos del campesino islandés. A mi tío le costó mucho trabajo hacerle aceptar una remuneración adecuada. Hans dio la señal de partida.

A cien pasos de Gardär el terreno empezó a cambiar de aspecto, haciéndose pantanoso y menos favorable a la marcha. Una serie de montañas se prolongaba indefinidamente a la derecha, como un inmenso sistema de fortificaciones naturales cuya contraescarpa seguíamos. A menudo aparecían arroyuelos que era preciso vadear sin mojar demasiado los equipajes.

El paisaje iba quedando cada vez más desierto; sin embargo, a veces una sombra humana parecía huir a lo lejos. Si las curvas del camino nos acercaban por sorpresa a alguno de estos espectros, me invadía el asco al ver su cabeza hinchada, la piel reluciente y sin cabellos, las llagas repulsivas a través de los harapos.

La desdichada criatura, en vez de tendernos su mano deformada, se alejaba; pero no tan de prisa que Hans no tuviese tiempo de saludarla con su habitual *sællvertu*.

—*Spetelsk* —nos decía.

—¡Un leproso! —repetía mi tío.

La palabra ya produce por sí misma un efecto repulsivo. La horrible afección de la lepra es bastante común en Islandia. No es contagiosa pero sí hereditaria, y por eso a estos desgraciados les está prohibido casarse.

Estas apariciones no eran las más convenientes para alegrar el paisaje, cuya tristeza se hacía más profunda a cada instante. Los últimos copetes de hierba acababan de morir debajo de nuestros pies. No se veía ni un árbol; algunos abedules enanos, más parecidos a malezas, no merecían ese nombre. Tampoco se veían animales, aparte de algunos caballos errando abandonados por la triste llanura; sus amos no los podían mantener. De vez en cuando un halcón planeaba entre las nubes grises huyendo hacia las regiones del sur. Yo me dejé arrastrar por la melancolía de aquella naturaleza salvaje, y los recuerdos me condujeron a mi país natal.

102

Después hubo que cruzar algunos pequeños fiordos sin importancia y, por último, un verdadero golfo; la marea, inmóvil, nos permitió pasarlo y llegar al caserío de Alftanes, una milla más allá.

Al anochecer, después de haber vadeado dos ríos donde abundaban truchas y esturiones, el Alfa y el Heta, debimos hacer noche en una casucha abandonada y ruinoso, morada ideal para todos los duendes y espíritus de la mitología escandinava. Al parecer, el genio del frío había elegido vivir allí; hizo de las suyas toda la noche.

Durante la jornada inmediata no ocurrió ningún incidente especial. Siempre el mismo terreno pantanoso, la misma fisonomía triste, la misma uniformidad. Al llegar la noche habíamos recorrido la mitad de la distancia total, y pernoctamos en la *annexía* de Krösolbt.

El 19 de junio avanzamos cerca de una milla sobre un terreno de lava. En el país, esta disposición del suelo recibe el nombre de *hraun*. La lava arrugada de la superficie toma la forma de cuerdas estiradas o enrolladas sobre sí mismas. Las montañas vecinas muestran inmensas corrientes de lava ya sólida, procedente de volcanes actualmente apagados, pero cuya violencia pasada pregonan estos vestigios. El vapor de algunos manantiales calientes se eleva aquí y allá.

Nos faltaba el tiempo para observar estos fenómenos; era necesario avanzar, y los cascos de nuestros caballos no tardaron en hundirse de nuevo en terrenos pantanosos, sembrados de pequeñas lagunas. Marchábamos hacia el Oeste, después de haber rodeado la gran bahía de Faxa, y la doble cima blanca del Sneffels se erguía entre las nubes a menos de cinco millas.

Los caballos marchaban bien, sin que los detuvieran las dificultades del suelo. Yo empezaba a sentirme fatigado, pero mi tío permanecía firme y derecho como el primer día, inspirándome una sincera admiración. También el cazador consideraba aquella expedición como un sencillo paseo.

El sábado 20 de junio, a las seis de la tarde, llegamos a Buhdir, aldea situada a la orilla del mar, y el guía

reclamó el salario convenido. Mi tío le pagó en el acto. La familia misma de Hans, es decir, sus tíos y primos, fueron quienes nos hospedaron en su casa. Fuimos muy bien recibidos y, sin abusar de la amabilidad de aquella gente, de buena gana hubiera permanecido en su compañía algún tiempo para reponerme de las fatigas del viaje. Pero mi tío, que no experimentaba necesidad de descanso, no lo entendió de igual modo. A la mañana siguiente no hubo otra solución que montar nuevamente nuestras pobres cabalgaduras.

El suelo se encontraba afectado por la proximidad de la montaña, cuyas raíces de granito salían de la tierra como las de una vieja encina. Íbamos contorneando la base del volcán. El profesor no lo perdía de vista; gesticulaba sin cesar y parecía desafiarlo y decirle “¡Ahí está el gigante que voy a domar!”. Por fin, después de veinticuatro horas de marcha, los caballos se detuvieron espontáneamente frente a la puerta de la rectoría de Stapi.

## XIV

Stapi es una aldea de unas treinta chozas levantadas sobre un mar de lava, bajo los rayos del sol que refleja el volcán. Se extiende al fondo de un pequeño fiordo, encajado en una muralla basáltica que produce el más extraño efecto.

Se sabe que el basalto es una roca oscura de origen ígneo, de formas muy regulares cuya disposición causa



extrañeza. La naturaleza procede geoméricamente al formar esta sustancia, y trabaja de un modo semejante a los hombres, como si manejase la escuadra, el compás y la plomada. En todas sus otras manifestaciones, la naturaleza desarrolla su arte formando moles inmensas y deformes, conos apenas esbozados, pirámides imperfectas cuyas líneas generales no obedecen a un plan determinado. Pero al trabajar el basalto ha dado un ejemplo de regularidad; se adelantó a los arquitectos de las primeras edades, creando un orden severo que ni los esplendores de Babilonia ni las maravillas de Grecia han superado jamás.

Había oído hablar de la Calzada de los Gigantes, de Irlanda, y de la Gruta de Fingal, en una de las islas del grupo de las Hébridas; pero el aspecto de una estructura basáltica no se había presentado nunca a mis ojos. En Stapi este fenómeno se me mostró en todo su hermoso esplendor.

La muralla del fiordo, como toda la costa de la península, se hallaba formada por una serie de columnas verticales de unos treinta pies de altura. Estos fustes, bien proporcionados y rectos, soportaban una arcada de columnas horizontales, cuya parte avanzada formaba una semibóveda sobre el mar. A ciertos intervalos, y debajo de aquel cobertizo natural, sorprendía encontrar aberturas ojivales de un admirable dibujo, a través de las cuales venían a precipitarse, formando montañas de espuma, las olas irritadas del mar. Algunos trozos de basalto, arrancados por los furores del océano, yacían a lo largo del suelo

como ruinas de un templo antiguo; ruinas eternamente jóvenes, sobre las cuales pasaban los siglos sin corroerlas.

Era la última etapa de nuestro viaje terrestre. Hans nos había conducido con probada inteligencia, y me tranquilizaba la idea de que nos seguiría acompañando.

Al llegar a la puerta de la casa del cura, cabaña sencilla y de un único piso, ni más bella ni más cómoda que las otras, vi a un hombre herrando un caballo, con el martillo en la mano y el mandil de cuero a la cintura.

—*Sællvertu* —le dijo el cazador.

—*God dag* —respondió el herrador en perfecto danés.

—*Kyrkoherde* —dijo Hans, volviéndose hacia mi tío.

—¡El vicario! —repitió este último—. Me parece, Axel, que este buen hombre es el cura.

106

Hans puso al *kyrkoherde* al corriente de la situación; entonces este suspendió su trabajo y lanzó una especie de grito, sin duda algo usual entre caballos y chalanes, y enseguida salió de la cabaña una mujer desagradable y furiosa. No le faltaría mucho para medir un metro ochenta de estatura.

Temí que viniese a ofrecernos el beso islandés, pero por suerte no fue así; al contrario, nos puso muy mala cara al meternos en la casa.

La habitación destinada a los huéspedes, infecta, sucia y estrecha, parecía ser la peor del presbiterio, pero hubo que contentarse con ella. El cura no parecía practicar la hospitalidad antigua, al contrario. Su trato era el de un herrero, un pescador, un cazador, un carpintero... todo

menos un ministro del Señor. Es verdad que era día de trabajo; tal vez compensara su conducta los domingos.

No quiero hablar mal de estos sacerdotes que, al fin y al cabo, son gente muy pobre; el Gobierno danés les cursa una pensión ridícula y perciben la cuarta parte de los diezmos de sus parroquias, lo que en total ni llega a sumar sesenta marcos. Necesitan, por lo tanto, trabajar para vivir; pero pescando, cazando y herrando caballos se acaba por adquirir las maneras y el tono de pescadores, cazadores y otra gente ruda. Por eso aquella misma noche advertí que entre las virtudes del párroco no estaba la templanza.

Mi tío no tardó en darse cuenta de la clase de hombre con quien tenía que tratar; en vez de un digno y honrado sabio, era un grosero y descortés campesino. Resolvió emprender lo antes posible su gran expedición, y abandonar cuanto antes a aquel cura tan poco hospitalario. Sin fijarse siquiera en su propio cansancio, decidió ir a pasar algunos días en la montaña.

El día siguiente al de nuestra llegada a Stapi comenzaron los preparativos de marcha. Hans contrató a tres islandeses en reemplazo de los caballos que transportaban nuestro equipaje. Una vez llegados al fondo del cráter, estos nativos debían desandar el camino y dejarnos a los tres solos. Este punto quedó perfectamente aclarado.

Mi tío tuvo que decir al cazador que su intención era reconocer el cráter del volcán hasta sus últimos límites.

Hans se contentó con inclinar la cabeza en señal de asentimiento. Ir a un sitio o a otro, recorrer la superficie

de su isla o descender a sus entrañas, todo le era indiferente. Por mi parte, distraído hasta entonces por los incidentes del viaje, yo había dejado de pensar en el futuro; pero en ese momento sentí que la zozobra se apoderaba de mí otra vez. ¿Qué hacer? Había tenido ocasión de resistir los designios del profesor Lidenbrock en Hamburgo; al pie del Sneffels, no había posibilidad.

Una idea, sobre todo, me preocupaba más que todas las otras; una idea espantosa, capaz de crispar otros nervios mucho menos sensibles que los míos.

“Veamos —me decía a mí mismo—: nos vamos a encaramar en la cumbre del Sneffels. Está bien. Vamos a visitar su cráter soberbio: otros lo han hecho y aún viven. Pero la cosa no se detiene aquí: si se presenta un camino para bajar a las entrañas de la tierra, si ese malhadado Saknussem ha dicho la verdad, nos vamos a perder en medio de las galerías subterráneas del volcán. Ahora bien, ¿quién es capaz de afirmar que el Sneffels está apagado del todo? ¿Quién puede demostrar que no está preparando otra erupción? Este monstruo duerme desde 1229, pero ¿hay que deducir que no puede despertarse? Y si se despierta, ¿qué será de nosotros?”

Valía la pena reflexionar acerca de todo esto, y yo lo hacía. No podía dormir sin soñar con erupciones. La perspectiva de volverme escoria volcánica me parecía brutal.

Incapaz de callar por más tiempo, decidí someter el caso a la consideración de mi tío; fue con la mayor prudencia posible, y en forma de hipótesis perfectamente irrealizable.



Fui a buscarlo y le manifesté mis temores. Retrocedí varios pasos para dejar que su cólera explotara:

—En esto estaba pensando —me respondió simplemente.

¿Qué interpretación debía dar a estas inesperadas palabras? ¿Iba, al fin, a escuchar la voz de la razón? ¿Pensaría suspender sus proyectos? Algo demasiado bueno como para ser posible.

Tras algunos instantes de silencio que no me atreví a interrumpir, añadió:

—Sí, estaba pensando en eso. Desde nuestra llegada a Stapi me ha preocupado la grave cuestión que acabas de someter a mi juicio, porque no conviene cometer imprudencias.

—No —respondí con vehemencia.

—Hace seiscientos años que el Sneffels está mudo, pero puede hablar otra vez. Ahora bien, las erupciones volcánicas van siempre precedidas de fenómenos perfectamente conocidos; por eso, después de interrogar a los habitantes del país y de estudiar el terreno, puedo asegurarte, Axel, que no habrá por ahora erupción.

Al oír estas palabras quedé estupefacto y no pude replicar.

—¿Dudas de mis palabras? —preguntó—. Entonces sígueme.

Obedecí maquinalmente. Al salir de la rectoría el profesor tomó un camino directo que, por una abertura de la muralla basáltica, se alejaba del mar. No tardamos en hallarnos en campo raso, si se puede dar este nombre a

un inmenso montón de deyecciones volcánicas. Los accidentes del suelo parecían borrados bajo una lluvia de piedras, de lava, de basalto, de granito y de toda clase de rocas piroxénicas.

De tanto en tanto se veían fumarolas elevándose en el aire. Estos vapores blancos, llamados *reykir* en islandés, proceden de fuentes termales; su violencia indica la actividad volcánica del suelo. Esto parecía confirmar mis temores; cuál no sería mi sorpresa cuando mi tío dijo:

—¿Ves esos humos, Axel? Pues bien, ellos nos demuestran que no debemos temer los furores del volcán.

—¡Cómo puede ser! —exclamé.

—Recuerda esto —continuó el profesor—: cuando una erupción se aproxima, todas estas fumarolas redoblan su actividad para desaparecer por completo mientras dura el fenómeno. Porque los fluidos elásticos, ya sin tensión, toman el camino de los cráteres en vez de escaparse a través de las fisuras del globo. Por lo tanto, si estos vapores se mantienen en su estado habitual, si no aumenta su energía, y si la lluvia y el viento no son reemplazados por un aire pesado y en calma, puedes afirmar que no habrá erupción próxima.

—Pero...

—Suficiente. Cuando la ciencia ha hablado, hay que guardar silencio.

Volví a la rectoría con las orejas gachas; mi tío me había anonadado con argumentos científicos. Sin embargo, todavía conservaba una esperanza: tal vez en el fondo del cráter nos fuese imposible, a falta de galerías, prose-

guir la excursión. A pesar de todos los Saknussem del mundo.

Pasé la noche siguiente sumido en una horrible pesadilla, en el seno de un volcán, lanzado desde las profundidades de la tierra a los espacios interplanetarios en forma de roca eruptiva.

Al día siguiente, 23 de junio, Hans nos esperaba con sus compañeros cargados de víveres, utensilios e instrumentos. Dos bastones herrados, dos fusiles y dos cartucheras nos estaban reservados a mi tío y a mí. El guía era hombre precavido y había añadido a nuestro equipaje un odre lleno, que unido a nuestras cantimploras nos aseguraba agua para ocho días.

Eran las nueve de la mañana. El rector y su gigantesca harpía esperaban delante de la puerta, deseosos, sin duda, de darnos su último adiós: pero este adiós tomó la inesperada forma de una cuenta formidable, en la que se nos cobraba hasta el aire, bien infecto por cierto, que habíamos respirado en la casa. La dignísima pareja nos desolló como un posadero suizo, cobrándonos a precio fabuloso su ingrata hospitalidad.

Mi tío pagó sin regatear. Un hombre que partía para el centro de la tierra no podía prestar mucha atención a unos miserables rixdales. Arreglado este punto Hans dio la señal de partida, y algunos instantes después habíamos salido de Stapi.



## XV

El Sneffels tiene cinco mil pies de altura; su doble cono remata una faja traquítica desprendida del sistema orográfico de la isla. Desde nuestro punto de partida era imposible ver sus dos picos perfilados sobre el fondo grisáceo del cielo. Solo distinguí un enorme casquete de nieve cubriendo la frente del gigante.

Marchábamos en fila detrás del cazador; nos guiaba a través de senderos tan estrechos que no podían caminarlos dos personas de frente. La conversación se hacía casi imposible allí.

Pasando la muralla basáltica del fiordo de Stapi encontramos un terreno de turba herbácea y fibrosa, restos de la antigua vegetación de los pantanos de la península. La masa de este combustible, todavía no explotado, bastaría para calentar a toda la población de Islandia durante un siglo. Medido desde el fondo de los barrancos, este gran depósito alcanzaba con frecuencia los setenta pies de altura, y presentaba capas sucesivas de detritus carbonizados, separados por vetas de piedra pómez y toba.

Como digno sobrino del profesor Lidenbrock, y a pesar de mis preocupaciones, observaba con interés las curiosidades mineralógicas expuestas en aquel enorme gabinete de historia natural, y reconstruía en mi mente la historia geológica de Islandia.

Evidentemente esta isla tan curiosa ha surgido del fondo de los mares en una época más bien moderna, y

hasta es posible que todavía continúe elevándose con un movimiento insensible. Si es así, solo puede atribuirse su origen a la acción de los fuegos subterráneos. En este caso la teoría de Humphry Davy, el documento de Saksussemm y las afirmaciones de mi tío se esfumaban. Esta hipótesis me indujo a examinar atentamente la naturaleza del suelo, y pronto me di cuenta de la sucesión de fenómenos que precedieron a la formación de la isla.

Islandia, absolutamente privada de terreno sedimentario, se compone solo de tobas volcánicas, es decir, de un aglomerado de piedras y rocas de contextura porosa. Antes de la existencia de los volcanes era una masa sólida lentamente levantada sobre las olas, a modo de escotillón, por el empuje de las fuerzas centrales. Los fuegos interiores aún no habían irrumpido a través de la corteza terrestre.

114

Pero más tarde se abrió una gran hendidura diagonal, del sudoeste al noroeste de la isla, por donde escapó con lentitud toda la pasta traquítica. El fenómeno ocurrió sin violencia: la fuente era enorme y las materias fundidas, expulsadas de las entrañas del globo, formaron tranquilamente vastas sabanas o masas montañosas. En esta época aparecieron los feldespatos, las sienitas y los pórfidos.

Pero gracias a este derramamiento aumentó el espesor de la isla, y con él su capacidad de resistencia. Es posible imaginar la gran cantidad de fluidos elásticos que se almacenaron en su seno; basta con ver que todas las salidas se obstruyeron después del enfriamiento de la

costra traquítica. Llegó un momento en que la potencia mecánica de estos gases fue tal, que levantó la pesada corteza y se abrieron altas chimeneas. Entonces el volcán rompió la superficie, y después el cráter se abrió en su cima de un modo repentino.

En ese momento los fenómenos volcánicos sucedieron a los eruptivos. Por las aberturas recién formadas se escaparon, ante todo, las deyecciones basálticas; la planicie que cruzábamos ofrecía a nuestra mirada los más maravillosos ejemplares. Caminábamos sobre aquellas rocas pesadas, de color gris oscuro, que al enfriarse habían adoptado la forma de prismas de base hexagonal. A lo lejos se veía un gran número de conos aplastados que en otro tiempo fueron bocas de fuego.

Una vez agotada la erupción basáltica, el volcán, cuya fuerza se acrecentó con la de los cráteres apagados, dio paso a las lavas y a aquellas tobas de cenizas y de escorias. Estos eran los enormes derrames que ahora yo veía, esparcidos por las laderas como una cabellera opulenta.

Esa fue la serie de fenómenos que formaron a Islandia. Todos tenían por origen los fuegos interiores, y era una verdadera locura suponer que la masa interna no permaneciera en un estado perenne de incandescencia líquida. Por lo tanto, pretender llegar al centro mismo del globo sería una insensatez sin ejemplo.

Así, en camino al asalto del Sneffels, me fui tranquilizando respecto del resultado de nuestra empresa.

El camino se hacía cada vez más difícil; el terreno subía, las rocas oscilaban y era necesario caminar con mucha atención para evitar caídas peligrosas.

Hans avanzaba tranquilo como si fuese por un terreno llano; a veces desaparecía detrás de los grandes peñascos y lo perdíamos de vista un instante; pero entonces oíamos un agudo silbido salido de sus labios, indicando el camino a seguir. Con frecuencia también recogía algunas piedras, las colocaba de modo que fuese fácil reconocerlas después, y fijaba de esta suerte jalones destinados a indicarnos el camino de regreso. Muy buena precaución, pero los acontecimientos futuros la volverían inútil.

Invertimos tres fatigosas horas de marcha solo en llegar a la falda de la montaña. Allí Hans dio la señal de detenerse, y almorzamos frugalmente. Mi tío se llenaba la boca para terminar más rápido, pero el objeto de la pausa también era reparar nuestras fuerzas; tuvo que someterse a la voluntad del guía, que no dio la señal de partida hasta después de una hora. Los otros tres islandeses, tan taciturnos como su camarada el cazador, comieron con sobriedad y en silencio.

Comenzamos a subir las vertientes del Sneffels. Por una ilusión óptica, frecuente en las montañas, su cumbre nevada me parecía próxima; faltaban muchas horas de camino para llegar hasta ella, y sobre todo muchas fatigas. Las piedras que no estaban ligadas por la hierba o por algún cimientito de tierra, resbalaban bajo nuestros pies y rodaban hasta la llanura con la velocidad de un alud.

En algunos parajes las vertientes del monte formaban con el horizonte un ángulo de por lo menos 36°. Era materialmente imposible treparlas, y encontrábamos muchas dificultades al rodear los pedregosos obstáculos. En estas ocasiones nos prestábamos mutuo auxilio con nuestros bastones herrados.

Mi tío permanecía siempre lo más cerca posible de mí; no me perdía de vista, y, en más de una ocasión, encontré un sólido apoyo en su brazo. Por lo que respecta a él, sin duda tenía un sentido innato del equilibrio, porque no tropezaba jamás. A pesar de ir cargados, los islandeses trepaban con agilidad asombrosa.

Al contemplar la altura de la cumbre del Sneffels, me parecía imposible alcanzarla por aquel lado, si el ángulo de inclinación de las pendientes no se cerraba. Por suerte, tras una hora de esfuerzos inauditos, en medio de la vasta alfombra de nieve que se extendía sobre la cumbre del volcán, vimos de improviso una especie de escalera que simplificó el ascenso. Estaba formada por uno de esos torrentes de piedras arrojadas por las erupciones, cuyo nombre islandés es *stinâ*. Si este torrente no hubiese sido detenido en su caída por la disposición especial de los flancos de la montaña, habría ido a precipitarse en el mar, formando nuevas islas.

Tal como era, esa forma natural nos sirvió mucho. La pendiente aumentaba, pero aquellos escalones de piedra permitían remontarla con facilidad y hasta con rapidez. Tanto que, habiéndome retrasado apenas un momento,

llegué a ver a mis compañeros reducidos a una pequeñez microscópica por efecto de la distancia.

A las siete de la tarde ya habíamos subido los dos mil peldaños que tiene esta escalera, y dominábamos un saliente de la montaña, especie de base sobre la cual se apoyaba el cono del cráter.

Unos 3.200 pies más abajo se extendía el mar. Habíamos sobrepasado el límite de las nieves perpetuas, no muy elevado en Islandia a consecuencia de la humedad constante. Hacía un frío espantoso y el viento soplaba con fuerza. Me encontraba agotado. El profesor comprendió que mis piernas se negaban a seguir prestándome servicio y, a pesar de su impaciencia, decidió hacer alto allí. Hizo señas a Hans en tal sentido, pero este sacudió la cabeza, diciendo:

118

—*Ofvanför*.

—Parece que es necesario subir más —dijo mi tío. Después preguntó a Hans el motivo de su respuesta.

—*Mistour* —repuso el guía.

—*Ja, mistour* —repitió uno de los islandeses con tono aterrorizado.

—¿Qué significa esa palabra? —pregunté, inquieto.

—Mira —dijo mi tío.

Dirigí la vista hacia la llanura y vi elevarse una inmensa columna de arena, de piedra pómez pulverizada y de polvo, girando como una tromba; el viento la empujaba hacia el flanco del Sneffels sobre el cual nos encontrábamos. Aquella cortina opaca, tendida delante del sol, proyectada una gran sombra sobre la montaña. En caso de

inclinarse, la tromba nos envolvería sin remedio entre sus torbellinos. Este fenómeno es frecuente cuando el viento sopla desde los glaciares y se conoce con el nombre de *mistour* en islandés.

—*Hastigt, hastigt!* —gritó nuestro guía.

Aun ignorando el danés, comprendí que era preciso seguir a Hans sin demora. El guía comenzó a rodear el cono del cráter, facilitándonos el paso. La tromba no tardó en chocar contra la montaña, que se estremeció; las piedras, suspendidas por los remolinos del viento, volaron en forma de lluvia como en una erupción. Por suerte nos hallábamos en la vertiente opuesta y al abrigo de todo peligro. De no ser por la precaución del guía, nuestros cuerpos, desmenuzados y convertidos en polvo impalpable, hubieran ido a caer lejos, como el producto de algún meteoro desconocido.

119

Hans no consideró prudente que pasáramos la noche en la vertiente del cono. Retomamos el ascenso en zigzag; empleamos unas cinco horas más en recorrer los 1.500 pies que todavía quedaban por subir. Entre desvíos, contramarchas y curvas el camino se alargó por lo menos tres leguas. Yo no podía más; me moría de frío y de hambre. Ese aire enrarecido de tan elevadas regiones no bastaba a mis pulmones.

Por fin, a las once de la noche, llegamos en plena oscuridad a la cumbre del Sneffels. Antes de refugiarme en el interior del cráter tuve tiempo de ver el “sol de medianoche”, que proyectaba sus últimos rayos pálidos sobre la isla dormida a mis pies.

## XVI

Cenamos rápidamente y cada cual se acomodó lo mejor que pudo. La cama era dura, el abrigo poco sólido y la situación muy penosa a 5.000 pies sobre el nivel del mar. Sin embargo, mi sueño fue tan tranquilo que ni siquiera soñé; una de mis mejores noches en mucho tiempo.

A la mañana siguiente nos despertamos medio congelados por el aire frío, bajo los rayos de un sol hermoso. Abandoné mi lecho de granito y salí a disfrutar del magnífico espectáculo que se desarrollaba ante mi vista.

Me situé en la cima del pico sur del Sneffels, desde el cual se veía la mayor parte de la isla. Por un efecto óptico común a todas las grandes alturas, las costas se veían en relieve mientras las partes centrales parecían oscurecerse. Se hubiera dicho que tenía bajo mis pies uno de esos mapas en relieve de Helbesmer. Veía los valles profundos cruzarse en todos sentidos, ahondarse los precipicios a manera de pozos, convertirse los lagos en estanques y los ríos en arroyuelos. A mi derecha se sucedían innumerables ventisqueros y picos, algunos de los cuales aparecían coronados por un penacho de humo. Las ondulaciones de estas montañas infinitas, cuya capa de nieve les daba un aspecto espumoso, me recordaban la superficie del mar cuando la agitan las tempestades. Hacia el Oeste contemplaba el océano en toda su extensión, como si fuese continuación de aquellas cimas radiantes. Apenas distinguía dónde terminaba la tierra y daban comienzo las olas.



Me abismé así en el éxtasis que producen las altas cimas, y esta vez sin vértigo alguno, porque me iba acostumbrando a las contemplaciones sublimes. Mis ojos deslumbrados se perdieron en la transparente irradiación de los rayos solares; olvidé mi propia persona y el lugar en que me encontraba, para vivir en cambio la vida de los trasgos o de los silfos, imaginarios habitantes de la mitología escandinava. Me embriagó la voluptuosidad de las alturas, olvidando los abismos en que muy pronto me sumergiría el destino. Pero la llegada del profesor y de Hans, que vinieron a reunirse conmigo en la extremidad del pico, me volvió a la realidad de la vida.

Mi tío señaló hacia el Oeste un ligero vapor, una bruma, una apariencia de tierra que dominaba la línea de las olas.

—Groenlandia —me dijo.

—¿Groenlandia?

—Sí, solo dista de nosotros treinta y cinco leguas. En época de deshielo, sobre los témpanos que la corriente arrastra hacia el Sur, los osos blancos llegan hasta Islandia. Pero eso importa poco. Estamos en la cumbre del Sneffels; estos son sus dos picos, el del norte y el del sur. Hans va a decirnos ahora qué nombre dan los islandeses a este en que nos encontramos.

Formulada la pregunta, el cazador respondió:

—*Scartaris*.

Mi tío me dirigió una mirada de triunfo.

—¡Al cráter! —exclamó entusiasmado.

El cráter del Sneffels tiene forma de cono invertido y su orificio mide cerca de media legua de diámetro. Calcule su profundidad en dos mil pies más o menos. ¡Cómo se verá semejante recipiente cuando se llena de truenos y llamas! El fondo del embudo no debe medir más de quinientos pies de circunferencia, por eso sus pendientes son bastante suaves y permiten llegar fácilmente a la parte inferior. Sin proponérmelo, imaginaba este cráter como un enorme trabuco ensanchado; la comparación me llenaba de espanto.

“Meterse en un trabuco que puede estar cargado y dispararse al menor contacto —pensé—, solo puede ser la ocurrencia de unos locos”.

122 Pero era tarde para retroceder. Con aire indiferente Hans se colocó de nuevo al frente de la caravana; yo lo seguía sin despegar los labios.

Para facilitar el descenso, el cazador recorría elipses muy prolongadas dentro del cono. Debíamos caminar por entre rocas eruptivas. Algunas, desprendidas, se precipitaban rebotando hasta el fondo del abismo. Su caída causaba repercusiones de extraña sonoridad.

Algunas partes del cono formaban ventisqueros interiores. Hans avanzaba entonces con la mayor precaución, sondando el suelo con su bastón herrado para descubrir las grietas. En ciertos pasos dudosos se hizo necesario atarnos unos a otros por medio de una larga cuerda; si alguno resbalaba de improviso, quedaría sostenido por los otros. Esta solidaridad era una medida prudente, pero no anulaba todo el peligro.

Sin embargo, y a pesar de las dificultades del descenso por pendientes que Hans desconocía, bajamos sin el menor incidente. Solo la caída de un manojito de cuerdas que se le escapó a un islandés de las manos y rodó hasta el fondo del abismo.

A mediodía ya habíamos llegado. Levanté la cabeza y vi el orificio superior del cono, a través del cual se descubría un pedazo de cielo. Su circunferencia era muy reducida pero casi perfecta. En un punto perdido se destacaba el pico del Scartaris.

En el fondo del cráter se abrían tres chimeneas a través de las cuales, en épocas de erupción del Sneffels, la fuente central arrojaba sus lavas y vapores. Cada una de estas chimeneas tenía unos cien pies de diámetro y abría ante nosotros sus fauces tenebrosas. No tuve valor para hundir la mirada en ellas, pero el profesor Lidenbrock había hecho un rápido examen de su disposición, y corría jadeante de una a otra, gesticulando y profiriendo palabras ininteligibles. Hans y sus compañeros, sentados sobre trozos de lava, lo contemplaban en silencio, tomándolo sin duda por un loco.

De repente mi tío lanzó un grito; me estremecí, temiendo que se hubiera resbalado y hubiese desaparecido en alguna de las simas. Pero no; lo vi enseguida con los brazos extendidos y las piernas abiertas, de pie ante una roca de granito. La roca se erguía en el centro del cráter, como un pedestal enorme hecho para sustentar la estatua de Plutón. Mi tío mostraba un aire estupefacto, pero su estupefacción se transformó en una insensata alegría:



—¡Axel! ¡Axel! —exclamó—. ¡Ven! ¡Ven!

Me acerqué. Ni Hans ni los otros islandeses se movieron de sus puestos.

—¡Mira! —dijo el profesor.

Y participando de su asombro, aunque no de su alegría, leí sobre el costado occidental de la roca, en caracteres rúnicos medio gastados por el tiempo, este nombre mil veces maldito:



—¡Arne Saknussem! —exclamó mi tío—. ¿Vas a seguir dudando?

Sin responderle volví a mi banco de lava, consternado. La evidencia me anonadaba.

125

¿Cuánto tiempo permanecí sumido en mis reflexiones? Al levantar la cabeza vi solo a mi tío y a Hans en el fondo del cráter. Los islandeses ya habían sido despedidos, y ahora bajaban las laderas del Sneffels para volver a Stapi. Hans dormía tranquilamente al pie de una roca, sobre un lecho de lava; mi tío daba vueltas por el fondo del cráter como la fiera que ha caído en la trampa de un cazador. Yo no tenía ni ganas ni fuerzas para levantarme, y seguí el ejemplo del guía: me entregué a un doloroso sopor, creyendo oír ruidos o sentir sacudidas en los flancos de la montaña.

De este modo transcurrió aquella primera noche en el fondo del cráter.

A la mañana siguiente un cielo gris, nebuloso y pesado se extendía sobre el vértice del cono. Lo noté por la oscuridad del abismo, y más aún por la cólera de mi tío.

Una pequeña esperanza brilló en mi corazón cuando comprendí el motivo. Lo explicaré.

De las tres rutas que se abrían ante nosotros, solo una había sido explorada por Sakkussem. Según el sabio islandés, debía reconocérsela por una particularidad, señalada en el criptograma: la sombra del Scartaris acariciaba sus bordes durante los últimos días del mes de junio.

En efecto, se podía considerar aquel pico como la aguja de un inmenso reloj de sol, cuya sombra señalaba, un día determinado, el camino al centro de la tierra. Oculto el sol, el pico no daría su sombra; sin sombra, no tendríamos la indicación. Era 25 de junio. Si el cielo permanecía cubierto otros seis días, sería necesario dejar la observación para otro año.

Renuncio a describir la cólera impotente del profesor Lidenbrock. Transcurrió el día sin que ninguna sombra viniese a proyectarse sobre el fondo del cráter. Hans no se movió de su puesto. Debía llamarle la atención nuestra inactividad. Mi tío no me habló ni una sola vez. Sus miradas, dirigidas siempre al cielo, se perdían en su matiz brumoso y gris.

El 26 transcurrió del mismo modo. Una lluvia mezclada con nieve cayó durante el día entero. Hans construyó con trozos de lava una especie de gruta. Yo me entretuve en seguir con la vista los millares de cascadas naturales

que bajaban por los costados del cono, con cada piedra acrecentando los ensordecedores murmullos.

Mi tío ya no podía contenerse. Había motivo suficiente para hacer perder la calma al hombre más paciente; aquello era como naufragar dentro del puerto.

Pero con los grandes dolores el cielo mezcla siempre las grandes alegrías, y reservaba al profesor Lidenbrock una satisfacción tan intensa como sus angustias.

Durante el día siguiente también permaneció cubierto el cielo; pero el domingo 28 de junio, antepenúltimo día del mes, con el cambio de luna varió el tiempo. El sol derramó sus rayos en el interior del cráter. Cada montículo, cada roca, cada piedra, cada aspereza recibió sus bienhechores efluvios y proyectó instantáneamente su sombra sobre el suelo. Entre todas estas sombras, la del Scartaris se dibujó como una arista viva y comenzó a girar, de una manera insensible, siguiendo el movimiento del astro esplendoroso.

Mi tío giraba con ella.

A mediodía, en su período más corto, la sombra tocó suavemente el borde de la chimenea central.

—¡Es esta! ¡Es esta! —exclamó el profesor entusiasmado—. ¡Al centro de la tierra! —añadió en danés.

Yo miré a Hans.

—*Forüt!* —dijo este con su calma acostumbrada.

—¡Adelante! —respondió mi tío.

Era la una y trece minutos de la tarde.

## XVII

Comenzaba el verdadero viaje. Hasta entonces, las fatigas habían sido mayores que las dificultades; ahora estas iban a nacer a cada paso.

Todavía no había osado hundir la mirada en aquel pozo sin fondo donde me iba a sumergir. Había llegado el momento. Aún estaba a tiempo de decidirme a tomar parte en la empresa o renunciar a ella. Pero sentí vergüenza de retroceder delante del cazador. Hans aceptaba con tal tranquilidad la aventura, con tal indiferencia, con tan perfecto desprecio por todo lo que significase un peligro, que me abochornaba la idea de ser menos arrojado que él. Podría haber inventado largos argumentos; pero en presencia del guía no abrí la boca. Dejé volar un recuerdo cariñoso para mi bella curlandesa y me acerqué a la chimenea central.

128

Ya dije que medía cien pies de diámetro, o trescientos pies de circunferencia. Me incliné sobre una roca avanzada hacia su interior y dirigí la mirada hacia abajo. En un instante se me erizaron los pelos. El sentimiento del vacío se apoderó de mi ser. Sentí desplazarse en mí el centro de gravedad y subirse el vértigo a la cabeza como una borrachera. No hay nada que embriague tanto como la atracción del abismo. Ya iba a caer cuando me retuvo una mano: la de Hans. Decididamente, mis prácticas en la Frelsers-Kirke de Copenhague no habían sido suficientes.



Aunque mis ojos permanecieron poco tiempo fijos en el interior del pozo, me di cuenta de su conformación. Sus paredes, cortadas casi a pico, presentaban, no obstante, numerosos salientes que debían facilitar el descenso. Pero si bien no faltaban escaleras, las rampas no existían en absoluto. Una cuerda amarrada al orificio hubiera bastado para sostenernos; pero ¿cómo desatarla al llegar a su extremo inferior?

Mi tío puso en práctica un medio muy sencillo para obviar esta dificultad. Desenrolló una cuerda del grueso del pulgar y de cuatrocientos pies de longitud; dejó caer primero la mitad, la arrolló después alrededor de un saliente de lava, y echó al pozo la otra mitad. De este modo podíamos bajar todos juntando en la mano las dos mitades de la cuerda, que no podría desenrollarse. Después de haber descendido doscientos pies, nada sería tan fácil como recuperarla, soltando una punta y tirando de la otra. Después se reanudaría este ejercicio *usque ad infinitum*.

—Ahora —dijo mi tío, terminados sus preparativos—, ocupémonos del equipaje. Vamos a dividirlo en tres fardos, y cada uno de nosotros amarrará un fardo a su espalda. Me refiero solamente a los objetos frágiles.

Por lo visto, el audaz profesor no nos consideraba comprendidos en esta última categoría.

—Hans —continuó— va a encargarse de las herramientas y de la tercera parte de las provisiones; Axel, de otro tercio de estas y de las armas; yo, del resto de los víveres y de los instrumentos delicados.

—Pero, ¿y la ropa? ¿Y este montón de cuerdas? —pregunté—. ¿Quién se encarga de bajarlas?

—Todo eso baja solo.

—¿De qué modo? —pregunté muy asombrado.

—Vas a verlo ahora mismo.

Mi tío no vacilaba en recurrir a los medios más radicales. A una orden suya, Hans hizo un único bulto con los objetos no frágiles, y después de amarrarlo bien lo dejó caer en el abismo. Oí el zumbido que producen las capas de aire al desplazarse. Mi tío, inclinado sobre el abismo, siguió con mirada satisfecha el descenso de sus bagajes, y no se retiró hasta haberlos perdido de vista.

—Bueno —dijo por fin—, ahora nos toca a nosotros.

Preguntaría a cualquier hombre de buena fe si es posible escuchar semejantes palabras sin estremecerse.

130

El profesor se ató a la espalda el paquete de los instrumentos, Hans tomó el de las herramientas y yo el de las armas. Se hizo un profundo silencio, turbado solo por los trozos de roca que caían en el abismo.

Me dejé resbalar, por decirlo así; con una mano oprimía frenéticamente la doble cuerda, y asiéndome con la otra a la pared por medio de mi bastón herrado. La idea de que me faltase el punto de apoyo me dominaba. Aquella cuerda me parecía demasiado estrecha como para soportar el peso de tres personas; la utilizaba lo menos posible, realizando milagros de equilibrio sobre los salientes de lava. Trataba de agarrarme con los pies como si fuesen manos.

Cuando alguno de estos resbaladizos peldaños oscilaba bajo los pies de Hans, él decía con voz tranquila:

—*Gif akt!*

—¡Cuidado! —repetía mi tío.

Al cabo de media hora pisábamos la superficie de una roca fuertemente adherida a la pared de la chimenea.

Hans tiró de la cuerda por uno de sus extremos; el otro se elevó en el aire, y después de haber rebasado la roca superior volvió a caer, arrastrando consigo pedazos de piedras y de lava que cayeron a manera de lluvia. O mejor, de granizada, con grave peligro para nosotros.

Al asomar la cabeza fuera de la plataforma estrecha donde nos encontrábamos, noté que todavía no se veía el fondo del precipicio.

Volvió a comenzar la maniobra de la cuerda, y media hora después habíamos descendido otros doscientos pies.

No sé si el geólogo más entusiasta hubiera sido capaz de estudiar, durante este descenso, la naturaleza de los terrenos que nos rodeaban. En lo que respecta a mí, no me preocupé por eso: me importaba muy poco que fuesen pliocenos, miocenos, eocenos, cretáceos, jurásicos, triásicos, pérmicos, carboníferos, devonianos, silúricos o primitivos. Pero sin duda el profesor hizo algunas observaciones o tomó ciertas notas, porque en uno de los altos me dijo:

—Cuanto más veo, mayor es mi confianza; la disposición de estos terrenos volcánicos confirma en absoluto la teoría de Davy. Nos hallamos en pleno suelo primordial,

suelo en el cual se ha producido el fenómeno químico de la inflamación de los metales al contacto del aire y del agua. Rechazo en absoluto la teoría de un calor central; por otra parte, pronto vamos a verlo.

¡Siempre la misma conclusión! Como es de suponer, no quise entretenerme en discutir. Mi tío interpretó mi silencio como muestra de asentimiento y se reanudó el descenso.

A las tres horas todavía no se veía el fondo de la chimenea. Cuando levanté la cabeza observé que su abertura decrecía sensiblemente; las paredes; a consecuencia de su ligera inclinación, tendían a aproximarse. La oscuridad aumentaba por momentos.

Nuestro descenso no se interrumpía un solo instante. Las piedras desprendidas de las paredes me daban la impresión de caer con un sonido más apagado, y de llegar más rápido al fondo del abismo.

132

Como había tenido cuidado de anotar cuántas veces cambiábamos la cuerda, pude calcular con toda exactitud la profundidad a que nos encontrábamos y el tiempo transcurrido. Habíamos repetido catorce veces la maniobra, que duraba cerca de media hora. Eran entonces siete horas, más catorce cuartos de hora de descanso, o tres horas y media. En total, diez horas y media. Habíamos emprendido el descenso a la una; debían ser en aquel momento las once.

En cuanto a la profundidad, catorce cambios de una cuerda de doscientos pies representaban un descenso de dos mil ochocientos pies.

Se oyó la voz de Hans:

—*Halt!*

Me detuve justo antes de golpear con mis pies la cabeza de mi tío.

—Hemos llegado—dijo él.

—¿Adónde? —pregunté, dejándome resbalar hasta llegar a su lado.

—Al fondo de la chimenea perpendicular.

—¿Entonces no hay otra salida?

—Sí, entreveo una especie de corredor que se dirige oblicuamente hacia la derecha. Ahora cenemos, y después a dormir. Mañana lo veremos.

La oscuridad todavía no era completa. Abrimos la bolsa de las provisiones, cenamos y nos tendimos a dormir sobre un lecho de piedras y pedazos de lava.

Tumbado boca arriba abrí los ojos y vi un punto brillante en el extremo de aquel tubo de tres mil pies de longitud, transformado en un gigantesco telescopio.

Era un astro carente de centelleo; según mis cálculos debía ser la estrella  $\beta$  de la constelación de la Osa Menor.

Después me dormí profundamente.

## XVIII

A las ocho de la mañana nos despertó un rayo de luz. Las mil facetas de lava de las paredes lo recogían a su paso y lo esparcían como una lluvia de chispas. Esta luz era

lo suficientemente intensa como para permitirnos ver los objetos que nos rodeaban.

—Y bien, Axel —dijo mi tío, frotándose las manos—, ¿qué dices a todo esto? ¿Has pasado jamás una noche más apacible en nuestra casa de la Königstrasse? ¡Ni ruido de carruajes, ni gritos de vendedores ni alaridos de barqueros!

—Sin duda; en el fondo de estos pozos estamos muy tranquilos, pero esta misma calma tiene algo de aterrador.

—¡Vamos! —exclamó mi tío—. Si te asustas tan pronto, ¿qué dejas para más tarde? Todavía no hemos penetrado ni una pulgada en las entrañas de la tierra.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que solo hemos llegado al suelo de la isla. Este largo tubo vertical, que finaliza en el cráter del Sneffels, se detiene aproximadamente al nivel del océano.

—¿Está seguro?

—Segurísimo. Examina el barómetro, y verás.

Era cierto. El mercurio, después de haber subido poco a poco en su tubo a medida que descendíamos, se había detenido en la división correspondiente a veintinueve pulgadas.

—Ya lo ves —continuó el profesor—, solo soportamos la presión de una atmósfera, y no veo el momento en que tengamos que reemplazar las indicaciones de este instrumento por las del manómetro.

En efecto, el barómetro iba a resultarnos inútil apenas el peso del aire se hiciese superior a su presión calculada al nivel del mar.

—Pero —insinué— ¿no es de temer que esta presión, siempre creciente, se vuelva insoportable para nosotros?

—No. Descenderemos lentamente, y nuestros pulmones se habituarán a respirar una atmósfera más comprimida. A los astronautas les falta el aire cuando se elevan a las capas superiores de la atmósfera; a nosotros, en cambio, es posible que nos sobre. Prefiero eso. No perdamos un instante. ¿Dónde está el fardo que bajó por delante de nosotros?

Entonces recordé que la víspera lo habíamos buscado inútilmente. Mi tío interrogó a Hans, quien, después de revisar todo con sus ojos de cazador, contestó:

—*Der huppe!*

—Allá arriba.

El bulto había quedado detenido sobre un saliente de las rocas, a un centenar de pies encima de nuestras cabezas. El islandés trepó con la agilidad de un gato y en unos minutos el fardo caía entre nosotros.

—Ahora almorcemos —dijo mi tío—; pero almorcemos como personas que tal vez tengan que hacer una larga jornada.

Acompañamos la galleta y la carne seca con algunos tragos de agua mezclada con ginebra. Terminado el almuerzo, mi tío sacó del bolsillo un pequeño cuaderno destinado a las observaciones. Examinó los diversos instrumentos y anotó los datos siguientes:

LUNES 1.º DE JULIO

*Cronómetro: 8 h 17 m de la mañana*

*Barómetro: 29,6 p.*

*Termómetro: 6°C*

*Dirección: E-S-E*

Este último dato se refería a la dirección de la galería oscura y fue suministrado por la brújula.

—Ahora, Axel —exclamó el profesor entusiasmado—, es cuando vamos a sepultarnos realmente en las entrañas del globo. Este es el momento preciso en que empieza nuestro viaje.

Dicho esto, tomó con una mano el aparato de Ruhmkorff, que llevaba colgado del cuello, y con la otra mano conectó la corriente eléctrica al cable de la linterna. Una luz viva disipó las tinieblas de la galería.

136

Hans llevaba el segundo aparato, que fue puesto también en actividad. Esta ingeniosa aplicación de la electricidad nos permitiría ir creando, por espacio de mucho tiempo, un día artificial, aun en medio de los gases más inflamables.

—¡En marcha! —dijo mi tío.

Cada cual tomó su fardo. Hans se encargó de empujar por delante de sí el paquete de las ropas y las cuerdas y entramos en la galería, uno detrás de otro. Yo iba en último lugar.

En el momento de sumergirme en ese corredor oscuro levanté la cabeza y miré por última vez, a través del enor-



me tubo, aquel cielo de Islandia “que nunca más volvería a ver”.

Durante la última erupción, en 1229, la lava se había abierto paso a lo largo de aquel túnel, tapizando su interior con una capa espesa y brillante, en la que se reflejaba la luz eléctrica centuplicándose su intensidad natural.

La dificultad del camino consistía en deslizarse por aquella pendiente, de unos 45° de inclinación, regulando la rapidez. Por suerte, ciertas abolladuras y erosiones servían de peldaños; solo teníamos que bajar dejando que descendiesen por su propio peso nuestros fardos, y vigilando la larga cuerda que los retenía.

Pero lo que bajo nuestros pies servía de peldaño, en las otras paredes se convertía en estalactita. La lava, porosa en algunos lugares, presentaba en otros pequeñas ampollas redondas; cristales de cuarzo opaco, ornados de límpidas gotas de vidrio y suspendidos de la bóveda a manera de arañas, parecían encenderse a nuestro paso. Se hubiera dicho que los genios del abismo iluminaban su palacio para recibir dignamente a sus huéspedes de la tierra.

—¡Esto es magnífico! —exclamé sin querer—. ¡Qué espectáculo, tío! ¿No le causan admiración esos ricos matices de la lava, que varían gradualmente del rojo oscuro al amarillo más deslumbrante? ¿Y estos cristales que vemos como globos luminosos?

—¡Ah, por fin te vas convenciendo, Axel! ¡Así que esto te parece espléndido! ¡Verás muchas otras cosas, sin duda! ¡Vamos, vamos!

Debería haber dicho “¡Resbalemos, resbalemos!”, porque nos dejábamos llevar sin fatiga por las pendientes inclinadas. Aquello era el *facilis descensus Averno* de Virgilio. La brújula, que yo consultaba con frecuencia, marcaba siempre la dirección SE. Aquella senda de lava no se desviaba hacia un lado ni hacia el otro; tenía la inflexibilidad de la línea recta.

Sin embargo el calor no aumentaba de una manera sensible, lo que venía a confirmar las teorías de Davy. En más de una ocasión consulté con asombro el termómetro. A las dos horas de marcha solo marcaba 10°C, es decir que había experimentado una subida de 4°C; eso me inducía a pensar que nuestra marcha era más horizontal que vertical. Conocer con exactitud la profundidad alcanzada era fácil; el profesor medía con la mayor escrupulosidad los ángulos de desviación e inclinación del camino, pero se reservaba el resultado de sus observaciones.

138

Por la noche, a eso de las ocho, dio la señal de alto. Se colgaron las lámparas en las puntas salientes de la lava. Hans se sentó enseguida. Nos hallábamos en una especie de caverna donde no faltaba el aire. Por el contrario, llegaba hasta nosotros una intensa corriente. ¿Qué causas la producían? ¿A qué agitación atmosférica debíamos atribuir su origen? Esa es una cuestión que no traté de resolver en aquel momento; el cansancio y el hambre me incapacitaban para todo raciocinio. Un descenso de siete horas consecutivas no se efectúa sin un gran derroche de fuerzas, y me encontraba agotado. La palabra “alto” sonó en mi oído como una melodía.

Hans esparció algunas provisiones sobre un bloque de lava, y todos devoramos con excelente apetito. Sin embargo, una idea me inquietaba: ya habíamos consumido la mitad de nuestras provisiones de agua. Mi tío contaba con renovarla en los manantiales subterráneos, pero hasta aquel instante no habíamos tropezado con ninguno. Al fin me decidí a preguntarle sobre este asunto.

—¿Te sorprende esta ausencia de manantiales? —respondió.

—Sin duda, y hasta me inquieta; no tenemos agua más que para cinco días.

—Tranquilízate, Axel; encontraremos agua, y más de la que quisiéramos.

—¿Cuándo?

—Cuando hayamos salido de esta envoltura de lava. ¿Cómo quieres que surjan manantiales a través de estas paredes?

—Pero, ¿y si esta envoltura se prolongara hasta alcanzar grandes profundidades? Me parece que todavía no hemos avanzado mucho en sentido vertical.

—¿Por qué supones eso?

—Porque si hubiéramos penetrado mucho en el interior de la corteza terrestre, el calor sería más intenso.

—Eso según tu teoría. ¿Qué señala el termómetro?

—Apenas 15°C, lo que supone un aumento de solo 9°C desde nuestra partida.

—¿Y qué deduces de ahí?

—Mi deducción es esta: según las observaciones más exactas, el aumento que experimenta la temperatura en

el interior del globo es de un grado cada 100 pies de profundidad. Ciertas condiciones locales pueden, no obstante, modificar esta cifra; así, en Yakutsk, en Siberia, se ha observado que el aumento de un grado se verifica cada 36 pies, lo cual depende evidentemente de la conductibilidad de las rocas. Añadiré, además, que en las proximidades de un volcán apagado, y a través del gneis, se ha observado que la elevación de la temperatura es de solo un grado por cada 125 pies. Aceptemos entonces esta última hipótesis, que es la más favorable, y calculemos.

—Calcula cuanto quieras, hijo mío.

—Nada más fácil —dije, trazando en mi libreta algunas cifras—. Nueve veces 125 pies dan 1.125 pies de profundidad.

—Exacto.

—¿Y entonces?

—Pues bien, según mis observaciones, nos hallamos a 10.000 pies bajo el nivel del mar.

—¿Es posible?

—Sí; los números no mienten.

Los cálculos del profesor eran exactos; habíamos ya rebasado en 6.000 pies las mayores profundidades alcanzadas por el hombre, tales como las minas de Kitz-Bahl, en el Tirol, y las de Wuttemberg en Bohemia.

La temperatura, que hubiera debido ser de 81°C en aquel lugar, era apenas de 15°C, lo que daba motivo para muchas reflexiones.

## XIX

El día siguiente, martes 30 de junio, reanudamos nuestro descenso a las seis de la mañana.

Continuamos por la galería de lava, verdadera rampa natural, suave como esos planos inclinados que reemplazan a las escaleras en las casas antiguas. Así prosiguió la marcha hasta las doce y diez minutos de la noche. En ese instante nos reunimos con Hans, que acababa de detenerse.

—¡Ah! —exclamó mi tío—, hemos llegado al extremo de la chimenea.

Miré alrededor; nos hallábamos en el centro de una encrucijada, en la que desembocaban dos caminos, ambos sombríos y estrechos. ¿Cuál deberíamos seguir? Difícil saberlo.

Pero mi tío no quería que ni el guía ni yo lo viéramos dudar, y señaló el túnel del este. Entramos enseguida los tres.

La verdad es que toda vacilación ante aquellos dos caminos se habría prolongado indefinidamente, porque no existía indicio que aconsejase dar la preferencia a uno o a otro. Había que confiarse por completo a la suerte.

La pendiente de esta nueva galería era leve y su sección bastante desigual. A veces se desarrollaba delante de nuestros pasos una sucesión de arcos que recordaban las naves laterales de una catedral gótica; los artistas de la Edad Media hubieran podido estudiar allí todas las for-

mas de esa arquitectura religiosa que tiene por generatriz a la ojiva. Una milla más lejos, nuestra cabeza se inclinaba bajo los arcos rebajados del estilo romano, y gruesos pilares, embutidos en la pared, sostenían la caída de las bóvedas. En ciertos lugares, esta disposición cedía paso a subestructuras bajas que recordaban la obra de los castores, y para avanzar teníamos que arrastrarnos a lo largo de pasadizos estrechos.

El calor se mantenía soportable. Involuntariamente pensaba cuál habrá sido su intensidad cuando las lavas del Sneffels se precipitaban por aquel camino, ahora tan tranquilo. Me imaginaba los torrentes de fuego que se estrellarían contra los ángulos de la galería, y la acumulación de los vapores recalentados en aquel lugar estrecho.

142

“¡Con tal que el viejo volcán no se vea asaltado por algún capricho senil!”, pensé.

Me guardaba muy bien de comunicar a mi tío semejantes reflexiones, porque no las hubiera comprendido. Su único pensamiento era avanzar. Caminaba, se deslizaba y a veces hasta se desbarrancaba con una convicción admirable.

Después de un paseo tranquilo, a las seis de la tarde habíamos avanzado dos leguas hacia el Sur, pero apenas un cuarto de milla en profundidad. Mi tío dio la señal de descanso. Comimos sin abusar de la charla y nos dormimos sin entregarnos a grandes reflexiones.

Nuestros preparativos para pasar la noche no podían ser más sencillos: una manta de viaje, en la que nos envolvíamos, era todo nuestro lecho. No había que temer ni

frío ni visitas inoportunas. Los viajeros que se internan en los desiertos del África o en las selvas del Nuevo Mundo, tienen que velar los unos el sueño de los otros; pero aquí la soledad era absoluta y la seguridad completa. No había salvajes ni fieras que nos preocuparan.

A la mañana siguiente despertamos descansados y ágiles. Reanudamos enseguida la marcha a lo largo de una galería cubierta de lava, lo mismo que la víspera.

Se hacía imposible reconocer los terrenos que atravesábamos. En vez de hundirse en las entrañas del globo, el túnel tendía a hacerse horizontal por completo. Hasta me pareció observar que subía hacia la superficie de la tierra. A eso de las diez de la mañana esta disposición se hizo tan patente y cansadora que necesité moderar el ritmo de la marcha.

—¿Qué pasa, Axel? —dijo, impaciente, mi tío.

—Que no puedo más —respondí.

—¿Cómo es eso? ¡Fueron solo tres horas de paseo por un camino liso!

—Liso, sí, pero muy agotador.

—¡Cómo puede ser agotador, si vamos cuesta abajo!

—¡Cuesta arriba, si usted no lo toma a mal!

—¿Cuesta arriba? —dijo mi tío, encogiéndose de hombros.

—Sin duda. Hace media hora se han modificado las pendientes. De seguir así, no tardaremos en salir nuevamente a la superficie de Islandia.

El profesor sacudió la cabeza como hombre que no quiere dejarse convencer. Traté de reanudar la conversa-

ción, pero no me contestó y dio la señal de marcha. Comprendí que su silencio era solo la manifestación exterior de su malhumor concentrado.

Tomé otra vez mi fardo y seguí rápidamente a Hans, que precedía a mi tío. Procuré no distanciarme, porque mi primera preocupación era no perder jamás de vista a mis compañeros. Me estremecía la idea de extraviarme en las profundidades de aquel laberinto.

Por otra parte, si bien el camino ascendente era más fatigoso, me consolaba pensar que, en cambio, nos acercaba a la superficie de la tierra. Era una esperanza que veía confirmada a cada paso.

A mediodía cambiaron de aspecto las paredes de la galería. Me di cuenta al observar que la luz eléctrica reflejada por ellas se debilitó. Al revestimiento de lava sucedió la roca viva. El macizo se componía de capas inclinadas y a menudo dispuestas verticalmente. Nos hallábamos en pleno período de transición, en pleno período silúrico.

—Es evidente —exclamé— que los sedimentos de las aguas han formado, en la segunda época de la tierra, estos esquistos, estas calizas y estos asperones. ¡Volvemos la espalda al macizo de granito! Somos como gente de Hamburgo que, para llegar a Lübeck, toma el camino de Hannover.

Hubiera sido preferible que me guardara esas observaciones, pero mi temperamento de geólogo pudo más que la prudencia. El profesor Lidenbrock oyó mi comentario.

—¿Qué problema tienes? —preguntó.



—Mire —le contesté, mostrándole la variada sucesión de los asperones, las calizas y los primeros indicios de terrenos pizarrosos.

—¿Y qué?

—Que hemos llegado al período en que aparecieron las primeras plantas y los primeros animales.

—¡Ah! ¿Te parece?

—Véalo usted mismo; ¡exámínelo, obsérvelo!

Obligué al profesor a pasear su lámpara por delante de las paredes de la galería. Esperaba que se escapase de sus labios alguna exclamación. Lejos de esto, no dijo una palabra y prosiguió su camino.

¿Me había comprendido o no? ¿Era que, por vanidad de sabio y de tío, no quería admitir que se había equivocado al elegir el túnel del este? ¿O quería reconocer hasta el fin esa galería? Era evidente que habíamos abandonado el camino de las lavas; el que seguíamos no podía conducir al núcleo del Sneffels.

Pero tal vez yo daba demasiada importancia a esta modificación del terreno. ¿No estaría equivocado? ¿Atravesábamos realmente aquellas capas de roca superpuestas al macizo de granito?

“Si tengo razón —pensaba—, aparecerán restos de plantas primitivas. Y entonces no habrá más remedio que rendirse a la evidencia. Busquemos”.

No habría dado aun cien pasos cuando mis ojos descubrieron pruebas irrefutables. Era lógico que así sucediese, porque en el período silúrico los mares encerraban más de mil quinientas especies vegetales y animales. Mis

pies, habituados al duro suelo de lava, pisaron de repente un polvo formado por restos de plantas y de conchas. En las paredes se distinguían huellas de ovas y licopodios. El profesor Lidenbrock no podía engañarse, pero me parece que cerraba los ojos a propósito. Seguía su camino con paso invariable.

Era la terquedad llevada hasta el último límite. No pude reprimirme por más tiempo; tomé una cubierta perfectamente conservada, que había pertenecido a un animal semejante a la cucaracha actual, me aproximé a mi tío y se la mostré:

—¡Mire!

—¿Qué me muestras? —respondió tranquilamente—. Es el caparazón de un crustáceo perteneciente al orden ya extinguido de los trilobites. Nada más.

146

—¿Pero usted no deduce...?

—¿Lo mismo que deduces tú? Sí. Hemos abandonado la capa de granito y el camino de las lavas. Es posible que me haya equivocado, pero no me convenceré de mi error hasta llegar al extremo de esta galería.

—Hace bien, tío, y yo aprobaría su decisión si no hubiera un peligro cada vez más inminente.

—¿Cuál?

—La falta de agua.

—Muy bien, Axel; entonces vamos a racionar el agua.

## XX

En efecto, era necesario economizar. Nuestra provisión no duraría más de tres días, como pude comprobar por la noche, a la hora de cenar. Y lo peor del caso era que había pocas esperanzas de encontrar algún manantial en aquellos terrenos del período de transición.

Durante todo el día siguiente la galería nos mostró sus interminables arcadas. Caminábamos casi sin despegar nuestros labios. Hans nos había contagiado su mutismo.

El camino no ascendía, por lo menos de una manera sensible, y a veces hasta parecía que bajábamos. Pero esta tendencia apenas notoria no debía tranquilizar al profesor, porque la naturaleza de las capas no se modificaba, y el período de transición se afirmaba cada vez más.

La luz eléctrica arrancaba vivos destellos a los esquitos, las calizas y los viejos asperones rojos de las paredes; parecía que nos halláramos dentro de una zanja profunda, abierta en el condado de Devon, que da su nombre a esta clase de terrenos. Magníficos ejemplares de mármoles recubrían las paredes: unos de color gris ágata, surcados de venas blancas caprichosamente dispuestas; otros de color encarnado o amarillo con manchas rojizas. Más lejos, esos jaspes de matices sombríos, en los que se revela la existencia de la caliza con color más vivo.

En la mayoría de estos mármoles se observaban huellas de animales primitivos. Pero la creación había

progresado mucho desde la víspera. En lugar de los rudimentarios trilobites vi huellas de un orden más perfecto. Había, entre otros, restos de peces ganoideos, y de esos sauropterigios en los que la paleontología descubrió las primeras formas de reptil. Los mares devonianos estaban habitados por gran número de animales de esta especie, que quedaron depositados de a miles sobre las rocas de nueva formación.

Era evidente que remontábamos la escala de la vida animal, cuyo último y más alto peldaño ocupa el hombre. Pero el profesor Lidenbrock no parecía darse cuenta.

Él esperaba que ocurriese alguna de estas dos cosas: o que se abriera de repente ante sus pies un pozo vertical que le permitiera reanudar el descenso, o que un inesperado obstáculo le impidiese continuar por el camino emprendido. Pero llegó la noche sin que se realizara esta esperanza.

148

El viernes, después de una noche durante la cual empecé a experimentar los tormentos de la sed, reanudamos nuestro viaje a lo largo de la misma galería.

Después de diez horas de marcha, observé que la reverberación de nuestras lámparas sobre las paredes decrecía de una manera notable. El mármol, el esquisto, la caliza y el asperón de las murallas cedían el puesto a un revestimiento mate y sombrío. En un pasaje el túnel se estrechó demasiado y me apoyé en la pared.

Cuando retiré la mano, vi que la tenía toda negra. Miré desde más cerca: nos encontrábamos en un yacimiento de hulla.

—¡Una mina de carbón! —exclamé.

—Una mina sin mineros —respondió mi tío.

—Quién sabe —observé.

—Yo lo sé —replicó el profesor con aire convencido—; tengo la seguridad de que esta galería, perforada a través de estos yacimientos de hulla, no ha sido construida por los hombres. Pero poco importa que sea obra de la naturaleza o no. Ha llegado la hora de cenar. Cenemos.

Hans preparó algo de comer. Yo apenas probé boca-do y bebí las escasas gotas de agua que constituían mi ración. El odre del guía, lleno solamente a medias, era lo único que quedaba para apagar la sed de tres hombres.

Después de la cena mis dos compañeros se envolvieron en sus mantas y remediaron la fatiga con el sueño. Yo no pude pegar los párpados, y conté todas las horas hasta la mañana siguiente.

149

El sábado a las seis emprendimos nuevamente la marcha. Veinte minutos más tarde llegamos a una vasta excavación, y me convencí entonces de que la mano del hombre no podía haber abierto aquella mina. Las bóvedas estaban apuntaladas; solo gracias a un milagroso equilibrio no se derrumbaban.

Esta especie de caverna medía cien pies de longitud por ciento cincuenta de altura. El terreno había sido violentamente removido por una conmoción subterránea. El macizo terrestre se había dislocado cediendo a algún violento impulso y dejando este amplio vacío en el que penetraban por primera vez los habitantes de la tierra.

Toda la historia del período de la hulla estaba escrita sobre aquellas paredes sombrías, cuyas diversas fases podía seguir fácilmente un geólogo. Los lechos de carbón aparecían separados por capas muy compactas de arcilla o de asperón, y como aplastados por las capas superiores.

En aquella edad del mundo que precedió al período secundario, la tierra se cubrió de inmensas vegetaciones, debidas a la acción combinada del calor tropical y de una humedad persistente. Una atmósfera de vapores rodeaba por todas partes al globo, privándolo de los rayos del sol.

Este es el fundamento de la teoría de que las temperaturas elevadas no provenían del sol, que tal vez no estaba todavía en situación de desempeñar su esplendoroso papel. Los climas no existían todavía, y en toda la superficie del globo reinaba un calor tórrido, de igual intensidad en el Ecuador y en los polos. ¿De dónde procedía? Del interior de la tierra.

150

A pesar de las teorías del profesor Lidenbrock, existía un fuego violento en las entrañas de nuestro esferoide, cuya acción se hacía sentir hasta en las últimas capas de la corteza terrestre. Las plantas, privadas del benéfico influjo del sol, no daban flores ni exhalaban perfumes; pero sus raíces absorbían una vida muy enérgica en los terrenos ardientes de los primeros días.

Había pocos árboles pero abundaban las plantas herbáceas como céspedes inmensos, helechos, licopodios, sigilarias y asterofilitas, familias raras cuyas especies se contaban entonces por millares. A esta exuberante vege-

tación debe su origen la hulla. La corteza aún elástica del globo obedecía a los movimientos de la masa líquida que lo cubría, produciéndose numerosas hendiduras y grietas. Las plantas, arrastradas debajo de las aguas, formaron poco a poco masas considerables.

Entonces intervino la acción de la química natural en el fondo de los mares: las acumulaciones vegetales se convirtieron primero en turba y después, gracias a la influencia de los gases y el calor de la fermentación, se mineralizaron por completo. Así se formaron esas inmensas capas de carbón que el consumo de todos los pueblos de la tierra no logrará agotar en muchos siglos.

Estas reflexiones asaltaban mi mente mientras consideraba la riqueza carbonífera acumulada en esta porción del macizo terrestre, que probablemente no sería descubierta jamás. La explotación de estas minas tan distantes exigiría sacrificios demasiado considerables. Por otra parte, ¿qué necesidad había? ¿No existe hulla repartida por toda la superficie de la tierra? Es de suponer que aquellos yacimientos carboníferos llegarán intactos a la última hora del mundo, tal como los contemplaba yo en aquel momento.

Mientras tanto seguíamos caminando. De los tres, solo yo olvidaba lo largo del camino para perderme en pensamientos geológicos. La temperatura seguía siendo casi la misma que cuando caminábamos entre lavas y esquistos. En cambio, se notaba un olor muy pronunciado a protocarburo de hidrógeno, lo que me hizo advertir la presencia de una gran cantidad de ese peligroso fluido que

los mineros designan con el nombre de grisú, cuya explosión ha causado con frecuencia espantosas catástrofes.

Afortunadamente nos alumbrábamos con los ingeniosos aparatos de Ruhmkorff. Si por imprudencia hubiésemos explorado aquella galería con antorchas en las manos, una explosión terrible hubiera puesto fin al viaje, suprimiendo a los viajeros.

La excursión a través de la mina duró hasta la noche. Mi tío se esforzaba en contener la impaciencia que le producía la horizontalidad del camino. Las profundas tinieblas no permitían apreciar la longitud de la galería más allá de los veinte pasos; yo ya empezaba a creer que era interminable, cuando de repente, a las seis, tropezamos con un muro que nos cerraba el camino. Ni a derecha ni a izquierda, ni arriba ni abajo había paso. Era el fondo de un callejón sin salida.

152

—¡Bueno! Tanto mejor —exclamó mi tío—; por lo menos ya sé a qué atenerme. Este no es el camino seguido por Saknussem, y no queda otro remedio que desandar lo andado. Descansemos esta noche. Antes de tres días habremos vuelto al punto donde la galería se bifurca.

—Sí —dije yo—, ¡si nos alcanzan las fuerzas!

—¿Y por qué no nos van a alcanzar?

—Porque mañana no tendremos ni una gota de agua.

—Y coraje, ¿no tendremos tampoco? —preguntó el profesor, dirigiéndome una mirada severa.

No me atreví a contestarle.



## XXI

Al día siguiente partimos de madrugada. Teníamos que darnos prisa, porque nos hallábamos a cinco jornadas del punto de bifurcación de la galería subterránea.

No me detendré a detallar los sufrimientos de nuestro viaje de vuelta. Mi tío los soportó con la cólera de un hombre que no se siente más fuerte que los demás; Hans, con la resignación de su naturaleza pacífica; yo, lo confieso, lo pasé quejándome y desesperándome, sin valor para luchar contra la mala suerte.

Como había previsto, faltó el agua por completo al terminar la primera jornada; nuestra provisión de líquido quedó reducida a ginebra. Pero este licor infernal nos quemaba la garganta y ni siquiera podía soportar verlo. La temperatura ambiente me parecía sofocante. El cansancio paralizaba mis miembros, más de una vez estuve a punto de caer. Entonces hacíamos alto, y mi tío y el islandés me animaban como podían. Pero yo notaba que mi tío apenas podía defenderse contra el cansancio y las torturas de la privación de agua.

Por fin, el 8 de julio, arrastrándonos sobre las rodillas y las manos, llegamos medio muertos al punto de intersección de las dos galerías. Allí permanecí como una masa inerte, tendido sobre la lava. Eran las diez de la mañana.

Hans y mi tío, recostados contra la pared, trataron de masticar algunos trozos de galleta. De mis labios hincha-

dos se escapaban largos gemidos. Caí en un profundo sopor.

Pasado algún tiempo, mi tío se aproximó a mí y me levantó en sus brazos.

—Pobre criatura —murmuró con acento de piedad no fingida.

Estas palabras me conmovieron, porque no estaba acostumbrado a oír delicadezas al terrible profesor. Estreché entre mis manos las suyas temblorosas, y me miró con cariño. Sus ojos se humedecieron.

Entonces lo vi tomar la cantimplora que colgaba de su cintura. Con gran asombro mío, me la acercó a los labios diciendo:

—Bebe.

154

¿Había entendido mal? ¿Se había vuelto loco mi tío? Lo contemplaba con una mirada estúpida sin querer comprenderlo.

—Bebe —repitió él.

Y, alzando la cantimplora, vertió su contenido entre mis labios.

¡Oh placer incomparable! Un sorbo de agua humedeció mi boca ardiente; uno solo, es verdad, pero bastó para devolverme la vida que ya se me escapaba.

Di gracias a mi tío juntando las manos.

—Sí —dijo él—, ¡un sorbo de agua, el último! ¿Escuchaste? ¡El último! Lo guardaba como un tesoro precioso en el fondo de mi cantimplora. Veinte, cien veces tuve que aguantar el deseo de beberla. Pero no, Axel, la reservé para ti.

—¡Tío! —murmuré, enternecido y con los ojos cargados de lágrimas.

—Sí, hijo mío. Sabía que al llegar a esta encrucijada te desplomarías medio muerto, y guardé las últimas gotas de agua para reanimarte.

—¡Gracias! ¡Gracias! —exclamé.

Aunque no aplacó mi sed, aquel sorbo de agua me hizo recuperar algunas fuerzas. Se distendieron los músculos de mi garganta, hasta entonces contraídos, y cedió un poco la irritación de mis labios, permitiéndome hablar.

—Veamos —dije—, hay una sola posibilidad; no tenemos agua, debemos volver sobre nuestros pasos.

Mientras yo hablaba, mi tío evitaba mirarme; bajaba la cabeza y sus ojos huían de los míos.

—Hay que retroceder —exclamé— y tomar nuevamente el camino del Sneffels. ¡Dios quiera darnos fuerzas para subir hasta la cima del cráter!

—¡Retroceder! —exclamó mi tío, como si, más que a mí, se respondiese a sí mismo.

—Sí, sí, retroceder, y sin perder un instante.

Hubo una pausa bastante prolongada.

—¿De modo, Axel —repuso el profesor con tono extraño—, que esas gotas de agua no te han devuelto el valor y la energía?

—¡El valor!

—Te veo abatido como antes, y todavía pronuncias palabras de desesperación.

¿Con qué clase de hombre estaba hablando yo? ¿Qué planes había todavía en esa mente audaz?

—¡Cómo! ¿No querrá usted...?

—¿Renunciar a esta expedición, justo cuando todo anuncia que puedo tener éxito? ¡Jamás!

—¿Entonces hay que resignarse a morir?

—¡No, Axel, no! Vete. No quiero que mueras. Que te acompañe Hans. ¡Déjame solo!

—¡Abandonarlo a usted!

—¡Déjame, repito! Inicié este viaje, estoy dispuesto a terminarlo o a no volver. ¡Vete, Axel, vete!

Mi tío se expresaba con una excitación extraordinaria. Su voz, enternecida un instante, adquirió nuevamente la dureza habitual. ¡Luchaba contra las imposibilidades con una energía oscura! No quería abandonarlo en el fondo de aquel abismo, pero el instinto de conservación me impulsaba a huir.

156

El guía presenciaba esta escena con la indiferencia de siempre, pero dándose cuenta de lo que pasaba entre sus compañeros. Nuestros gestos indicaban el camino diferente que cada cual proponía. Pero a Hans parecía interesarle poco esta cuestión, de la que dependía tal vez su existencia, y estaba tan dispuesto a partir como a quedarse, según la voluntad de su empleador.

¡Lástima que él no pudiera entenderme en aquel instante decisivo! Mis palabras, mis lamentos, mi acento, se habrían impuesto a su naturaleza indiferente. Le habría hecho comprender y palpar los peligros que no sospechaba. Entre ambos hubiera sido posible convencer al obstinado profesor y, llegado el caso, obligarlo a volver a la cima del Sneffels.

Me acerqué a Hans y coloqué mi mano sobre la suya, pero no se movió. Le mostré el camino del cráter; permaneció impassible. Mi rostro anhelante expresaba todos mis sufrimientos. El islandés sacudió apenas la cabeza, y señalando a mi tío respondió tranquilamente:

—*Master*.

—¿El amo? —exclamé—. ¡Insensato! ¡No, no es dueño de tu vida! ¡Tenemos que huir! ¡Y tenemos que llevarlo con nosotros! ¿Me escuchas? ¿Me entiendes?

Tenía agarrado a Hans por el brazo y trataba de obligarlo a ponerse de pie. Forcejeamos. Entonces intervino mi tío.

—Calma, Axel —dijo—. Nada conseguirías de este servidor impassible. Así que escucha lo que voy a proponerte.

Me crucé de brazos, mirando a mi tío cara a cara.

—La falta de agua —dijo— es el único obstáculo que se opone a la realización de mis proyectos. En la galería del este, formada de lavas, esquistos y hullas, no hemos hallado ni una sola molécula de líquido. Es posible que tengamos más suerte siguiendo el túnel del oeste.

Yo sacudí la cabeza con un aire de perfecta incredulidad.

—Escúchame hasta el fin —añadió el profesor esforzando la voz—. Mientras yacías ahí, sin movimiento, fui a reconocer la conformación de esa otra galería. Se hunde directamente en las entrañas del globo; en pocas horas nos conducirá al macizo granítico, donde encontraremos abundantes manantiales. Así lo exige la naturaleza de la roca: el instinto y la lógica apoyan mi convicción. Escu-

cha lo que quiero proponerte. Cuando Colón pidió a su tripulación un plazo de tres días para hallar las nuevas tierras, los marinos, enfermos y temerosos, accedieron a su demanda. Así pudo descubrir el Nuevo Mundo. Yo, Colón de estas regiones subterráneas, solo te pido un día. Si transcurrido este plazo no he logrado encontrar el agua que nos falta, te juro que volveremos a la superficie de la tierra.

A pesar de mi irritación, me conmovieron estas palabras de mi tío y el esfuerzo que debió hacer para hablarme así.

—Está bien —exclamé—; hágase su voluntad, y que Dios recompense su energía sobrehumana. Solo dispone de algunas horas para probar su suerte. ¡En marcha!

158

## XXII

Reanudamos el descenso, esta vez por la nueva galería; Hans caminaba adelante como era su costumbre. No habíamos avanzado ni cien pasos cuando el profesor, paseando su lámpara por las paredes, exclamó:

—¡Aquí tenemos los terrenos primitivos! ¡Vamos por buen camino! ¡Adelante! ¡Adelante!

En los primeros días del mundo, cuando la tierra se iba enfriando poco a poco, la disminución de su volumen produjo en su corteza dislocaciones, rupturas, depresiones y hendiduras. La galería que recorríamos era una de esas grietas por las cuales en otro tiempo se derramaba

el granito eruptivo; sus mil recodos formaban un inextricable laberinto a través del terreno primordial.

A medida que descendíamos, la sucesión de las capas que formaban el terreno primitivo se mostraba con mayor claridad. La ciencia geológica considera este terreno como la base de la corteza mineral, y ha descubierto que se compone de tres capas diferentes: los esquistos, los gneises y los micaesquistos, que reposan sobre esa inquebrantable roca que llamamos granito.

Los mineralogistas nunca se habían visto en circunstancias tan maravillosas para estudiar la naturaleza en su propio seno. Todo lo que la sonda, instrumento torpe y brutal, no podía llevar a la superficie, íbamos a estudiarlo con nuestros propios ojos, a tocarlo con nuestras manos.

A través de la capa de los esquistos, coloreados de bellos matices verdes, serpenteaban filones metálicos de cobre y de manganeso con algunos vestigios de oro y de platino. Esto me hacía pensar en las inmensas riquezas sepultadas que la codicia humana no disfrutará jamás. Los antiguos cataclismos las enterraron a tal profundidad, que ni el azadón ni el pico lograrán arrancarlas de sus tumbas.

A los esquistos sucedieron los gneises, de estructura estratiforme, notables por la regularidad y paralelismo de sus hojas, y después los micaesquistos, dispuestos en grandes láminas, cuya visibilidad realzaba el centelleo de la mica blanca.

La luz de los aparatos, reflejada por las pequeñas facetas de la masa rocosa, cruzaba bajo todos los ángulos

sus efluvios de fuego, y me parecía que viajábamos a través de un diamante hueco, en cuyo interior se quebraban los rayos luminosos en mil caprichosos destellos.

Hacia las seis de la tarde este derroche de luz disminuyó sensiblemente y casi cesó después. Las paredes adquirieron un aspecto cristalino, pero sombrío; la mica se mezcló más íntimamente con el feldespato y el cuarzo para formar la roca por excelencia, la piedra más dura de todas, la que soporta sin quebrarse el peso enorme de los cuatro órdenes del globo: estábamos encerrados en una inmensa prisión de granito.

Eran las ocho de la noche y el agua no había aparecido. Yo sufría horriblemente. Mi tío iba adelante, no quería detenerse. Aguzaba el oído tratando de sorprender el murmullo de algún manantial, pero en vano.

160

Mis piernas ya se negaban a sostenerme, pero soporaba la tortura para no obligar a mi tío a hacer alto. Esto hubiera sido el golpe de gracia: ya terminaba la jornada que él mismo había señalado como plazo.

Por fin me abandonaron las fuerzas; di un grito y caí.

—¡Me muero!

Mi tío volvió sobre sus pasos. Me contempló con los brazos cruzados, y salieron de sus labios estas palabras fatídicas:

—¡Todo terminó!

Lo último que vi fue su aterrador gesto de cólera. Cerré los ojos.

Cuando los volví a abrir vi a mis dos compañeros, inmóviles y envueltos en sus mantas. ¿Dormían? Por mi





parte, no pude conciliar el sueño un momento. Sufría, sobre todo, la idea de que ya no había remedio para mis problemas. Las últimas palabras de mi tío resonaban aún en mis oídos. Todo se había acabado, en efecto; en semejante estado de debilidad, imposible pensar siquiera en el regreso a la superficie.

Había que atravesar una legua y media de corteza terrestre, ¡nada menos! Toda esa enorme masa parecía apoyar su peso sobre mi espalda. Me sentía aplastado, y dedicaba violentos esfuerzos para darme vuelta en mi cama de granito.

Transcurrieron varias horas. Un silencio profundo reinaba alrededor, el silencio de la tumba. Ningún rumor podía llegar a través de aquellas paredes, la más delgada de las cuales mediría, por lo menos, cinco millas de espesor.

162

Sin embargo, en medio de mi sopor, creí percibir un ruido. El túnel estaba quedando a oscuras. Miré con atención. Me pareció ver que el islandés desaparecía con su lámpara en la mano.

¿A dónde se dirigía? ¿Nos abandonaba? Mi tío dormía a pierna suelta. Quise gritar, pero la voz se ahogó en mis labios secos. La oscuridad se había hecho profunda; los últimos ruidos se apagaron.

—¡Hans nos abandona! —exclamé—. ¡Hans! ¡Hans!

Gritaba estas palabras con la mente; no llegaron lejos. Sin embargo, después del primer instante de terror, me avergoncé de mis sospechas contra ese hombre. Su conducta había sido transparente hasta entonces. Su partida no podía ser una fuga. En lugar de volver atrás,

se internaba más en la galería; de haber tenido malas intenciones habría elegido el sentido opuesto. Este razonamiento me tranquilizó un poco y pasé a pensar en otras cosas. Solo un grave motivo hubiera podido arrancar de su reposo al pacífico Hans: ¿buscaba descubrir algo? ¿Habría oído en el silencio de la noche algún murmullo que no llegaba hasta mí?

## XXIII

Durante una hora cruzaron por mi cerebro delirante todas las razones que habrían podido impulsar al cazador. Las ideas más absurdas bullían en mi mente. ¡Creí volverme loco!

163

Por fin escuché pasos en las profundidades del abismo. Hans regresaba, sin duda. La luz incierta comenzó a reflejarse sobre las paredes, y brilló después en la abertura del corredor. Tras ella, apareció el guía.

Se acercó a mi tío, le puso la mano en el hombro y lo despertó con cuidado. Mi tío se levantó, preguntando:

—¿Qué ocurre? ¿Qué sucede?

—*Watten* —respondió el cazador.

Sin duda, bajo la impresión de los violentos dolores todos nos hacemos políglotas. Yo ignoraba en absoluto el danés, y sin embargo entendí instintivamente la palabra pronunciada por el guía.

—¡Agua! ¡Agua! —grité, aplaudiendo y gesticulando como un demente.

—¡Agua! —repitió mi tío. Y preguntó al islandés:

—*Hvar?*

—*Nedät!* —respondió este.

¿Dónde? ¡Allá abajo! Todo lo comprendí. Había agarrado las manos del cazador y las apretaba en las mías; él me miraba con calma.

Los preparativos fueron breves. Enseguida bajábamos por un corredor que tenía una pendiente de dos pies por toesa.

Una hora más tarde habíamos avanzado una milla y descendido dos mil pies. En aquel momento oímos un ruido insólito que se transmitía a lo largo de las paredes de granito, una especie de rugido sordo, como un trueno lejano. Al principio, viendo que no tropezábamos con el manantial anunciado, se reprodujeron mis angustias; pero entonces mi tío explicó el origen de los ruidos que oíamos.

—Hans no se ha engañado —dijo—; ese rumor que oyes es el rugido de un torrente.

—¿Un torrente? —exclamé.

—Sin duda. Un río subterráneo circula a nuestro alrededor.

Apresuramos el paso, hostigados por la esperanza. El solo murmullo del agua ya me refrescaba y dejé de sentir fatiga. El torrente, después de haber corrido mucho tiempo por encima de nuestras cabezas, se cambió a la pared de la derecha, rugiendo y dando saltos. Yo pasaba a cada instante la mano por la roca esperando hallar señales de filtración o humedad, en vano.

Transcurrió una media hora, durante la cual avanzamos otra media legua. Entonces fue evidente que el cazador, durante su ausencia, no había tenido tiempo de llevar más adelante la investigación. Guiado por un instinto propio de los montañeses (y de los hidroskopios), sintió el torrente, por decir así, a través de las rocas. Pero en realidad no vio el agua ni la había bebido.

Pronto notamos que siguiendo el mismo rumbo nos alejaríamos del torrente. Su murmullo tendía a disminuir.

Retrocedimos un poco y Hans se detuvo en el preciso lugar donde la corriente parecía estar más cerca.

Me senté al lado de la pared; las aguas corrían a dos pies de distancia con una violencia extrema, pero un muro de granito nos separaba de ellas.

Sin reflexionar, sin siquiera preguntarme de qué modo podríamos acceder al torrente, empecé a dejarme llevar otra vez por la desesperación.

Hans me miró y creí descubrir en sus labios una ligera sonrisa.

Se levantó y tomó la lámpara. Fue hasta la pared, apoyó el oído sobre la piedra seca y lo paseó por ella lentamente, escuchando con atención. Comprendí que buscaba el punto preciso donde el ruido del torrente pudiera oírse con más claridad.

Por fin encontró este punto en la pared lateral de la izquierda, a tres pies de elevación.

¡Qué emoción tan grande! Al principio no adiviné lo que quería hacer el cazador, pero después no tuve más remedio que comprender y aplaudir, y hasta animarlo con

mis caricias, cuando vi que tomaba el pico para horadar la roca.

—¡Salvados —grité—, salvados!

—¡Sí! —dijo mi tío con enorme júbilo—. Hans tiene razón, ¡bravo! ¡A nosotros no se nos hubiese ocurrido!

¡Seguro que no! Por sencillo que sea, no se nos hubiera venido a la mente. Pero nada más peligroso que atacar con el pico el almacén del globo. ¿Y si nos aplastaba un derrumbe? ¿Y si el torrente, al encontrar salida a través de la roca, nos ahogaba? Estos peligros no eran fantasiosos, pero en aquellas circunstancias ningún temor podía detenernos. Nuestra sed era tan intensa que, con tal de aplacarla, hubiéramos sido capaces de abrir un orificio en el fondo del mismo océano.

166

Hans acometió esta empresa, que ni mi tío ni yo hubiésemos sido capaces de realizar. Nuestras manos impacientes hubieran acelerado sin prudencia los golpes, haciendo volar la roca en mil pedazos. En cambio el guía, tranquilo y moderado, la desgastó poco a poco con pequeños golpes repetidos, delimitando un área de medio pie de diámetro. Al oír el ruido creciente del agua bienhechora, yo creía sentir que ya salpicaba mis labios.

Pronto la piqueta penetró dos pies en la pared de granito. La difícil operación ya duraba una hora; yo me retorcí de impaciencia. Mi tío quería recurrir a medidas extremas y me costaba mucho detenerlo; ya empuñaba su pico cuando de repente se oyó un silbido, y surgió del orificio un violento chorro de agua que fue a estrellarse contra la pared opuesta.

Hans, medio derribado por el choque, no pudo reprimir un grito de dolor. Cuando sumergí mis manos en el líquido, yo también solté un grito. Entendí el lamento del guía: el agua estaba hirviendo.

—¡Agua a cien grados de temperatura! —exclamé.

—¡Ya se enfriará! —respondió mi tío.

La galería se llenaba de vapores, mientras se formaba un arroyo que iba a perderse en las sinuosidades subterráneas. No tardamos en gustar nuestros primeros sorbos.

¡Ah, qué placer! ¡Qué deleite incomparable! ¿Qué agua era aquella? ¿De dónde venía? Poco importaba. Era agua y, aunque todavía estaba caliente, devolvía al corazón la vida que casi se le escapaba. Yo bebía sin descanso y sin siquiera saborearla.

Después de un minuto de satisfacción exclamé:

—¡Eh! ¡Pero esto es agua ferruginosa!

—Excelente para el estómago —replicó mi tío—, y de una mineralización muy intensa. ¡Este viaje será como una visita a Spa o a Teplitz!

—¡Ah, qué buena es!

—¡Ya lo creo! Como extraída a seis millas debajo de la tierra; tiene un gusto a tinta que no es desagradable, por cierto. ¡Qué problema nos ha resuelto este Hans! Propongo que le demos su nombre a este saludable arroyuelo.

—Me parece muy bien —exclamé.

Y quedó bautizado el arroyo con el nombre de *Hansbach*, es decir “Arroyo de Hans”. Hans no se envaneció

demasiado. Después de apagar su sed, se recostó en un rincón con su calma acostumbrada.

—Ahora —dije—, convendría no dejar que se pierda esta agua.

—¿Para qué la queremos? —respondió el profesor—. Creo que este manantial debe ser inagotable.

—No importa. Llenemos las cantimploras y el odre, y tratemos enseguida de taponar la abertura.

Se siguió mi consejo. Hans, con trozos de granito y estopa, trató de obstruir el orificio abierto en la pared. Pero no era fácil: el agua quemaba las manos, la presión era extraordinaria y nuestros reiterados esfuerzos resultaron infructuosos.

168

—Es evidente —observé— que las napas superiores de este caudal de agua se encuentran a gran altura, a juzgar por la fuerza con que sale.

—Seguramente —replicó mi tío—; si esta columna de agua tiene 32.000 pies de altura, su presión en este orificio es de 1.000 atmósferas. Pero tengo una idea.

—¿Cuál?

—¿Por qué nos estamos obstinando en taponar esta abertura?

—Bueno, porque...

La verdad es que no pude encontrar una razón convincente.

—Cuando hayamos vaciado las cantimploras, ¿es seguro que encontraremos dónde llenarlas de nuevo?

—Evidentemente no.



—Entonces dejemos correr el agua. Bajaré siguiendo su curso natural, nos servirá de guía y calmará nuestra sed.

—¡Muy bien pensado! —exclamé—. Con este arroyo como compañero, no hay razón para que nuestro proyecto no alcance el éxito.

—¡Ah, hijo mío! Veo que te vas convenciendo —dijo el profesor, sonriente.

—No me voy convenciendo, tío: ya estoy convencido.

—Empecemos por tomarnos algunas horas de descanso.

Había olvidado por completo que era de noche. El cronómetro se encargó de advertírmelo. Satisfechas la sed y el hambre, no tardamos en sumirnos los tres en un sueño profundo.

169

## XXIV

Al día siguiente ya no nos acordábamos de los dolores pasados. Me sorprendía el hecho de no sentir más sed; no comprendía la causa. El arroyo que corría a mis pies, murmurando, se encargó de explicármelo.

Almorzamos y bebimos aquella excelente agua ferruginosa. Me sentí regocijado y decidido a llegar lejos. ¿Por qué un hombre convencido como mi tío no había de tener éxito en su empresa, con un guía ingenioso como Hans y un sobrino decidido como yo? ¡Qué bellas ideas brotaban

de mi cerebro! Si me hubiesen propuesto regresar a la cima del Sneffels, habría renunciado con indignación.

Pero por suerte nadie pensaba más que en bajar.

—¡Partamos! —grité, despertando con mi entusiasmo los antiguos ecos del globo.

Se reanudó la marcha el jueves a las ocho de la mañana. La galería de granito, formando sinuosidades, presentaba inesperados recodos simulando la confusión de un laberinto. Pero en definitiva seguía siempre la dirección Sudeste. Mi tío no dejaba de consultar su brújula para poder darse cuenta del camino recorrido.

La galería se deslizaba casi horizontalmente, con un declive de dos pulgadas por toesa a lo sumo. El arroyo fluía murmurando lento a nuestros pies. Parecía algún genio familiar guiándonos a través de la tierra. Yo mojaba los dedos en esa tibia náyade que acompañaba nuestros pasos con su música. Mi buen humor tomaba espontáneamente un giro mitológico.

170 Mi tío se quejaba de la horizontalidad del recorrido, él, “el hombre de las verticales”. El camino se alargaba indefinidamente y, en vez de deslizarnos a lo largo del radio terrestre, según su propia expresión, caminábamos por la hipotenusa. Pero no podíamos elegir; mientras nos aproximásemos al centro, por muy poco que fuese, no había derecho a quejarse.

De vez en cuando las pendientes se hacían más rápidas y la corriente, saltando de roca en roca, aceleraba su viaje. Descendíamos con ella a profundidades mayores.

Pero en suma, aquel día y el siguiente avanzamos mucho en el sentido horizontal y poco en el vertical.

El viernes 10 de julio por la tarde nos encontrábamos, según nuestros cálculos, treinta leguas al sudeste de Reikiavik, y a una profundidad de diez leguas y media. En ese momento se abrió a nuestros pies un pozo imponente. Mientras calculaba la pendiente de sus lados, mi tío no podía evitar aplaudir.

—Esto nos llevará lejos —exclamó—; y con facilidad, porque los salientes de las rocas forman una verdadera escalera.

Hans preparó las cuerdas a fin de prevenir accidentes, y comenzamos un descenso que no calificaré de peligroso, porque ya me sentía familiarizado con esta clase de ejercicio.

El pozo era una hendidura angosta practicada en el macizo, una de esas grietas conocidas en mineralogía con el nombre de “fallas”, producidas por la contracción de la armazón terrestre en la época de su enfriamiento. Si en otro tiempo este pozo dio paso a las materias eruptivas vomitadas por el Sneffels, no entiendo por qué no quedó rastro de ellas. Bajábamos por una especie de escalera de caracol que parecía obra de la mano del hombre.

Cada cuarto de hora era necesario detenerse para descansar y devolver la elasticidad a nuestras corvas. Nos sentábamos sobre algún saliente rocoso con las piernas colgando; conversábamos, compartiendo alguna comida frugal, y después apagábamos la sed en el arroyo.

No hace falta decir que dentro de aquella grieta el Hansbach se había convertido en cascada, perdiendo caudal; pero todavía sobraba para satisfacer nuestra sed. Además, era seguro que cuando se presentasen declives más suaves recobraría su curso pacífico. En aquel momento se parecía a mi tío, con sus impacencias y cóleras; pero en las pendientes suaves su calma me hacía pensar en la calma del cazador islandés.

Los días 11 y 12 de julio seguimos bajando por las espirales de la grieta, penetrando dos leguas más en la corteza terrestre, cerca de cinco leguas bajo el nivel del mar. Pero el 13 hacia mediodía el pozo mostró, en dirección Sudeste, una inclinación mucho menos acentuada, de unos 45°.

172

El camino se hizo entonces tan fácil como monótono. Era natural. Nuestro viaje no podía distinguirse por la variedad del paisaje.

El miércoles 15 nos hallábamos siete leguas bajo tierra y a cincuenta del Sneffels, más o menos. Aunque algo fatigados, nuestra salud se conservaba en estado satisfactorio y no había sido necesario estrenar el botiquín de viaje.

Mi tío anotaba hora tras hora las indicaciones de la brújula, del cronómetro, del manómetro y del termómetro; las mismas anotaciones que publicó en el relato científico de su viaje. Así calculaba su situación. Cuando me dijo que habíamos alcanzado una profundidad de cincuenta leguas, no pude reprimir una exclamación.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Nada, solo me asalta una idea.

—¿Qué idea, muchacho?

—Que si sus cálculos son exactos, ya no estamos bajo el suelo de Islandia.

—¿Te parece?

—Es fácil comprobarlo.

Con el compás hice mediciones sobre el mapa.

—No me equivoco —dije—; hemos rebasado el Cabo Portland, y estas cincuenta leguas caminadas hacia el Sudeste nos sitúan en mar abierto.

—Mar abierto —replicó mi tío frotándose las manos.

—¡Es decir que el océano se extiende sobre nuestras cabezas!

—¿Y qué tiene de raro? No es nada nuevo. ¿No hay en Newcastle minas de carbón que avanzan por debajo del agua?

173

El profesor podía pensar que nuestra situación era muy sencilla, pero la idea de pasearme por debajo de una enorme masa líquida me inquietaba. Y sin embargo, el armazón granítico que nos cobijaba era bastante sólido; daba lo mismo tener sobre la cabeza los montes de Islandia o las olas del Atlántico. No tardé en habituarme a esta idea, porque el corredor nos condujo a grandes profundidades; a veces sinuoso, a veces recto, caprichoso en sus vueltas y pendientes, pero manteniendo siempre la dirección Sudeste y hundiéndose cada vez más.

Cuatro días después, el sábado 18 de julio, llegamos por la tarde a una especie de gruta espaciosa. Mi tío en-

tregó a Hans sus tres rixdales de la semana, y se decidió que el siguiente día fuese de reposo absoluto.

## XXV

Desperté en la mañana del domingo sin la preocupación habitual de tener que emprender la marcha. Aun en el más profundo de los abismos, no dejaba de ser un despertar agradable. Ya estábamos acostumbrados a esta vida de trogloditas. Ni me acordaba del sol, de la luna, de las estrellas, de los árboles, de las casas, de las ciudades ni de ninguna de esas nimiedades terrestres que necesitan los seres sublunares. En nuestra calidad de fósiles, nos burlábamos de esas maravillas inútiles.

174

La gruta formaba un salón espacioso, y sobre su pavimento granítico se deslizaba nuestro arroyuelo. A tanta distancia de su nacimiento, el agua estaba a temperatura ambiente y no había dificultad en beberla.

Después de almorzar, el profesor dedicó algunas horas a ordenar sus anotaciones diarias.

—Ante todo —me dijo—, voy a hacer algunos cálculos para determinar nuestra situación exacta. Quisiera, a nuestro regreso, trazar un mapa del viaje: una especie de sección vertical del globo, que señalará el perfil de nuestra expedición.

—Será curiosísimo, tío. Pero ¿tendrán sus observaciones un grado suficiente de precisión?

—Sí. Anoté con cuidado los ángulos y las pendientes; estoy seguro de no cometer ningún error. Vamos a ver dónde estamos. Toma la brújula y observa la dirección que indica.

Tomé el instrumento y después de un examen atento respondí:

—Este-Sudeste.

—Bien —dijo el profesor anotando la observación y haciendo algunos cálculos rápidos—. No hay duda: hemos recorrido ochenta y cinco leguas.

—Según eso, caminamos por debajo del Atlántico.

—Exacto.

—Y es muy posible que en este momento se esté desarrollando sobre nuestras cabezas una tempestad horrible, y que muchos navíos sean juguete de las olas y del viento.

—Perfectamente posible.

—Y que vengan las ballenas a azotar con sus colas las paredes de nuestra prisión.

—Tranquilízate, Axel, que no lograrán derribarlas. Pero sigamos nuestros cálculos. Nos hallamos al sudeste del Sneffels y a ochenta y cinco leguas de distancia de su base; y, a juzgar por mis notas anteriores, estimo la profundidad en dieciséis leguas.

—¡Dieciséis leguas! —exclamé.

—Sin ninguna duda.

—Pero ese es el máximo espesor que estima la ciencia para la corteza terrestre.

—No lo niego.

—Y aquí, según la ley del aumento del calor, deberíamos tener una temperatura de  $1.500^{\circ}\text{C}$ .

—Deberíamos, hijo mío; tú lo has dicho.

—Y todo este granito no podría conservar su estado sólido. Estaría en plena fusión.

—Ya ves que no es así y que los hechos, como acontecen siempre, vienen a desmentir las teorías.

—No tengo más remedio que admitirlo, pero no deja de llamarme la atención.

—¿Qué marca el termómetro?

—Veintisiete grados y seis décimas.

—Solo faltan 1.472 grados y cuatro décimas para que los sabios tengan razón. El aumento proporcional de la temperatura es un error. Por consiguiente, Humphry Davy no se equivocaba. Y yo no hice mal en darle la razón. ¿Qué tienes para responder?

—Nada.

En realidad, habría tenido que decir muchas cosas. Me oponía a la teoría de Davy y defendía la teoría del calor central, aunque no notara sus efectos. Me inclinaba a creer que la chimenea del volcán extinguido, cubierta de lava refractaria, impedía al calor atravesar sus paredes. No me detuve a buscar nuevos argumentos; me limité a tomar la situación tal como era.

—Tío —dije tras una pausa—, no dudo ni un momento de la exactitud de sus cálculos, pero permítame deducir de ellos una consecuencia forzosa.

—Todas las consecuencias que quieras.



—En el lugar donde nos encontramos, en la latitud de Islandia, el radio terrestre mide 1.583 leguas aproximadamente, ¿no es cierto?

—Mil quinientas ochenta y tres leguas y un tercio.

—Pongamos en cifras redondas mil seiscientas, de las cuales hemos avanzado dieciséis, ¿no es así?

—Así es, en efecto.

—Y para eso tuvimos que recorrer ochenta y cinco en sentido diagonal, ¿no es verdad?

—Exacto.

—¿En veinte días, más o menos?

—En veinte días.

—Dieciséis leguas son la centésima parte del radio de la tierra. De continuar así, tardaremos dos mil días, que son cerca de cinco años y medio, en llegar al centro del globo.

El profesor no respondió una palabra.

—Y sumemos algo—seguí—; si para bajar dieciséis leguas hace falta recorrer horizontalmente ochenta, tendríamos que caminar ocho mil en dirección Sudeste para alcanzar nuestra meta. Mucho antes de llegar al centro, habremos salido por algún punto a la superficie.

—¡Al diablo con tus cálculos! —replicó mi tío con un movimiento de cólera—. ¡Al infierno con tus teorías! ¿Sobre qué base descansan? ¿Quién dice que esta galería no va derecho a nuestra meta? Hay un precedente a mi favor: lo que yo quiero hacer, otro lo hizo primero. Y si el éxito coronó sus esfuerzos, premiará también los míos.

—Así lo espero y deseo; pero, en fin, ¿me permite...?

—Te permito callarte y no seguir desvariando así.

Comprendí que el profesor terrible amenazaba con imponerse al pariente y reemplazarlo. Me consideré advertido.

—Ahora consulta el manómetro —añadió—. ¿Cuánto marca?

—Una presión considerable.

—Bien. Ya ves cómo, bajando lentamente, nos vamos acostumbrando poco a poco a la densidad de esta atmósfera y no experimentamos molestias.

—Solo algún dolor de oídos.

—Eso no es nada. Ese malestar desaparece si se pone en comunicación rápida el aire exterior con el de los pulmones.

178

—Muy bien —respondí, decidido a no contrariar a mi tío—. Hasta se experimenta un verdadero placer al sentirse sumergido en esta atmósfera tan densa. ¿Ha observado con qué intensidad se propaga el sonido aquí?

—Sin duda. Aquí un sordo acabaría oyendo a la perfección.

—¿Pero la densidad seguirá aumentando?

—Sí, siguiendo una ley no muy bien determinada. Pero la fuerza de gravedad también decaerá a medida que bajemos; ya sabes que se siente con más fuerza en la superficie. En el centro del globo los objetos no tienen peso.

—Lo sé, pero dígame: este aire, ¿no acabará por adquirir la densidad del agua?

—Sin duda, bajo una presión de setecientos diez atmósferas.

- ¿Y más abajo?
- Más abajo la densidad será todavía mayor.
- ¿Y entonces cómo bajaremos?
- Llenándonos los bolsillos de piedras.
- Usted tiene respuesta para todo, tío.

No me atreví a avanzar más en el campo de las hipótesis, porque cualquier otra imposibilidad habría enojado al profesor.

Sin embargo era evidente que el aire, bajo una presión de miles de atmósferas, acabaría por solidificarse; aun suponiendo que nuestros cuerpos resistieran, deberíamos detenernos. A pesar de todos los razonamientos del mundo.

Pero no hice valer este argumento, porque enseguida mi tío me hubiera sacado a colación a su eterno Saknussemm. Un precedente sin valor, porque, aun tomando su viaje como verdadero, quedaba un interrogante muy sencillo: ¿cómo pudo el sabio islandés saber que había llegado al centro del globo, si en el siglo XVI no se habían inventado ni el barómetro ni el manómetro?

Guardé para mí esta objeción y decidí esperar los acontecimientos.

El resto del día transcurrió en conversaciones y cálculos, y me mostré siempre de acuerdo con la opinión del profesor. Envidiaba la perfecta indiferencia de Hans. Sin ponerse a buscar causas ni efectos, Hans iba ciegamente por donde lo llevaba el destino.

## XXVI

Hasta entonces todo había marchado bien, sin el menor motivo de queja. Si las dificultades no aumentaban, era seguro que alcanzaríamos el objetivo. De ser así, ¡qué gloria para todos! Ya me iba habituando a razonar al estilo Lidenbrock. ¿Sería debido al extraño ambiente que atravesábamos? Puede ser.

Durante algunos días las pendientes se hicieron mucho más rápidas, algunas de ellas de declive aterrador, y nos internaron profundamente en el macizo de granito. Hubo jornadas de una legua y media o dos hacia el centro. En algunas bajadas peligrosas, la destreza de Hans y su sangre fría nos fueron de mucha utilidad. El islandés se sacrificaba con una despreocupación increíble. Gracias a él franqueamos pasos difíciles, que no habríamos podido superar solos.

180

Su mutismo aumentaba día a día, y hasta creo que nos lo contagiaba a nosotros. Los objetos exteriores ejercen una acción real sobre el cerebro. El que se encierra entre cuatro paredes acaba por perder la facultad de asociar ideas y palabras. Muchos presos encerrados en calabozos se han vuelto tontos o locos por no poder ejercitar sus facultades mentales.

Durante las dos semanas que siguieron a nuestra última conversación no ocurrió ningún incidente digno de ser mencionado. Encuentro en la memoria un único acon-

tecimiento, muy grave, cuyos menores detalles no podría olvidar.

El 7 de agosto nuestros sucesivos descensos nos habían conducido a una profundidad de treinta leguas; es decir que teníamos sobre nuestras cabezas treinta leguas de rocas, de mares, de continentes y de ciudades. En ese momento debíamos encontrarnos a doscientas leguas de Islandia.

Ese día el túnel seguía un plano poco inclinado.

Yo marchaba primero; mi tío llevaba uno de los aparatos de Ruhmkorff y yo el otro, y nos entreteníamos en examinar las capas de granito.

De repente, al darme vuelta, vi que me encontraba solo.

“Bueno —dije para mí—, caminé muy rápido, o tal vez el profesor y Hans se han detenido. Voy a reunirme con ellos. Por suerte el camino no tiene mucho declive aquí”.

Volví atrás. Caminé durante un cuarto de hora sin encontrar a nadie. Llamé y no me respondieron; mi voz se perdió en los cavernosos ecos que ella misma despertaba.

Empecé a sentir inquietud. Un fuerte escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

“¡Calma! —me dije en voz alta—. Tengo la seguridad de encontrar a mis compañeros. ¡Hay un único camino! Me había adelantado, así que conviene retroceder”.

Subí durante media hora, escuchando atentamente si me llamaban. En aquella atmósfera tan densa era posible oír desde muy lejos. Un silencio extraordinario reinaba en la galería.

Me detuve sin atreverme a creer en mi aislamiento. No quería considerarme perdido, sino solo extraviado. Extraviado, todavía pueden encontrarlo a uno.

“A ver —me repetía—, si no existe más que un camino, que es el mismo que siguen ellos, no hay más remedio que reencontrarlos. Bastará con seguir hacia atrás. A menos que, olvidando que yo iba adelante, se les haya ocurrido retroceder... Pero también en ese caso, si me apuro los encontraré. Es evidente”.

Y repetía las últimas palabras como si no estuviera muy convencido. Me tomó mucho tiempo asociar estas ideas tan sencillas y darles la forma de un razonamiento.

Entonces me asaltó una duda. ¿Yo iba realmente delante de ellos? Claro que sí. Me seguía Hans, precediendo a mi tío. Hasta recordaba que se había detenido unos instantes para asegurar el equipaje sobre su espalda. Seguro que fue ese el momento en que me separé de ellos y seguí solo.

“Además —pensaba—, tengo un medio seguro para no extraviarme, una especie de hilo que me guía en el laberinto, y que no puede romperse: este hilo es el arroyo, mi fiel arroyo. Es suficiente remontar su curso para dar con las huellas de mis compañeros”. Este razonamiento me infundió coraje. Decidí reanudar la marcha ascendente sin perder más tiempo.

¡Cómo agradecí la previsión de mi tío, cuando impidió que el cazador taponara el orificio en la pared de granito! Aquel manantial, que había calmado nuestra sed durante

todo el camino, ahora iba a guiarme entre las sinuosidades de la corteza terrestre.

Antes de ponerme en marcha pensé que me vendría bien refrescarme. Me agaché para sumergir la frente en el agua del Hansbach, y ¡cuál no habrá sido mi estupor! En vez del agua tibia y cristalina, mis dedos encontraron un suelo seco y áspero.

¡El arroyo ya no corría a mis pies!

## XXVII

Imposible describir mi desesperación. No hay palabras en ningún idioma del mundo para expresar mis sentimientos. Estaba enterrado vivo, con la perspectiva de morir de hambre y de sed.

183

Maquinalmente pasaba mis manos ardientes por el suelo. ¡Qué seca me pareció aquella roca!

Pero, ¿cómo me había apartado del arroyo? Porque la verdad era que el arroyo no estaba allí. Entonces comprendí la razón de aquel silencio extraño que había notado antes, cuando intenté por última vez oír la voz de mis compañeros. Al internarme por aquel falso camino, yo no había notado la ausencia del arroyo. Era evidente que en ese momento la galería se había bifurcado ante mí: el Hansbach, obedeciendo a otra pendiente, siguió camino junto a mis compañeros hacia las profundidades desconocidas, yo me había internado solo en la galería en que me hallaba.





¿Cómo regresar al punto de partida? No había huellas, mis pies no dejaban marcas en aquel suelo de granito. Me devanaba los sesos buscando una solución al problema. Mi situación se resumía en una sola palabra: ¡perdido!

¡Sí! ¡Perdido a una profundidad inconmensurable! Aquellas treinta leguas de corteza terrestre gravitaban sobre mi espalda con un peso terrible. Me sentía aplastado.

Traté de pensar en las cosas del mundo corriente, tanto tiempo olvidado, pero apenas si pude. Hamburgo, la casa de la Königstrasse, mi pobre Graüben, todo aquel mundo bajo el cual me encontraba perdido desfiló frente a mi imaginación enloquecida. En mi alucinación volví a ver los incidentes del viaje, la travesía del Atlántico, Islandia, el señor Fridriksson, el Sneffels. Pensé que conservar esperanzas en mi situación era signo evidente de locura, y que era preferible desesperarse.

En efecto, ¿qué poder humano me llevaría de nuevo a la superficie de la tierra, y abrir las enormes bóvedas que se cerraban sobre mi cabeza? ¿Quién podría señalarme el buen camino y reunirme con mis compañeros?

—¡Oh tío! —grité con acento desesperado.

Esas fueron las únicas palabras de reproche que soltaron mis labios; comprendí que el pobre hombre también debía sufrir, buscándome sin descanso.

Cuando me vi así, lejos de toda ayuda humana, incapaz de intentar nada para lograr mi salvación, pensé en la ayuda del Cielo. Vinieron a mi memoria los recuerdos de la infancia; el recuerdo de mi madre, a quien solo conocí

en la época de las primeras caricias. Recurrí a la oración, aunque tuviera pocos derechos de ser escuchado por Dios, de quien me acordaba tan tarde, y le imploré con fervor.

Aquella invocación a la Providencia me devolvió alguna calma, y pude llamar en mi auxilio a todas las energías de mi inteligencia. La cantimplora estaba llena de agua y tenía víveres para tres días. No podía permanecer solo más tiempo que ese. Ahora se presentaba otro problema: ¿debía bajar o subir? ¡Subir, sin duda alguna! ¡Subir sin descansar!

De este modo llegaría al punto donde me había separado del arroyo: la funesta bifurcación. Una vez en aquel sitio, una vez que tropezara con las aguas del Hansbach, sería posible regresar a la cumbre del Sneffels.

186

¡Cómo no se me había ocurrido antes! Había una clara probabilidad de salvación. Lo más urgente era, entonces, volver a encontrar el cauce de las aguas.

Me levanté decidido, y apoyándome en mi bastón herrado empecé a subir la pendiente de la galería, que era bastante empinada. Caminaba lleno de esperanza y sin titubear, ya que no había otro camino para elegir.

Durante media hora no encontré ningún obstáculo. Trataba de reconocer la forma del túnel, los picos salientes de las rocas, la disposición de las fragosidades. Ninguna señal me llamó la atención, y pronto me convencí de que aquella galería era un callejón sin salida y no podía conducirme a la bifurcación. Al llegar a su extremo choqué contra un muro impenetrable y caí sobre la roca.

Imposible expresar el espanto y la desesperación que se apoderaron de mí. Mi última esperanza acababa de estrellarse contra aquella muralla de granito.

Perdido en aquel laberinto cuyas sinuosidades se cruzaban en todos los sentidos, era inútil volver a intentar una evasión imposible. ¡Debía morir la más espantosa de las muertes! Tuve una curiosa ocurrencia: si algún día se encontraba mi cuerpo fosilizado, su aparición en las entrañas de la tierra, a treinta leguas de la superficie, despertaría graves polémicas científicas.

Quise hablar en voz alta, pero solo salieron de mis labios acentos enronquecidos. Jadeaba.

En medio de la angustia, un nuevo terror se apoderó de mi espíritu: la lámpara se había estropeado en mi caída. No había modo de repararla. Su luz palidecía y pronto iba a desaparecer.

187

Vi debilitarse la corriente luminosa en el filamento. Una procesión de sombras movedizas recorría las paredes oscuras; no me atrevía ni a pestañear, temiendo perder el menor átomo de claridad. A cada instante parecía que la luz se iba a extinguir y la oscuridad me invadiría.

Por fin tembló en la lámpara un último resplandor. Lo seguí, lo aspiré con la mirada, reconcentré sobre él todo el poder de mis ojos, como si fuera la última luz que iban a disfrutar, y quedé sumergido en la tiniebla.

¡Qué grito terrible escapó de mi pecho! Sobre la superficie de la tierra, aun en la noche más tenebrosa, la luz nunca se retira por completo; se difunde, se atenúa, pero, aunque quede muy poca, la retina acaba por percibirla.

Allí abajo, nada. La oscuridad absoluta hacía de mí un ciego en todo el alcance de la palabra.

Entonces perdí la cabeza. Me levanté con los brazos hacia delante, buscando a tientas y dando traspiés dolorosos; empecé una huida precipitada y sin rumbo por aquel laberinto, bajando siempre, corriendo a través de la corteza terrestre como un habitante de las grietas subterráneas, llamando, gritando, aullando, magullado por las rocas, cayendo y levantándome ensangrentado; procuraba beber la sangre que me cubría la cara, esperando que mi cabeza estallara al chocar con cualquier obstáculo.

¿Adónde me condujo aquella carrera insensata? No lo supe nunca. Después de varias horas, agotado por completo, caí como una masa inerte a lo largo de la pared. Perdí toda sensación de la existencia.

188

## XXVIII

Cuando volví a la vida mi rostro estaba mojado, pero mojado de lágrimas. No sé decir cuánto duró este estado de insensibilidad; ya no tenía forma de calcular el tiempo. Jamás hubo soledad comparable, nunca hubo un abandono tan completo.

Desde el momento de la caída había perdido una gran cantidad de sangre. Me sentía empapado. Cuánto lamenté no estar muerto, ¡todavía me faltaba pasar por eso! No quería pensar más, eliminé todas las ideas de la cabeza. Vencido por el dolor, rodé hasta la pared opuesta.

Ya sentía que me iba a desvanecer otra vez, y que llegaba mi final, cuando oí un ruido violento, parecido al retumbar prolongado del trueno. Y oí la onda sonora perderse poco a poco en las profundidades lejanas del abismo.

¿De dónde provenía aquel ruido? Sin duda de algún fenómeno que ocurría en el seno del gran macizo terrestre. Tal vez la explosión de un gas, tal vez la caída de algún poderoso cimientado del globo.

Puse atención. Quería saber si el ruido se repetiría. Pasó un cuarto de hora. Tanto reinaba el silencio en la galería, que hasta oía los latidos de mi corazón.

De repente mi oído, que por casualidad apoyé a la pared, creyó sorprender palabras vagas, ininteligibles, remotas, que me hicieron estremecer.

“Es una alucinación”, pensé.

Pero no. Poniendo más atención oí realmente un murmullo de voces, aunque la debilidad no me permitiera entender lo que se decía. Hablaban, sin embargo; no había duda.

Temí por un instante que aquellas palabras fueran las mías, devueltas por el eco. ¿Habría gritado sin saberlo? Cerré con fuerza los labios y apliqué nuevamente el oído a la pared.

“Sí, no cabe duda; hablan, ¡hablan!” murmuré.

Avancé algunos pies más a lo largo de la pared y oí con mayor nitidez. Alcancé a oír palabras inciertas, incomprendibles, extrañas, que llegaban a mí como pronunciadas en voz baja, como cuchicheadas, por decirlo

así. Oí repetir varias veces la palabra *förlorad*, con acento de dolor.

¿Cuál era su significado? ¿Quién la pronunciaba? Mi tío o Hans, sin duda. Pero, evidentemente, si yo los oía, ellos también podrían oírme a mí.

—¡Socorro! —grité con todas mis energías—. ¡Socorro!

Esperé en la sombra una respuesta, un grito, un suspiro. Pero no logré oír nada. Pasaron unos minutos. Todo un mundo de ideas había germinado en mi mente. Pensé que mi voz debilitada no podría llegar hasta mis compañeros.

“Porque son ellos, no hay duda —me decía—. ¿Qué otros hombres puede haber a treinta leguas de la superficie del globo?”

190

Me puse otra vez a escuchar. Moviendo la oreja sobre la pared encontré el punto donde las voces parecían adquirir su máxima intensidad. La palabra *förlorad* volvió a sonar, y también volvió el ruido de trueno que me había sacado del letargo.

“No —me dije—; estas voces no están llegando a través de la pared. La estructura granítica no se dejaría atravesar ni por la más fuerte detonación. El ruido llega a lo largo de la misma galería, debido a un fenómeno acústico”.

Escuché nuevamente, ¡y esta vez sí! ¡Era mi nombre, pronunciado con claridad!

¿Era mi tío quien lo pronunciaba? Hablaba con el guía. La palabra *förlorad* era una voz danesa.

Entonces entendí todo. Para hacerme oír era preciso hablar a lo largo de aquella pared, que transmitiría mi voz como un hilo conduce la electricidad.

No había tiempo que perder. Si mis compañeros se alejaban algunos pasos, el fenómeno acústico no serviría. Entonces me acerqué a la pared y pronuncié estas palabras con la mayor claridad posible:

—¡Tío Lidenbrock!

Esperé en la mayor ansiedad. La densidad de las capas de aire aumenta la intensidad del sonido, pero no su velocidad de propagación. Pasaron unos segundos que me parecieron siglos, y al fin llegaron a mi oído estas palabras:

—¡Axel! ¡Axel! ¿Eres tú?

—¡Sí, sí! — respondí.

—¡Pobre hijo mío! ¿Dónde estás?

—¡Perdido en la oscuridad más profunda!

—Pero, ¿y la lámpara?

—Apagada.

—¿Y el arroyo?

—Desapareció.

—¡Axel, mi pobre Axel! ¡Sé valiente!

—Espere un poco... estoy agotado y no me quedan fuerzas para responder. ¡Pero hábleme!

—Valor —continuó mi tío—; no hables, escúchame. Te hemos buscado subiendo y bajando la galería, sin suerte. ¡Cuánto lloré, hijo mío! Por fin, suponiendo que te encontrarías al lado del Hansbach, hemos remontado su curso disparando nuestros fusiles. Ahora, aunque podemos

oírnos por un efecto de la acústica, nuestras manos no pueden estrecharse. Pero no te desesperes, Axel, ¡escucharnos ya es algo!

Una cierta esperanza, todavía vaga, renacía en mi corazón. Ante todo, me importaba saber una cosa; acerqué mis labios a la pared:

—¿Tío?

—¿Qué quieres, hijo mío? —me contestó después de unos segundos.

—Antes que nada, hay que saber qué distancia nos separa.

—Eso es bastante fácil.

—¿Tiene el cronómetro a mano?

—Sí.

192

—Entonces tómelo y pronuncie mi nombre, anotando el momento exacto en que lo pronuncia. Yo lo repetiré, y usted anotará también el instante preciso en que oiga mi respuesta.

—Me parece muy bien. De este modo, la mitad del lapso transcurrido entre mi pregunta y tu respuesta será el tiempo que mi voz tarda en llegar hasta ti.

—Eso es.

—¿Estás listo?

—Sí.

—Muy bien, atención, voy a pronunciar tu nombre.

Apoyé la oreja en la pared. Apenas oí la palabra “Axel” repetí, a mi vez, “Axel”. Y esperé.

—Cuarenta segundos —dijo entonces mi tío—; han transcurrido cuarenta segundos entre las dos palabras,



de modo que el sonido tarda veinte segundos para recorrer la distancia que nos separa. Calculando ahora a razón de 1.020 pies por segundo, resultan 20.400 pies, o sea una legua y media, y un octavo.

—¡Una legua y media! —murmuré.

—No es difícil recorrer esa distancia, Axel.

—Pero, ¿debo caminar hacia arriba o hacia abajo?

—Hacia abajo; voy a explicarte por qué. Hemos llegado a un espacio amplio, donde terminan muchas galerías. La que has seguido tú no tiene más remedio que conducirte aquí; parece que todas estas hendiduras del globo convergen hacia esta inmensa caverna. Así que levántate y emprende de nuevo el camino; marcha, arrástrate si es necesario, deslízate por las pendientes rápidas, que nuestros brazos te esperan para recibirte al final del viaje. ¡En marcha, hijo mío! ¡Ten ánimo y confianza!

Estas palabras me reanimaron.

—Adiós, tío —exclamé—, parto inmediatamente. Apenas abandone este sitio nuestras voces dejarán de oírse. ¡Adiós!

—¡Hasta la vista, Axel! ¡Hasta la vista!

Esas fueron las últimas palabras que oí.

Esta sorprendente conversación, sostenida a través de la masa terrestre a más de una legua de distancia, terminó con palabras de esperanza; di gracias a Dios por haberme conducido entre aquellas inmensidades tenebrosas, hasta el único punto donde la voz de mis compañeros podía llegar hasta mí.

Este sorprendente efecto de acústica se explica fácilmente por las leyes de la física; provenía de la forma del corredor y de la conductibilidad de la roca. Existen muchos ejemplos de propagación de sonidos que no se perciben en los espacios intermedios. Recuerdo varios lugares donde se ha observado este fenómeno: un ejemplo es la galería interior de la cúpula de la catedral de San Pablo, en Londres. También ocurre entre las curiosas cavernas de Sicilia: en las latomías cerca de Siracusa, la más notable de las cuales ha sido llamada “Oreja de Dionisio”.

Todos estos recuerdos acudieron entonces a mi mente. Vi con claridad que, dado que la voz de mi tío llegaba hasta mí, no existía ningún obstáculo entre ambos. Siguiendo el mismo camino que el sonido, debía lógicamente llegar al mismo lugar que él. Si antes no me faltaban las fuerzas.

194

Entonces me levanté. Más que caminar me arrastraba. La pendiente era bastante pronunciada y me dejé resbalar por ella.

Pronto la velocidad de mi descenso creció en proporción espantosa. Aquello parecía más bien una caída, y no tenía fuerzas para detenerme.

De repente el terreno desapareció bajo mis pies y me sentí caer, rebotando sobre las asperezas de una galería vertical, un verdadero pozo. Mi cabeza dio contra una roca puntiaguda y perdí el conocimiento.

## XXIX

Cuando volví en mí, estaba tendido sobre unas mantas en la semioscuridad. Mi tío velaba, espiando sobre mi rostro un resto de existencia. A mi primer suspiro, me estrechó la mano: a mi primera mirada, soltó un grito de júbilo.

—¡Vive! ¡Vive! —exclamó.

—Sí —respondí con voz débil.

—¡Hijo mío! —dijo abrazándome—. ¡Te has salvado!

El tono con que pronunció estas palabras me conmovió vivamente, y también los cuidados que me prodigó. Hizo falta llegar a una situación como esta para provocar en el profesor semejante demostración de afecto.

En aquel momento llegó Hans. Vio mi mano entre las de mi tío, y me atrevo a decir que sus ojos mostraron una satisfacción interior.

—*God dag* —dijo.

—Buenos días, Hans, buenos días —murmuré—. Y ahora, tío, dígame dónde nos encontramos en este momento.

—Mañana, Axel, mañana. Todavía estás demasiado débil; te he llenado la cabeza de compresas y no conviene que se corran. Así que duerme, hijo mío; mañana lo sabrás todo.

—Pero por lo menos dígame qué día y qué hora es.

—Son las once de la noche del domingo 9 de agosto, y no te permito más preguntas antes del día 10.

La verdad es que estaba muy débil y se me cerraban los ojos; necesitaba una noche de reposo. Me adormecí,

pensando en el aislamiento que quedaba atrás: había durado cuatro largos días.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, paseé la mirada a mi alrededor. Mi lecho, formado con todas nuestras mantas de viaje, estaba instalado en una gruta preciosa, ornamentada de magníficas estalagmitas. El suelo se hallaba cubierto de arena fina y reinaba una semioscuridad. Ninguna lámpara, ninguna antorcha estaba encendida; sin embargo, por una estrecha abertura entraba en la gruta una claridad inexplicable procedente del exterior. Además oía un murmullo indefinido y vago, parecido al que producen las olas al romper en la playa, y a veces también percibía algo así como el silbido del viento.

196 Me pregunté a mí mismo si estaría bien despierto o si seguiría soñando; tal vez mi cerebro, dañado por el golpe de la caída, percibiría sonidos puramente imaginarios. Pero ni mis ojos ni mis oídos podían engañarse tanto.

“Es un rayo de luz que llega por esa hendidura de la roca—pensé—. Y los ruidos que escucho son efectivamente rugidos de las olas y silbidos de los vientos. ¿Me engaño o hemos regresado a la superficie de la tierra? ¿Mi tío renunció a su expedición, o la ha terminado con éxito?”

Me preguntaba todo esto cuando él apareció.

—Buenos días, Axel —dijo alegremente—. Apostaría cualquier cosa a que te sientes muy bien.

—Perfectamente —contesté, incorporándome sobre las mantas.

—Así tenía que ser, porque dormiste un sueño largo y muy tranquilo. Hans y yo hemos velado por turnos y notamos cómo avanzó tu mejoría.

—Sí, ya me siento repuesto del todo. Como prueba, pienso devorar cualquier almuerzo que usted me quiera servir.

—Almorzarás, hijo mío, ya que no tienes fiebre. Hans frotó tus heridas con un misterioso ungüento islandés, y han cicatrizado a la perfección. ¡Nuestro guía no tiene precio!

Mi tío preparó algunos alimentos, que a pesar de sus recomendaciones tragué muy apurado. Mientras tanto, lo llenaba de preguntas y él iba respondiéndolas con suma amabilidad.

Supe entonces que mi providencial caída me había conducido a la extremidad de una galería casi perpendicular. Había llegado en medio de un torrente de piedras, la menor de las cuales hubiera bastado para aplastarme; era posible deducir que una parte del macizo se había deslizado conmigo. Este espantoso vehículo me transportó de esta manera hasta los mismos brazos de mi tío, en los cuales caí ensangrentado y exánime.

—De verdad es asombroso que no te hayas matado mil veces —dijo el profesor—. Por Dios, no nos separemos más, porque nos arriesgaríamos a no reencontrarnos nunca.

¡Que no nos separásemos más! Entonces ¿no había terminado el viaje? Abrí los ojos, enormes y asombrados. Mi tío al observarme preguntó:

—¿Qué te pasa, Axel?

—Tengo que hacerle una pregunta. ¿Usted dice que estoy sano y salvo?

—Sin duda.

—¿Tengo todos mis miembros intactos?

—Ciertamente.

—¿Y la cabeza?

—La cabeza, aunque con algunas contusiones, la tienes sobre los hombros en el más perfecto estado.

—Pero tengo miedo de que mi cerebro no esté funcionando bien.

—¿Por qué?

—¿No hemos vuelto a la superficie del globo?

—¡Claro que no!

—¡Entonces estoy loco, porque veo la luz del día, oigo el soplo del viento y las olas rompiendo en la playa!

—Ah, ¿es solo eso?

—¿Por qué no me lo explica?

—¿Cómo voy a explicarte lo inexplicable? Ya lo verás con tus ojos y comprenderás que la ciencia geológica todavía no pronunció su última palabra.

—Salgamos entonces —dije levantándome de un salto.

—¡No, Axel, no! El aire libre podría perjudicarte.

—¿El aire libre?

—Sí. Hay mucho viento y no quiero que te expongas.

—Le aseguro que me siento muy bien.

—Un poco de paciencia, hijo mío. Una recaída podría retrasarnos mucho. No hay que perder tiempo, porque la travesía puede ser larga.

—¿La travesía?

—Sí; hoy debes descansar todo el día, nos embarcaremos mañana.

—¡Embarcarnos!

Esta última palabra me hizo dar un gran salto.

¿Cómo? ¿Embarcarnos? ¿Había algún río, algún lago o algún mar a nuestra disposición? ¿Había anclado un barco en algún puerto interior?

Mi curiosidad se desató y no pude contenerla más. Mi tío trató en vano de retenerme en el lecho; notando que tanta impaciencia sería perjudicial para mí, cedió.

Me vestí en un segundo. Por precaución me envolví en una manta, y salí de la gruta.

### XXX

Al principio no vi nada. Mis ojos, acostumbrados a la oscuridad, se cerraron bruscamente al recibir la luz. Cuando de nuevo pude abrirlos quedé maravillado y, sobre todo, estupefacto.

—¡El mar! —exclamé.

—Sí —respondió mi tío—, el Mar de Lidenbrock. Y me enorgullece pensar que ningún navegante me disputará el honor de haberlo descubierto. Ni el derecho de darle mi nombre.

Una gran extensión de agua, el principio de un lago o de un océano, se prolongaba más allá del horizonte. La orilla, muy escabrosa, recibía las olas sobre su arena fina y dorada, sembrada de esos pequeños caparazones donde vivieron los primeros seres de la creación. Las olas rompían con ese murmullo peculiar de los grandes es-

pacios cerrados, produciendo una espuma que la brisa arrastraba hasta salpicar mi cara. A doscientos metros de la orilla morían los contrafuertes de rocas anchas y altísimas. Algunos cortaban la playa con sus bordes filosos, formando cabos y promontorios que carcomían las olas. Más lejos se perfilaban sus enormes moles sobre la bruma del horizonte.

Era un verdadero océano, con el caprichoso contorno de las playas terrestres; pero un océano de aspecto vacío y espantosamente salvaje.

Si mi mirada podía pasearse sobre aquel mar, era gracias a una claridad *especial* que iluminaba los menores detalles. No era la luz del sol, con sus haces brillantes y espléndidos, ni el resplandor pálido de la luna, que es solo un reflejo sin calor. No. La intensidad de aquella luz, su difusión temblorosa, su blancura clara y seca, su temperatura baja y su brillo, superior al de la luna, acusaban un origen puramente eléctrico. Era una especie de aurora boreal, un fenómeno cósmico continuo, lo que alumbraba aquella caverna capaz de contener un océano.

La bóveda suspendida encima de mi cabeza, el cielo, si se quiere, parecía formado por grandes nubes, vapores cambiantes que la condensación debía convertir cada tanto en lluvias torrenciales. Yo creía que la evaporación del agua era imposible a una presión tan grande, pero en virtud de alguna ley física que ignoraba, las nubes gruesas cruzaban el aire. Aun así, “hacía buen tiempo”. La electricidad producía sorprendentes juegos de luz sobre las nubes más altas: se dibujaban vivas sombras en sus



bóvedas inferiores, y a veces, entre dos masas separadas, aparecía un rayo de luz intensa y se deslizaba hasta nosotros. Pero nada de aquello provenía del sol, ya que la luz era fría. El efecto resultaba triste y extremadamente melancólico. En vez de un cielo tachonado de estrellas, por encima de aquellos nubarrones yo adivinaba una bóveda de granito que me oprimía con su peso. Por muy grande que fuese, aquel espacio no hubiera bastado para dejar pasar al más modesto de los satélites.

Entonces recordé la teoría de un capitán inglés que comparaba a la tierra con una esfera hueca, en cuyo interior el aire se mantenía luminoso a causa de la presión, mientras dos astros, Plutón y Proserpina, giraban en sus órbitas misteriosas. ¿Habría dicho la verdad?

Estábamos realmente aprisionados en una enorme excavación; su ancho exacto no podía saberse, ya que la playa se alargaba hasta perderse de vista. Tampoco era posible conocer su longitud, porque la vista se detenía en la línea indecisa del horizonte. Debía tener varias leguas de altura. ¿Dónde descargaría su peso esta bóveda? La vista no alcanzaba a verlo, pero en la atmósfera había nubes cuya elevación podía ser estimada en dos millas y media; una altura superior a la de los vapores terrestres, debida sin duda a la gran densidad del aire.

La palabra “caverna” evidentemente no describe bien este espacio inmenso. El lenguaje humano no es suficiente para quienes se aventuran en los abismos del globo.

Por otra parte, no tenía noticia de ningún hecho geológico que pudiera explicar la existencia de semejante

excavación. ¿Habría podido producirla el enfriamiento de la masa terrestre? Por el relato de los viajeros yo conocía ciertas cavernas célebres, pero ninguna de semejantes dimensiones.

La gruta de Guachara, en Colombia, fue reconocida por Von Humboldt hasta los 2.500 pies sin alcanzar su profundidad total, pero no parece que se extendiese mucho más. La inmensa caverna de Mammoth, en Kentucky, muestra proporciones gigantescas: su bóveda se eleva 500 pies sobre un lago insondable, y algunos viajeros recorrieron más de diez leguas sin encontrarle el fin. Pero, ¿qué eran estas cavidades comparadas con la que admiraban mis ojos, su cielo de vapores, sus irradiaciones eléctricas y su mar encerrado? Mi imaginación se sentía anonadada ante aquella inmensidad.

202

Contemplaba en silencio todas estas maravillas, sin palabras para manifestar mis sensaciones. Creí hallarme transportado a algún planeta remoto, a Neptuno o Urano por ejemplo, presenciando fenómenos de los que mi naturaleza terrenal no tenía noción. Las nuevas sensaciones requieren palabras nuevas, y mi imaginación no me las suministraba. Veía todo con una admiración muda y un poco teñida de terror.

Aquel espectáculo imprevisto había devuelto a mi rostro su color saludable. Estaba sometién dome a la cura por el asombro: una terapia novedosa que resultaba sanadora. Y aquel aire tan denso me reanimaba, proveyendo más oxígeno a mis pulmones.

Se entenderá que, después de un encarcelamiento de cuarenta y siete días en una estrecha galería, era un placer infinito aspirar esa brisa cargada de húmedas emanaciones salinas. Así que no lamenté haber abandonado la oscuridad de mi gruta. Mi tío, acostumbrado a aquellas maravillas, ya no daba muestras de asombro.

—¿Sientes fuerzas para pasear un poco? —me preguntó.

—Sí, por supuesto —respondí—, nada me gustaría más.

—Bien, entonces toma mi brazo y sigamos las sinuosidades de la orilla.

Comenzamos a bordear aquel nuevo océano. A la izquierda, los peñascos abruptos, hacinados unos sobre otros, formaban una aglomeración titánica de aspecto prodigioso. Por sus flancos se deslizaban las cascadas; algunos vapores ligeros saltaban entre las rocas, señalando el lugar de manantiales calientes, y los arroyos corrían suavemente murmurando en los declives.

Entre estos arroyos reconocí a nuestro fiel compañero de viaje, el Hansbach, que iba a perderse tranquilamente en el mar, como si desde el principio del mundo no hubiese hecho otra cosa.

— En adelante, no lo veremos más —dije lanzando un suspiro.

—¡Bah! —respondió el profesor—. ¡Qué diferencia hay entre un arroyo y otro!

La respuesta me pareció un poco ingrata.

Pero en aquel momento un espectáculo inesperado llamó mi atención. A unos quinientos pasos, pasando un promontorio, vimos una selva elevada, frondosa y espe-

sa, formada de árboles medianos, parecidos a sombrillas de bordes geométricos. La brisa no alteraba su follaje; permanecían quietos en medio de las ráfagas de aire, como un bosque de cedros petrificados.

Aceleré el paso. No conseguía identificar aquellas especies tan singulares. ¿Serían parte de las doscientas mil especies vegetales ya conocidas, o habría que asignarles un lugar especial entre la flora de las vegetaciones lacustres? Cuando estuvimos bajo su sombra mi sorpresa se volvió admiración.

Eran especies conocidas en la superficie de la tierra, pero aquí tenían dimensiones enormes. Mi tío enseguida las llamó por su nombre:

—Esto no es otra cosa que un bosque de hongos —dijo.

204

Tenía razón. Impresionaba el desarrollo de aquellas plantas tan ávidas de calor y de humedad. Yo sabía que el *Lycoperdon giganteum* alcanza, según Bulliard, ocho o nueve pies de circunferencia; pero aquellos champiñones blancos medían entre treinta y cuarenta pies de altura y otro tanto de diámetro. ¡Había miles! La luz no los atravesaba; una completa oscuridad reinaba bajo sus cúpulas yuxtapuestas, similares a los techos redondos de una ciudad africana.

Quise adentrarme más. Un frío mortal bajaba desde aquellas cavernosas bóvedas. Erramos durante media hora en esa oscuridad húmeda, y sentí un verdadero placer cuando regresé de nuevo a las orillas del mar.



Pero la vegetación de aquella comarca subterránea no se limitaba a los hongos. Más lejos se elevaban muchos otros grupos de árboles de follaje descolorido. Era fácil reconocerlos, se trataba de los humildes arbustos de la tierra, pero dotados de fenomenales dimensiones: licopodios de cien pies de elevación, sigilarias gigantes, helechos arborescentes, grandes como los abetos de las altas latitudes. Lepidodendrones de tallo cilíndrico, bifurcado, rematados en largas hojas y erizados de pelos rudos, como monstruosas suculentas.

—¡Maravilloso, magnífico, espléndido! —exclamó mi tío—. Aquí está toda la flora de la segunda época del mundo, el período de transición. Estas humildes plantas que adornan nuestros jardines, aquí aparecen convertidas en árboles como en los primeros siglos del mundo. ¡Mira, Axel, y asómbrate! Ningún botánico asistió a una fiesta semejante.

—Es cierto, tío; la Providencia parece haber querido conservar todas estas plantas antediluvianas aquí, en este invernadero inmenso, para que la sagacidad de los eruditos pudiera reconstruirla con tanto acierto.

—Dices bien, hijo mío, esto es un invernadero; pero es posible que al mismo tiempo sea un zoológico.

—¿Un zoológico?

—Sin duda. Mira el polvo que pisan nuestros pies, esas osamentas esparcidas por el suelo.

—¡Osamentas! —exclamé—. ¡Sí, osamentas de animales antediluvianos!

Me apresuré a recoger aquellos restos antiquísimos, hechos de una substancia mineral indestructible: fosfato de cal. Sin dudar di sus nombres científicos a aquellos huesos gigantescos que parecían troncos de árboles secos.

—Esta es la mandíbula inferior de un mastodonte; estos, los molares de un dinoterio; aquí, un fémur que solo puede haber pertenecido al mayor de todos: el megaterio. Es realmente un parque zoológico. Porque estas osamentas no llegaron hasta aquí por un cataclismo; los animales han vivido en las orillas de este mar subterráneo, a la sombra de estas plantas arborescentes. Pero mire: allí veo esqueletos enteros. Y sin embargo...

—¿Sin embargo? —dijo mi tío.

—No me explico la presencia de semejantes cuadrúpedos en esta caverna de granito.

—¿Por qué?

—Porque la vida animal no existió sobre la tierra sino en los períodos secundarios, cuando los aluviones formaron los terrenos sedimentarios, que reemplazaron a las rocas incandescentes de la época primitiva.

—Entonces, Axel, la respuesta a tu objeción no puede ser más sencilla: este es un terreno sedimentario.

—¡Cómo! ¿A semejante profundidad bajo la superficie de la tierra?

—Sin duda, y el hecho se explica geológicamente. En determinada época, la tierra solo estaba formada por una corteza elástica, sometida a movimientos alternativos hacia arriba y hacia abajo en virtud de las leyes de la atracción. Es probable que se produjesen ciertos hundimientos

del suelo, y que una parte de los terrenos sedimentarios fuese arrastrada hasta el fondo de los abismos súbitamente abiertos.

—Así será. Pero si en esta región subterránea han vivido animales antediluvianos, ¿quién nos dice que alguno de esos monstruos no andará errando todavía entre las selvas oscuras o detrás de esas rocas escarpadas?

Al concebir esta idea, miré, no sin cierto temor, los diversos puntos del horizonte, pero no descubrí seres vivos en aquella playa desierta.

Un poco fatigado, fui a sentarme en la extremidad de un promontorio. Abajo las olas se estrellaban con estrépito. Desde allí mi mirada abarcaba toda la bahía. Había un pequeño puerto natural rodeado de rocas piramidales, donde las aguas tranquilas dormían al abrigo del viento, y en el cual hubieran cabido un bergantín y dos o tres goletas. Hasta me parecía que iba a presenciar la partida de algún buque con todo el aparejo desplegado, y que iba a verlo navegar, empujado por la brisa del sur.

Pero esa ilusión se disipó enseguida: éramos los únicos seres vivientes de aquel mundo subterráneo. Al calmarse el viento, un silencio más profundo que el de los desiertos bajaba sobre las áridas rocas y el océano. Entonces procuraba penetrar con la mirada las brumas lejanas, desgarrar aquel telón cerrado sobre el fondo del misterioso horizonte. ¡Cuántas preguntas me venían a la mente! ¿Dónde terminaba aquel mar? ¿Adónde conducía? ¿Podríamos alguna vez reconocer las orillas opuestas?



Mi tío estaba seguro de eso. En cuanto a mí, lo temía y lo deseaba a la vez.

Contemplé durante una hora aquel espectáculo maravilloso. Después emprendimos otra vez el camino de la playa para volver a la gruta, y dominado por los pensamientos más extraños caí en un sueño profundo.

## XXXI

Al día siguiente me desperté completamente curado. Pensé que un baño me haría muy bien, y fui a sumergirme unos minutos en las aguas de este Mediterráneo. Ningún otro mar merecía, más que este, llamarse así.

Volví a la gruta con un excelente apetito. Hans estaba cocinando nuestro frugal almuerzo. Como disponía de agua y fuego, pudo dar alguna variación a nuestras comidas ordinarias. A la hora de los postres sirvió café; nunca había disfrutado tanto de esta deliciosa bebida.

—Llegó la hora de la marea —dijo mi tío—, y no debemos desperdiciar la ocasión de estudiar este fenómeno.

—¿Cómo? ¿La marea? —me sorprendí.

—Sin duda.

—¿La influencia del sol y la luna llega hasta aquí?

—¿Por qué no? ¿Acaso los cuerpos no se someten en conjunto a la gravitación universal? Esta masa de agua también obedece la ley general. Por eso, a pesar de la presión atmosférica ejercida sobre su superficie, vas a verla subir como el Atlántico mismo.

En aquel momento pisábamos la arena de la playa, y las olas avanzaban cada vez más sobre ella.

—Ya comienza a subir la marea —dije.

—Así es, Axel, y a juzgar por estas marcas de espuma, las aguas van a elevarse unos diez pies.

—¡Maravilloso!

—No. Es lo más natural.

—Usted dirá lo que quiera, pero a mí todo esto me parece extraordinario, y apenas si me atrevo a creer lo que veo. ¿Quién hubiera imaginado que dentro de la corteza terrestre existe un verdadero océano, con sus flujos y reflujos, sus brisas y sus tempestades?

—¿Por qué no? ¿Existe alguna razón física que se oponga?

—Ninguna, si se abandona la teoría del calor central.

—¿Entonces, hasta aquí, la teoría de Davy se encuentra justificada?

—Evidentemente. Y siendo así, no hay nada que se oponga a la existencia de mares o de campiñas en el interior del globo.

—Sin duda, pero inhabitados.

—¿Por qué estas aguas no podrían albergar algunos peces de especies desconocidas?

—En todo caso, hasta ahora no hemos visto ni uno solo.

—Podemos improvisar algunos aparejos, y ver si aquí abajo los anzuelos tienen tanto éxito como en los océanos sublunares.

—Probaremos eso. Hay que conocer todos los secretos de estas regiones nuevas.

—Pero, ¿dónde estamos tío? Todavía no le había hecho esta pregunta. Sus instrumentos deben saber la respuesta.

—Horizontalmente, a trescientas cincuenta leguas de Islandia.

—¿Tan lejos?

—Tengo la seguridad de no haberme equivocado en más de mil metros.

—¿Y la brújula sigue indicando el Sudeste?

—Sí, con una inclinación occidental de diecinueve grados y cuarenta y dos minutos, exactamente igual que en la superficie de la tierra. Respecto a su inclinación, ocurre un hecho curioso que observé con cuidado.

—¿Cuál?

—La aguja, en vez de inclinarse hacia el polo, como ocurre en el hemisferio boreal, muestra la tendencia contraria.

—¿Significa que el centro de atracción magnética se ubica entre la superficie del globo y el lugar donde nos hallamos?

—Exacto. Y tal vez, si llegásemos bajo las regiones polares, hacia el grado 70 donde James Ross descubrió el polo magnético, veríamos la aguja en posición vertical. Es decir que este misterioso centro de atracción no se halla situado a una gran profundidad.

—Cierto. Es un hecho que la ciencia ni siquiera sospecha.

—La ciencia, hijo mío, está llena de errores. Pero son errores que conviene cometer, porque conducen poco a poco a la verdad.

—Y, ¿a qué profundidad nos hallamos?

—A una profundidad de treinta y cinco leguas.

—Entonces —observé, estudiando el mapa—, tenemos sobre nuestras cabezas la parte montañosa de Escocia, donde las cimas nevadas de los montes Grampian se levantan hasta una altura prodigiosa.

—Sí —respondió el profesor sonriendo—, la carga es algo pesada, pero la bóveda es sólida. El sabio Arquitecto, autor del universo, la construyó con buenos materiales, y los hombres jamás hubieran podido darle dimensiones tan grandes. ¿Qué son los arcos de los puentes y las bóvedas de las catedrales al lado de esta nave de tres leguas de radio, bajo la cual puede desarrollarse libremente un océano con todas sus tempestades?

—¡Oh! No temo que el cielo caiga sobre mi cabeza. Dígame, ¿cuáles son sus planes, tío? ¿No piensa regresar a la superficie del globo?

—¿Regresar? ¡Qué disparate! Al contrario, nuestro viaje seguirá, ya que hasta ahora todo salió tan bien.

—Sin embargo, no veo el modo de pasar por debajo de esta llanura líquida.

—No creas que pienso arrojarme a ella de cabeza. Pero si los océanos, por estar rodeados de tierra, propiamente hablando no son más que lagos, con más razón lo es este mar interior rodeado por un macizo de granito.

—De eso no cabe duda.

—Tengo la seguridad de encontrar nuevos caminos en la orilla opuesta.

—¿Qué longitud supone que tiene este océano?

—Treinta o cuarenta leguas.

—¡Ah! —exclamé, imaginando que este cálculo bien podría ser inexacto.

—De manera que no tenemos tiempo que perder, y mañana nos haremos a la mar.

Involuntariamente, busqué con los ojos el barco que habría de transportarnos.

—Ah —dije—, ¿vamos a navegar? Me parece muy bien. Y ¿en qué barco tomaremos pasaje?

—No será en ningún barco, muchacho, sino en una sólida balsa.

—¡Una balsa! —exclamé—. Una balsa es casi tan difícil de construir como un buque. Y no veo que...

—No ves, Axel, pero si pusieras atención, podrías oír.

—¿Oír?

—Sí, oirías martillazos. Y comprenderías que Hans ya está ocupándose.

—¿Está construyendo una balsa?

—Sí.

—¿Cómo? ¿Derribó árboles con el hacha?

—Los árboles ya estaban derribados. Ven y verás la obra.

Después de un cuarto de hora de caminata descubrí a Hans trabajando, al otro lado del promontorio que formaba el puerto natural. Unos momentos después me hallaba a su lado. Con gran sorpresa vi sobre la arena una

balsa, ya medio terminada, construida con vigas de una madera extraña. Una gran cantidad de maderos, curvas y ligaduras varias cubrían el suelo. Había suficiente para construir una flota entera.

—Tío —dije—, ¿qué madera es esta?

—Son pinos, abetos, abedules y todas las especies de coníferas de los países septentrionales, mineralizadas por la acción del agua de mar.

—¿Es posible?

—Esto es lo que se llama *surtarbrandur*, o madera fósil.

—Pero entonces deben tener, como los lignitos, la dureza de la piedra, y no podrán flotar.

—A veces ocurre eso. Algunas de estas maderas se convirtieron en verdaderas antracitas, pero otras, como las que ves, solo experimentaron un principio de fosilización. Ya verás.

214

Y arrojó al mar uno de aquellos trozos de madera, que después de hundirse volvió a la superficie y quedó flotando, mecido por las olas.

—¿Te has convencido? —preguntó mi tío.

—Convencido de que es increíble lo que veo.

Gracias a la habilidad de Hans, al anochecer del día siguiente estaba terminada la balsa, que medía diez pies de longitud por cinco de ancho. Las vigas de *surtarbrandur*, amarradas unas a otras con cuerdas resistentes, ofrecían una superficie bien sólida. Una vez botada, la embarcación flotó tranquilamente sobre las olas del mar de Lidenbrock.

## XXXII

El 13 de agosto nos levantamos muy temprano. Íbamos a inaugurar un nuevo medio de locomoción rápida y descansada.

Un mástil hecho con dos palos unidos, una verga formada por otro palo más y una vela improvisada con nuestras mantas, componían el aparejo de nuestra balsa. Las cuerdas no escaseaban, y el conjunto ofrecía bastante solidez.

A las seis el profesor dio orden de embarcar. Los víveres, los equipajes, los instrumentos, las armas y una gran cantidad de agua dulce, todo había sido acomodado encima de la balsa. Largué la amarra que nos sujetaba a la orilla, orientamos la vela y nos alejamos con rapidez.

215

En el momento de salir, mi tío, que daba una gran importancia a la nomenclatura geográfica, quiso llamar al pequeño puerto con mi nombre.

—En realidad —le dije— tengo otro mejor para proponer.

—¿Cuál?

—El nombre de Graüben: “Puerto Graüben”. Lucirá muy bien sobre cualquier mapa.

—Que sea Puerto Graüben.

Y así fue como el recuerdo de mi amada curlandesa quedó vinculado a nuestra feliz expedición.

La brisa del nordeste nos permitió navegar viento en popa a gran velocidad. Aquellas capas tan densas de la

atmósfera brindaban un empuje considerable, e hinchaban la vela como un potente ventilador.

Al cabo de una hora mi tío pudo darse cuenta de la velocidad que llevábamos.

—Si seguimos a este ritmo —dijo—, avanzaremos por lo menos treinta leguas cada veinticuatro horas, y no tardaremos en ver la orilla opuesta.

Sin responder, fui a sentarme en la parte delantera de la balsa. La costa septentrional ya se esfumaba en el horizonte, y los dos brazos del golfo se abrían ampliamente como para facilitar nuestra salida. Delante de mis ojos se extendía un mar inmenso; las nubes paseaban su sombra gigantesca sobre la superficie del agua. Los rayos argentados de la luz eléctrica, reflejados aquí y allá por las gotas suspendidas, hacían brotar puntos luminosos sobre los costados de la embarcación.

216

No tardamos en perder de vista la tierra, desapareciendo así todo punto de referencia. De no ser por la estela de espuma que la balsa dejaba a su paso, hubiera creído que permanecíamos en una inmovilidad perfecta.

A eso del mediodía vimos flotar algas inmensas sobre la superficie. Ya conocía el poder vegetativo de estas plantas, que se arrastran sobre el fondo de los mares a una profundidad de más de 12.000 pies, y se reproducen bajo una presión de cerca de 400 atmósferas. Pueden formar bancos tan considerables como para detener la marcha de un buque. Pero creo que nunca hubo algas tan gigantescas como las del mar de Lidenbrock.



Nuestra balsa pasó al lado de ovas de 3.000 y 4.000 pies de longitud, inmensas serpientes que se prolongaban hasta perderse de vista. Me entretenía siguiendo con la mirada esas serpentinas interminables, creyendo siempre que llegaban a su extremo. Después de algunas horas terminaba mi paciencia, pero no mi admiración.

¿Qué fuerza natural podía producir tales plantas? ¡Qué fantástico aspecto debió presentar la tierra en los primeros siglos de su formación, cuando, bajo la acción del calor y la humedad, solo el reino vegetal se desarrollaba en su superficie!

Llegó la noche y, como había observado la víspera, la luz no disminuyó. Era un fenómeno constante con cuya duración indefinida se podía contar.

Después de la cena me tendí al pie del mástil. No tardé en dormirme arrullado por mágicos sueños.

217

Hans, inmóvil al timón, dejaba deslizar la balsa. Ni siquiera necesitaba ser dirigida, gracias al viento en popa.

Desde nuestra ida de Puerto Graüben, el profesor Lindenbrock me había confiado la tarea de llevar el diario de navegación, anotando desde las menores observaciones hasta los fenómenos más interesantes, como la dirección del viento, la velocidad de la marcha o el camino recorrido. En una palabra, todos los incidentes de aquella extraña navegación.

Así que me limitaré a reproducir aquí estas notas cotidianas, dictadas, digamos así, por los mismos acontecimientos, para que la narración de nuestra travesía resulte más exacta.

*Viernes 14 de agosto.* Brisa estable del NO. La balsa se desliza en línea recta y a gran velocidad. Queda la costa a 30 leguas a sotavento. Nada en el horizonte. La intensidad de la luz no varía. Buen tiempo, es decir que las nubes son altas, poco espesas y bañadas en una atmósfera blanca que parece de plata fundida.

Termómetro: + 32°C

A mediodía Hans prepara un anzuelo en la punta de una cuerda, lo ceba con un poco de carne y lo arroja al mar. Pasan dos horas sin que pique ningún pez. ¿Estarán deshabitadas estas aguas? No. Se siente una sacudida, Hans recoge el aparejo y saca del agua un pez que lucha con vigor.

—¡Un pez! —grita mi tío.

—¡Es un esturión —exclamo—, un esturión pequeño!

218

El profesor lo examina atentamente; no comparte mi opinión. Este pez tiene la cabeza chata y redondeada y la parte anterior del cuerpo cubierto de placas óseas; carece de dientes, y las aletas pectorales, muy desarrolladas, se ajustan a su cuerpo sin cola. Pertenece indudablemente al orden en que los naturalistas han clasificado al esturión, pero se diferencia de él en detalles esenciales.

Mi tío no se equivoca; después de un corto examen, dice:

—Este pez pertenece a una familia extinguida hace ya siglos, de la cual se encuentran restos fósiles en los terrenos devonianos.

—¡Cómo! —digo yo—. ¿Habremos atrapado vivo a uno de esos habitantes de los mares primitivos?

—Sí —responde el profesor, reanudando sus observaciones—, y ya ves que estos peces fósiles no tienen ningún parecido con las especies actuales. Tener en mano uno de estos seres vivos es una verdadera suerte para un naturalista.

—Pero ¿a qué familia pertenece?

—Al orden de los ganoideos, familia de los cefaláspidos, género...

—¿Género?

—Género de los *Pterychtis*; sería capaz de jurarlo. Pero estos ofrecen una particularidad que, según se dice, es privativa de los peces de las aguas subterráneas.

—¿Cuál?

—Que son ciegos.

—¡Ciegos!

—No solo ciegos, sino que hasta carecen del órgano de la visión.

Miro y veo que es verdad. Pero esto puede ser un caso aislado. El guía prepara nuevamente el anzuelo y lo echa al agua. En este océano debe abundar la pesca de un modo extraordinario, porque en dos horas atrapamos una gran cantidad de *Pterychtis* y de otros peces, pertenecientes también a otra familia extinguida, los diptéridos. Mi tío no puede determinar su género. Todos ellos carecen de órganos de la visión. Esta pesca inesperada renueva nuestras provisiones.

Parece demostrado entonces que este mar solo contiene especies fósiles, cuyos peces y reptiles son más perfectos cuanto más antigua es su creación.

Tal vez encontremos algunos de esos saurios que la ciencia ha sabido reconstruir partiendo de un fragmento de hueso o de cartílago.

Tomo el telescopio y examino el mar. Está desierto. Sin duda todavía estamos muy cerca de las costas.

Miro hacia el aire. Pienso que las aves reconstruidas por el inmortal Cuvier podrían batir sus alas en esta pesada atmósfera, ¿por qué no? Los peces les proporcionarían un excelente alimento. Examino el espacio, pero los aires están tan deshabitados como las playas.

La imaginación me arrastra a las maravillosas hipótesis de la paleontología. Sueño despierto. Creo ver en la superficie de las aguas esos enormes quersitos, esas tortugas antediluvianas similares a islotes flotantes. Me parece ver transitar por las playas a los grandes mamíferos de los primeros días de la creación: el leptoterio, encontrado en las cavernas del Brasil; el mericoterio, venido de las regiones heladas de Siberia. Más allá el paquidermo lofiodón, ese gigantesco tapir que se oculta detrás de las rocas para disputar su presa al anoploterio (animal extraño que es en parte rinoceronte, caballo, hipopótamo y camello, como si el Creador, muy apurado en las primeras horas del mundo, hubiese reunido varios animales en uno solo). El gigantesco mastodonte hace girar su trompa y tritura con sus colmillos las piedras de la orilla, mientras el megaterio, sostenido en sus enormes patas, escarba la tierra, despertando con su rugido el eco de los granitos. Más arriba, el protopiteco, primer simio que hizo su aparición sobre la superficie del globo, se encarama a

las cumbres más empinadas. Todavía más arriba el pterodáctilo, de manos aladas, se desliza como un enorme murciélago sobre el aire. Por último, pájaros inmensos, más poderosos que el casuario, más grandes que el avestruz, despliegan sus alas y chocan contra la pared de la bóveda granítica.

Todo este mundo fósil renace en mi imaginación. Me remonto a las épocas bíblicas de la creación; mucho antes del nacimiento del hombre, cuando la tierra incompleta aún no era suficiente para él. Después mi sueño se remonta más allá de la aparición de los seres animados. Desaparecen los mamíferos, después los pájaros, más tarde los reptiles de la época secundaria, y por fin los peces, los crustáceos, los moluscos y los articulados. Los zoófitos del período de transición se aniquilan. Toda la vida de la tierra queda resumida en mí, y mi corazón es el único que late en este mundo despoblado. Deja de haber estaciones, desaparecen los climas; el calor del planeta aumenta sin cesar y neutraliza el del sol. La vegetación se exagera; paso como una sombra entre helechos arborescentes, pisando inseguro la arcilla irisada y la arenisca; me apoyo en los troncos de las coníferas inmensas, me acuesto a la sombra de esfenofilos, asterofilos y licopodios de cien pies de altura.

Los siglos transcurren como días; me remonto a la serie de las transformaciones terrestres. Las plantas desaparecen, las rocas graníticas pierden su dureza, el estado líquido va a reemplazar al sólido bajo un calor más intenso; las aguas corren por la superficie, hierven y se

volatilizan; los vapores envuelven la tierra, que se transforma lentamente en una masa gaseosa a la temperatura del rojo blanco, con un volumen igual al del sol y con el mismo brillo.

En el centro de esta nebulosa, un millón cuatrocientas mil veces mayor que el globo que llegará a formar después, soy arrastrado entre los espacios planetarios; mi cuerpo se sutiliza, se sublima y se mezcla, como un átomo imponderable, con estos inmensos vapores que trazan su órbita de fuego en el infinito.

¿Adónde me lleva este sueño? Mi mano febril vuelca al papel los extraños detalles. El profesor, el guía, la balsa... me olvidé de todo eso; una alucinación se apoderó de mi espíritu.

222

—¿Qué te pasa? —pregunta mi tío.

Mis ojos desencajados se fijan sobre él, sin verlo.

—¡Cuidado, Axel, te vas a caer al mar!

Enseguida siento que la mano de Hans me sujeta vigorosamente. De no ser por él, la ensoñación me habría precipitado bajo las olas.

—¿Se habrá vuelto loco? —pregunta el profesor.

—¿Qué ocurre? —exclamo, volviendo en mí.

—¿Estás enfermo?

—No; he tenido un momento de alucinación, pero ya pasó. ¿Está todo en orden?

—Sí. La brisa y el mar son favorables. Marchamos a buena velocidad y, si los cálculos no me engañan, no tardaremos mucho en llegar.

Al oír estas palabras me levanto y examino el horizonte, pero la línea del agua se sigue confundiendo con la que forman las nubes.

### XXXIII

*Sábado 15 de agosto.* El mar conserva su monótona uniformidad. No se ve tierra alguna. El horizonte parece muy lejano.

Todavía tengo la cabeza aturdida por la violencia de mi sueño.

Mi tío no soñó, pero está de mal humor. Examina cada punto del espacio con su catalejo y después se cruza de brazos con aire despechado.

223

Observo que el profesor Lidenbrock tiende a ser otra vez el hombre impaciente de antes, y consigno el hecho en mi diario. Solo mis sufrimientos y peligros despertaron en él un rasgo de humanidad; desde que me puse bien, ha vuelto a ser el mismo. Sin embargo, no me explico por qué se impacienta. ¿No estamos realizando el viaje en las circunstancias más favorables? ¿No está avanzando la balsa con una velocidad asombrosa?

—Parece inquieto, tío —le digo, al ver la frecuencia con que se lleva el catalejo a la cara.

—¿Inquieto? No.

—¿Impaciente, tal vez?

—No faltan motivos.

—Sin embargo, marchamos con una velocidad...

—¿Qué me importa? Lo que me preocupa no es que la velocidad sea pequeña, sino que el mar es muy grande.

Entonces recuerdo que el profesor, antes de nuestra partida, calculaba en treinta leguas la longitud de este mar subterráneo. Ya hemos recorrido un espacio tres veces mayor y las costas del sur no aparecen.

—¡No descendemos! —prosiguió el profesor—. Todo esto es tiempo perdido. No he venido tan lejos para hacer una excursión en bote por un estanque.

¡Llama a esta travesía una excursión en bote, y a este mar un estanque!

—Pero —le contesto— dado que hemos seguido el camino indicado por Saknussem...

—Esa es la cuestión: ¿realmente hemos seguido ese camino? ¿Saknussem encontró esta extensión de agua? ¿La atravesó? ¿No nos habrá engañado ese arroyuelo que tomamos como guía?

—En todo caso, no podemos quejarnos por haber llegado hasta aquí. El espectáculo es magnífico, y...

—¿Quién piensa en espectáculos? Me propuse un objetivo y quiero alcanzarlo. ¡Así que no me hables de espectáculos!

Su punto de vista me queda claro. Dejo al profesor mordiendo los labios con impaciencia. A las cinco Hans reclama su paga y se le entregan tres rixdales.

*Domingo 16 de agosto.* Sin novedad. El tiempo no ha cambiado. El viento tiene una ligera tendencia a refrescar. Al despertar, mi primera preocupación es observar la



intensidad de la luz; siempre temo que el fenómeno eléctrico se debilite y extinga. Pero no ocurre así; la sombra de la balsa se distingue sobre la superficie de las aguas.

¡Este mar es verdaderamente infinito! Debe tener la longitud del Mediterráneo, y tal vez la del Atlántico. ¿Por qué no?

Mi tío sondea con frecuencia; ata un pico al extremo de una cuerda y suelta mil doscientos pies. No encontramos fondo. Subir la sonda nos cuesta mucho trabajo.

Cuando tenemos a bordo el pico, Hans me hace notar unas huellas muy marcadas en su superficie. Se diría que el trozo de hierro ha sido oprimido con fuerza entre dos cuerpos duros.

Miro al cazador.

—*Tänder!* —me dice.

No lo comprendo. Miro a mi tío, absorbido en sus reflexiones, y no me atrevo a distraerlo. Interrogo de nuevo con la vista al islandés. Abriendo y cerrando varias veces la boca me hace entender:

—¡Dientes! —exclamo asombrado, examinando con más atención la barra de hierro.

¡Sí! ¡Son dientes, las puntas quedaron impresas en el duro metal ¡Las mandíbulas deben poseer una fuerza prodigiosa! ¿Será un monstruo de especie extinguida agitando en las profundidades, más voraz que el tiburón y más terrible que la ballena? No puedo apartar la vista de la barra mordisqueada. ¿Mi sueño de la otra noche se va a convertir en realidad?

Durante todo el día me agitan estos pensamientos, y apenas logra calmar mi imaginación un sueño de pocas horas.

*Lunes 17 de agosto.* Procuero recordar los instintos particulares de estos animales antediluvianos de la época secundaria, que sucedieron a los moluscos, crustáceos y peces y precedieron a la aparición de los mamíferos. El mundo pertenecía entonces a los reptiles, monstruos que reinaron como señores en los mares jurásicos. La naturaleza los había dotado de la organización más completa. ¡Qué gigantesca estructura! ¡Qué fuerza prodigiosa! Los mayores y más temibles saurios actuales, caimanos o cocodrilos, no son sino débiles reducciones de sus antiguos progenitores.

226

Me estremezco con solo pensar en estos monstruos. Nadie los ha visto vivos. Aparecieron sobre la tierra mil siglos antes que el hombre, pero sus osamentas fósiles, encontradas en esas calizas arcillosas que los ingleses llaman *lias*, han permitido reconstruir su anatomía y conocer su conformación colosal.

He visto en el museo de Hamburgo el esqueleto de uno de estos saurios que medía treinta pies de longitud. ¿Estaré destinado yo, habitante de la superficie terrestre, a encontrarme cara a cara con estos representantes de la familia antediluviana? ¡No! Es imposible. Sin embargo, la marca de unos dientes poderosos quedó grabada en la barra de hierro. Y reconozco la forma cónica de los dientes del cocodrilo.

Mis ojos se fijan con espanto en el mar; temo ver lanzarse sobre nosotros uno de estos habitantes de las cavernas submarinas.

Supongo que el profesor Lidenbrock comparte mis ideas y hasta mis temores: después de haber examinado el pico, recorre el océano con la mirada.

“¡Tuvo la maldita idea de sondear —pienso—; habrá molestado a algún animal marino en su cueva; ahora esperemos no ser atacados...!”

Echo una mirada a las armas y me aseguro de que se encuentran en buen estado. Mi tío observa mi maniobra y la aprueba con un gesto.

Una gran agitación en la superficie de las olas indica el movimiento de las capas profundas. El peligro está cerca. Hay que vigilar.

**227**

*Martes 18 de agosto.* Llega la noche. O, por mejor decir, el momento en que el sueño quiere cerrar nuestros párpados; en este mar no hay noche. La luz implacable fatiga con obstinación nuestros ojos, como si navegásemos bajo el sol de los océanos árticos. Hans gobierna el timón. Durante su guardia yo duermo.

Dos horas después me despierta una sacudida espantosa. La balsa ha sido empujada fuera del agua con indescriptible violencia y arrojada a cuarenta metros de distancia.

—¿Qué ocurre —exclama mi tío—, chocamos contra algo?

Hans señala con el dedo, a una distancia de cuatrocientos metros, una masa negra que sube y baja alternativamente.

Yo miro y exclamo:

—¡Es una enorme marsopa!

—Sí —responde mi tío—, y un lagarto marino de tamaño extraordinario.

—¡Y más lejos un monstruoso cocodrilo! Mire las grandes mandíbulas y las hileras de dientes. ¡Ahora desaparece!

—¡Una ballena! ¡Una ballena! —grita entonces el profesor—. Distingo sus inmensas aletas. ¡Mira el aire y el agua que expulsan sus orificios!

En efecto, dos columnas líquidas se elevan a considerable altura sobre el nivel del mar. Permanecemos atónitos, sobrecogidos, estupefactos ante aquella colección de monstruos marinos. Sus dimensiones son sobrenaturales, y el menos voluminoso de ellos destrozaría la balsa de una sola dentellada. Hans quiere poner el timón a barlovento para esquivar el peligro, pero del otro lado descubre enemigos no menos temibles: una tortuga de cuarenta pies de ancho y una serpiente que mide treinta de longitud, mostrando su cabeza por encima de las olas.

Es imposible huir. Los reptiles se acercan, dan vueltas alrededor de la balsa con la velocidad de un tren expreso, describiendo círculos concéntricos. Tomé mi carabina, pero ¿qué efecto puede tener una bala en las escamas que cubren a estos animales?

Permanecemos mudos de espanto. ¡Ya vienen hacia nosotros! Por un lado, el cocodrilo; por el otro, la serpiente. El resto de la manada marina ha desaparecido. Cuando voy a hacer fuego Hans me detiene con una señal. Las dos bestias pasan a cien metros de la balsa, se precipitan una sobre la otra y su furor les impide vernos.

El combate comienza a doscientos metros de distancia. Vemos claramente a los dos monstruos atacándose.

Pero me parece que ahora los otros animales acuden a tomar parte en la lucha: la marsopa, la ballena, el lagarto, la tortuga; los entreveo a cada instante. Se los muestro al islandés, pero él niega con la cabeza.

—Tva —dice.

—¡Cómo! ¿Dos? Pretende que solo dos animales...

—Tiene razón —exclama mi tío, que no aparta el catalejo del grupo.

—¿Es posible?

—¡Ya lo creo! El primero de estos monstruos tiene hocico de marsopa, cabeza de lagarto, dientes de cocodrilo, y por esto nos ha engañado. Es el ictiosaurio, el más temible de los animales antediluvianos.

—¿Y el otro?

—El otro es una serpiente escondida bajo el caparazón de una tortuga; el plesiosaurio, implacable enemigo del primero.

Hans tiene mucha razón. Solo dos monstruos turban así la superficie del mar; tengo ante mis ojos dos reptiles de los océanos primitivos. Veo el ojo ensangrentado del ictiosaurio, que tiene el tamaño de una cabeza humana.



La naturaleza lo dotó de un aparato óptico poderosísimo, capaz de resistir la presión de las capas de agua en que habita. Se lo ha llamado la ballena de los saurios, porque alcanza su misma velocidad y tamaño. Su longitud no es inferior a cien pies. Puedo apreciar su tamaño cuando saca del agua las aletas verticales de su cola. Sus mandíbulas son enormes y, según los naturalistas, no tiene menos de ciento ochenta y dos dientes.

El plesiosaurio, serpiente de tronco cilíndrico, tiene la cola corta y las patas dispuestas en forma de remos. Su cuerpo está revestido de un enorme caparazón y su cuello, flexible como el del cisne, se eleva treinta pies sobre las olas.

Los dos animales se atacan con furia indescriptible. Levantan montañas de agua que llegan hasta la balsa y nos ponen veinte veces a punto de zozobrar. Se oyen silbidos de una intensidad prodigiosa. Las bestias se encuentran enlazadas, no logro distinguir una de otra. La furia del vencedor será algo temible.

Transcurre una hora, dos, y continúa la lucha con el mismo encarnizamiento. Los combatientes se aproximan a la balsa unas veces y otras se alejan de ella. Permanecemos inmóviles, dispuestos a hacer fuego.

De repente, el ictiosaurio y el plesiosaurio desaparecen produciendo un enorme remolino. ¿Va a terminar el combate en las profundidades del mar?

Pero de improviso una enorme cabeza se lanza fuera del agua: la cabeza del plesiosaurio. El monstruo está herido de muerte. Ya no veo su inmenso caparazón. Solo

su largo cuello se yergue, se abate, se vuelve a levantar, se encorva, azota la superficie del mar como un látigo gigantesco y se retuerce como una lombriz, dividido en dos pedazos. Salta el agua a gran distancia y nos enceguece. Pero pronto termina la agonía del reptil; disminuyen sus movimientos, sus contorsiones, y su largo tronco de serpiente se extiende como una masa inerte sobre la superficie serena del mar.

En cuanto al ictosaurio, ¿ha regresado a su caverna submarina o va a reaparecer entre las olas?

## XXXIV

**232** *Miércoles 19 de agosto.* Por suerte el viento sopla con fuerza y nos ha permitido huir rápidamente del teatro del combate. Hans sigue llevando el timón. Mi tío, a quien los incidentes han hecho olvidar por un momento sus absorbentes ideas, vuelve a examinar el mar con la impaciencia de antes.

El viaje recobra su uniformidad monótona, que no quiero ver interrumpida por peligros como el de ayer.

*Jueves 20 de agosto.* Brisa NNE, bastante irregular. Temperatura elevada. Marchamos a razón de tres leguas y media por hora.

A eso de mediodía se oye un ruido lejano.

Anoto aquí el hecho sin poder darle una explicación. Es un bramido continuo.



—A cierta distancia de aquí —dice el profesor— hay alguna roca o islote contra el cual se estrellan las olas.

Hans sube a la punta del mástil pero no descubre ningún escollo. La superficie del mar aparece lisa hasta el horizonte.

Así pasan tres horas. Los bramidos parecen provenir de una catarata lejana. Manifiesto esta opinión a mi tío, que sacude la cabeza. Sin embargo tengo la convicción de que no me equivoco. ¿Estaremos llegando a una catarata que nos precipitará en el abismo? Es posible que este tipo de descenso agrade al profesor, porque se acerca a la vertical; pero lo que es a mí...

Como sea, no lejos de aquí se produce un fenómeno ruidoso, porque ahora los bramidos llegan con gran violencia. ¿Vienen del océano o del cielo?

Dirijo mis miradas hacia los vapores suspendidos en la atmósfera y trato de sondear su profundidad. El cielo está tranquilo; las nubes, en la parte superior de la bóveda, parecen inmóviles y se pierden en la intensa irradiación de la luz. Hay que buscar por otro lado la explicación de este extraño fenómeno.

Examino entonces el horizonte, que está limpio y sin brumas. Su aspecto no ha cambiado. Si este ruido proviniera de una catarata o de un salto de agua, si todo este océano se precipitara en una cuenca inferior y los ruidos fueran producidos por la enorme caída, entonces la corriente debería acelerarse. Su velocidad creciente me daría una idea del peligro. Observo la corriente. Es nula. Arrojo al mar una botella vacía y se queda a sotavento.

A eso de las cuatro Hans se levanta, se acerca al mástil y trepa hasta el tope. Recorre con la mirada el arco de círculo que el océano describe delante de la balsa. Se detiene en un punto. Su semblante no expresa la más leve sorpresa, pero sus ojos permanecen fijos.

—Ha visto algo —dice mi tío.

—Así parece.

Hans baja. Señala hacia el Sur con la mano, diciendo:

—*Der nere!*

—¿Allá? —responde mi tío.

Y tomando el catalejo mira, con la mayor atención, durante un minuto que a mí me parece un siglo.

—¡Sí, sí! —exclama después.

—¿Qué es lo que ve?

—Una inmensa columna de agua que se eleva por encima del mar.

—¿Otro animal marino?

—Puede ser.

—Entonces pongamos proa más hacia el Oeste, porque ya sabemos a qué peligros atenernos si tropezamos con estos monstruos antediluvianos.

—Mantengamos el rumbo —responde mi tío.

Vuelvo la vista hacia Hans, que sigue impertérrito con la caña del timón en la mano.

Si a unas doce leguas ya puede verse la columna de agua que este animal arroja por la nariz, entonces debe tener un tamaño sobrenatural. La más elemental prudencia aconsejaría alejarse, pero no hemos venido hasta aquí para ser prudentes.

Así que mantenemos el rumbo. Cuanto más nos acercamos, más crece la columna de agua. ¿Qué monstruo puede tragar tal cantidad de agua y arrojarla de este modo sin interrupción?

A las ocho de la noche ya estamos a menos de dos leguas de él. Su cuerpo enorme, negruzco, monstruoso, se extiende sobre el mar como un islote. ¿Es ilusión? ¿Es miedo? Su longitud parece sobrepasar los dos kilómetros. ¿Qué cetáceo es este que ni los Cuvier ni los Blumenbach han descrito? Se halla inmóvil y como dormido. El mar parece no poder levantarlo, las olas rompen contra sus costados. La columna de agua, proyectada a quinientos pies de altura, cae con un estrépito ensordecedor. Corremos como insensatos hacia esta mole imponente, que cien ballenas por día no alcanzarían a alimentar.

El terror se apodera de mí. No quiero avanzar más; cortaré la driza de la vela si es necesario. Me rebelo contra el profesor, que no me responde.

De repente se levanta Hans, y señalando con el dedo el punto amenazador, dice:

—*Holme!*

—Una isla —exclama mi tío.

—¡Una isla! —repito, encogiéndome de hombros.

—Evidentemente —responde el profesor, lanzando una carcajada sonora.

—Pero ¿y esta columna de agua?

—Geyser —dice Hans.

—Un géiser, sin duda—responde mi tío—; un géiser semejante a los de Islandia.

Al principio, no quiero aceptar que me equivoqué de una manera tan burda. ¡Confundir un islote con un monstruo marino! Pero la cosa está clara y tengo que admitir mi error. Es solo un fenómeno natural.

A medida que nos aproximamos, la columna líquida adquiere dimensiones grandiosas. El islote presenta un parecido exacto con un inmenso cetáceo, cuya cabeza se eleva sobre las olas a una altura de sesenta pies. El géiser, palabra que los islandeses pronuncian *chéisir* y que significa furor, se alza majestuosamente en su extremo. Resuenan a cada instante sordas detonaciones. El chorro, llevado por una violencia furiosa, sacude su penacho de vapor saltando hasta las primeras nubes. Se halla solo, no lo rodean humaredas ni manantiales calientes, y toda la potencia volcánica está resumida en él. Los rayos de la luz eléctrica vienen a mezclarse con esta deslumbrante columna de agua, dando a cada gota todos los colores del prisma.

236

—Atraquemos —dice el profesor.

Pero hay que evitar con cuidado esta tromba de agua, que en un instante haría zozobrar la balsa. Maniobrando con pericia Hans nos lleva al extremo del islote.

Salto sobre la roca y mi tío me sigue. El cazador permanece en su puesto; estas cosas no pueden asombrarlo.

Caminamos sobre un granito mezclado con toba silíceo; el suelo quema y trepida bajo nuestros pies, como una caldera de vapor recalentado. Llegamos ante un pequeño estanque central de donde se eleva el géiser. Su-

merjo un termómetro en el agua que corre borbotando, y marca una temperatura de 163°C.

Entonces estas aguas salen de un foco ardiente, lo que está en contradicción con las teorías del profesor Lidenbrock; no puedo resistir la tentación de hacérselo notar.

—Está bien —me responde—, ¿y qué prueba eso contra mi doctrina?

—Nada, nada —contesto con tono seco, viendo que me estrellaré contra una obstinación sin ejemplo.

Debo confesar, sin embargo, que hasta ahora hemos tenido mucha suerte y que, por razones que no comprendo, este viaje se está cumpliendo en condiciones especiales de temperatura; pero para mí es evidente que algún día vamos a llegar a esas regiones donde el calor central alcanza sus más altos límites y supera todas las graduaciones de los termómetros.

“Ya veremos”, como suele decir el profesor; quien, después de haber bautizado este islote volcánico con el nombre de su sobrino, da la señal de embarcar.

Permanezco algunos minutos más contemplando el géiser. Observo que su chorro es irregular, disminuyendo a veces la intensidad para recobrar después mucho vigor; lo atribuyo a las variaciones de presión de los vapores acumulados en su interior.

Al fin partimos bordeando las rocas escarpadas del sur. Hans ha aprovechado esta detención para reparar algunas averías de la balsa.

Antes de seguir adelante anoto en mi diario algunas observaciones tendientes a calcular la distancia recorrida. Hemos alcanzado las 270 leguas sobre la superficie del mar, a partir de Puerto Graüben, y nos hallamos debajo de Inglaterra, a 620 leguas de Islandia.

## XXXV

*Viernes 21 de agosto.* Un día después el magnífico géiser ya no está a la vista. El viento ha refrescado, alejándonos rápidamente del Islote de Axel, y los estruendos se fueron extinguiendo poco a poco.

238

El estado del tiempo, si es correcto llamarlo así, va a cambiar pronto. La atmósfera se carga de vapores, que arrastran la electricidad engendrada por la volatilización del agua salada; las nubes bajan y toman un marcado tinte aceitunado. Los rayos de luz eléctrica apenas pueden atravesar este telón opaco, corrido sobre la escena donde va a representarse el drama de las tempestades.

Me siento impresionado, como ocurre sobre la superficie de la tierra cada vez que se aproxima un cataclismo. Los cúmulos amontonados hacia el Sur muestran un aspecto siniestro; esa horripilante apariencia que he observado a menudo al principio de las tempestades. El aire está pesado y el mar tranquilo.

A lo lejos las nubes parecen enormes bolas de algodón amontonadas en un pintoresco desorden, se van hinchando lentamente y ganan en volumen lo que pierden en

número. Son tan pesadas que no pueden desprenderse del horizonte, pero poco a poco se funden, al soplo de las corrientes más altas. Se ensombrecen y no tardan en formar una sola capa imponente. De vez en cuando un globo de vapores, todavía radiante, rebota sobre este tapiz grisáceo, y pronto se pierde en la masa opaca.

La atmósfera está saturada de un fluido eléctrico que también me impregna a mí; se me eriza el pelo como si me hallara en contacto con una máquina eléctrica. Creo que si mis compañeros me tocaran recibirían una violenta conmoción.

A las diez de la mañana se acentúan los signos de la tempestad. Se diría que el viento descansa para tomar nuevo aliento; la nube parece un odre inmenso que acumula huracanes.

No quiero creer en las amenazas del cielo, pero no puedo evitar este anuncio:

—Viene mal tiempo.

El profesor no responde. Con un humor endiablado mira el océano, que se prolonga sin final ante sus ojos. Al oír mis palabras encoge los hombros.

—Tendremos tempestad —digo señalando el horizonte—. Esas nubes bajan sobre el mar como para aplastarlo.

Silencio general. El viento calla. La naturaleza es como un cuerpo que dejó de respirar. Desde el mástil, donde ya veo brillar un pequeño fuego de San Telmo, la vela cae floja en pesados pliegues. La balsa está inmóvil en medio de un mar espeso y sin ondulaciones. Si no avanzamos

más, ¿para qué conservar izada esta vela, que puede hacernos zozobrar al primer choque de la tempestad?

—Arriemos la vela y bajemos el mástil —digo—, es lo más prudente.

—¡No! ¡Diablos! —ruge iracundo mi tío—. ¡Mil veces no! ¡Que nos sacuda el viento! ¡Que nos lleve la tormenta! ¡Pero quiero ver las rocas de una costa, aunque nuestra balsa deba estrellarse contra ellas!

No termina mi tío de pronunciar estas palabras cuando cambia de improviso el aspecto del horizonte al Sur. Los vapores acumulados se resuelven en lluvia, y el aire, violentamente solicitado para llenar los vacíos de la condensación, se convierte en huracán, llegando desde los confines más remotos de la caverna. La oscuridad se hace tan intensa que apenas puedo tomar algunas notas incompletas.

240

La balsa se levanta dando saltos que hacen caer a mi tío. Me arrastro hasta él. Aferrado con fuerza al extremo de una soga, parece contemplar con placer el espectáculo de los elementos desencadenados.

Hans ni siquiera se mueve. Sus cabellos, desordenados por el huracán y acumulados sobre el semblante inmóvil, le dan un extraño aspecto: en cada una de las puntas brilla un penacho luminoso. Tiene la figura aterradora de un hombre antediluviano, contemporáneo de los ictiosaurios y los megaterios.

El mástil, sin embargo, resiste. La vela se estira como una burbuja que va a reventar. La balsa avanza a una ve-



locidad que no puedo calcular, y su movimiento despide líneas de agua claras y rectas.

—¡La vela! ¡La vela! —grito, haciendo señas para que la arríen.

—¡No! —responde mi tío.

—*Nej* —dice Hans, moviendo lentamente la cabeza.

La lluvia forma una catarata atronadora delante del horizonte hacia el que corremos enloquecidos. Pero antes de que llegue hasta nosotros, se desgarran el velo formado por las nubes. El mar entra en ebullición y la electricidad, producida por la gran acción química de las capas superiores de la atmósfera, se manifiesta. A las centelleantes vibraciones del rayo se mezcla el bramido espantoso del trueno: un sinnúmero de relámpagos se entrecruzan en medio de las detonaciones. La masa de vapores se vuelve incandescente; el granizo que choca contra el metal de nuestras armas y herramientas se ilumina, y las olas parecen cerros ignívoros incubando un fuego violento.

La intensidad de la luz me deslumbra los ojos, el estrépito del trueno me destroza los oídos; no tengo más remedio que aferrarme con fuerza al mástil de la balsa, que se dobla como una caña bajo la violencia del huracán.

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

*[Aquí se vuelven muy incompletas las notas de mi viaje. Solo encuentro algunas observaciones fugaces y tomadas, por decirlo así, maquinalmente. Pero por su brevedad, y hasta por su falta de claridad, constituyen una prueba de la emoción que me dominaba. Y me dan una idea, más cabal que la memoria, de la situación en que nos encontrábamos.]*

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

**242**

*Domingo 23 de agosto. ¿Dónde estamos? Somos arrastrados con una velocidad prodigiosa.*

La noche fue terrible. La tempestad no amaina. Vivimos en medio de una detonación incesante. Nuestros oídos sangran. No podemos entendernos.

Los relámpagos no cesan. Veo rayos que, después de estallar, van de abajo arriba hasta golpear la bóveda de granito. ¡Si se llegara a desplomar! Otros relámpagos se bifurcan, o toman la forma de globos de fuego que estallan como bombas. El ruido general no parece aumentar, porque ya superó el límite que puede percibir el oído humano. Si todos los polvorines del mundo explotaran a la vez, no los oiríamos.

Hay una emisión constante de luz en la superficie de las nubes; la materia eléctrica se desprende, incesante, de sus moléculas. Se han alterado los principios gaseo-

sos del aire: innumerables columnas de agua se lanzan a la atmósfera y caen luego cubiertas de espuma.

¿Adónde vamos...? Mi tío se halla tendido en el extremo de la balsa, tan largo como es.

El calor aumenta. Miro el termómetro y veo que señala... [La cifra está borrada.]

*Lunes 24 de agosto.* Por lo visto, esto no acabará nunca. Ojalá esta atmósfera tan densa dejara de cambiar permanentemente.

Estamos rendidos de fatiga. Hans, imperturbable como siempre. La balsa corre hacia el Sudeste. Hemos recorrido más de doscientas leguas desde que abandonamos el Islote de Axel.

El huracán arreció a mediodía, y hay que atar con fuerza todos los objetos que componen el cargamento. Nosotros nos amarramos también. Las olas pasan por encima de nuestras cabezas.

Hace tres días que no podemos intercambiar una palabra. Abrimos la boca, movemos los labios, pero no producimos ni un sonido apreciable. Ni hablando al oído es posible escuchar.

Mi tío se acercó a mí. Articuló algunas palabras. Creo que me ha dicho “Estamos perdidos”, pero no estoy seguro.

Le escribo esta frase: “Arriemos la vela”. Por señas se muestra de acuerdo.

Apenas ha tenido tiempo de inclinar la cabeza para decirme que sí, cuando a bordo de la balsa aparece un disco de fuego. La vela y el mástil salen disparados en

un solo cuerpo y se elevan a una altura prodigiosa. Juntos parecen un pterodáctilo, ese pájaro fantástico de los primeros siglos.

Nos quedamos helados de espanto. La esfera, mitad blanca y mitad azulada, del tamaño de una bomba de diez pulgadas, se mueve lentamente pero girando a alta velocidad bajo el impulso del huracán. Va de un lado a otro, sube al borde de la balsa, sube sobre el saco de las provisiones, baja, rebota, roza la caja de pólvora, ¡horror! ¡Vamos a volar! Pero no: el disco deslumbrante se acerca a Hans, que lo mira fijo; a mi tío, que se agacha para esquivarlo; a mí, que palidezco y tiemblo bajo la impresión de su luz y su color. Da vueltas alrededor de mi pie, que trato de retirar sin conseguirlo.

244

La atmósfera está llena de un olor a gas nitroso que penetra en la garganta y los pulmones. Nos asfixiamos. ¿Por qué no puedo retirar el pie? ¿Estará clavado a la balsa? Ya sé: la caída del globo eléctrico ha imantado todo el hierro de a bordo. Los instrumentos, las herramientas y las armas se agitan, entrechocándose con un tintineo agudo. Los clavos de mis zapatos están fuertemente adheridos a una placa de hierro incrustada en la madera. ¡No puedo quitar el pie!

Con un esfuerzo violento consigo arrancarlo, justo cuando el globo lo atrapaba en su movimiento giratorio para arrastrarme con él... ¡Ah! ¡Qué luz tan intensa! ¡El globo estalla! Nos cubre un chorro de llamas.

Antes de que todo se apague alcanzo a ver a mi tío, tendido sobre la balsa, y a Hans en el timón escupiendo fuego, invadido por la electricidad.

¿Adónde vamos? ¿Adónde vamos?

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

*Martes 25 de agosto.* Salgo de un desvanecimiento prolongado. La tempestad continúa, los relámpagos se desencadenan como una cría de serpientes sueltas en la atmósfera.

¿Todavía estamos en el mar? Sí, y arrastrados con una velocidad incalculable. ¡Hemos pasado por debajo de Inglaterra, del canal de la Mancha, de Francia, tal vez de Europa entera! Se escucha un nuevo ruido. Evidentemente, es el mar que se estrella contra las rocas... Pero entonces...

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

## XXXVI

Aquí termina lo que llamé mi *Diario de Navegación*, tan felizmente salvado del naufragio, y retomo el relato como antes.

No sería capaz de explicar lo que ocurrió al chocar la balsa contra los escollos de la costa. Me sentí arrojado a las olas. Si me salvé de la muerte, de destrozarme contra el filo de las rocas, fue porque el brazo vigoroso de Hans me sacó del abismo.

El valiente islandés me alejó del alcance de las olas, llevándome sobre la arena ardiente hasta dejarme junto a mi tío. Después volvió al oleaje furioso que se estrellaba en las rocas, para salvar algunos restos del naufragio. Yo no podía hablar, rendido por la emoción y el cansancio, y tardé más de una hora en reponerme.

246

Seguía cayendo un verdadero diluvio, con esa violencia redoblada que anuncia el fin de las tempestades. Un saliente rocoso nos dio abrigo contra las cataratas del cielo. Hans preparó alimentos, que yo no pude tocar, y todos, extenuados por tres noches de insomnio, nos entregamos a un sueño dolorido.

Al día siguiente el tiempo era magnífico. El cielo y el mar se habían tranquilizado de común acuerdo. Toda hue-lla de tempestad había desaparecido. El profesor saludó mi despertar con palabras alegres:

—Bueno, hijo mío, ¿descansaste bien?

Se hubiera dicho que estábamos en nuestra casita de la Königstrasse, que yo bajaba a almorzar tranquilamente y que mi matrimonio con la pobre Graüben se iba a celebrar aquel mismo día.

¡Si la tempestad hubiese desviado la balsa un poco hacia el Este, habríamos pasado por debajo de Alemania, debajo de mi querida Hamburgo, debajo de la calle donde vive la elegida de mi corazón! ¡Solo me habrían separado de ella cuarenta leguas! Pero cuarenta leguas contadas verticalmente a través de una mole de granito; es decir, más de mil leguas a recorrer.

Estas reflexiones dolorosas atravesaron mi espíritu en un segundo, antes de responder la pregunta de mi tío.

—¿No me quieres decir si dormiste bien? —repitió él.

—Muy bien —respondí—; todavía estoy molido, pero ya pasará.

—Es un poco de cansancio y nada más —dijo.

—Pero a usted lo encuentro muy alegre esta mañana, tío.

—¡Encantado, hijo mío, encantado de la vida! ¡Por fin hemos llegado!

—¿Al final de nuestra expedición?

—No tan lejos, pero sí al fin de este mar que no se acababa. Ahora vamos a viajar de nuevo por tierra y a hundirnos de verdad en las entrañas del globo.

—Permítame una pregunta, tío.

—Adelante.

—¿Y el regreso?

—¡El regreso! ¿Piensas en volver cuando todavía no hemos llegado?

—No; solo quiero preguntarle cómo lo haremos.

—Del modo más sencillo del mundo. Una vez llegados al centro del esferoide encontraremos un nuevo camino para volver a la superficie. O bien regresaremos por el mismo camino que vamos recorriendo ahora. Supongo que no se cerrará detrás de nosotros.

—Entonces habrá que reparar la balsa.

—Por supuesto.

—Pero ¿nos alcanzarán los víveres hasta haber cumplido todo ese plan?

—Claro. Hans es un muchacho muy hábil, y es seguro que ha salvado la mayor parte de la carga. Vamos a ver, ya que lo mencionas.

248

Salimos de aquella gruta abierta a todos los vientos. Yo tenía una esperanza que al mismo tiempo era un temor: que en el terrible choque de la balsa se hubiese destrozado todo lo que cargábamos. Me engañaba. Al llegar a la playa, vi a Hans entre una multitud de objetos perfectamente ordenados. Mi tío le estrechó la mano llevado por un vivo sentimiento de gratitud. Aquel hombre, de abnegación sobrehumana, había estado trabajando mientras descansábamos nosotros. Y había salvado los objetos más preciosos arriesgando su vida.

Esto no quiere decir que no hubiera pérdidas sensibles: las armas, por ejemplo. Pero en realidad podíamos prescindir de ellas. En cambio, la provisión de pólvora se



encontraba intacta. Había estado a punto de explotar durante la tempestad.

—¡Bueno! —exclamó el profesor—. Como nos hemos quedado sin fusiles, tendremos que abstenernos de cazar.

—Sí, pero ¿y los instrumentos?

—Aquí está el manómetro, el más útil de todos, a cambio del cual habría dado los otros. Con el manómetro puedo calcular la profundidad a que nos encontramos, y podré conocer el instante en que lleguemos al centro. Sin él, nos expondríamos a pasarlo de largo y salir por las antípodas.

Su alegría tenía algo de feroz.

—¿Y la brújula? —pregunté.

—Aquí está, sobre esta roca, en perfecto estado, lo mismo que los termómetros y el cronómetro. ¡Ah! ¡Nuestro guía no tiene precio!

Había que reconocerlo; gracias a él no faltaba ningún instrumento. En cuanto a las herramientas y utensilios, vi esparcidos por la playa picos, azadones, escalas, cuerdas, etc.

Quedaba por dilucidar, sin embargo, la cuestión relativa a los víveres.

—¿Y las provisiones? —dije.

—Veamos las provisiones —respondió mi tío.

Las cajas que las contenían estaban alineadas en la arena, perfectamente conservadas; el mar había respetado la mayoría de ellas. Entre galleta, carne salada, gine-

bra y pescado seco, se podía calcular que todavía teníamos víveres para unos cuatro meses.

—¡Cuatro meses! —exclamó el profesor—. Tenemos tiempo para ir y volver, y con lo que nos sobre pienso dar un espléndido banquete a todos mis colegas del Johannaem.

Desde mucho tiempo atrás debía estar acostumbrado al carácter de mi tío, pero siempre volvía a sorprenderme.

—Ahora —dijo—, vamos a reponer nuestra provisión de agua con la lluvia caída sobre estos recipientes de granito. En consecuencia, tampoco habrá que temer que la sed nos atormente. Acerca de la balsa, voy a recomendar a Hans que la repare lo mejor posible, aunque creo que no va a servirnos más.

—¿Cómo es eso? —exclamé.

—Es solo una idea que tengo, hijo mío. Creo que no vamos a salir por donde entramos.

Lo miré con cierto recelo, preguntándome si se habría vuelto loco. Pero pensándolo bien, tal vez estaba diciendo una gran verdad sin saberlo.

—Vamos a almorzar —añadió.

Comunicó sus instrucciones al guía, y después lo siguió hasta un pequeño promontorio. Allí preparamos un muy buen almuerzo con carne seca, galleta y té; uno de los mejores almuerzos de mi vida, debo decir. La necesidad, el aire libre, la tranquilidad después de las agitaciones, todo eso me aumentaba el hambre.

Durante el almuerzo mi tío propuso que calculáramos el lugar donde nos hallábamos.

—Creo que no será fácil—le dije.

—Calcular con toda exactitud será difícil y hasta imposible—respondió—; durante los tres días de tempestad me resultó imposible anotar la velocidad y el rumbo de la balsa. Pero podemos calcular nuestra situación de un modo aproximado.

—En efecto, la última observación la hicimos en el islote del géiser.

—El Islote de Axel, hijo mío; no renuncies al honor de haber dado tu nombre a la primera isla descubierta dentro del macizo terrestre.

—De acuerdo. En el Islote de Axel ya habíamos recorrido 270 leguas sobre la superficie del mar, y nos encontramos a más de seiscientas leguas de Islandia.

—Partamos entonces de ese punto y contemos cuatro días de borrasca, durante los cuales nuestra velocidad no ha debido ser menor de ochenta leguas cada veinticuatro horas.

—Así es. Entonces tendríamos que sumar trescientas leguas.

—De donde deducimos que el mar de Lidenbrock mide aproximadamente seiscientas leguas de una orilla a otra. Ya ves, Axel, que puede competir en extensión con el Mediterráneo.

—¡Ya lo creo! Sobre todo, si lo hemos cruzado en sentido transversal.

—Sí, es muy posible.

—Y lo más curioso —añadí— es que, si nuestros cálculos son exactos, en este momento estamos debajo del Mediterráneo.

—¿De veras?

—Sin duda, porque nos encontramos a novecientas leguas de Reikiavik.

—¡Todo un viaje, hijo mío! Pero solo podremos afirmar si estamos debajo del Mediterráneo, y no de Turquía o del Atlántico, en caso de no haber sufrido desvíos.

—No, el viento parecía constante. Creo que esta costa debe estar situada al sudeste de Puerto Graüben.

—Es fácil comprobar eso consultando la brújula. Vamos a ver.

El profesor se dirigió a la roca sobre la cual Hans había depositado los instrumentos. Estaba alegre, se frotaba las manos y adoptaba posturas de jovencito. Lo seguí con la curiosidad de saber si me había equivocado en mis cálculos.

Cuando llegó a la roca tomó el compás, lo posó horizontalmente y observó la aguja. Después de haber oscilado, se detuvo en una posición fija bajo la influencia del magnetismo.

Mi tío miró, se frotó los ojos, volvió a mirar, y acabó por mirarme a mí, estupefacto.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

Pidió por señas que examinase yo el instrumento. Se me escapó una exclamación de sorpresa. ¡La aguja marcaba el Norte donde nosotros suponíamos que se encon-

traba el Sur! ¡Miraba hacia la playa en lugar de apuntar hacia el mar!

Moví la brújula y la examiné con detenimiento, cerciorándome de que no había sufrido el menor desperfecto. En cualquier posición que se colocara, la aguja volvía a tomar la dirección imprevista.

Entonces no había duda posible. Durante la tempestad el viento había rotado sin que nos diéramos cuenta, y había empujado la balsa hacia las playas que mi tío creía haber dejado a su espalda.

## XXXVII

Me sería imposible describir la serie de sentimientos que agitaron al profesor Lidenbrock: la estupefacción primero, después la incredulidad y por último la cólera. Nunca había visto a un hombre pasar de tanto desconcierto a tanta irritación. Las fatigas del viaje, los peligros corridos, todo resultaba inútil; había que empezar de nuevo. ¡Habíamos retrocedido en vez de avanzar!

Pero mi tío se sobrepuso enseguida.

—¡Ah —exclamó—, así que la fatalidad me juega su-  
cicio! ¡Conque los elementos conspiran contra mí! ¡Así que el aire, el fuego y el agua se combinan para oponerse a mi paso! Muy bien, ya se verá de lo que mi voluntad es capaz. ¡No cederé, no retrocederé una línea, y veremos quién puede más, si la naturaleza o el hombre!

De pie sobre la roca, amenazador y colérico, Otto Lindbrock, a semejanza del indomable Áyax, parecía desafiarse a los dioses. Me pareció oportuno intervenir y refrenar este ardor alocado.

—Escúcheme, tío —le dije con voz enérgica—; en la tierra hay un límite para todas las ambiciones, y no se debe luchar contra lo imposible. No estamos bien preparados para un viaje por mar: no es fácil recorrer quinientas leguas sobre unas vigas flojas, usando una manta como vela y un bastón como mástil para enfrentar los vientos desencadenados. No es posible guiar esta balsa, somos juguete de las tempestades. Solo a unos locos se les puede ocurrir intentar por segunda vez esta travesía.

254 Durante diez minutos pude desarrollar una serie de razonamientos irrefutables sin ser interrumpido; absorbido por otras ideas, mi tío no oyó una sola palabra de mi argumentación.

—¡A la balsa! —gritó.

Esa fue su respuesta. Por más que supliqué y me exasperé, quedé estrellado contra su voluntad, más firme que el granito.

En ese momento Hans terminaba de reparar la balsa. Se diría que este extraño individuo adivinaba los pensamientos de mi tío. Con algunos trozos de *surtarbrandur* había consolidado la embarcación. Ya estaba izada la vela, y la brisa jugueteaba con sus pliegues.

El profesor dijo algunas palabras al guía, que comenzó enseguida a embarcar los bagajes y a preparar la partida.

La atmósfera estaba despejada y el viento se sostenía desde el Nordeste.

¿Qué podría yo hacer? ¿Luchar solo contra dos? ¡Si al menos Hans se hubiera puesto de mi parte! Pero no; parecía que el islandés se hubiese despojado de todo rasgo de voluntad personal, haciendo voto de consagración a mi tío. No podía obtener nada de un servidor tan adicto a su amo. Había que seguirlos. Ya me disponía a ocupar mi sitio en la balsa cuando el profesor me detuvo con la mano.

—No partiremos hasta mañana —dijo.

Mi cara era la de un hombre completamente resignado.

—No debo descuidar nada —añadió—; ya que la fatalidad me empujó a esta parte de la costa, no la abandonaré sin haberla reconocido.

255

Esta observación se entenderá si se toma en cuenta que habíamos vuelto a la costa septentrional, pero no al mismo lugar de nuestra partida. Puerto Graüben debía estar situado más al Oeste. Por lo tanto, era razonable examinar con cuidado los alrededores de aquel nuevo punto de recalada.

—¡Vamos a explorar! —dije.

Y partimos los dos, dejando a Hans entregado a sus quehaceres.

El espacio entre la línea de las olas y el pie del acantilado era bastante ancho; se podía caminar media hora hasta llegar a la pared rocosa. Nuestros pies trituraban innumerables conchillas de todas formas y tamaños, pertenecientes a los animales de las épocas primitivas.

Encontrábamos también enormes carapachos que superaban los quince pies de diámetro. Habían pertenecido a los gigantescos gliptodonios del plioceno, de los que la moderna tortuga es solo una pequeña reducción. Además, el suelo estaba sembrado de una gran cantidad de despojos pétreos, guijarros redondeados por el trabajo de las olas y dispuestos en líneas sucesivas. Esto me hizo deducir que en otro tiempo el mar debió ocupar aquel espacio. Sobre las rocas esparcidas y actualmente situadas fuera de su alcance, las olas habían dejado señales evidentes de su paso.

256

Esto podía explicar, hasta cierto punto, la existencia de aquel océano a cuarenta leguas debajo de la superficie del globo. Pero, en mi opinión, esa masa de agua debía perderse poco a poco en las entrañas de la tierra. Y evidentemente provenía de las aguas del océano, que se abrieron paso hasta allí a través de alguna grieta. En la actualidad esa grieta estaría taponada, porque de lo contrario toda aquella inmensa caverna se habría llenado en poco tiempo. Tal vez una parte de esta misma agua, habiendo tenido que luchar contra los fuegos subterráneos, se había evaporado. Y esta era la explicación de las nubes suspendidas sobre nuestras cabezas y de la producción de la electricidad que creaba tan violentas tempestades en el interior del macizo terrestre.

Esta explicación de los fenómenos que habíamos presenciado me parecía satisfactoria; por grandes que sean las maravillas de la naturaleza, siempre hay razones físicas para explicarlas.



Caminábamos sobre una especie de terreno sedimentario formado por las aguas, como todos los terrenos de este período, tan ampliamente distribuidos por toda la superficie del globo. El profesor examinaba atentamente todos los intersticios de las rocas, sondeando con interés la profundidad de las aberturas que encontraba.

Habíamos recorrido las playas del mar de Lidenbrock a lo largo de una milla, cuando el suelo cambió súbitamente de aspecto. Parecía removido, trastornado por una sacudida violenta de las capas inferiores. En muchos puntos, los hundimientos y protuberancias delataban una dislocación poderosa del macizo terrestre.

Avanzábamos con dificultad sobre aquellas fragosidades de granito, mezclado con sílice, cuarzo y depósitos aluvionales, cuando nuestra vista descubrió una vasta llanura cubierta de osamentas. Parecía un inmenso cementerio donde se confundían los despojos de las generaciones de veinte siglos. Elevados montones de restos se extendían como un mar ondulado hasta el horizonte, perdiéndose en la bruma. En ese espacio, de unas tres millas cuadradas, se acumulaba toda la vida de la historia animal, que apenas ha empezado a escribirse en los recientes terrenos del mundo habitado.

Nos guiaba una curiosidad impaciente. Nuestros pies trituraban con un ruido seco los restos de aquellos animales prehistóricos, fósiles cuyos raros e interesantes despojos se disputan los museos de las grandes ciudades. Las vidas de mil Cuvieres no hubieran bastado para

reconstruir los esqueletos de los seres orgánicos hacina-  
dos en aquel magnífico osario.

Yo estaba estupefacto. Mi tío había elevado sus des-  
comunales brazos hacia la espesa bóveda que nos servía  
de cielo. Su boca desmesuradamente abierta, sus ojos  
que fulguraban bajo las gafas, la cabeza moviéndose en  
todas direcciones, toda su actitud demostraba un asom-  
bro sin límites. Se veía ante una inapreciable colección de  
lepoterios, mericoterios, mastodontes, protopitecos, pte-  
rodáctilos y todos los monstruos antediluvianos, acumu-  
lados allí para su satisfacción personal. Para tener una  
idea del estado de ánimo del profesor Lidenbrock, hay  
que imaginar a un apasionado bibliómano transportado  
de repente a la famosa biblioteca de Alejandría, incendia-  
da por Omar, si un milagro la hubiera hecho renacer de  
sus cenizas.

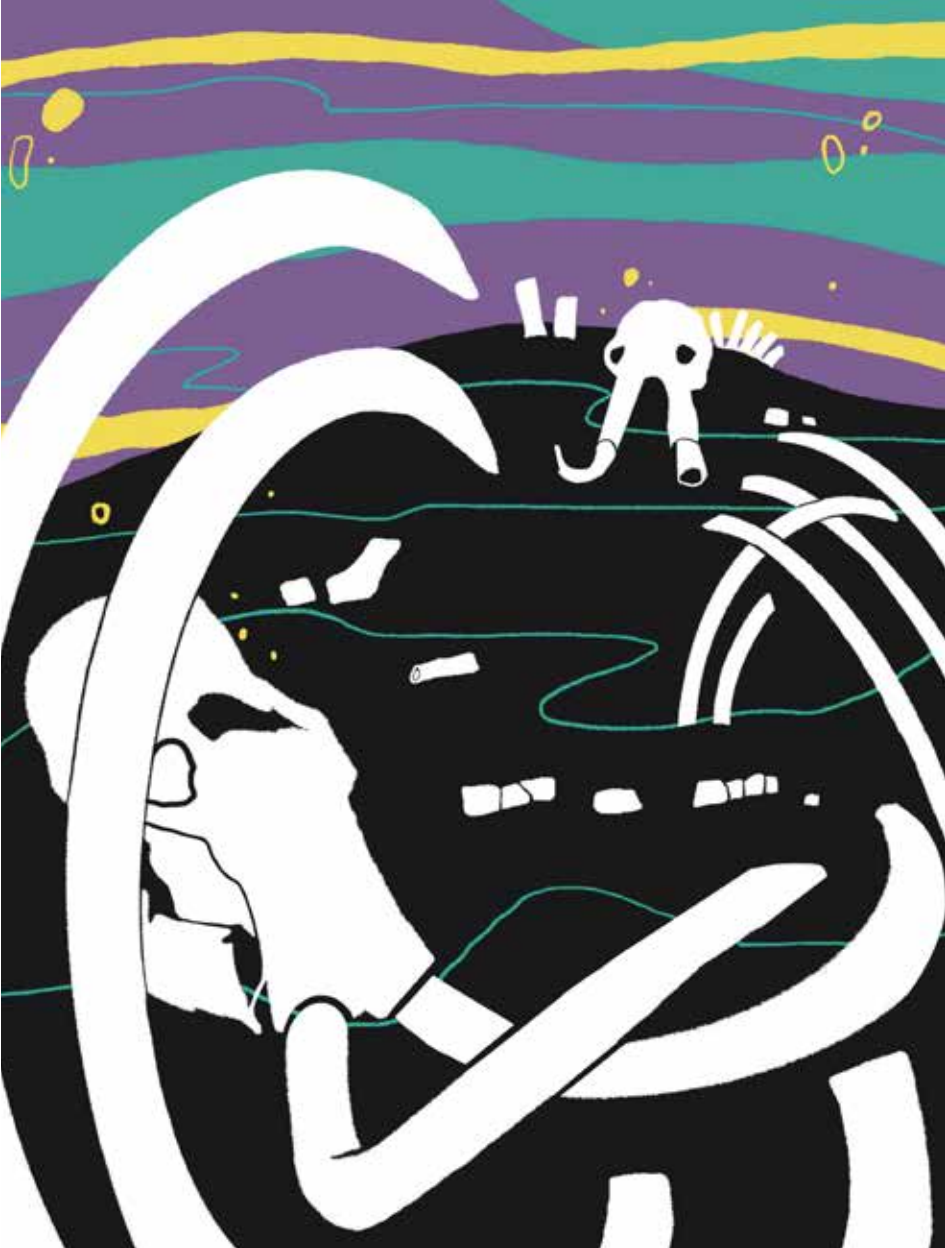
258

Pero su asombro fue mayor cuando, corriendo a tra-  
vés del polvo volcánico, levantó un cráneo del suelo y ex-  
clamó con voz temblorosa:

—¡Axel! ¡Axel! ¡Una cabeza humana!

—¡Una cabeza humana! —respondí, no menos estupe-  
facto.

—¡Sí, sobrino! ¡Ah, señor Milne-Edwards! ¡Ah, señor de  
Quatrefages! ¡Qué lástima que no estén aquí donde me  
encuentro yo, Otto Lidenbrock!



## XXXVIII

Para comprender esta evocación dirigida por mi tío a los ilustres sabios franceses, es preciso saber que, poco antes de nuestra partida, había tenido lugar un hecho de trascendental importancia para la paleontología.

El 28 de marzo de 1863, en las canteras de Moulin-Quignon, cerca de Abbeville, departamento de la Somme, unos excavadores al mando de Boucher de Perthes encontraron una mandíbula humana a catorce pies de profundidad. Era el primer fósil de esta clase sacado a la luz del día. Junto a él se hallaron hachas de piedra y sílices tallados, que el tiempo había coloreado y revestido de una pátina uniforme.

260

Este descubrimiento hizo mucho ruido, no solo en Francia sino también en Alemania e Inglaterra. Varios sabios del Instituto Francés, entre ellos los señores de Quatrefages y Milne-Edwards, se tomaron el asunto muy en serio; demostraron la incontestable autenticidad de los huesos y fueron los más ardientes defensores del “proceso de la quijada”, según la expresión inglesa.

A los geólogos del Reino Unido, señores Falconer, Busk, Carpenter, etc., que admitieron el hecho como cierto, se sumaron los sabios alemanes, destacándose entre ellos por su calor y entusiasmo mi tío Lidenbrock.

La autenticidad de un fósil humano de la época cuaternaria parecía por lo tanto demostrada y admitida.

Es cierto que esta teoría había tenido un adversario encarnizado: el señor Élie de Beaumont, sabio de reconocida autoridad, sostenía que el terreno de Moulin-Quignon no pertenecía al *diluvium* sino a una capa menos antigua y, de acuerdo en esto con Cuvier, no admitía que la especie humana hubiese sido contemporánea de los animales de la época cuaternaria. Mi tío Lidenbrock, de acuerdo con la gran mayoría de los geólogos, se había mantenido firme, sosteniendo muchas controversias y disputas; el señor Élie de Beaumont quedó casi solo en el bando opuesto.

Conocíamos todos los detalles del asunto, pero ignorábamos que la cuestión había hecho nuevos progresos desde nuestra partida. Otras mandíbulas idénticas, aunque pertenecientes a individuos de diversos tipos y naciones, fueron halladas en los suelos blandos de otras grutas en Francia, Suiza y Bélgica. También se encontraron armas, herramientas, utensilios y osamentas de niños, adolescentes, adultos y ancianos. La existencia del hombre cuaternario se afirmaba cada día más.

Y esto no era todo. Nuevos despojos exhumados del terreno terciario plioceno habían permitido que otros sabios más audaces asignaran a la raza humana una antigüedad todavía mayor. Es cierto que estos despojos no eran huesos humanos sino objetos de uso, como tibias y fémures de animales fósiles esculpidos, por decir así, y que mostraban señales evidentes de un trabajo humano.

Es decir que el hombre subió de un salto, en la escala de los tiempos, un gran número de siglos; era anterior al

mastodonte y contemporáneo del *elephas meridionalis*. Tenía cien mil años de existencia, ya que esa es la antigüedad asignada por los geólogos más afamados a la formación de los terrenos pliocenos.

En aquel momento la situación de la ciencia paleontológica era esa, y bastaba conocerla para explicar nuestra actitud ante el osario del mar de Lidenbrock. Se comprenderán entonces el júbilo y la estupefacción de mi tío. Sobre todo cuando, veinte pasos más adelante, encontré frente a sí, “cara a cara” podría decirse, un ejemplar de hombre cuaternario.

Era un cuerpo humano perfectamente reconocible. ¿Había sido conservado durante tantos siglos por un suelo de naturaleza especial, como el del cementerio de San Miguel, de Burdeos? No sabría decirlo. Pero aquel cadáver de piel tersa y apergaminada, con los miembros aún jugosos —por lo menos a la vista—, con los dientes intactos, la cabellera abundante y las uñas de los pies y de las manos prodigiosamente largas, se presentaba ante nuestros ojos tal como había vivido.

Yo estaba mudo ante aquella aparición de una edad remota. Mi tío, tan locuaz y discutiendo por costumbre, también callaba. Habíamos levantado el cuerpo. Lo habíamos enderezado. Nos miraba con sus cuencas vacías, palpábamos su pecho sonoro.

Tras algunos instantes de silencio, mi tío fue poseído por su personalidad de catedrático. Otto Lidenbrock, dejándose llevar por su temperamento, olvidó las circunstancias de nuestro viaje, el medio en que nos hallábamos,

la inmensa caverna que nos cobijaba. Sin duda creyó estar en el Johannaem, porque tomó un tono doctoral y habló ante un auditorio imaginario:

—Señores, tengo el honor de presentarles a un hombre de la época cuaternaria. Grandes sabios han negado su existencia, y otros, no menos ilustres, la han afirmado y defendido. Si estuviera aquí algún Santo Tomás de la paleontología, podría tocarlo con el dedo y se vería obligado a reconocer su error. ¡Sé muy bien que la ciencia debe ponerse en guardia contra estos descubrimientos! No ignoro el tipo de explotación de los hombres fósiles hecho por Barnum y otros charlatanes de su clase. Conozco perfectamente la historia de la rótula de Áyax, y la del supuesto cadáver de Oreste hallado por los espartanos, y la del cadáver de Asterión, de diez codos de largo, que nos relata Pausanias. He leído los informes relativos al esqueleto de Trapani, descubierto en el siglo XIV, en el cual se creyó reconocer a Polifemo, y la historia del gigante desenterrado en el siglo XVI en los alrededores de Palermo. Ustedes conocen como yo, señores, el análisis hecho en Lucerna, en 1577, de los grandes huesos que el célebre médico Félix Plater atribuía a un gigante de diecinueve pies. He devorado los tratados de Cassanion y todas esas memorias, folletos, discursos y contradiscursos publicados a propósito del esqueleto del rey de los cimbrios, Teutobochus, el invasor de la Galia, exhumado en 1613 de un arenal del Delfinado. ¡En el siglo XVIII hubiera combatido con Pierre Campet la existencia de los

preadamitas de Scheuchzer! He tenido entre mis manos el escrito titulado *Gigan...*

Aquí reapareció el defecto peculiar de mi tío: cuando hablaba en público, no podía pronunciar los nombres difíciles.

—El escrito —prosiguió— titulado *Gigant...*

Pero se atascó de nuevo.

—*Giganteo...*

¡Imposible! El enrevesado vocablo no quería salir. ¡Cuánto se hubieran reído del pobre profesor en el Johannaeum!

—*Gigantosteología* —concluyó profesor Lidenbrock entre dos maldiciones. Y animándose, siguió:

—¡Sí, señores, sé todas esas cosas! Sé también que Cuvier y Blumenbach reconocieron en esos esqueletos solo huesos de mamut y de otros animales de la época cuaternaria. Pero en el caso actual, la duda solo sería una injuria a la ciencia. ¡Ahí tienen el cadáver! ¡Pueden verlo, pueden tocarlo! No se trata de un esqueleto sino de un cuerpo intacto, conservado con un fin únicamente antropológico.

No quise contradecir esta afirmación.

—Si pudiese lavarlo en una solución de ácido sulfúrico —añadió el profesor—, haría desaparecer las partes terrosas y las conchillas resplandecientes incrustadas en él. No cuento con ese precioso disolvente. Sin embargo este cadáver, tal como lo ven ustedes ahora, nos contará su historia.



El profesor toma el cadáver fosilizado y lo maneja con destreza, como esa gente que se dedica a exhibir curiosidades.

—Ya ven —siguió—, no alcanza los seis pies de altura; estamos lejos de esos pretendidos gigantes. La raza a la que pertenece es caucásica, incontestablemente. La raza blanca, ¡la nuestra! El cráneo de este fósil es regularmente ovoideo, sin un desarrollo excesivo de los pómulos ni un avance exagerado de la mandíbula. No presenta ninguna señal de prognatismo que modifique el ángulo facial. Midan este ángulo y verán que casi alcanza los noventa grados. Pero yo iría todavía más lejos en el camino de las deducciones: me atrevería a afirmar que este ejemplar humano pertenece a la familia que se extiende desde la India hasta los límites de Europa Occidental. ¿Por qué sonríen, señores?

No sonreía nadie. ¡El profesor estaba tan acostumbrado a ver rostros risueños durante sus disertaciones!

—Sí —prosiguió, animándose de nuevo—; se trata de un hombre fósil, contemporáneo de los mastodontes cuyas osamentas llenan este anfiteatro. No me permitiré afirmar cómo ha llegado aquí, ni cómo esas capas donde yacía se deslizaron hasta esta enorme caverna del globo. Sin duda, en la época cuaternaria todavía ocurrían trastornos considerables en la corteza terrestre: el enfriamiento continuo del globo producía grietas, hendiduras por las cuales se escurría una parte del terreno superior. No opinaré; el hecho es que el hombre está aquí, rodeado de las obras de su propia mano, esas hachas, esas sílices

talladas que han constituido la edad de piedra. No puedo poner en duda la autenticidad de su antiguo origen, a menos que haya llegado como yo, en plan de turista o pionero de la ciencia.

El profesor enmudeció y yo estallé en unánimes aplausos. Mi tío tenía razón; gente mucho más sabia que yo habría sido incapaz de contradecirlo.

Otro indicio. Aquel cadáver fosilizado no era el único en aquel inmenso osario. A cada paso encontrábamos otros nuevos, de modo que mi tío podía elegir el más maravilloso ejemplar para convencer a los incrédulos.

Las generaciones de hombres y animales confundidos en aquel cementerio ofrecían un espectáculo asombroso. Pero se nos planteaba una pregunta seria que no nos atrevíamos a responder. Aquellos seres animados, ¿se habían deslizado hasta las playas del mar de Lidenbrock debido a una conmoción del suelo, cuando ya estaban convertidos en polvo? ¿O será que vivieron allí, en aquel mundo subterráneo y bajo aquel cielo ficticio, naciendo y muriendo como los habitantes de la superficie? Hasta entonces solo habían aparecido con vida peces y monstruos marinos. ¿Algún hombre del abismo erraría todavía por aquellas playas desiertas?

## XXXIX

Nuestros pies siguieron hollando durante media hora aquellas capas óseas. Avanzábamos impulsados por una

ardiente curiosidad. ¿Qué otras maravillas y tesoros para la ciencia encerraba aquella caverna? Mi mirada estaba preparada para todas las sorpresas, y mi imaginación para todos los asombros.

Las orillas del mar habían desaparecido hacía ya mucho tiempo detrás de las colinas del osario. El imprudente profesor se alejaba sin miedo de extraviarse, arrastrándose detrás. Avanzábamos en silencio bañados por las ondas eléctricas. Por un fenómeno que no puedo explicar, y gracias a su completa difusión, la luz alumbraba de manera uniforme todas las superficies de los objetos. Al no provenir de un foco determinado, no producía ningún efecto de sombra. Todo ocurría como si nos encontrásemos a mediodía y en pleno verano, en medio de las regiones ecuatoriales, bajo los rayos verticales del sol. Todos los vapores habían desaparecido. Las rocas, las montañas, algunas masas confusas de selvas alejadas, todo adquiriría un extraño aspecto bajo la distribución pareja de la luz. Nos parecíamos al personaje fantástico de Hoffmann que ha perdido su sombra.

Después de caminar una milla llegamos al lindero de una selva inmensa, diferente de aquel bosque de hongos cercano a Puerto Graüben.

Veíamos la vegetación de la época terciaria en toda su magnificencia. Grandes palmeras de especies hoy extinguidas, soberbios guanos, pinos, tejos, cipreses y tuyas representaban la familia de las coníferas, y se enlazaban entre sí por medio de una inextricable red de bejucos. Una alfombra de musgos y de hepáticas cubría blanda-

mente la tierra. Algunos arroyos murmuraban debajo de aquellas sombras, si es que puede aplicárseles tal nombre, ya que no había sombra alguna. En sus márgenes crecían helechos arborescentes parecidos a los que se crían en los invernáculos del mundo habitado. Solo les faltaba color a estos árboles, arbustos y plantas privados del calor vivificante del sol. Todo se confundía en un tinte uniforme, pardusco y como marchito. Las hojas estaban despojadas de su verdor, y hasta las mismas flores, tan abundantes en esta época terciaria que las vio nacer, vistas sin color ni perfume parecían hechas de un papel desteñido por la luz.

268 Mi tío Lidenbrock se aventuró bajo aquellas gigantes-  
cas selvas. Lo seguí no sin cierta aprensión. Si la natura-  
leza había acumulado allí una alimentación vegetal tan  
abundante, ¿quién nos aseguraba que no había en su in-  
terior formidables mamíferos? En los amplios claros que  
dejaban los árboles derribados y carcomidos por el tiem-  
po, veía plantas leguminosas acerinas, rubiáceas y mil  
otras especies comestibles, codiciadas por los rumiantes  
de todos los períodos. Después aparecían confundidos y  
entremezclados los árboles de las regiones más diversas  
de la superficie del globo; crecía la encina al lado de la  
palmera, el eucalipto australiano se apoyaba en el abeto  
de Noruega, el abedul del norte entrelazaba sus ramas  
con las del kauri neozelandés. Había suficiente motivo  
para confundir a los más ingeniosos clasificadores de la  
botánica terrestre.

De repente quedé inmóvil, y con la mano retuve a mi tío.

La luz difusa permitía distinguir los menores objetos en la profundidad de la selva. Había creído ver... ¡No! ¡Veía en realidad, con mis ojos, unas sombras inmensas agitarse debajo de los árboles! Efectivamente eran animales gigantescos; todo un rebaño de mastodontes, no ya fósiles sino vivos, parecidos a aquellos cuyos restos fueron descubiertos en 1801 en los pantanos de Ohio. Elefantes monstruosos, sus trompas se movían entre los árboles como una legión de serpientes. El marfil de sus colmillos taladraba con estruendo los viejos troncos, crujían las ramas; las hojas, arrancadas en cantidad, desaparecían en las inmensas fauces.

Aquel sueño mío, donde había visto renacer todo el mundo prehistórico de las épocas ternaria y cuaternaria, se volvía realidad. ¡Y estábamos allí, solos en las entrañas del globo, a merced de sus feroces habitantes!

269

Mi tío miraba.

—Vamos —dijo de repente, tomándome del brazo—. ¡Adelante, avancemos!

—No —exclamé—, no tenemos armas. ¿Qué haríamos en medio de ese rebaño de cuadrúpedos gigantes? ¡Calma, tío, calma! ¡Nadie puede desafiar impunemente la furia de esos monstruos!

—¿Nadie? —respondió mi tío bajando la voz—. ¡Te equivocas, Axel! ¡Mira, mira hacia allí! Me parece que veo un ser viviente, un ser semejante a nosotros. ¡Un hombre!



Miré, encogiéndome de hombros, resuelto a llevar mi incredulidad hasta los últimos límites; pero no tuve más remedio que rendirme a la evidencia.

¡Sí! ¡A menos de un cuarto de milla, apoyado sobre el tronco de un enorme kauri, un ser humano, un Proteo de aquellas regiones subterráneas, un nuevo hijo de Neptuno, apacentaba aquel innumerable rebaño de mastodontes!

*Immanis pecoris custos, immanior ipse!*

¡Sí! *Inmanior ipse!* No se trataba ya del ser fósil cuyo cadáver habíamos levantado en el osario, sino de un gigante capaz de imponer su voluntad a aquellos monstruos. Medía más de doce pies. Su cabeza, del tamaño de la de un búfalo, se perdía en la espesura de una cabellera salvaje, una melena de crines parecida a la de los elefantes primitivos. En la mano blandía un enorme tronco, a la medida de aquel pastor antediluviano.

Habíamos quedado inmóviles, estupefactos; podíamos ser descubiertos de un momento a otro. Había que huir.

—¡Venga, venga! —exclamé arrastrando a mi tío, que por una vez me obedeció.

Un cuarto de hora más tarde ya estábamos fuera de la vista de aquel formidable enemigo.

Ahora que pienso en todo esto con tranquilidad, ahora que ha renacido la calma en mi espíritu y han transcurrido meses desde ese encuentro extraño y sobrenatural, ¿qué debo pensar, qué debo creer? ¡No! ¡No es posible! ¡Nuestros sentidos fueron engañados, nuestros ojos no vieron

lo que vieron! ¡No existe ningún hombre en aquel mundo subterráneo! ¡Ninguna generación humana habita esas cavernas inferiores del globo, lejos de los pobladores de la superficie! ¡Es una insensatez, una locura!

Prefiero admitir la existencia de algún animal de estructura similar a la humana, algún enorme simio de las primeras épocas geológicas, algún protopiteco, algún mesopiteco parecido al que descubrió Lartet en el lecho osífero de Sansan. Sin embargo, el tamaño del ser que vimos excedía a todas las medidas dadas por la paleontología... No importa, era un simio; sí, un simio, por inverosímil que resulte. Pero un hombre, ¡un hombre vivo, y con él toda una generación hundida en las entrañas de la tierra, eso jamás!

272

Habíamos abandonado la selva clara y luminosa, mudos de asombro, anonadados por la estupefacción. Corríamos a pesar nuestro. Era una verdadera huida, semejante a esos arrastres espantosos que creemos sufrir en ciertas pesadillas. Por instinto nos dirigíamos hacia el mar de Lidenbrock. No sé en qué divagaciones se hubiera extraviado mi espíritu, de no ser por una preocupación de orden más práctico.

Aunque estaba seguro de que pisábamos ese suelo por primera vez, la forma de las rocas me recordaba con frecuencia a las de Puerto Graüben. Esto confirmaba la indicación de la brújula y nuestro regreso involuntario al norte del Mar de Lidenbrock. A veces había motivos de confusión. Centenares de arroyos y cascadas saltaban entre las piedras, me parecía ver la capa de *surtarbran-*



*dur*, nuestro fiel Hansbach y la gruta en que yo había recobrado la vida. Algunos pasos más lejos la disposición de los contrafuertes, la aparición de una corriente y el llamativo perfil de una roca me sumergían de nuevo en la duda.

El profesor compartía mi incertidumbre; no podía orientarse en medio de aquel panorama uniforme. Lo noté en algunas palabras que se le escaparon.

—Evidentemente no hemos vuelto a nuestro punto de partida —le dije—; pero es seguro que, contorneando la playa, nos aproximaremos a Puerto Graüben.

—En ese caso, continuar esta exploración es inútil —respondió mi tío—; me parece que lo mejor será regresar a la balsa. ¿Seguro que no te equivocas, Axel?

—Resulta difícil dar una contestación categórica porque todas estas rocas se parecen unas a otras. Sin embargo, creo reconocer el promontorio donde Hans construyó la balsa. Debemos encontrarnos cerca de ese pequeño puerto, si no es aquí mismo —añadí, examinando una cala que creí reconocer.

—No, Axel —dijo mi tío—; encontraríamos nuestras propias huellas por lo menos. Y yo no veo nada...

—¡Yo sí veo! —exclamé, arrojándome sobre un objeto que brillaba en la arena.

—¿Qué es eso?

—¡Mire! —dije, mostrando a mi tío un puñal que acababa de recoger.

—Calma —dijo—, ¿habías traído esa arma contigo?

—No, supongo que la habrá traído usted.

—No, que yo sepa; es la primera vez que la veo.

—Lo mismo digo, tío.

—¡Es extraño!

—No, es sencillo; los islandeses suelen llevar encima armas de este tipo, y sin duda esta pertenece a Hans, que la ha perdido en esta playa...

—¡A Hans! —dijo mi tío con acento de duda, sacudiendo la cabeza.

Después examinó el arma atentamente.

—Axel —dijo al fin, en tono grave—, este puñal es un arma del siglo XVI; una verdadera daga de las que los caballeros llevaban a la cintura para dar el golpe de gracia. Es de origen español; no ha pertenecido ni a Hans, ni a ti, ni a mí.

—¿Usted está diciendo que...?

274

—Mira. No se ha mellado así por cortarle la garganta a nadie; la hoja está cubierta de una capa de óxido que no data de un día, ni de un año, ni de un siglo.

El profesor se animaba, según su costumbre, dejándose arrastrar por la imaginación.

—Axel —prosiguió—, ¡nos encontramos en el verdadero camino del gran descubrimiento! Este puñal permaneció abandonado sobre la arena durante cien, doscientos, trescientos años, y se ha mellado contra las rocas de este mar subterráneo.

—Pero no habrá venido solo —dije—, ni se habrá mellaado por sí mismo. ¡Alguien nos habrá precedido...!

—Sí, un hombre.

—¿Un hombre...?

—¡Un hombre que grabó su nombre con este puñal!  
¡Ese hombre ha querido otra vez señalarnos el camino  
con su propia mano! ¡Busquemos! ¡Busquemos!

Impulsados por un interés vivo, empezamos a recorrer  
la alta muralla, examinando las grietas más insignifican-  
tes que podían ser el comienzo de alguna galería.

Así llegamos a un lugar donde la playa se estrechaba.  
El mar casi llegaba a bañar el pie de los contrafuertes,  
dejando un paso de dos metros de ancho. Entre dos avan-  
zadas de la roca vimos la entrada de un túnel oscuro.

Allí, sobre una placa de granito, nuestros ojos atónitos  
descubrieron dos letras misteriosas, ya medio borradas.  
Las dos iniciales del intrépido y fantástico explorador:

—¡A. S.! —exclamó mi tío—. ¡Arne Saknussem! ¡Siem-  
pre Arne Saknussem!

275

· 4 · 4 ·

**XL**

Desde el principio de aquel accidentado viaje había ex-  
perimentado muchas sorpresas, y creí que ya nada en el  
mundo podría maravillarme. Pero ante aquellas dos le-  
tras, grabadas tres siglos atrás, caí en un aturdimiento  
cercano a la estupidez. No solo leía en la roca la firma del  
sabio alquimista, sino que tenía en mis manos el estilete  
con que había sido grabada. Solo por muy mala fe hubie-

ra podido seguir dudando de la existencia del viajero y de la realidad de su viaje.

Mientras estas reflexiones se arremolinaban en mi cabeza, el profesor Lidenbrock se entregaba a un acceso ditirámbico en honor de Arne Saknussemm:

—¡Oh maravilloso genio —exclamó—, has abierto a otros mortales los caminos de la corteza terrestre, y tus semejantes pueden ver la huella que dejaron tus pies, hace tres siglos, en el fondo de esta oscuridad! ¡Has reservado a otras miradas, distintas de la tuya, la contemplación de estas maravillas extrañas! Tu nombre, grabado en cada etapa del camino, conduce al viajero audaz, y ha de estar escrito por tu mano en el centro mismo del planeta. ¡Yo también iré a firmar con mi mano esta última página de granito! Desde hoy este cabo, visto por ti, junto a este mar descubierto también por ti, será para siempre llamado Cabo Saknussemm.

276

Estas fueron, más o menos, las palabras que pronunciaron sus labios. Al oírlas me sentí invadido por el entusiasmo que comunicaban. Sentí que nacía una nueva fuerza en el interior de mi pecho; olvidé los padecimientos del viaje y los peligros del regreso. Lo que otro hombre había hecho, también quería hacerlo yo, y nada que fuese humano me parecía imposible.

—¡Adelante! ¡Adelante! —exclamé.

Iba a internarme ya en la oscura galería cuando el profesor me detuvo, y él, el hombre de los entusiasmos, me aconsejó paciencia y sangre fría.

—Antes que nada —dijo—, volvamos a buscar a Hans, y traigamos la balsa hasta aquí.

Obedecí, no sin contrariedad, y me deslicé rápidamente entre las rocas de la playa.

—Realmente, tío —dije mientras caminábamos—, hasta ahora las circunstancias nos han favorecido.

—Ah, ¿te parece, Axel?

—Sin duda; hasta la tempestad nos ha traído al verdadero camino. ¡Bendita tempestad! Nos hizo volver a esta costa, de donde el buen tiempo nos habría alejado. Suponga por un momento que nuestra proa hubiera llegado a las playas meridionales del mar de Lidenbrock: ¿qué habría sido de nosotros? Nuestros ojos no hubieran tropezado con el nombre de Saknussem, y ahora nos veríamos abandonados en una playa sin salida.

—Sí, Axel; esto es providencial; navegando hacia el Sur hemos llegado al Norte. Y precisamente al Cabo Saknussem. Debo confesar que es sorprendente; un hecho cuya explicación desconozco en absoluto.

—Bueno, ¡qué importa! No es necesario explicar los hechos sino aprovecharlos.

—Sin duda, hijo mío, pero...

—Pero vamos a emprender otra vez el camino que conduce hacia el Norte; a pasar nuevamente por debajo de los países septentrionales de Europa: Suecia, Rusia, Siberia... lo que sea, en vez de hundirnos bajo los desiertos de África o las olas del océano. Y no se hable más.

—Sí, Axel, tienes razón, todo ha sido para bien: vamos a abandonar este mar que, por ser horizontal, no puede

conducirnos a donde queremos. Vamos a bajar otra vez, a bajar sin descanso, ¡a bajar, siempre! Solo nos falta atravesar 1.500 leguas para llegar al centro del globo.

—¡Bah! —exclamé—. ¡Ni vale la pena hablar de esa pequeñez! ¡En marcha, vamos!

Todavía duraba este diálogo insensato cuando nos reunimos con el cazador. Todo estaba preparado para salir enseguida, todos los bultos habían sido embarcados. Nos acomodamos en la balsa y, una vez izada la vela, navegamos barajando la costa rumbo al Cabo Saknussem. Hans llevaba el timón.

El viento no era favorable, así que en muchos lugares tuvimos que avanzar con la ayuda de los bastones herrados. Las piedras a flor de agua nos obligaban a dar largos rodeos. Por fin, después de tres horas de navegación, es decir, a las seis de la tarde, llegamos a un lugar propicio para el desembarco.

Salté a tierra, seguido por mi tío y el islandés. Esta travesía no me había calmado; al contrario, hasta propuse quemar “las naves” para cortarnos la retirada, pero mi tío se opuso. Lo noté singularmente frío.

—Por lo menos —dije—, partamos sin perder un momento.

—Sí, hijo mío; pero antes examinemos esta nueva galería para saber si hace falta preparar las escalas.

Mi tío encendió su aparato de Ruhmkorff; dejamos la balsa bien amarrada a la orilla y nos dirigimos, yo a la cabeza, a la boca de la galería que solo distaba de allí veinte pasos.

La abertura, casi circular, tenía un diámetro de unos cinco pies; el oscuro túnel estaba abierto en la roca viva y cuidadosamente barnizado por las materias eruptivas a las que dio paso en otra época. Su parte inferior se encontraba al nivel del suelo, así que podía penetrarse en él sin dificultad.

Caminábamos por un plano casi horizontal cuando, al cabo de seis pasos, nuestra marcha se vio interrumpida por la interposición de una enorme roca.

—¡Maldita roca! —grité con furor, al verme detenido de repente por un obstáculo infranqueable.

Por más que buscamos a derecha e izquierda, por arriba y por abajo, no dimos con ningún paso ni bifurcación. Sentí una viva contrariedad, no me resignaba a admitir la realidad del obstáculo. Me agaché y miré por debajo de la roca sin ver ningún intersticio. Examiné después la parte superior, y tropecé con la misma barrera de granito. Hans paseó la luz de la lámpara a lo largo de la pared, pero esta no mostraba la menor solución de continuidad.

Había que renunciar a toda esperanza de descubrir un pasaje.

Me senté en el suelo mientras mi tío recorría a grandes pasos aquel corredor de granito.

—Pero, ¿Saknussemm, entonces...? —exclamé.

—Eso estoy pensando yo —dijo mi tío—. ¿Se vería detenido quizá por esta puerta de piedra?

—¡No, no! —repliqué—. Esta roca debe haber obstruido la entrada de una manera brusca, a consecuencia de alguna sacudida sísmica o de uno de esos fenómenos mag-

néticos que todavía agitan la superficie terrestre. Han mediado largos años entre el regreso de Saknussem y la caída de esta piedra. Es evidente que esta galería ha sido en otro tiempo el camino seguido por las lavas, y que las materias eruptivas circulaban por ella libremente. Fíjense, hay grietas recientes que surcan este techo de granito. Fue construido con piedras traídas de otro lugar, rocas enormes, como si un gigante hubiera trabajado en la estructura. Pero un día el empuje fue más fuerte, y este bloque, como la pieza clave de una bóveda, se deslizó hasta el suelo, dejando obstruido el paso. Estamos, entonces, ante un obstáculo accidental que no encontró Saknussem. Y si no lo removemos, somos indignos de llegar al centro del mundo.

280

Así hablé, como si el alma del profesor se hubiese albergado en mí toda entera. Me inspiraba el genio de los descubrimientos. Olvidaba lo pasado y desdeñaba el porvenir. Para mí ya no existía nada en la superficie de este esferoide: ni ciudades, ni campos, ni Hamburgo, ni la Königstrasse, ni mi pobre Graüben, que debía crearme perdido para siempre en las entrañas de la tierra.

—Abrámonos camino a la fuerza —dijo mi tío—; derribemos esta muralla a golpes de azadón y de piqueta.

—Es demasiado dura para eso —dije.

—Entonces...

—¡Pólvora! Practiquemos una mina y volemos el obstáculo.

—¡La pólvora!

—¡Sí, sí! ¡Solo se trata de volar un trozo de roca!



—¡Manos a la obra, Hans! —exclamó mi tío.

El islandés fue hasta la balsa y pronto regresó con un pico. Abrió un pequeño barreno. No era trabajo sencillo: se trataba de abrir un orificio capaz de contener cincuenta libras de fulmicotón, cuya fuerza expansiva es cuatro veces mayor que la de la pólvora ordinaria.

Mi estado de sobreexcitación era espantoso. Mientras Hans trabajaba ayudé a mi tío a preparar una larga mecha de pólvora mojada, encerrada en una especie de tripa de tela.

—¡Pasaremos! —decía yo.

—¡Pasaremos! —repetía mi tío.

A medianoche nuestro trabajo de minería estaba terminado; la carga de fulmicotón había sido depositada en el barreno, y la mecha se prolongaba a lo largo de la galería hasta llegar al exterior.

Solo faltaba una chispa para provocar la explosión.

—Hasta mañana —dijo entonces el profesor.

Tuve que resignarme a esperar otras seis largas horas.

## XLI

El día siguiente, jueves 27 de agosto, fue una fecha notable en aquel viaje subterráneo. Cuando la recuerdo, el espanto me acelera el corazón. Desde ese momento nuestra razón, nuestro juicio y nuestro ingenio quedaron ajenos a los acontecimientos, convirtiéndonos en meros juguetes de los fenómenos de la tierra.

A las seis ya estábamos de pie. Se acercaba el momento de abrirnos paso mediante una explosión en la corteza terrestre. Pedí el honor de dar fuego a la mecha. Hecho esto, debía reunirme con mis compañeros sobre la balsa, que no había sido descargada. Enseguida nos alejaríamos para ponernos a salvo; los efectos de la explosión podrían no limitarse al interior del macizo.

Según nuestros cálculos, la mecha debía tardar diez minutos en llevar el fuego hasta la carga. Tiempo suficiente para refugiarme en la balsa.

Me preparé, no sin cierta emoción, para cumplir mi papel.

Almorzamos rápido. Después mi tío y el cazador embarcaron y yo quedé en la orilla, provisto de una linterna encendida para dar fuego a la mecha.

282

—Ya puedes ir, hijo mío —me dijo el profesor—. Enciéndela y regresa enseguida.

—Tranquilo, tío; no me entretendré en el camino.

Me dirigí a la abertura de la galería, abrí la linterna y alcé la punta de la mecha.

El profesor tenía el cronómetro en la mano.

—¿Estás listo? —me gritó.

—¡Listo! —respondí.

—Entonces, ¡fuego, hijo mío!

Acerqué rápidamente a la llama el extremo de la mecha, que inmediatamente empezó a chisporrotear, y volví corriendo a la orilla.

—Embarca y alejémonos—dijo mi tío.

Con un violento empujón, Hans impulsó la balsa al mar y la alejó unos cuarenta metros.

Fue un momento de ansiedad; el profesor no apartaba la vista de la aguja del cronómetro.

—Faltan cinco minutos —decía—. Faltan cuatro. Faltan tres.

Mi pulso latía con violencia.

—Faltan dos, falta uno... ¡Desplómense, montañas de granito!

¿Qué pasó? Me parece que no oí el ruido de la detonación, pero de pronto las rocas cambiaron de forma. Se abrieron como un telón. Vi un abismo insondable cavarse en plena costa; el mar, vertiginoso, se convirtió en una única ola enorme que levantó la balsa perpendicularmente.

Los tres nos desplomamos. En menos de un segundo se extinguió la luz y quedamos sumidos en la oscuridad más profunda. Después sentí que faltaba un punto de apoyo, no para mis pies sino para la balsa. Creí que se nos iba a pique; por suerte no fue así. Hubiera querido hablar a mi tío, pero el bramido de las olas le habría impedido oírme.

A pesar de las tinieblas, del ruido, de la sorpresa y de la emoción, comprendí lo que acababa de ocurrir.

Al otro lado de la roca que habíamos volado existía un abismo. La explosión había provocado una especie de terremoto en aquel suelo agrietado. El abismo ahora estaba abierto; el mar se había convertido en torrente y nos arrastraba hacia él.

Me consideré perdido.

Una hora, dos horas... ¡quién sabe cuánto tiempo transcurrió así! Entrelazamos los brazos unos con otros, nos agarrábamos de la mano para no ser despedidos de la balsa. Había sacudones violentos cada vez que chocábamos contra las paredes. Pero estos choques eran espaciados; deduje que la galería se ensanchaba mucho. Este era el camino de Saknussem, sin duda; pero en vez de bajar solos, habíamos arrastrado todo un mar con nosotros, por nuestra imprudencia.

Se entenderá que estas ideas me asaltaron de un modo vago y oscuro. Me costó mucho trabajo asociarlas durante aquella carrera vertiginosa que parecía una caída. A juzgar por el aire que me azotaba la cara, nuestra velocidad debía ser superior a la de los trenes más rápidos. Era imposible encender una antorcha en esas condiciones. Nuestro último aparato eléctrico se había destrozado en el momento de la explosión.

284

Por eso me sorprendió ver una luz brillando a mi lado. El semblante calmo de Hans se iluminó. El hábil cazador había logrado encender la linterna. Aunque la llama vacilante amenazaba con apagarse, lanzó algunos resplandores en aquella espantosa oscuridad.

La galería era ancha, como me había imaginado. Nuestra luz insuficiente no permitía ver las dos paredes al mismo tiempo. Nos arrastraba una pendiente mayor que la de los rápidos irremontables de América; la superficie parecía formada por un haz de flechas líquidas lanzadas con violencia. No encuentro una comparación mejor. La balsa, cruzando los remolinos, corría dando vueltas sobre

sí misma. Cuando se acercaba a las paredes de la galería, yo alzaba la linterna. La luz me permitía apreciar la velocidad que llevábamos: los salientes de las rocas trababan líneas continuas, y parecíamos encerrados en una red de rayas movedizas. Calculé que nuestra velocidad debía ser de treinta leguas por hora.

Aferrados a lo que quedaba del mástil, que se había partido en el momento de la explosión, mi tío y yo nos mirábamos con inquietud. Íbamos de espaldas a la corriente de aire, para que no nos sofocara la rapidez del movimiento.

Las horas transcurrían y la situación no cambiaba, hasta que un nuevo incidente vino a complicarla.

Tratando de ordenar un poco la carga, noté que la mayor parte de los objetos había desaparecido en el momento de la explosión, cuando fuimos envueltos por el mar. Quise saber exactamente a qué atenerme respecto de nuestros recursos, y con la linterna en la mano empecé a hacer un recuento. De nuestros instrumentos solo quedaban la brújula y el cronómetro. Las escalas y las cuerdas se reducían a un pedazo de cable enrollado alrededor del trozo de mástil. No quedaba un azadón, ni un pico, ni un martillo. ¡Desgracia irreparable: no teníamos víveres más que para un solo día!

Me puse a registrar los intersticios de la balsa, los más insignificantes rincones formados por las vigas y las juntas de las tablas. ¡Nada! Nuestras provisiones consistían en un pedazo de carne seca y algunas galletas.

Quedé como alorado, sin querer comprender. Y sin embargo, ¿qué peligro me preocupaba? Aun si hubiésemos tenido comida suficiente para meses y años, ¿cómo salir de esos abismos a los que nos arrastraba el torrente? ¿Para qué temer las torturas del hambre, si la muerte ya se presentaba en tantas otras formas? ¿Tendríamos tiempo suficiente para morir de hambre?

Sin embargo, por una rareza inexplicable de la imaginación, me olvidaba de los peligros inmediatos y pensaba en los del futuro, que se me aparecían en todo su horror. Tal vez pudiésemos escapar a los furores del torrente y volver a la superficie del globo. ¿Cómo? No sé. ¿Por dónde? ¡Qué importa! Una probabilidad contra mil no deja de ser siempre una probabilidad. En cambio, la muerte por hambre no nos dejaba ni un átomo de esperanza.

286

Me vino la idea de conversar sobre todo esto con mi tío; manifestarle el desamparo en que nos encontrábamos, hacer el cálculo exacto del tiempo que nos quedaba de vida. Pero tuve el valor de callarme. Quise que él conservara toda su serenidad.

La luz de la linterna se debilitó hasta extinguirse por completo. La mecha se había consumido. Otra vez la oscuridad se hizo absoluta. Todavía nos quedaba una antorcha, pero hubiera sido imposible mantenerla encendida. Entonces cerré los ojos, como un niño pequeño, para no ver las tinieblas.

Después de un período de tiempo bastante considerable, nuestra velocidad se redobló. Lo noté por la fuerza con que el aire me azotaba la cara. La pendiente de las

aguas se volvía excesiva. De verdad creo que ya no nos deslizábamos más: ahora caíamos. La impresión era de caída casi vertical. La mano de mi tío y la de Hans, aferradas a mis brazos, me retenían con fuerza.

De repente, después de un tiempo que no puedo calcular, sentimos como un choque; la balsa no había tropezado con ningún cuerpo duro, pero había detenido de repente su caída. Una tromba de agua, una inmensa columna líquida cayó entonces sobre ella. Me sentí sofocado; me ahogaba.

Esta inundación repentina no duró mucho. Después de unos segundos me encontré de nuevo al aire libre; mis pulmones respiraron con avidez. Mi tío y Hans me apretaban los brazos hasta casi rompérmelos. Los tres estábamos todavía encima de la balsa.

287

## XLII

Calculo que en ese momento serían las diez de la noche. Después de la zambullida, el primero de mis sentidos en volver a funcionar fue el oído; oí restablecerse el silencio dentro de la galería, reemplazando a los rugidos que durante muchas horas me habían aturcido. Por fin la voz de mi tío llegó hasta mí como un murmullo. Decía:

—Subimos.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

—A que subimos, sí, ¡subimos!

Extendí el brazo, toqué la pared con la mano y la retiré ensangrentada. Subíamos a una velocidad espantosa.

—¡La antorcha, la antorcha! —exclamó el profesor.

No sin dificultades Hans logró encenderla. A causa del movimiento ascendente la luz se dirigió de arriba abajo, pero aun así produjo claridad suficiente para alumbrar toda la escena.

—Todo sucede como me lo había imaginado —dijo mi tío—; estamos en un pozo que solo mide ocho metros de diámetro. Después de llegar al fondo del abismo, el agua recobra su nivel natural. Y nos eleva con ella.

—¿Hacia dónde?

—No lo sé, pero conviene estar preparados para todos los acontecimientos. Subimos a una velocidad que calculo en cuatro metros por segundo, o sea doscientos cuarenta metros por minuto, o más de tres leguas y media por hora. A este paso se adelanta bastante camino.

—Sí, ¡si nada nos detiene, y si este pozo tiene salida! Pero si está taponado, si el aire se comprime poco a poco bajo la presión enorme de la columna de agua, vamos a ser aplastados.

—Axel —respondió el profesor, con mucha serenidad—, la situación es casi desesperada, pero todavía hay posibilidades de salvación y las estoy examinando. Si podemos morir a cada instante, también es cierto que a cada instante podemos salvarnos. Así que pongámonos en situación de aprovechar hasta las menores circunstancias.

—Pero ¿qué podemos hacer?

—Reponer fuerzas comiendo.



Al oír estas palabras miré a mi tío con ojos espantados. Había llegado la hora de revelar el secreto.

—¿Comer? —repetí.

—Sí, ahora mismo.

El profesor añadió algunas palabras en danés. Hans negó con la cabeza.

—¡Cómo! —exclamó mi tío—. ¿Se perdieron las provisiones?

—Sí, esto es todo lo que queda. ¡Un pedazo de carne seca para los tres!

Mi tío me miró sin querer comprender mis palabras.

—¿Y ahora? —le pregunté—. ¿Todavía cree que podremos salvarnos?

Mi pregunta no tuvo respuesta.

Pasó una hora más y empecé a sentir un hambre violenta. Aunque mis compañeros padecían también, ninguno de los tres se atrevía a tocar aquel miserable resto de comida.

Seguíamos subiendo con rapidez. A veces nos faltaba la respiración, como a los aeronautas cuando ascienden con velocidad excesiva. Pero si ellos sienten un frío más intenso cuanto más suben, nosotros experimentábamos el efecto contrario. La temperatura aumentaba de una manera inquietante, y en aquellos momentos no debía bajar de 40°C.

¿Qué significaba aquel cambio? Hasta ese momento los hechos habían dado la razón a las teorías de Davy y de Lidenbrock; eran las condiciones particulares de las rocas refractarias, de la electricidad, del magnetismo, las

que habían modificado las leyes generales de la naturaleza, proporcionándonos una temperatura moderada. Pero la teoría del fuego central seguía siendo, en mi opinión, la única verdadera, la única explicable. ¿Íbamos a penetrar entonces en un medio donde estos fenómenos se cumplieran en todo su rigor, y en el cual el calor reducía las rocas a un completo estado de fusión? Así me lo temía, y por eso dije al profesor:

—Si nos ahogamos o nos estrellamos, y si no nos morimos de hambre, siempre nos queda la probabilidad de ser quemados vivos.

Él se contentó con encogerse de hombros y se perdió en sus reflexiones.

290 Transcurrió una hora más y, salvo un pequeño aumento de temperatura, ningún nuevo incidente vino a modificar la situación. Al fin, mi tío rompió el silencio.

—Veamos —dijo—; hay que tomar una decisión.

—¿Una decisión? —repliqué.

—Sí, es necesario reponer fuerzas. Si economizamos ese resto de comida con la esperanza de prolongar nuestra vida algunas horas, permaneceremos débiles hasta el fin.

—Hasta el fin, que no se hará esperar.

—De presentarse una ocasión de salvarnos, ¿con qué fuerza actuaremos, si nos debilita el ayuno?

—Y una vez que hayamos comido este pedazo de carne, ¿qué nos quedará, tío?

—Nada, Axel, nada; pero, ¿te alimentará más comiéndolo con la vista? ¡Razonas como un hombre sin voluntad, como un ser sin energía!

—Pero, ¿usted todavía conserva esperanzas? —le pregunté, irritado.

—¡Sí! —replicó el profesor con firmeza.

—¿Cómo? ¿Cree que existe alguna posibilidad de salvación?

—Sí, claro que sí. Mientras el corazón lata, mientras la carne palpita, no me explico que un ser dotado de voluntad se deje dominar por la desesperación.

¡Qué palabras! El hombre que las pronunciaba en esas circunstancias tenía un temperamento poco común.

—Pero en definitiva —dije—, ¿usted qué pretende hacer?

—Comer lo que queda hasta la última migaja para reponer nuestras fuerzas. Si esta comida resulta ser la última, paciencia. Por lo menos, en vez de estar extenuados, volveremos a ser hombres.

—¡Comamos entonces! —exclamé.

Mi tío tomó el trozo de carne y las pocas galletas salvadas del naufragio, hizo tres partes iguales y las distribuyó. Nos tocó cerca de medio kilo de alimentos a cada uno. El profesor comió con avidez, con una especie de entusiasmo febril; a pesar de mi hambre, yo comí sin ganas y casi con repugnancia; Hans, tranquila y moderadamente, a bocados menudos que masticaba sin ruido; saboreaba con la calma de un hombre a quien el futuro no puede inquietar. Después de mucho buscar, había encontrado una cantimplora de ginebra llena por la mitad; nos ofreció, y aquel licor benéfico logró reanimarme un poco.

—*Förträfflig!* —dijo él, bebiendo a su turno.

—¡Excelente! —respondió mi tío.

Yo había recobrado alguna esperanza, pero nuestra última comida acababa de terminar. Eran las cinco de la mañana.

El hombre está hecho de tal manera que su salud es un efecto puramente negativo; una vez satisfecha la necesidad de comer, es difícil imaginarse los horrores del hambre. Hace falta experimentarlos para comprenderlos. Del mismo modo, después de un largo ayuno, algunos bocados de galleta y de carne triunfaron sobre nuestros dolores pasados.

Pero después de este banquete cada cual se entregó a sus reflexiones. ¿Con qué soñaba Hans, este hombre de occidente que poseía la resignación fatalista de los orientales? En lo que a mí respecta, solo tenía recuerdos que me conducían a la superficie del globo, que nunca hubiera debido abandonar. La casa de la Königstrasse, mi pobre Graüben, Marthe, pasaron como visiones delante de mis ojos; en los lúgubres ruidos que atravesaban el macizo creía descubrir el ruido de las ciudades de la tierra.

Mi tío, aferrado siempre a su idea, con la antorcha en la mano examinaba la naturaleza de los terrenos; buscaba establecer su situación observando las capas superpuestas. Este cálculo, o mejor dicho esta estimación, no podía ser más que aproximada. Un sabio sigue siendo un sabio solo si logra conservar su sangre fría, y el profesor Lidenbrock poseía esta cualidad en un grado poco común.

Lo oía murmurar palabras de la ciencia geológica; como me resultaban muy conocidas, me interesaba sin querer en aquel supremo estudio.

—Granito eruptivo —decía—; todavía estamos en la época primitiva. Pero, como subimos sin cesar, ¿quién sabe?

¡Quién sabe! Aún no había perdido la esperanza; palpaba con la mano la pared vertical, y algunos instantes después proseguía:

—Estos son los gneises. Estos, los micaesquistos. ¡Bueno! Pronto llegarán los terrenos de la época de transición, y entonces...

¿Qué quería decir el profesor? ¿Podía medir el espesor de la corteza terrestre suspendida sobre nuestras cabezas? ¿Tenía algún medio para hacer un cálculo semejante? No. Le faltaba el manómetro, y ninguna apreciación podía suplirlo.

La temperatura aumentaba rápido y me sentía bañado de sudor en medio de una atmósfera abrasadora. Solo podía compararla al calor que despiden los hornos de fundición. Poco a poco Hans, mi tío y yo nos habíamos ido quitando las chaquetas y chalecos; la prenda más ligera nos causaba malestar, por no decir sufrimiento.

—¿Estamos subiendo hacia un foco incandescente? —exclamé, notando que el calor aumentaba.

—¡No —respondió mi tío—, es imposible! ¡Es imposible!

—Sin embargo —insistí, palpando la pared—, esta muralla quema.

Al decir esto, mi mano rozó la superficie del agua y tuve que retirarla enseguida.

—¡El agua quema! —exclamé.

Esta vez el profesor solamente respondió con un gesto de cólera.

Entonces un terror invisible se apoderó de mi mente y no la liberó más. Presentía una catástrofe cercana, tan espantosa como la imaginación más audaz no hubiera podido concebir. Una idea, incierta y vaga primero, se volvió certidumbre en mi espíritu. La rechacé, pero volvió con obstinación. No me atrevía a formularla. Sin embargo, algunas observaciones involuntarias hicieron que me convenciera. A la dudosa luz de la antorcha, advertí movimientos desordenados en las capas graníticas; evidentemente iba a producirse un fenómeno eléctrico. Además, aquel calor excesivo, el agua en ebullición... Decidí observar la brújula.

294

¡La brújula había enloquecido!

## XLIII

¡Sí, había enloquecido! La aguja saltaba de un polo al otro con sacudidas bruscas, recorría todos los puntos del cuadrante, giraba como presa del vértigo.

Bien sabía que, según las teorías más aceptadas, la corteza mineral del globo nunca se encuentra en reposo absoluto. Las modificaciones originadas por la descomposición de las materias internas, la agitación producida

por las grandes corrientes líquidas, la acción del magnetismo, tienden incesantemente a conmoverla, aunque los seres diseminados en su superficie no sospechen siquiera la existencia de estas agitaciones. Por lo tanto, este fenómeno en sí mismo no me habría asustado. O, por lo menos, no me habría hecho concebir una idea terrible.

Pero otros hechos, ciertos detalles sui generis, no pudieron engañarme por más tiempo; las detonaciones se multiplicaban con una espantosa intensidad, como el ruido de mil carros arrastrados rápidamente sobre el empedrado. Era un trueno continuo.

Después la brújula, enloquecida, sacudida por los fenómenos eléctricos, confirmaba mi opinión; la corteza mineral amenazaba con romperse; los macizos graníticos, con juntarse; el pozo amenazaba con rebosar, el vacío con llenarse. Y nosotros, pobres átomos, íbamos a ser triturados en aquella formidable compresión.

—¡Tío, tío —exclamé—, estamos perdidos!

—¿Qué es este nuevo terror? —me respondió con una calma sorprendente—. ¿Qué te pasa?

—¿Qué me pasa? ¡Mire estas paredes que se agitan, este macizo que se disloca, el calor tórrido, el agua en ebullición, los vapores que se espesan, esta brújula enloquecida, todos los indicios de un terremoto!

Mi tío negó suavemente moviendo la cabeza.

—¿Un terremoto?

—¡Sí!

—Hijo mío, creo que te equivocas.

—¡Cómo! ¿No son éstos los signos precursores...?

—¿De un terremoto? No. ¡Espero algo mayor que eso!

—¿Qué quiere decir?

—Una erupción, Axel.

—Una erupción... ¡Estamos en la chimenea de un volcán en actividad!

—Eso creo —dijo el profesor sonriendo—; y es lo mejor que podría ocurrirnos.

¡Lo mejor que podría ocurrirnos! ¿Mi tío se había vuelto loco? ¿Qué significaban esas palabras? ¿Por qué esa calma y esa sonrisa?

—¡Muy bien! —grité—. Estamos envueltos en una erupción volcánica, la fatalidad nos arrojó a un camino de lavas incandescentes, de rocas encendidas, de agua hirviendo y de todas las materias eruptivas. Vamos a ser repelidos, expulsados, arrojados, vomitados, lanzados al espacio entre rocas enormes en una lluvia de cenizas y de escorias, envueltos en un torbellino de fuego. ¿Y eso es lo mejor que podría sucedernos?

—Sí —dijo el profesor, mirándome por encima de sus anteojos—, ¡porque es nuestra única probabilidad de volver a la superficie de la tierra!

No voy a enumerar las mil ideas que cruzaron mi mente. Mi tío tenía razón, toda la razón, y jamás me pareció ni más audaz ni más convencido que en aquellos instantes, mientras esperaba y evaluaba con calma las posibilidades de una erupción.

Entretanto seguíamos subiendo, y el movimiento ascendente duró toda la noche; el estrépito crecía alrededor y yo estaba casi asfixiado, convencido de que se



acercaba mi última hora. Sin embargo, la imaginación es tan rara: me entregué a una serie de reflexiones verdaderamente pueriles. Me sometí a mis pensamientos en vez de dominarlos.

Era evidente que nos empujaba una erupción. Debajo de la balsa había aguas hirvientes, y más abajo pasta de lava; un agregado de rocas que, al llegar a la boca del cráter, se dispersarían en todas las direcciones. Nos encontrábamos en la chimenea de un volcán. Ninguna duda al respecto.

Pero esta vez no se trataba del Sneffels, un volcán ya apagado, sino de otro en plena actividad. Por eso me devanaba los sesos pensando en cuál podía ser aquella montaña y en qué parte del mundo íbamos a ser vomitados.

En las regiones septentrionales, sin duda. Antes de enloquecer, la brújula siempre había indicado que marchábamos hacia el Norte. A partir del Cabo Saknussem habíamos sido arrastrados centenares de leguas en esta dirección. Ahora bien, ¿estábamos otra vez debajo de Islandia? ¿Íbamos a ser arrojados por el cráter del Hekla o por alguno de los otros siete montes ignívoros de la isla? En un radio de quinientas leguas al Oeste bajo aquel paralelo, solo recordaba los volcanes mal conocidos de la costa noroeste de América. Hacia el Este existía uno solo, a los 80° de latitud: el Esk, en la isla Jan Mayen, no lejos de Spitzberg. Cráteres no faltaban, y eran tan grandes como para vomitar un ejército entero; pero yo quería adivinar cuál de ellos nos serviría como salida.

Al amanecer se aceleró el movimiento ascensional. Si en este camino a la superficie el calor aumentaba en vez de disminuir, se debía a causas locales y a la influencia volcánica. Nuestro tipo de locomoción no dejaba la menor duda al respecto; una fuerza enorme, de cientos de atmósferas, producida por los vapores acumulados en el seno de la tierra, nos impulsaba con una energía irresistible. Pero, ¡a cuántos peligros nos exponía!

Pronto unos reflejos amarillentos entraron en la galería vertical, que se ensanchaba; a derecha e izquierda distinguí corredores profundos de donde escapaban espesos vapores; lenguas de fuego lamían las paredes, chisporroteando.

—¡Mire! ¡Mire, tío! —exclamé.

298

—No es nada, solo llamas sulfurosas. Es normal verlas en cualquier erupción.

—¿Y si nos envuelven?

—No nos envolverán.

—¿Y si nos asfixian?

—No nos asfixiarán; la galería se ensancha, y de ser necesario abandonaremos la balsa para guarecernos en alguna grieta.

—¿Y el agua? ¿Y el agua que sube?

—Ya no hay agua, Axel, sino una especie de pasta de lava que nos eleva consigo hasta la boca del cráter.

En efecto, la columna líquida había desaparecido, reemplazada por materias eruptivas muy densas pero burbujeantes. La temperatura se hacía insoportable; un termómetro expuesto a aquella atmósfera habría marca-



do más de 70°C. El sudor me inundaba, y si el ascenso no hubiera sido tan rápido, nos habríamos asfixiado sin duda.

El profesor no insistió en su propósito de abandonar la balsa, e hizo bien. Aquel puñado de tablas mal unidas ofrecía una superficie sólida, un punto de apoyo que no hubiéramos tenido de otro modo.

A eso de las ocho de la mañana ocurrió un nuevo incidente. La subida se detuvo de improviso y la balsa quedó inmóvil.

—¿Qué es esto? —pregunté, sacudido por aquella parada repentina que fue como un choque.

—Un alto —respondió mi tío.

—¿La erupción se está calmando?

—Espero que no.

300

Me levanté. Traté de ver alrededor. Tal vez la balsa, detenida por alguna roca saliente, oponía una resistencia momentánea a la masa eruptiva. En este caso, había que liberarla cuanto antes.

No había obstáculos. La columna de cenizas, piedras y escoria simplemente había dejado de subir.

—¿Se habrá detenido la erupción? —pregunté.

—No —exclamó mi tío, apretando los dientes—; si eso te preocupa, tranquilízate, hijo mío. Esta calma no puede prolongarse; ya lleva cinco minutos, y no tardaremos en reanudar la subida hacia la boca del cráter.

El profesor no dejaba de consultar su cronómetro al hablar, y esta vez tampoco se equivocó en sus pronósticos. Pronto la balsa volvió a adquirir un movimiento rápi-

do y desordenado que duró unos dos minutos. Se detuvo otra vez.

—Bueno —dijo mi tío, mirando la hora—, dentro de diez minutos nos pondremos en marcha nuevamente.

—¿Diez minutos?

—Sí. Nos hallamos en un volcán de erupción intermitente, que nos deja respirar al mismo tiempo que él.

Así fue: a los diez minutos exactos fuimos empujados de nuevo con una velocidad asombrosa. Era necesario agarrarse con fuerza a las tablas para no ser despedidos de la balsa. Después el impulso cesó otra vez.

Desde entonces he reflexionado acerca de este extraño fenómeno, sin poder explicármelo de un modo satisfactorio. Me parece evidente que no nos encontrábamos en la chimenea principal del volcán sino en algún conducto secundario, donde repercutían los fenómenos que tenían lugar en aquella.

No puedo decir cuántas veces se repitió esta maniobra. Cada vez que el movimiento se reproducía éramos despedidos con una violencia mayor, como llevados por un verdadero proyectil. Mientras permanecíamos detenidos, me asfixiaba; durante las subidas, el aire abrasador me cortaba la respiración. Pensé un instante en el placer de volver a encontrarme de repente en las regiones hiperbóreas a una temperatura de 30°C bajo cero. Mi imaginación exaltada se paseaba por las llanuras de nieve de las regiones árticas, anhelando el momento de poder revolcarme sobre la helada alfombra del polo. Poco a poco mi cabeza, trastornada por las sacudidas, se extravió. De

no ser por los brazos de Hans, más de una vez me habría roto el cráneo contra la pared de granito.

No conservé ningún recuerdo preciso de lo que ocurrió durante las horas siguientes. Tengo una confusa idea de las detonaciones continuas, de la agitación del macizo de granito, del movimiento giratorio que se apoderó de la balsa, que se balanceaba sobre las olas de lava en medio de una lluvia de cenizas. Las llamas crepitantes la envolvieron. Un viento huracanado, como despedido por un ventilador colosal, avivaba los fuegos subterráneos. Por última vez vi el semblante de Hans, alumbrado por resplandores de incendio. Y experimenté el espanto de los condenados a morir atados a la boca del cañón, en el momento en que sale el tiro y dispersa sus miembros por el aire.

302

## XLIV

Cuando volví a abrir los ojos, sentí la mano vigorosa de Hans aferrando mi cinturón. Con la otra mano sostenía a mi tío. No me encontraba gravemente herido, pero sí extenuado por una fatiga dolorosa. Me vi tendido sobre la ladera de una montaña, a dos pasos de un abismo; me habría precipitado al menor movimiento. Hans me había salvado de la muerte, al verme rodar inconsciente por los flancos del cráter.

—¿Dónde estamos? —preguntó mi tío, que parecía muy irritado por haber regresado a la superficie.

El cazador se encogió de hombros; no lo sabía.

—¿En Islandia? —pregunté yo.

—Nej —respondió Hans.

—¡Cómo que no! —exclamó el profesor.

—Hans se equivoca —dije, levantándome.

Después de las innumerables sorpresas de aquel viaje, todavía nos estaba reservada una nueva estupefacción. Esperaba verme en un cono cubierto de nieves eternas, entre los áridos desiertos de las regiones septentrionales, bajo los rayos pálidos de un cielo polar, más allá de las más elevadas latitudes. Pero en contra de todas mis suposiciones, mi tío, el islandés y yo estábamos tendidos en la ladera de una montaña calcinada por los ardores del sol que nos abrasaba.

No quería creer en lo que veía, pero la cocción de mi piel no dejaba dudas. Habíamos salido medio desnudos del cráter; el astro radiante, a quien no habíamos pedido nada durante los dos últimos meses, se nos mostraba pródigo de luz y de calor, envolviéndonos en oleadas de sus espléndidos rayos.

Cuando mis ojos se adaptaron a aquel resplandor, del que se habían desacostumbrado, los usé para rectificar los errores de mi imaginación. Quería estar, como mínimo, en Spitzberg; no estaba de humor para convencerme de otra cosa.

El profesor fue el primero en tomar la palabra. Dijo:

—Esto no se parece a Islandia.

—¿Y a la isla Jan Mayen? —pregunté.

—Tampoco, hijo mío. Este no es un volcán del norte, con sus colinas de granito y su casquete de nieve.

—Sin embargo...

—Mira, Axel, ¡mira!

Encima de nuestras cabezas, a no más de quinientos pies, se abría el cráter de un volcán. Una alta columna de llamas, mezcladas con piedra pómez, cenizas y lavas, escapaba con una fuerte detonación cada cuarto de hora. Sentía las convulsiones de la montaña, que respiraba a la manera de las ballenas y arrojaba aire y fuego por sus enormes orificios. Abajo, las capas de materia eruptiva se extendían por una pendiente empinada a una profundidad de 700 u 800 pies, lo que daba al volcán una altura no mayor de doscientos metros. Su base desaparecía en una verdadera corona de árboles verdes, entre los que distinguí olivos, higueras y vides cargadas de uvas rojas.

304

Ese no era el aspecto de las regiones árticas, hay que admitirlo.

Más allá de aquel círculo de verdores, la vista se perdía en las aguas de un mar admirable, o de un lago, que convertían a esta tierra encantada en una isla de pocas leguas de ancho. Hacia el Este se veía un puerto pequeño precedido de algunas casas, y los buques se mecían en las olas azules. Más lejos, grupos de islotes emergían de la llanura líquida; tantos que parecían un gran hormiguero. Hacia el Oeste se dibujaban costas lejanas en el horizonte; sobre algunas se perfilaban montañas azules y armoniosas, y sobre otra, la más remota, se levantaba un cono de altura prodigiosa. Vimos un penacho de humo



agitarse en su cima. La extensión del mar relumbraba en el Norte al influjo de los rayos solares; aquí y allá aparecía la punta de un mástil o la convexidad de una vela hinchada por el viento.

Lo imprevisto de este espectáculo multiplicaba su maravillosa belleza.

—¿Dónde estamos? ¿Dónde estamos? —repetía yo en voz baja.

Hans cerraba los ojos con indiferencia, mi tío miraba sin entender.

—Sea cual sea esta montaña, hace calor—dijo al fin—; las explosiones no paran, y no vale la pena escapar de una erupción para recibir una roca en la cabeza. Bajemos y sabremos a qué atenernos. Además, me muero de hambre y de sed.

Decididamente, el profesor no era un espíritu contemplativo. Por mi parte, olvidando la fatiga y las necesidades, hubiera permanecido en aquel lugar durante horas. Pero debía seguir a mis compañeros.

La ladera del volcán ofrecía pendientes muy pronunciadas; nos deslizábamos sobre barrancos de ceniza, evitando las corrientes de lava que parecían serpientes de fuego. Mientras bajábamos yo charlaba sin parar, porque mi imaginación estaba muy llena de cosas y era necesario darle algún desahogo.

—¡Estamos en Asia —exclamé—, en las costas de la India, en las islas de la Malasia, en plena Oceanía! Hemos atravesado la mitad del globo para terminar en las antípodas de Europa.

—Pero ¿y la brújula? —respondió mi tío.

—¡Sí! ¡La brújula! —dije con un aire confundido—. Si creemos en ella, entonces hemos marchado siempre hacia el Norte.

—¿Entonces ha mentido?

—Mintió.

—A menos que este sea el Polo Norte.

—¡El Polo! No, pero...

Era un hecho inexplicable, yo no sabía qué pensar.

Mientras tanto, nos acercábamos a aquella hermosa vegetación. Me atormentaban el hambre y la sed. Por suerte, en dos horas llegamos a una campiña cubierta de olivos, de granados y de vides que parecían pertenecer a todo el mundo. Dada la miseria en que nos encontrábamos, no tuvimos muchos escrúpulos. ¡Cuánto placer al apretar esas frutas sabrosas entre los labios, al morder con avidez las uvas rojas! Allí cerca en la hierba, a la sombra deliciosa de los árboles, descubrí un manantial de agua fresca donde hundimos caras y manos con increíble placer.

Mientras nos abandonábamos así a las delicias del descanso, entre dos matas de olivos apareció un niño.

—¡Oh —dije—, un habitante de este país bienaventurado!

Era una especie de pequeño pordiosero, vestido con harapos y de aspecto enfermizo; nuestro aspecto pareció asustarlo mucho. Semidesnudos y con las barbas descuidadas, lucíamos muy mal; a menos que este fuera un país de ladrones, nuestra apariencia iba a espantar a todo el mundo.

Cuando el niño trató de huir, Hans corrió y lo trajo nuevamente a pesar de sus gritos y puntapiés.

Mi tío comenzó por tranquilizarlo, como pudo, y le preguntó en correcto alemán:

—¿Cómo se llama esta montaña, amiguito?

El niño no respondió.

—Bueno —dijo mi tío—; no estamos en Alemania.

Hizo la misma pregunta en inglés y el niño tampoco contestó. Me sentí muy intrigado.

—¿Será mudo? —dijo el profesor. Muy orgulloso de su poliglotismo, repitió la pregunta en francés.

El mismo silencio.

—Entonces probemos en italiano —dijo. Y preguntó:

—*Dove noi siamo?*

—Sí, ¿dónde estamos? —repetí con impaciencia.

Pero tampoco respondió.

—¡Vaya! ¿Vas a hablar? —exclamó mi tío, que empezaba a encolerizarse y le dio un tirón de orejas—. *Come si noma questa isola?*

—*Stromboli* —respondió el pastorcito, que escapó de las manos de Hans y corrió entre los olivos hasta la llanura. Nos olvidamos de él.

¡El Stromboli! ¡Cómo impactó en mi mente ese nombre inesperado! Nos hallábamos en pleno Mediterráneo, en el archipiélago eólico de mitológica memoria, en la antigua Strongyle, donde Eolo tenía encadenados los vientos y tempestades. Aquellas montañas azules que se veían por el Este eran las montañas de Calabria, y aquel volcán que se erguía en el horizonte sur era nada menos que el implacable Etna.

—¡El Stromboli! —repetía yo—. ¡El Stromboli!

Mi tío me acompañaba con sus gestos y palabras. Parecía que estábamos cantando un dúo.

¡Oh, qué viaje! ¡Qué viaje maravilloso! ¡Habíamos entrado por un volcán y salíamos por otro, situado a más de 1.200 leguas del Sneffels y de la árida Islandia, enclavada en los confines del mundo! Los azares de la expedición nos habían llevado a las comarcas más armoniosas de la tierra. Habíamos cambiado las nieves eternas por el verdor infinito, la niebla grisácea de las zonas heladas por el cielo azul de Sicilia.

Después de una deliciosa comida compuesta de frutas y agua fresca, nos pusimos en marcha rumbo al puerto de Stromboli. No nos pareció prudente declarar cómo habíamos llegado a la isla: el espíritu supersticioso de los italianos no hubiera visto en nosotros otra cosa que demonios vomitados por las entrañas del infierno. Así que nos resignamos a hacernos pasar por humildes naufragos. Era menos glorioso, pero más seguro.

Por el camino, oí murmurar a mi tío:

—¡Pero la brújula! ¡Esa brújula que señalaba el Norte! ¿Cómo explicar este hecho?

—Bueno —dije con aire de desdén—, no hay por qué explicar nada; es más fácil dejarlo así.

—¡Cómo! ¿Un catedrático del Johannaueum incapaz de explicar un fenómeno cósmico? ¡Sería un bochorno!

Y al hablar así, semidesnudo, con la bolsa de cuero alrededor de la cintura y afianzándose los anteojos sobre la nariz, mi tío volvió a ser el terrible profesor de mineralogía.

Una hora después de haber abandonado el bosque de los olivos, llegamos al puerto de San Vincenzo. Allí Hans reclamó el pago de su decimotercera semana de servicios, que le fue entregado con un caluroso apretón de manos.

En ese momento, aunque no participara de nuestra emoción natural, por lo menos se permitió un impulso de extraordinaria expansión. Estrechó ligeramente nuestras manos con la punta de sus dedos y comenzó a sonreír.

## XLV

Así termina una historia que no querrán creer ni las personas que no se asombran de nada. Pero me he puesto en guardia de antemano contra la incredulidad de los hombres.

309

Fuimos recibidos por los pescadores de Stromboli con las consideraciones debidas a los náufragos. Nos proporcionaron vestidos y víveres. Después de cuarenta y ocho horas de espera, el 31 de agosto, una embarcación pequeña nos condujo a Messina, donde algunos días de descanso bastaron para reponer nuestras fuerzas.

El viernes 4 de septiembre nos embarcamos en el *Volturne*, uno de los vapores de la mensajería imperial de Francia. Tres días más tarde desembarcamos en Marsella, sin otra preocupación que nuestra maldita brújula. Aquel hecho inexplicable no dejaba de preocuparme seriamente. El 9 de septiembre por la noche llegamos a Hamburgo.

Imposible describir la estupefacción de Marthe y la alegría de Graüben al vernos entrar por las puertas.

—¡Ahora que eres un héroe —dijo mi adorada prometida—, ya no tendrás necesidad de separarte de mí, Axel!

Vi que lloraba sonriendo.

Es posible imaginar la sensación que causó en Hamburgo la vuelta del profesor Lidenbrock. Gracias a las indiscreciones de Marthe, la noticia de su partida hacia el centro de la tierra se había esparcido por el mundo entero. Pero nadie le había creído, y al verlo de regreso, tampoco se le creyó.

Sin embargo, la presencia de Hans y diversas noticias llegadas desde Islandia fueron modificando la opinión pública.

**310**

Entonces mi tío llegó a ser un personaje importante. Yo, el sobrino de un personaje importante, que ya es algo. La ciudad de Hamburgo dio una fiesta en nuestro honor. Se celebró una sesión pública en el Johannaem, donde el profesor hizo un detallado relato de su expedición. Solo omitió los hechos relativos a la brújula. Aquel mismo día depositó en los archivos de la ciudad el documento de Saknussem, lamentando que las circunstancias, más fuertes que su voluntad, no le hubiesen permitido seguir hasta el centro de la tierra las huellas del viajero islandés. Fue modesto en su gloria, y eso aumentó su reputación.

Tantos honores tenían necesariamente que despertar alguna envidia. Así fue. Sus afirmaciones, basadas en hechos reales, contradecían la teoría científica sobre la cues-

tión del fuego central. Debió sostener muy notables polémicas verbales y escritas con sabios de todos los países.

Por mi parte, no puedo aceptar su teoría relativa al enfriamiento; a pesar de todo lo que he visto, creo y seguiré creyendo en el calor central. Pero admito que ciertas circunstancias, aún no muy bien definidas, pueden modificar esta ley bajo la acción de ciertos fenómenos naturales.

Cuando las discusiones se habían vuelto más enconadas, mi tío experimentó un verdadero disgusto. A pesar de sus ruegos, Hans había dejado Hamburgo. El hombre a quien tanto debíamos no quiso permitir que le pagásemos nuestra deuda de profunda gratitud. La nostalgia de Islandia se apoderó de él.

—*Färval!* —nos dijo un día. Sin más despedida que esa palabra, partió con rumbo a Reikiavik, adonde llegó felizmente.

Estábamos muy apegados a nuestro valiente cazador de *eideres*. Su ausencia no nos hará olvidar que le debemos la vida, y yo no moriré sin haberlo visto una vez más.

Para terminar, debo agregar que este *Viaje al centro de la tierra* causó gran sensación en el mundo. Fue traducido a todos los idiomas; los periódicos más importantes publicaron sus principales episodios, que fueron comentados, discutidos, atacados y defendidos con igual convicción por creyentes e incrédulos. Y, cosa rara, mi tío disfrutó en vida de la gloria que había conquistado. Hasta el señor Barnum propuso “exhibirlo”, a muy elevado precio, en los Estados Unidos.

Pero un disgusto, digamos incluso un tormento, se mezclaba con esta gloria. El hecho de la brújula seguía siendo un misterio. Para un sabio, semejante fenómeno inexplicado se transforma en un suplicio intelectual. Pero el cielo reservaba a mi tío una felicidad completa.

Un día, arreglando en su despacho una colección de minerales, descubrí la famosa brújula y me puse a examinarla.

Hacía seis meses que estaba allí, en un rincón, sin sospechar la contrariedad que estaba causando.

De repente, ¡qué asombro sentí! Solté un grito que hizo acudir al profesor.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¡Esta brújula!

—¿Qué tiene?

—¡Que su aguja señala el Sur en vez del Norte!

—¿Qué dices?

—¡Mire! ¡Sus polos están al revés!

—¡Al revés!

Mi tío miró, comparó y pegó un salto que hizo temblar la casa. ¡Qué luz tan viva iluminó de repente su alma y la mía!

—¿Entonces —preguntó cuando pudo recuperar el habla—, desde nuestra llegada al cabo Sakkussem, esta brújula condenada señalaba el Sur en vez del Norte?

—Evidentemente.

—Eso explica nuestro error. Pero ¿qué fenómeno pudo producir esta inversión de los polos?

—Nada más sencillo.



—Explícate, hijo mío.

—Aquel globo de fuego que, durante la tempestad en el mar de Lidenbrock, imantaba el hierro de la balsa, simplemente ha desorientado la brújula, invirtiendo sus polos.

—¡Ah! —exclamó el profesor, soltando la carcajada—. ¡Entonces era un truco de la electricidad!

Desde aquel día mi tío fue el más feliz de los sabios, y yo el más feliz de los hombres; porque mi bella curlandesa, dejando su condición de pupila, ocupó en la casa de la Königstrasse el doble puesto de sobrina y esposa. No creo necesario añadir que su tío fue el ilustre profesor Otto Lidenbrock, miembro correspondiente de todas las sociedades científicas, geográficas y mineralógicas de las cinco partes del mundo.

**FIN**



La colección de literatura juvenil “Vuela el Pez” de la Biblioteca del Congreso de la Nación reúne obras fundamentales de autores latinoamericanos y universales para niños y adolescentes.

La selección de los títulos tiene la intención de acercar a los jóvenes al maravilloso mundo de la lectura y al universo mágico de las historias.

## COLECCIÓN JUVENIL “VUELA EL PEZ”

